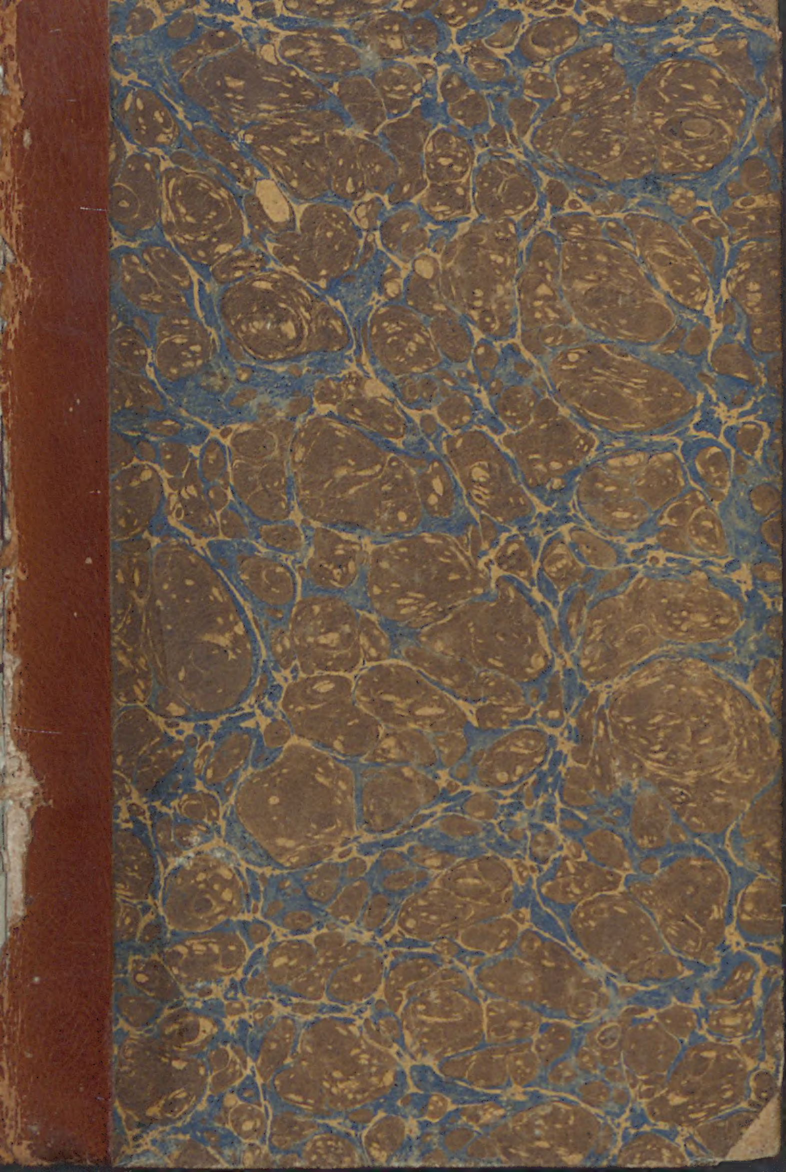
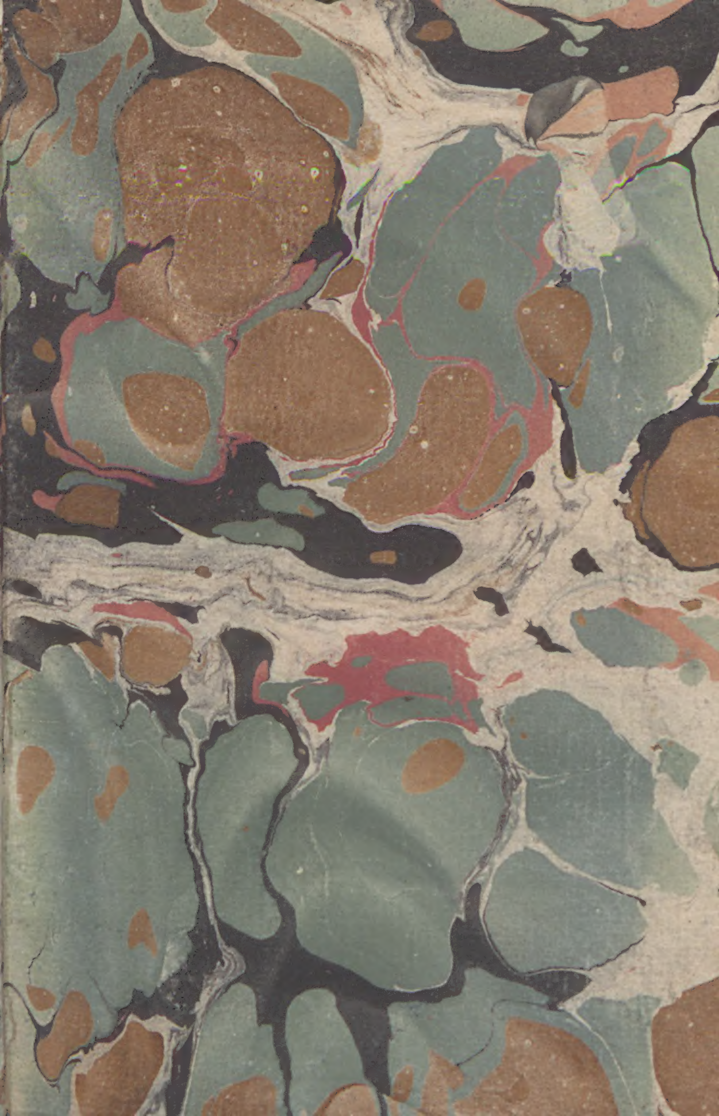






Historia Universal

DEL

Conde de Segur.

TOMO XV.

HISTORIA

Universal.

HISTORIA MODERNA

Por el Conde de Segur,

DE LA ACADEMIA FRANCESA, PAR DE FRANCIA:

traducida al español

Por D. Alberto Lista,

con correcciones, notas y adiciones.

TOMO XV.

MADRID, JUNIO DE 1832.

Imprenta de DON TOMÁS JORDAN,

Calle de Toledo, frente á la del Burro.

HISTORIA DE FRANCIA.

CAPITULO XX.

Hugo Capeto. Roberto.

Hugo Capeto, rey de Francia. Guerra entre Hugo y Cárlos: batalla de Laon. Renovacion de la guerra. Prision de Cárlos. Sumision de los aquitanos. Estincion de los carlovingios. Roberto, rey de Francia. Roberto, escomulgado por Gregorio v. Penitencia del rey. Casamiento del rey con Constanza de Provenza. Guerra contra el conde de Champaña. Guerra de la sucesion de Lorena. Hugo, hijo de Roberto, asociado al trono. Guerra de Normandía, terminada por Roberto. Paz con el emperador de Alemania. Muerte del príncipe Hugo: asociacion de su hermano Enrique al trono.

HUGO CAPETO, *rey de Francia.* (987) Todos los gobiernos tienen á semejanza del cuerpo humano, infancia, virilidad y senectud; pero con la diferencia de que en la época de su des-

fallecimiento una crisis feliz ó una gran convulsion pueden preservarlos de la muerte, y aun darles vigor y fuerza nueva. Francia ha presentado tres veces el ejemplo de esta verdad. Los frecuentes triunfos y diestra política de Roma, y las discordias de las tribus germánicas arruinaron poco á poco la confederacion célebre y valerosa de los francos, que por tanto tiempo arrostró sola á los vencedores del mundo. Los francos casi subjugados por la rapidez de Diocleciano, por la benignidad de Constancio Cloro, por la fortuna de Constantino y la habilidad de Juliano, parecieron romper con sus propias manos su formidable liga. Unos se hicieron tributarios, otros aliados de Roma, pocos pelearon por la independencia. La falta de union les permitia robar, no hacer conquistas; y cuando el imperio romano se desplomó enteramente, la belicosa tribu de los francos salios no constaba mas que de cinco mil combatientes. El genio de Clodoveo reunió bajo su mando las tribus divididas: todas sacrificaron el amor de la igualdad al de la gloria, reconocieron un gefe sin renunciar á su libertad selvática, y los francos conquistaron la Galia. Los merovingios estendieron rápidamente por Europa su fama y su dominacion: pero afeminados por la prosperidad, dejaron á sus gefes orgullosos apoderarse de sus propiedades, vejar los pueblos y arruinar la autoridad real. Francia destrozada por la guerra civil, víctima de la ambicion de los grandes, tiranizada por los gobernadores de

palacio que reinaban sin derecho, abandonada de sus príncipes legítimos, presos en su palacio, y amenazada de su total ruina por los sarracenos, alemanes y sajones, se elevó repentinamente colocando en el trono una nueva dinastía que le restituyó por algun tiempo su fuerza y su gloria. Dos siglos despues los débiles sucesores de Pipino habiendo dejado que se enflaqueciesen todos los recursos del poder, perdieron la autoridad cincuenta años antes de perder la corona. La anarquía feudal minó el trono: formáronse de sus ruinas muchos estados en varias partes de Europa: Francia estaba ya dividida en un gran número de pequeños señoríos, cuya discordia no dejaba medio alguno para restablecer la tranquilidad interior ni la seguridad de las fronteras. Los males producidos por tan funesta disolucion parecian irremediables bajo príncipes sin dominio ni ejército, que adornados de un vano título eran los súbditos de sus vasallos. Por fortuna los franceses, ó temerosos ó guiados de un sentimiento muy raro en los siglos de barbarie, cual es el amor de la patria, sacrificaron su orgullo al interes general, y aquellos señores altaneros y turbulentos que durante un siglo socavaron las bases de la autoridad real, volvieron á restablecerla, elevando al trono al mas belicoso y potente de todos ellos. Sin duda creyeron que una dinastía nueva no reclamaria los antiguos derechos de la corona: que legitimaria sus usurpaciones, y que siendo hija del sistema feudad,

afirmaria sus raices. Esta esperanza se realizó durante muchos años; pero felizmente para la nacion francesa los Capetos instruidos por el ejemplo de sus predecesores, y por el interes de su existencia y autoridad, atacaron en fin con perseverancia y valor al mónstruo político que oprimia igualmente á los reyes y á los pueblos. La gloria del trono y la emancipacion nacional fueron los frutos de esta lid, la mas larga y penosa que cuentan los anales del mundo. Estas tres revoluciones que renovaron la fuerza y juventud de la nacion francesa, pueden considerarse como tres diversos contratos que la fuerza de los acontecimientos dictó á los gefes de Francia. El primero se celebró entre Clodoveo y su pueblo, el segundo entre Pipino y la iglesia, el tercero entre Hugo Capeto y la nobleza.

No habia en aquellas circunstancias otros medios de conservar la monarquía; porque era forzoso apoyarse en los que tenian en sus manos el poder: y asi en vano procuran los historiadores franceses para disimular ó justificar la usurpacion de Hugo Capeto, sentar como verdad un hecho que de ningun modo pueden probar, á saber: que el gefe de la tercera dinastía fue elegido y proclamado por una asamblea nacional. Olvidan que entonces habia muchos señores ó nobles mas ó menos poderosos, muchos obispos y abades mas ricos que los mismos reyes: que Francia estaba poblada de fuertes castillos, monasterios opulentos, y barones belicosos é independienses, y que ya no existia cuer-

po de nacion, ni por consiguiente asambleas nacionales. Cada señor era rey, general, juez y legislador en sus tierras, y habia mucho tiempo que no estaban sometidos á reglamentos generales, ni á capitulares. Entre las ruinas del derecho comun nacian en todas las provincias costumbres tan diversas como estravagantes. La autoridad de los señores habia reducido en todas partes los hombres libres á una humillante sujecion, y los tributarios á completa servidumbre. Solo el clero formaba corporacion respetada á pesar de la discordia que la posesion de feudos temporales introducia entre los abades y obispos. En semejante estado de cosas ni Hugo Capeto, ni aun su rival, último vástago de la familia Carlovingia, no podian defender, el uno sus grandes pretensiones, el otro sus antiguos derechos, con el voto nacional. Cada uno de estos dos competidores reunió los grandes y amigos que quisieron asociarse á su partido. Convocáronse facciones, no parlamentos. La fuerza, la fortuna y la habilidad decidieron aquella causa que no podia ya decidir la justicia. Al que fue desgraciado abandonaron casi todos: los lisonjeros hicieron el retrato del vencedor y la caricatura del vencido, é inventaron las culpas del abatido y los méritos del ensalzado.

Muchos autores aseguran que los franceses escluyeron del trono á Cárlos, duque de Lorena, porque habia prestado vasallage al emperador Oton. Esta delicadeza, probable en otros tiempos, no lo era cuando los mismos reyes so-

metidos á las costumbres feudales, prestaban homenage á los señores que eran vasallos suyos, por los feudos que poseian en las tierras de estos mismos señores. Ademas los predecesores de Cárlos se habian declarado muchas veces en diversos tratados vasallos de los reyes de Germania por las tierras de Austrasia que habian conquistado y deseaban conservar. La ausencia habitual de Cárlos y su residencia casi continua en Lorena y en la corte de Oton se alegaron, como es probable, contra él, pero sin fundamento, pues no se habian alegado ni contra Cárlos el Simple, ni contra Luis de Ultramar. Pero los partidarios de Hugo le acusaban por otras culpas que ofendian mas y que tenian mas realidad. Cárlos era enemigo de Ema, viuda de su hermano el rey Lotario, y aborrecia igualmente á la reina Blanca, esposa de su sobrino el rey Luis v, que acababa de morir. Acusaba á Blanca de haber muerto á su marido, y procuraba persuadir á todos que Hugo Capeto fue cómplice en este delito. Al mismo tiempo, diseminando la calumnia del trato deshonesto entre Ema y Adalberon Aselin, obispo de Laon, se apoderó de las personas de la reina y del prelado, y los tenia presos. Con este escándalo se hizo odioso al clero, cuyas súplicas y amonestaciones desechaba con altanería.

La emperatriz Teofania participaba del resentimiento de las dos reinas parientas suyas. Hugo Capeto dió algun cuerpo á las murmuraiones de Cárlos, tomando por esposa á Blanca.

Deseando vengar el honor de su muger y el suyo, encontraba en esta querella motivo ó pretesto para apoderarse del trono tantas veces rehusado por su padre Hugo el grande. Siendo señor del ducado de Francia, dueño de Paris, poseedor ó soberano de los ricos territorios que hay entre el Sena y el Loira; aliado del duque de Normandía, amigo del conde de Anjou y hermano del duque de Borgoña, se creia bastantemente autorizado en sus pretensiones con el ejemplo de Eudes, Roberto y Radulfo, que ya habian infringido mas de una vez los derechos de los carlovingios, y llevado con gloria el cetro. El mismo descendia de Carlomagno por línea femenina, y en aquel tiempo los derechos de herencia y eleccion estaban tan confundidos por el uso, que muchas veces se elegian reyes los hijos menores de la dinastía reinante, en perjuicio de los mayores, y tal vez fueron elevados al trono los bastardos ó los descendientes por mugeres: y así podia sin temeridad apoyarse en los mismos títulos que habian parecido bastantes para dar la corona á Eudes, Arnoldo, Guido y Berengario. Hugo no temia á la oposicion de los príncipes germanos ni italianos, porque como habian aumentado su nuevo dominio sobre la ruina de los carlovingios, era natural que mirasen con placer la mudanza de dinastía en Francia; pues de este modo no temerian que un rey carlovingio favorecido por la fortuna de las armas, viniese algun dia á reclamar contra ellos los derechos del gefe de su familia, y del fundador del impe-

rio de Occidente. Estas circunstancias reunidas contribuyeron con igual influjo al logro de la revolucion que se preparaba misteriosamente desde algunos años antes. Ya hemos dicho que á pesar de la escasez de documentos y del silencio voluntario ó forzado de los escritores de esta época se hallan vestigios de estas maquinaciones secretas en algunos pasages de las cartas del arzobispo Gerberto, que despues fue papa, con el nombre de Silvestre II.

Vely inserta una carta muy curiosa de este prelado, dirigida á Thierry, obispo de Metz. En ella refiere con una concision muy estraordinaria tan notable resolucion. "El duque Hugo, dice, reunió seiscientos soldados, y el parlamento que estaba junto en el palacio de Compiegne, cuando supo que se acercaba, se disolvió el 11 de mayo. Todos huyeron, el duque Cárlos, el conde Rinchard, los príncipes del Vermandois, y Aselni Adalberon, obispo de Laon, que dió á *Bardas* en rehenes sus sobrinos en ejecucion de las promesas de Sigefredo y Godofre." Gerberto encubriéndose todavía con el velo del misterio, aunque fácil de descifrar, designa á Hugo con el nombre de Bardas, aludiendo á un príncipe griego de éste nombre, que en la misma época habia usurpado el imperio de Oriente.

El arzobispo de Riems se llamaba Adalberon como el obispo de Laon. Era poderoso en el clero, y tenia influencia sobre muchos señores. Parece que el duque Cárlos, violento en sus resoluciones, audaz en sus empresas, valiente en

la ejecucion, pero inconstante en sus amistades y en su conducta, habia favorecido primero, y despues ofendido á este prelado. Cuando supo los proyectos de Hugo Capeto, creyó que debia consultarle acerca de la conducta que habia de observar para aumentar su partido y ganar la opinion general. Adalberon le respondió en estos términos: "hoy me llamais padre, y poco há solicitabais mi muerte: me habeis tratado como enemigo y ahora me pedis consejo: pero, pues me dais ocasion á que me acuerde de lo pasado, acordaos vos mismo de cuántas veces os he aconsejado que procuraseis ser amigo de los obispos y de los grandes. Me creeis enemigo de la familia real; pero yo no aborrezco á nadie. Quereis saber lo que os cumple hacer; la respuesta es difícil, y si yo lo supiera no me atreveria á decíroslo. Decis que deseais sinceramente mi amistad. Pues bien, aunque hayais invadido el santuario, preso á la reina Ema y al obispo de Laon, despreciado los anatemas de los obispos y prodigado ultrages *á mi señor* Hugo Capeto, sin haber consultado vuestras fuerzas antes de mostrar tanta osadia; ruego á Dios que llegue el tiempo en que pueda serviros con honor, porque no he olvidado que en una ocasion me salvasteis de las espadas de mis enemigos. Lo que puedo deciros es que vuestros amigos os engañan. Bien pronto conocereis que atienden á sus intereses y no á los vuestros, y así debeis desconfiar de todos ellos. Sin embargo, si cierto personage quiere venir á donde estamos, y merecer

nuestra confianza dándonos rehenes, podrémos examinar y tratar con madurez estos importantes negocios: sino, nada es posible hacer." Pocos dias despues de escribir esta carta el mismo arzobispo de Reims ungió á Hugo Capeto. Cárlos no tenia bajo sus banderas mas señores que Arnoldo, conde de Flandes, y Herberto, conde de Champaña. El duque de Aquitánia, aunque no juntó sus tropas con las de Cárlos, se oponia á los designios de Hugo, no por afecto á la familia real, sino por envidia contra el duque de Francia. Muchos señores, esperando el éxito para decidirse, ni reconocian á Cárlos ni á Hugo, y varias cartas de aquel tiempo estan fechadas de este modo: *Reinando Dios y aguardando al rey.* Parece que á Hugo se le miraba como á usurpador, y á Cárlos como á inhabil para reinar, porque estaba escomulgado.

Los mas prudentes juzgaban del éxito de la lucha por los caractéres de los dos rivales. La única prenda que tenian comun á entrambos, era el valor. Pero Hugo, cauto, prudente, atrevido y habil sabía ganar el afecto de los partidos, y Cárlos los engañaba á todos. Este se oponia imprudentemente al espíritu del siglo: aquel se sometia á las ideas recibidas para servirse de ellas. Cárlos amenazaba, y ponia en prision las reinas y los obispos, y así fue vendido, desamparado y escomulgado. Hugo daba á los obispos opulentas abadías, como las de san Dionisio y de san German de los Prados: llevaba sobre sus hombros en las procesiones las cajas de reliquias

por el espacio de una legua; devocion que agradaba mucho al pueblo, y así fue aplaudido y coronado. El descendiente de Carlomagno hablaba con altanería de los derechos de la corona y de las usurpaciones de la nobleza. Hugo prometia á los señores trocar sus usurpaciones en derechos irrevocables. En fin, el uno era rápido en sus empresas y firme en los reveses, cuando el otro mudaba á cada instante de plan, y no sabía aprovecharse ni aun de las victorias mas brillantes.

Hugo Capeto resuelto á apoderarse del trono se presentó de improviso en Noyon al frente de sus tropas, cuando Cárlos reunia en aquella ciudad una sombra de parlamento. Sus partidarios huyeron despavoridos. Hugo convocando una asamblea mas numerosa de señores y obispos les presentó un testamento por el cual el rey Luis le legaba la corona. Proclamáronle rey el último dia de Junio de 987, y el arzobispo Adalberon, alegando para libertarse de sus juramentos la escomunion fulminada contra Cárlos, dió solemnemente en Reims la uncion sagrada al duque de Francia. Mezerai y otros autores hacen la observacion curiosa de que Hugo Capeto desde el dia de su coronacion no volvió á ponerse la corona en ninguna solemnidad; porque, añaden, Dios le habia revelado que su familia la gozaria durante siete generaciones: y esperaba, renunciando él mismo á llevarla, prolongar en un grado mas la fortuna de sus descendientes. Mezerai dice despues: "Hugo ignoraba que el nú-

mero de siete generaciones significa en el lenguage de la escritura la estension de todos los siglos."

Guerra entre Hugo y Cárlos: batalla de Laon (989). El nuevo rey proclamado por algunos amigos, solicitaba reunir de todas partes las fuerzas necesarias para mantenerse en el trono. Cárlos mostraba igual actividad para despertar en los corazones los débiles restos de lealtad á la familia real. Entrambos tenian grandes obstáculos que vencer. Los señores, cuyo auxilio reclamaban, mas atentos á sus rencillas particulares que al interes general no eran las mas veces sino aliados tibios ó infieles. Arnoldo, conde de Flandes, y Herberto, conde de Champaña, amigos de Cárlos, se desavinieron en lugar de estrechar los lazos de su amistad, y se declararon guerra el uno al otro. Hugo, aprovechándose de estas disensiones, marchó contra Alnordo, le venció y le quitó el Artois. Pero el duque de Normandía, aunque aliado de Hugo, le hizo perder en parte el fruto de su victoria. Dió asilo al vencido, le protegió é hizo que se le restituyese el Artois, bajo la condicion de dejar las armas y prestar vasallage á Hugo. El conde de Champaña era suegro de Cárlos; sin embargo, sostuvo tímidamente á su yerno por no perder sus propios estados, si se obstinaba en pelear solo despues de la derrota del conde de Flandes. Cárlos se vió, pues, sin mas fuerzas verdaderas que las de Lorena, las de los príncipes del Vermandois y las que le trajeron algunos señores de Champaña,

A falta de fuerzas recurrió á la astucia. Tomó por traicion la ciudad de Laon, y el obispo Aselín cayó segunda vez en sus manos. Pero este prelado, mas astuto que el príncipe su enemigo, le sedujo con sus artificios, se mostró arrepentido, ganó su afecto y logró en breve ser su principal consejero. Hugo al saber la toma de Laon reune con prontitud todos sus vasallos, y al frente de un ejército bastante numeroso puso sitio á aquella ciudad defendida por su enemigo. Parecia que la suerte de los dos pretendientes iba á decidirse en aquel corto recinto, último dominio hereditario de la familia Carlovingia. El valor frances hizo dudosa la victoria por mucho tiempo; la defensa era tan obstinada, como ardiente el ataque. En fin, Cárlos, digno entonces de los héroes de su estirpe, cansado de combatir al abrigo de las murallas, habla, anima é inflama á sus soldados; sale de la ciudad al frente de ellos resuelto á perecer ó á reinar; se arroja sobre las tropas de Hugo; las atemoriza y desbarata, las persigue, trueca su retirada en derrota y se apodera en breve tiempo de Reims y de Soissons.

Una victoria tan brillante podia mudar y aun dominar la opinion pública: pero Cárlos, tan activo para lograr la victoria, fue demasiado indolente para coger sus frutos. Apenas descansó la fortuna, se trocó. Cárlos dejó á su rival que recobrase la ciudad de Reims. En vez de pelear entabló negociaciones, y por la mediacion del obispo de Langres concluyó con

Hugo una tregua mas favorable al vencido que al vencedor. Durante este descanso, los obispos y abades, agradecidos á los dones de Hugo, le dieron el nombre de defensor de la Iglesia, y desde entonces la iglesia dejó de defender á Cárlos contra él. El pueblo que juzgaba mejor que nadie á los príncipes, porque rara vez los aborrecia y nunca podia adularlos, dió á Hugo el sobrenombre de *Capet*, para dar á entender la superioridad de su juicio y talento. Este príncipe conocia muy bien las costumbres de su siglo para no oponer astucia á astucia. Los hombres eran entonces tan bárbaros, y al mismo tiempo tan corrompidos, que se celebraba la traicion como habilidad. Hugo seguro ya del obispo Aselin, que ocultaba su antiguo y profundo odio contra Cárlos bajo las apariencias de la lealtad y sumision, logró tambien seducir á Arnoldo, hermano natural de Cárlos, cuyo corazon ganó dándole el arzobispado de Reims, que poco antes habia vacado por muerte de Adalberon. Arnoldo juró sobre los Evangelios abandonar á su hermano en favor de Hugo; pero recibido el premio de su defeccion, vendió á su nuevo dueño; porque entregó á Carlos la ciudad de Reims, y pasó despues á Laon á revelarle los secretos que se le habian confiado.

Renovacion de la guerra (990). El duque Cárlos sabiendo por él la necesidad en que estaba Hugo de alejarse y llevar sus fuerzas al Poitou contra el duque de Aquitania, rompió la

tregua, se puso en campaña y se apoderó de muchas ciudades.

Prision de Cárlos (991). Hugo acompañado de su hijo Roberto encontró en breve el ejército de Aquitania tan numeroso que le pareció temeridad acometerlo. Guillermo III, duque de Aquitania, atribuyendo su retirada al miedo y no á la prudencia, le persiguió con tanto ardor que le obligó á detenerse y darle batalla, que fue larga, sangrienta y decisiva. Guillermo enteramente derrotado, se sometió y reconoció por rey á su vencedor. El conde de Anjou, que era del partido de este príncipe, cedió como él á la fortuna é hizo homenage á Hugo por las tierras del Mirebalais y del Loudunois. Esta victoria decidió la suerte de Francia. Allegáronse á Hugo todos los amigos ardientes que produce el triunfo, y solo los traidores se quedaron al lado de Cárlos. Hugo asegurado ya de triunfar sin pelea, se acercó con prontitud á Laon donde Cárlos se mantenia confiado imprudentemente en la fidelidad de su tropa acobardada ó corrompida, y de su pérfido ministro Aselin. Este en la noche del Jueves Santo de 991 abrió una puerta de la ciudad á los enemigos: y Cárlos que dormia descuidado en la fidelidad de Aselin, despertó entre las cadenas.

Este último descendiente de Carlomagno fue encerrado con su muger en una torre de Orleans: su hermano Arnoldo fue tambien preso y pagó así su doble traicion. Celebróse para juzgarle un concilio que le condenó á degradacion y prision.

Hugo dió el arzobispado de Reims al famoso benedictino Gerberto, abad de Aurillac, maestro de su hijo Roberto, y que lo habia sido tambien del emperador Oton III. Era el hombre mas sábio de su siglo. Hizo conocer en Francia las cifras árabes y fue inventor del relox.

Sumision de los aquitanos (993). Hugo, ya sin rivales, reunió á la corona el ducado de Francia. París, que continuó siendo su residencia, llegó á ser la capital del reino. La victoria fue general y completa; pero no la sumision. Aquitania hizo todavía algunas tentativas de resistencia, y no concluyó definitivamente la paz hasta el año de 993.

Guillermo, duque de Gascuña, fue el único que quedó independiente. Los normandos hicieron un desembarco en su pais: pero salió contra ellos, los derrotó, y atribuyó su victoria á san Severo. Los gascones decian que le habian visto pelear á favor suyo en un caballo blanco. Un rico monasterio, edificado cerca de la tumba de este Santo, fue monumento para la posteridad del triunfo y de la piedad de Guillermo.

Hugo empleó el resto de su vida en luchar continuamente con los grandes barones que querian que el monarca ensalzado por ellos, no fuese mas que un fantasma brillante, y que solo gozase una sombra de poder. Mas no tardaron en conocer que todo se habia mudado, y que en lugar de los débiles Carlovingios que solo poseian á Laon y Soissons, habian coronado un rey grande por su carácter, fuerte por sus vic-

torias y poderoso por sus vastas posesiones. No obstante Hugo esperimentó muchas veces la orgullosa altivez de su turbulenta nobleza. El conde de Anjou manifestó tener pretensiones á la ciudad de Tours: auxiliábale Adalberto, conde de Perigon. Hugo le decia: "¿cómo os atreveis á resistirme? ¿ignorais quién es el que os hizo conde? Bien lo sé, respondió Adalberto, los mismos que os han hecho rey:" y sosteniendo con la victoria la altanería de sus espresiones, se apoderó de la ciudad contra todo el poder del monarca. Roma habia reconocido al nuevo rey; pero celosa de su autoridad se opuso á Hugo en muchas cosas. El pontífice censuró que se hubiese depuesto al arzobispo Arnoldo sin intervencion de la Sede Apostolica, y eligió por legado á Seguin, arzobispo de Sens, desafecto al rey y que se habia opuesto á su eleccion y á la deposicion de Arnoldo. A pesar de la resistencia de Hugo se convocó un nuevo concilio, y el rey, cuyo poder aun no habia echado raices, temiendo enemistarse con Roma, hubo de ceder. El concilio depuso á Gerberto y restituyó á Arnoldo la libertad y la mitra. Gerberto se retiró á la corte de Oton III, su antiguo discípulo: y esta humillacion pasagera fue la primer causa de su brillante elevacion. El emperador le nombró arzobispo de Ravena, de donde pasó despues á la tiara.

Estincion de los Carlovingios (994). Carlos no sufrió largo tiempo la humillacion del cautiverio y murió en la prision. Dejó dos hijos,

llamados Oton y Luis, y dos hijas, Gerberga y Hermengarda. El emperador les ofreció asilo en su corte: Oton, el mayor de estos dos príncipes, poseyó el ducado de Lorena y murió sin hijos. La vida de Luis fue corta segun parece y nada se sabe de ella: sin embargo algunos autores dicen que fue el ascendiente de los landsgraves de Turingia. Gerberga casó con Lamberto, conde de Lobaina, y Hermengarda con Alberto, conde de Namur. Despues las casas mas ilustres de Europa aspiraron á la gloria de descender de Carlomagno por estas princesas, y durante la liga, los partidarios del Duque de Guisa atribuyeron esta ilustracion á la casa de Lorena. La verdad es que la familia Carlovingia, que brilló tanto en el Occidente, se estinguió con rapidez, semejante á una luz pálida, sin escitar sorpresa ni sentimiento.

Desde mucho tiempo antes era despreciada la debilidad de los últimos Carlovingios, y el respeto á su nombre no era mas que la memoria de un sueño brillante: los príncipes de aquel tiempo, testigos del último periodo de su grandeza, desaparecieron con poca diferencia de años. Conrado, rey de la Borgoña Transyurana; Guillermo III, duque de Aquitania; Herberto, conde de Champaña; Arnoldo, conde de Angulema, y Ricardo, duque de Normandía, fallecieron casi al mismo tiempo que Carlos. Ricardó, indigno heredero del virtuoso Rolon, gobernaba sus pueblos como tirano. Dominado por la pasion de la caza despojaba á todos los propie-

tarios de sus bosques y dejaba los campos espuestos á la voracidad de los numerosos animales cuya destruccion prohibia so pena de muerte. Esta opresion insoportable redujo los labradores á la desesperacion y se sublevaron. Ricardo sale á campaña acompañado de su orgullosa nobleza, acomete á aquellos miserables, los dispersa, manda cortar los pies á los gefes de la rebelion, y con este rigor bárbaro restablece, no la paz, sino la tranquilidad del terror. Su hijo Ricardo II le sucedió sin obstáculo alguno.

Bretaña no habia intervenido en la lid de Carlos y Hugo, porque entonces ardió en guerra civil. El duque Judicael peleaba contra Conan, conde de Nantes. Al principio dió muerte á los hijos de este conde: pero sorprendido y derrotado poco despues, cayó en manos de Conan. El vencedor casó con la hermana del duque de Normandía, y fortalecido con su apoyo, sometió á su autoridad toda la Bretaña.

En esta época causó gran mortandad en el mediodia de Francia un funesto contagio llamado por su violencia *el fuego de los ardientes*: cuarenta mil personas murieron víctimas de este azote.

Hugo Capeto habia conseguido en fin someter á sus indóciles vasallos: y para afirmar la autoridad de su familia asoció á la corona á su hijo Roberto que fue reconocido rey por todos los señores. Harto hábil para imitar la debilidad impolítica de sus predecesores, aunque le hizo partícipe del poder real, no dividió con él el reino. Su hijo obtuvo el cetro; pero mientras vi-

vió su padre no poseyó ninguna parte de sus estados. Sin embargo muchos autores refieren que Roberto favorecido por algunos de sus vasallos, tomó las armas contra Hugo: mas no citan las circunstancias de esta turbulencia pasagera. Hugo Capeto, como todos los hombres grandes, no limitaba su vista á un horizonte estrecho, sino ejercia su prevision vigilante, tanto en los negocios interiores como en los esteriores, sobre los acontecimientos futuros. Oton solo podia hacerle temer algun peligro en lo sucesivo: y para suscitarle obstáculos y competidores, entabló el rey negociaciones con Basilio y Constantino que reinaban entonces en Oriente. Se ha conservado una de las cartas que les escribió ofreciéndoles su auxilio en Italia si querian coligarse con él contra el emperador de Alemania

Hugo habia esperimentado en su brillante y laboriosa carrera tantos afanes de cuerpo y de ánimo, que su vida no podia ser muy larga. Murió en Paris el 29 de agosto de 996 á los cincuenta y cinco años de su edad y nueve de reinado. Fue sepultado en la abadía de San Dionis. No tuvo hijos de Blanca: pero de su primera muger Adelaida, hija del duque de Aquitania, dejó á Roberto y tres hijas: la primera casó con el conde de Henao, la seguda con el de Nevers y la tercera con el de Ponthieu, á quien llevó en dote el condado de Abbeville. Hugo Capeto consumó una grande revolucion, fundó una nueva dinastía, dió principio á una nueva era para la Francia y le dejó un caudillo mas poderoso todavía

como señor que como rey: y así Montesquieu con su sagacidad acostumbrada observa que "en esta revolucion todo se redujo á dos sucesos. Mudó la familia real, y la corona se reunió á un feudo grande."

Roberto rey de Francia (996). Antes de emprender los fastos de esta nueva dinastía que reina en Francia ocho siglos há, es necesario detenerse un momento y examinar cuidadosamente el estado en que se hallaba el reino cuando Hugo Capeto transmitió pacíficamente el cetro á su hijo, no como una conquista que debia terminar sino como una herencia que debia conservar. El imperio de los francos no existia ya; un príncipe aleman que reinaba en Germánia é Italia era dueño de la corona imperial de Carlomagno. Lorena y Austrasia pertenecian á este nuevo imperio. Las tierras orientales de la antigua Borgoña, Saboya, el Delfinado y casi toda Provenza formaban un reino separado con el nombre de Borgoña Transyurana que dependia del imperio germánico. Á pesar de tantas pérdidas el rey de los franceses reunía aun bajo de su autoridad los vastos territorios que se estendian desde la embocadura del Rhin hasta los Pirineos y desde las playas del Océano hasta las riberas del Ródano: pero muchos grandes vasallos, casi tan poderosos como los reyes, parecia repartir entre sí esta Monarquía. Los duques de Bretaña eran dependientes de los de Normandía. Estos tenian pretensiones á la independencia, y se creían aliados y no vasallos del rey, igualmente que los duques de Gascuña. Los condes

de Tolosa, marqueses de Septimania, los duques de Aquitania, los condes de Anjou, de Auvernia, de Perigords, de Champaña y de Flandes reconocian la autoridad real, pero no cumplian con ella mas deberes que los del vasallage: deberes muy limitados, y que solo consistian en acudir con tropas al ejército del rey, cuando el interes general exigía la guerra: tambien debian reunirse alrededor del trono para componer el consejo nacional. Este tribunal de pares en el cual se juzgaban las causas de los grandes y las de felonía, y se examinaban los principales negocios de la corona y del estado, formaba una comitiva espléndida, pero importuna á los reyes. Sin embargo durante muchos siglos fue para ellos un auxiliar sólido y respetable. Los señores no pagaban tributo al monarca: solo debian hacer los gastos de su casa y corte cuando viajaba por sus tierras, y por costumbre les ofrecian ricos dones en ciertas circunstancias como el nacimiento ó las bodas del heredero del trono. Así el rey no tenia otra renta verdadera que el producto de sus dominios, y no podian disponer, en sus guerras particulares, sino de los soldados que se alistaban en sus propios señoríos: es verdad que eran muy vastos, pues se estendian desde el Sena al Loira, y se aumentaban con la porcion del ducado de Borgoña, que pertenecia al hermano de Hugo Capeto. El reino no era ya ni la Galia antigua, ni la romana, ni tampoco la de Clodoveo, Pipino ni Carlomagno. Todo se habia mudado: apenas quedaban ves-

tigios de las leyes y costumbres antiguas. Los mismos francos eran diversos de lo que habian sido. El tiempo habia modificado de tal manera la libertad sálica y la servidumbre romana, que solo se reconocia su antigua existencia en algunas costumbres, mas dificiles de borrar que las leyes. Así la turbulencia, la altivez, el pundonor, la pasion de hacerse justicia por su mano, el hábito de los desafios, el uso de cortar con la espada los nudos de los tribunales, la aversion á vivir en las ciudades, el amor á la guerra y á la caza, el desprecio del trabajo y de la industria presentaban todavía algunos rasgos característicos de los impetuosos conquistadores de Galia. La gerarquía eclesiástica, los preceptos de obediencia al altar y al trono y las formas de los tribunales de los obispos conservaban algunas sombras de la legislacion romana: pero la opresion de los tributarios y siervos, establecida desde la conquista de los francos, disminuía los efectos de la influencia benéfica de la religion y de la jurisprudencia antigua. Sin embargo, la servidumbre del siglo x no se parecia á la antigua de los griegos y romanos: los principios religiosos y las costumbres primitivas de los francos la habian mitigado. Los esclavos laboraban los campos, vivian de su trabajo, poseían sus tugurios, y no servian en casa de su amo. El servicio doméstico entre los conquistadores de Galia era un empleo de familia y solo se confiaba á personas de satisfaccion. Los criados de un noble franco eran sus parientes jóvenes, sus compañe-

ros, sus amigos. Este cargo era honroso, y los nombres de *valet* ó *valete*, camarero, escudero, llegaron á ser con el tiempo títulos de nobleza. La suerte de los siervos del terruño era tolerable bajo algunas consideraciones, aunque dura, porque era fija é invariable. La de los tributarios, y aun la de los hombres libres, habia tenido tristes revoluciones. En todos tiempos, y aun bajo el imperio de los romanos, los poseedores de dominio habian sido jueces de sus tributarios: pero los juzgaban segun las leyes del estado. Estas leyes no servian ya de regla: *las costumbres*, esto es, la voluntad caprichosa de los señores, se habian sustituido en su lugar: lo que sometia aquellos desgraciados á los derechos, tributos y vejaciones las mas arbitrarias. En cuanto á los hombres libres, todos los que no se habian elevado á la clase de *feudatario* ó señor, ó no habian querido comprar su seguridad y la proteccion de un hombre poderoso á costa de su libertad, despues de ser arruinados y oprimidos por las guerras civiles y estrangeras, se hallaban en un estado peor y mas incierto que el de los tributarios y siervos. Los condes y duques no los juzgaban ya en nombre del rey, sino en el suyo propio. Sufrian los infortunios de la sujecion conservando sus pretensiones á los derechos de la libertad: y refugiados en las ciudades, esperimentaron, con el nombre de *burgueses* (vecinos) y *plebeyos*, todas las humillaciones que el orgullo y la codicia de los barones quiso imponerles, hasta que la política de los reyes se apoyó en su

descontento y dió libertad á los pueblos. Es pues, tan verdadera como concisa la proposicion de Chautereau Lefebre, sábio feudalista: "Los feudos quitaron la libertad á los hombres libres y la dieron á los esclavos:" verdad plenamente confirmada por las profundas investigaciones de Montesquieu, Robertion, Mably, Condillac y Hallam. Así cayó en la servidumbre una parte de los descendientes libres de los francos y galos: y así las vicisitudes del tiempo establecieron en Occidente un nuevo orden social.

Bajo el gobierno de Clodoveo eran iguales los francos, y todas las distinciones eran personales y revocables. Existia una democracia militar, cuyo gefe ó rey, rodeado de compañeros fieles, no tenia poder sino en la guerra: porque en tiempo de paz nada podia hacer sin el voto de las asambleas nacionales. Pero despues de la conquista, dispersados los guerreros en un estenso territorio, se empleó cada uno en el cuidado del dominio que le habia tocado, mas bien que en el interes general. Reinando sobre sus siervos, y gobernando á sus tributarios, ni tuvo tiempo ni voluntad de asistir á las asambleas, ó se presentó en ellas rara vez. Estos francos independientes solo estaban sujetos al servicio militar. El magistrado, conde ó duque, nombrado por el rey, juzgaba sus desavenencias, y marchaba á su frente para reunirlos en los campamentos bajo la bandera real. El vacío que causaba su ausencia, se llenó poco á poco en los parlamentos nacionales, con los antrustiones co-

mensales, domésticos del palacio del rey, y algunos obispos. Los empleos domésticos de la corte llegaron á ser dignidades, cuyos posecdores repartieron entre sí con el nombre de beneficios, la mayor parte del dominio real. En breve los mayordomos ó gobernadores de palacio se hicieron dueños del rey y de la monarquía. En fin estos gefes poderosos ausiliados por los grandes, á quienes convidaban á la independencia, se apoderarón de la corona.

A no tener los nuevos reyes tanta fuerza de carácter, no hubieran hecho mas que consolidar la anarquía; pero el vigor de Pipino y el genio de Carlomagno dieron nuevas fuerzas al estado. A la voz respetable del héroe que fundó el imperio de Occidente, renació el orden; y en Francia, que estaba dividida, pero no disuelta, todo se concentró alrededor del trono, todo emanó del trono, todo volvió á él. Carlomagno elevándose sobre los siglos que le habian precedido y sobre los que le siguieron, obligó á todos á dirigir sus intereses privados hácia el general, concibió la idea de la monarquía representativa, opuso la fuerza de los parlamentos á la ambicion de los grandes, llevó los mas turbulentos á la guerra; y encadenándolos á su gloria no dió descanso á la inquieta actividad de sus vasallos. El Occidente tembló á sus armas, y Francia, respetando sus leyes, gozó de la tranquilidad que le aseguraba su justicia. Pero al morir el héroe, se desplomó la grande obra que habia fundado: la gloria se olvidó, la libertad desapare-

ció; en su lugar dominó la licencia, y cayó roto el freno de la autoridad. Luis el piadoso permite ser juzgado y que le destronen sus hijos. Estos hijos ingratos se despedazan entre sí: la nacion se divide en partidos. Los príncipes para aumentar el suyo, compran el socorro de los señores: y reparten con ellos sus señoríos y su poder. No obstante, una costumbre antigua de los galos, germanos y francos mantenia, aun en medio de estas turbulencias, algunos medios de conservar el orden público. Todo hombre que habia recibido de un caudillo el mas pequeño don, le reconocia por señor suyo, era su *fiel*, ó su vasallo, y no podia ya dejarle sin deshonor. Los sucesores de Luis rompieron este vínculo, permitiendo á todos mudar de señor como quisiesen. En fin, consumando el abatimiento de la monarquía ante la aristocracia, sometieron ellos mismos sus desavenencias, sus derechos y su corona, no ya á las dietas nacionales, sino al juicio de algunos señores. Carlos el Calvo acabó de arruinarlo todo. En su larga y sangrienta lid contra los demas príncipes, compró en todas partes adictos á costa del dominio real y de la autoridad de la corona; hizo hereditarios los feudos: y las magistraturas públicas llegaron á serlo tambien. Se vió, pues, á los duques y condes, esto es, á los gobernadores y jueces, poseer sus empleos como poseian sus tierras, convertirse en pequeños soberanos, tener cortes, palacio, acuñar moneda, fortificar sus castillos, y pelear con sus vecinos ú oprimirlos, al frente de los

hombres libres que mandaban, no ya en nombre del rey sino en el suyo propio. Despreciando los capitulares, sometieron sus vasallos á sus caprichos, y pusieron los usos en el lugar de las leyes. Rara vez se dignaron de acudir al llamamiento del monarca, y aun entonces le hacian pagar su ausilio con nuevos sacrificios. Ni respetaban mas al clero, aunque era una corporacion del estado: solamente algunos obispos y abades poderosos que se habian hecho señores de muchas ciudades peleando contra la nobleza, llegaron á tener la misma influencia. Los demas fueron despojados de sus bienes por los mismos señores, que tomando á un mismo tiempo, aunque eran legos, los títulos de abades y condes, llevaban igualmente, sin escrúpulo alguno, el yelmo y la mitra, la cruz pastoral y la espada.

Esta anarquía de los nobles, opresores de los pueblos, no podia ser duradera. Los héroes desparecen, los reyes son destronados, las coronas caen: pero las naciones quedan; y la ley general del orden produjo cierta organizacion social en el seno mismo del caos. La necesidad, pues, hizo que en medio de la confusion política en que Francia estaba abismada, haciendo uso de las reliquias de sus antiguas leyes y costumbres, mezclándolas con los nuevos usos y contribuyendo con escombros, se levantase un nuevo edificio, estravagante, si se ha de decir la verdad, á los ojos de la razon: molesto á los de la filosofía, pesado á los de la humanidad: pero gerárquico, regular, sólido, respetable. Este fue

el régimen feudal; sistema aristocrático y caballeresco, que limitando el poder de los reyes, y haciendo mas estrechas las cadenas del pueblo, sin embargo, hizo á Francia temible á las otras naciones, y durante muchos siglos, sino le dió fuerza, por lo menos la coronó de gloria. Desde el reinado de Carlos el gordo hasta los de Luis el menor y Felipe Augusto, esto es, durante el intervalo de 300 años, el sistema feudal, lento en organizarse, se alimentó de destruccion y se compuso de ruinas. Esta triste época fue solo una noche sombría, un caos sangriento en que todo Occidente vió desaparecer á un mismo tiempo ciencias, artes, leyes, razon, justicia y humanidad.

Pero de aquellas tiniebles salió en fin una nueva luz. El honor despertó la virtud: el espíritu de la caballería opuso diques al torrente de la barbarie. El trono, mas fortalecido, amplió el asilo protector que mostraba á los oprimidos. El valor generoso de Felipe Augusto, su magnanimidad, las virtudes y la grandeza de alma de san Luis dieron á todos sus vasallos y nobles, ejemplos de justicia, urbanidad, lealtad y cortesía. Todos se dedicaron á imitarlos. Estos siglos fueron el tiempo heróico de los franceses: la generosidad, el valor, la bondad y la religion, repararon con los actos de la vida privada la falta de justicia pública; y casi en todas partes el honor mas fuerte que las leyes, puso trabas á la arbitrariedad, mitigó la tiranía y cumplió él solo todos los deberes de que dispensaba la fuer-

ra al poderoso. En fin las costumbres mudadas suplieron por las leyes. Los señores mas grandes, como los duques de Aquitania, Gascuña, Borgoña, Flandes y Normandía, y los condes de Tolosa, Vermandois y Champaña, que reconocian al rey solo por superior, formaron el primer eslabon de la gerarquía feudal. Así la *dependencia inmediata* fue la distincion mas señalada de las clases, y hasta tal punto, que algunos pequeños señores á quienes las circunstancias habian permitido no tener otro apoyo que el del trono, y que eran vasallos inmediatos del rey, como los señores de Coucy y Beaujeu, fueron siempre pares y varones del reino; cuando los magnates mas poderosos, como los duques de Bretaña, los condes de Anjou y otros muchos, no eran pares y barones sino de los ducados de Aquitánia y Normandía, cuyos titulares eran sus soberanos. Cada uno de los vasallos inmediatos tenia bajo su dependencia muchos vasallos, y estos á otros: así la Francia se dividió en feudos primarios, secundarios &c. Unos poseían grandes territorios, otros, ciudades: otros, poblaciones rurales; y algunos, solamente un castillo y una aldea. En fin, como se estimaba la grandeza de un señorío por el gran número de feudos que dependian de él, y por otra parte el poseedor de un feudo salia de la clase de los oprimidos para entrar en la de los independientes y dominadores, el deseo de dar y recibir feudos fue tan general, que á falta de tierras se dieron en feudo, rentas, pensio-

nes, empleos, impuestos, hornos comunales y aun enjambres de abejas. Ya no existian las calificaciones de francos y galos: otros nombres designaron la diferencia de clases: todos los individuos de la familia de un feudatario quisieron distinguirse del pueblo: y como no todos eran duques, condes, vizcondes ó señores, tomaron por título general el de *nobles*, y el reino fue habitado por dos pueblos diferentes, los nobles, y los plebeyos ó *rompe tierras*. Esta onerosa desigualdad duró tanto, porque la aristocracia era muy numerosa, y pudo considerarse, como dice Mr. de Montlosier, "como una nacion verdadera y muy poderosa." Si se hubiese estendido mas y admitido en sus filas á los pequeños capitalistas industriales, como admitió á los territoriales, habria llenado todas las condiciones que exige Montesquieu para dar duracion y solidèz á la aristocracia y hacerla tolerable. "La mejor aristocracia, dice, es aquella en que la porcion del pueblo que no participa del poder es tan pequeña y pobre, que la porcion dominante no tiene interes ninguno en oprimirla. Así, cuando Antípatro mandó en Atenas quitar el derecho de voto á los que no tuviesen dos mil dracmas, formó la mejor aristocracia posible: porque este censo era tan pequeño, que escluía á muy pocos, y ninguno de los escluidos podia ser hombre de consideracion. Las familias aristocráticas deben ser *pueblo* lo mas que sea posible. Cuanto mas se acerque la aristocrácia á la democracia, mas perfecta será: y se ale-

jará mas de la perfeccion, cuanto mas se acercare á la monarquía." Este célebre y profundo escritor miraba con razon la oligarquía como el peor de los gobiernos: porque, siendo debil por su número y desconfiada por su naturaleza, es tiránica por necesidad, escita los resentimientos de la muchedumbre oprimida, y no puede resistir por mucho tiempo al gran número de enemigos que ha de reprimir. La aristocracia feudal, como veremos pronto, preparó su ruina, concentrándose sucesivamente, oprimiendo á los industriales, con quienes debió hacer alianza, y presentando de este modo á los reyes los medios de arruinarla y elevar su propia autoridad con la proteccion y libertad que daban á las poblaciones. La nobleza de Inglaterra siguió otro camino: dirigiendo con mas habilidad su organizacion, imitada de la francesa; se unió á los pueblos para poner límites á la autoridad real. La conservacion de los barones ingleses y de las libertades públicas fueron el fruto de esta alianza entre plebeyos y nobles. Es facil ya formar esacta idea de los efectos que debieron resultar, en cuanto á la legislacion civil y política de Francia, de la ereccion de tantos feudos grandes y pequeños. Cada señor, rodeado de feudatarios y nobles, dispuestos á sostenerle, y gozando con mas estension que los antiguos francos la facultad de vengar por sí mismos sus injurias, ejerció constantemente el derecho de guerra: de modo que segun la notable espresion de Condillac, "Francia, dividida en feudos primarios

y secundarios, lo estuvo tambien en guerras principales y subalternas." Sin embargo, los grandes vasallos, absolutos en sus dominios, estrecharon cuanto pudieron en esta parte los derechos de sus feudatarios, y se reservaron el conocimiento de las causas principales que hacian sentenciar en sus tribunales de *alta justicia*. Las atribuciones de estos tribunales fueron bien pronto muy numerosas: porque los señores menos poderosos se cansaban pronto de los combates, que los arruinaban, y se veian obligados las mas veces para terminar sus diferencias, á recurrir á la jurisdicion de sus señores soberanos.

Todos los plebeyos, es decir, los siervos, tributarios y vecinos, privados de este recurso, dependian absolutamente del carácter mas ó menos severo de sus barones, ó por mejor decir, de sus dueños. Estaban sometidos á los derechos é impuestos mas arbitrarios, espuestos á la confiscacion de sus bienes, precisados para lograr el permiso de casarse, á pagar sumas considerables ó á someterse á servicios ignominiosos. Los habitantes de las ciudades estaban sujetos á una capitacion arbitraria, y obligados á mantener á su señor ó á los dependientes de éste, que con frecuencia les quitaban víveres, muebles, carros y caballos, y saqueaban sus casas: en fin, habia solo una muy corta diferencia entre su suerte y la de los siervos: y era poder entrar en el orden del clero, ó elevarse fuera de su clase uniéndose á la feudal, ya por casamiento, ya por gran-

des servicios militares, ya en fin, obteniendo algunos privilegios, derechos, empleos ó rentas hereditarias.

Los grandes feudos se habian hecho principados casi independientes, y sus habitantes fueron tomando poco á poco los nombres de sus territorios, y así se dividieron los franceses en flamencos, normandos, picardos, borgoñones, gascones, &c. Mientras las destrucciones fueron solamente personales y vitalicias, cada franco tenia un nombre propio diferente que acababa cuando él moria. Este uso constante prueba suficientemente, contra el sentir de algunos autores, que no habia entonces nobleza verdadera: pues la nobleza no se conserva ni se prueba sino por la perpetuidad de los nombres. Bajo la segunda dinastía la mayor parte de los señores añadieron á su nombre un apellido que los distinguiese. Desde el principio de la tercer dinastía, siendo definitivamente hereditarios los títulos, empleos y feudos, las personas de cada familia noble tomaron sus apellidos del ducado, condado, señorío, ciudad, aldea ó castillo que poseían, ó que á lo menos poseía el gefe de su casa. Por esta razon las familias mas ilustres de la nobleza de Francia buscarian en vano las pruebas y títulos de su filiacion y origen en tiempos anteriores al fin del siglo X. Ademas, los nobles de aquellos tiempos remotos, ocupados incesantemente en pelear unos con otros, ó contra los bárbaros, eran tan ignorantes que muy pocos de ellos sabian escribir. Casi todos los matri-

monios y nacimientos, así como los dones y concesiones testamentarias, se probaban con testigos. Todo llegó á ser litigioso é incierto: y en un tiempo en que la iglesia prohibia las bodas entre parientes de grados muy lejanos, era frecuente el riesgo de contraer lazos ilegítimos.

Los pocos decretos y cartas que nos quedan de esta época de barbarie, prueban por los mismos privilegios que los señores concedian á ciertos vecinos en las ciudades y á ciertos hombres libres en los campos, es decir, á los plebeyos, el esceso de las vejaciones con que los maltrataban. Por estas cartas permitian á los padres enseñar á leer á sus hijos, y vender sus frutos á otro que no fuese su señor; estipulando algunas veces que no venderia en público sino los que estuviesen echados á perder. Mably cita una carta del conde de Poix que se abrogó el derecho de tomar, durante su vida, á cada mercader una porcion determinada de sus géneros, sin pagarlos. Algunos siglos despues el señor de Mirepoix reclamó ante el parlamento de París "el derecho noble, decia, que mis antepasados han ejercido siempre de mandar quemar todos los hereges que se hallen en sus tierras." Los señores concedian muchas veces á sus criados ciertos latrocinios, ennoblecidos con el título de derechos. En virtud de una carta de esta especie los cocineros y galopines del arzobispo de Viena habian impuesto en sus dominios una contribucion sobre los casamientos. Este orgullo de los señores, este envilecimiento de los plebeyos dieron desde entonces

orígen á un ódio funesto entre ambas clases. Los primeros dieron á los segundos por ignominia el nombre de *villanos*, y estos en venganza procuraron envilecer el título de doméstico, honrado siempre en los palacios y castillos como lo fue en las tribus belicosas y en las familias patriarcales de Germánia. Mientras reinó la dinastía Carlovingia, los nuevos estados de los señores consistian en pretensiones espuestas á contestacion y en costumbres que empezaban: pero cuando el señorío se restituyó á la corona, y "Francia, como dice Mezeray, fue gobernada mas bien como un gran feudo que como un reino," todas aquellas pretensiones se legalizaron en cierta manera. La aristocrácia, que solo era antes un poder de hecho, llegó á ser potencia legítima. Hugo Capeto no tuvo otro título para subir al trono que la fuerza debida al gran territorio de su señorío. Confirmó, pues, las usurpaciones de los demas para legalizar la suya: y solo así pudo lograr una sombra de obediencia de aquellos duques y condes potentes y orgullosos, que por tantos años se mostraron rebeldes á los mandatos de los descendientes de Carlomagno: y no llegó á ser rey sino consintiendo en ser solamente el gefe de una república aristocrática: su autoridad como monarca, era aparente, y debia su verdadero poder á los ducados de Francia y Borgoña. Este triunfo de la autoridad señorial sobre la régia produjo una revolucion inevitable: porque los últimos Carlovingios, despojados de tierras y señoríos, en vez de poder

sostener sus dignidades, ni aun pudieron conservar su independencia. En efecto, parece que se oyen los últimos suspiros de esta familia real, cuando Luis de Ultramar, en un parlamento convocado por Oton el grande, invocó el socorro de este emperador, y le hizo el cuadro deplorable de su posicion diciéndole: "despues de la muerte de Rodulfo, Hugo y otros grandes señores me enviaron á Inglaterra embajadores convidándome á volver á Francia. Llegué á Boloña fiado en sus promesas: hallélos reunidos, y fui consagrado en medio de las aclamaciones de nobleza y pueblo. Pero Hugo, olvidando su juramento, ha tomado las armas contra mí. Empleando sucesivamente la fuerza y la traicion para consumar mi ruina, me ha tenido prisionero, y no he recobrado mi libertad hasta que le cedí la plaza de Laon, único dominio que me quedaba, única ciudad en que la reina Gerberga podia decentemente fijar su residencia. Estos son los agravios que me han hecho mis súbditos. Si alguno de ellos me acusa de haber merecido mi infortunio por delito ó violacion de promesa, pido al concilio y al rey de Germánia que me permitan justificarme ante ellos de la manera que estimen conveniente. En fin, si es menester, me ofrezco á demostrar mi inocencia en singular batalla." Era imposible, pues, que los Carlovingios conservasen el trono, y la necesidad de las cosas exigia ó que la corona desapareciese, ó pasase al mas atrevido ó al mas habil de los barones. La nueva monarquía, por

mas estrechos que fuesen los límites que le impuso la aristocrácia, consolidó no obstante el vínculo social. Toda la nacion se reunió y sometió poco á poco al trono, punto central, ya poderoso por sí mismo. Hugo Capeto y sus sucesores rodeados, mas bien como señores que como príncipes de muchos vasallos, nobles y hombres de guerra que les asistian por obligacion en sus querellas particulares, fueron muy pronto superiores á sus enemigos, y se aprovecharon de las disensiones de los grandes vasallos para atraer á algunos á su partido. Como su poder era central y perpétuo, se aumentó progresivamente: y así desde el reinado del tercer descendiente de Hugo, la autoridad real dió pasos tan rápidos, que vino á ser el escudo general de los débiles contra los fuertes.

El cansancio de las discordias obligó á muchos señores á elegir por árbitros á los reyes: el derecho de confiscacion de los feudos en el caso que el detentor violase las leyes feudales, dió al príncipe medios de estender sus dominios y aumentar su poderío. Las conquistas, tratados y casamientos, la extincion de ciertas familias, la recuperacion de los ducados de Anjou, Guiena, y Poitou de mano de los príncipes ingleses que los habian poseido momentáneamente, reunieron mas tarde á la corona los feudos principales. En fin, el crecimiento de poder y la necesidad de policía pública, dieron á los Capetos esperanza y fuerza para recobrar la autoridad legislativa, que por desgracia de ellos y de

Francia, no supieron ó no quisieron dividir con la nacion. Así el poder monárquico, siendo arbitrario, se elevó á una altura muy grande, pero sin tener base, y para destruir todas las resistencias se privó de todos los apoyos. Estas grandes mudanzas fueron obra de muchos siglos. La aristocrácia defendió palmo á palmo sus derechos esclusivos. Habria triunfado, si á imitacion de la nobleza anglicana, hubiera peleado, no por su independencia propia, sino por las libertades públicas. Como los señores fueron siempre en Francia menos populares que los reyes, los reyes favorecidos de los pueblos, triunfaron de ellos. Esta victoria completa no se consumó sino muy tarde: pues se vé por las ordenanzas de san Luis que este príncipe no se creía con derecho de hacer ejecutar sus leyes sino en sus propios dominios. Atribúyese generalmente á Hugo Capeto la abolicion de una costumbre que habia contribuido en gran manera á debilitar el trono de los Merorvingios y Carlovingios; tal era la de dividir el reino entre los hijos de los reyes. Pero es probable que Hugo no tuvo en esta parte mas mérito que el de consolidar el nuevo uso, cuya necesidad estaba ya reconocida: pues cuando murió Luis IV, solo Lotarío poseyó el trono, sin dividirlo con su hermano Cárlos.

Tambien se atribuye sin fundamento al gefe de la tercer dinastía la creacion de los doce Pares de Francia; la cual no fue anterior al reinado de Luis el Menor; y aun no es conocida positivamente su época fija. La palabra *par* es equi-

valente á *igual*. Los señores, los vecinos y los tributarios tenian sus pares. Cada uno, segun la costumbre de los francos, debia ser juzgado por sus iguales. Un conde ó un duque no podia administrar justicia sino asistido por los *pares* ó barones *sábios* de su jurisdiccion. El tribunal del rey se componia de pares, esto es, de todos los barones que dependian inmediatamente de la corona. Los que atribuyen mucha antigüedad á la institucion de los doce Pares, no pueden fundar su opinion sino en los sueños del arzobispo Turpin, escritor, no de una historia útil, sino de una novela absurda. Los que asignan el fin de la segunda dinastía como la época de la creacion de los doce Pares de Francia, seis de ellos eclesiásticos, no van menos equivocados, olvidando sin duda que en aquel tiempo los obispos de Langres, de Reims, de Beauvais y de Laon no eran vasallos inmediatos ni pares. Mas visos de verdad tiene que Luis el Menor, ó por mejor decir, Felipe Augusto, deseando dar mas solemnidad á los juicios de las grandes causas reales y hacer mas pomposas las ceremonias de la consagracion ó de la asociacion del heredero del trono á la corona, sin anular el derecho de los otros pares, eligió seis entre los grandes barones, y añadió á ellos seis obispos, destinados todos á asistirle mas especialmente en las grandes solemnidades. Este fue el verdadero orígen de la nueva dignidad de par, que hizo olvidar la antigua. Pero los demas barones, vasallos inmediatos, conservaron por mucho tiempo los de-

rechos de pares reales, aunque pocas veces los ejercian.

El rey juzgaba con estos pares las querellas de los grandes vasallos que recurrian á su tribunal, y los vasallos secundarios podian tambien citar á él á sus señores, cuando les negaban justicia, ó cuando sus sentencias eran contrarias á las leyes de los feudos. "Tal fue, dice Montesquieu, el orígen de las apelaciones, muy diferentes de lo que son en el dia. Sin embargo, habia recurso al rey, y el trono era la fuente de donde salian todos los rios y el mar á donde pasaban." En el tribunal del rey tenian tambien asiento los principales dignatarios de la corona, el gran senescal, el camarero, el botiller, el condestable y el canciller. La frecuente asistencia de estos y la ausencia de la mayor parte de los otros barones, acostumbraron poco á poco los ánimos á la sustitucion del parlamento ó consejo particular del rey en lugar de las juntas nacionales. Las leyes no habian sufrido menos alteracion que las costumbres: la nobleza guerrera preferia la palabra á los escritos, el pundonor á la justicia y los combates á los procesos, y así cayó en desuso el código Teodosiano. Los capitulares y reglamentos generales caducaron: al derecho escrito sucedió el derecho feudal ó de costumbre: acabó tambien la facultad de elegir monarca en la familia reinante, y el trono fue hereditario de baron en baron, porque los feudos lo eran. A esta gran mudanza de la herencia de los feudos debe atribuirse la abolicion de

todas las formas electivas y republicanas: revolucion prevista y esplicada por el historiador Nitardo, nieto de Carlomagno. Dice que "cierto Adelardo llegó á tener en una ocasion tan grande influencia en el ánimo del emperador Cárlos el Calvo, que este príncipe, obedeciendo en todo á la voluntad de su privado, dió los bienes del fisco á todos los que querian, y los hizo hereditarios, aniquilando de esta manera la república." Yerran pues, los escritores modernos cuando derivan del derecho romano la autoridad de los reyes francos sobre su nacion, y cuando dicen que heredaron á un mismo tiempo los derechos de Marco Aurelio y de Clodoveo. Es verdad que los títulos de cónsules y patricios, que tomaron aquellos príncipes, y el de emperador, resuscitado por Carlomagno, pudieron dar mas vigor á su autoridad sobre los romanos, galos é italianos que reconocian el código Teodosiano. Así el estilo de estos y de los obispos cuando hablaban á los reyes, era tan humilde, como libre y orgulloso el de los francos; mas era tan ventajoso hacerse franco y someterse á la ley Sálica, que la ley romana decayó casi en todas partes. Al fin de la segunda dinastía no quedaban mas leyes que las de los francos: modificadas por los capitulares y despues por los usos señoriales. Esto es lo que han observado con razon, y probado con muchos hechos incontestables los mejores publicistas, como Montesquieu, Robertron, Mably y Condillac. Por otra parte, mientras los feudos fueron amovibles, pertenecieron

á la ley política solamente, y no fueron objeto de la civil, hasta que, convertidos en hereditarios, pudieron ser transmitidos, legados ó vendidos. La ley romana cedió en todas partes el puesto á la feudal. Bajo la tercer dinastía, habiéndose hallado y publicado en Italia un ejemplar del código de Justiniano, los reyes se sirvieron de sus principios para establecer poco á poco su autoridad sobre las reliquias del poder señorial y de los usos. En las provincias meridionales se conservó mas tiempo el vigor y la memoria del derecho romano. Pero, dice Beaumanoir, "cada señorío tenia en Francia su derecho civil peculiar, y no creo que en todo el reino hubiese dos feudos que se rigiesen en todos los puntos por la misma ley." Esta diversidad y complicacion estravagante fue precisamente la que dió lugar á tantas contestaciones y querellas, que las apelaciones al rey fueron muy frecuentes. La ciencia y el estudio, insoportables á los nobles guerreros, eran sin embargo necesarios para juzgar tantos pleitos, y la autoridad de los reyes se aumentó con esta circunstancia. Así poco á poco y sin convulsiones se hizo una gran revolucion: la justicia y las leyes cambiaron: los plebeyos instruidos se sentaron en los tribunales para juzgar á los nobles: el poder real sucedió á las autoridades feudales: y como los estados generales, privados de autoridad legislativa, no se convocaban sino rara vez y solo para que concediesen subsidios estraordinarios, no quedó otro simulacro de los parlamentos nacionales,

que el parlamento del rey, el cual en nada se parecia al antiguo, sino en que asistian á él algunos pares y oficiales de palacio.

El velo de la ignorancia cubria entonces á toda Europa. Nadie sabia leer ni escribir en los palacios del rey ni en los de los señores. En lugar de raciocinar se peleaba: la espada servia de prueba y de argumento al acusado y al acusador. En fin, para acabar de destruir toda idea de justicia pública, se dió á las decisiones bárbaras de la fuerza el nombre de *juicios de Dios*. Las escuelas fundadas por Carlomagno habian perecido, y en el siglo de Hugo eran muy contados los obispos ejemplares y mas instruidos que sus compatriotas, como Eramber, obispo de Tolosa, Gausbeil, de Cahors; Turpion, de Limoges; Fulcrando, de Lodeve; Gerardo, de Toul; Aimoin, monge de Fleury; Frodoardo, abad de San Reny; Dudon, dean de San Quintin, y el famoso Gerberto, arzobispo de Reims. Era menester mucha aficion á las letras para escribir en un siglo en que no habia lectores. Los conocimientos, en lugar de producir admiradores, acarreaban á los sábios muchos enemigos. Gerberto fue acusado de mágia, porque usaba de cifras árabes y tenia en su casa esferas é instrumentos de matemáticas. Esta ignorancia general fortificaba la supersticion. Los prelados y abades, en desprecio del Evangelio, se presentaban armados en las cazerías y en los combates, y se entregaban sin freno alguno al juego y otras diversiones mas peligrosas, propias de los señores

feudales á cuya clase pertenecian. Al mismo tiempo se establecian, como en San Juan de Angeles, peregrinaciones para venerar reliquias falsas, que se decian haber sido encontradas recientemente. No era posible que en medio de tanta barbarie recobrase el comercio alguna actividad. Los mercaderes que casi todos eran lombardos ó judíos, eran detenidos y puestos á contribucion en cada señorío, donde el baron reglaba á su arbitrio los peages é impuestos: la agricultura, oprimida y envilecida, se limitaba á las necesidades de una poblacion miserable y poco numerosa y á las exigencias de un lujo grosero; que consistia mas en la abundancia que en la eleccion de los manjares, y que se concentraba en el corto recinto de los castillos nobles, y de las abadías opulentas. Para completar el cuadro de Francia en aquella triste época, bastará describir la imágen que presentaba á los ojos de un viajero. En medio de la capital, mal edificada, y sin empedrado ni alumbrado, podia causar admiracion la magnificencia belicosa del príncipe y su numerosa comitiva de grandes dignatarios, prelados, camareros, escuderos y algunos vasallos, casi independientes y que con frecuencia pasaban de aliados á enemigos. Los negocios que se trataban en esta corte eran mas bien que procesos, querellas, ó con Roma ó con lo señores, que se decidian por las armas mas veces que por la justicia. La administracion de rentas se reducia á la del dominio real. El monarca no tenia guardia, ni daba armas á sus soldados sino en el

caso de salir á campaña. La fuerza precaria de su ejército dependia de la fidelidad caprichosa de sus vasallos. Las diversiones del monarca eran, unas veces los juegos militares que describimos circunstanciadamente cuando hablamos de las fiestas que se celebraron en la reunion de los hijos de Luis el Pio: otras la caza, pasion de los grandes, que en detrimento de la agricultura poblaba las selvas de animales devastadores; y en fin, espectáculos groseros en que se ofendia tanto al pudor como á la razon con los indecentes ademanes de los bufones, mimos y danzarines. El número de éstos se aumentó prodigiosamente por la influencia de Constanza, muger del rey Roberto, que creia embellecer y civilizar su corte con semejantes ridiculeces. Al mismo tiempo se permitian en los templos las farsas estravagantes y aun sacrílegas, sino las disculpara el candor rústico del siglo, conocidas con los nombres de *fiestas del asno y fiestas de los locos.* En todos los castillos que cubrian el suelo de Francia hallaba el viajero los mismos usos, ignorancia y orgullo, la misma comitiva de vasallos y domésticos con título, igual magnificencia en armas y caballos, igual profusion en los banquetes, igual aficion á los ejercicios militares, á la caza y al juego. Las ciudades carecian de policía, industria y seguridad. Los caminos reales, mal cuidados, ofrecian á los viajeros obstáculos y peligros de toda especie, á causa de los ladrones, pagados muchas veces por los mismos que debian castigarlos. En fin, los campos, desiertos la ma-

yor parte, formaban un pais medio selvático, en que se veian esparcidos algunos dominios de los pequeños feudatarios que procuraban imitar en su rústica mansion las costumbres orgullosas del castillo; y á grandes distancias, con el nombre de aldeas, chocillas habitadas por hombres, cuya vida brutal se diferenciaba muy poco de la de los animales uncidos á su arado. Tal era el estado de aquella Francia, tan vivificada en otro tiempo por las artes y el lujo de los romanos, tan orgullosa por el valor y la libertad de los francos, tan potente y gloriosa bajo el cetro y la espada de Carlomagno, y que despues, levantada al grito del honor, libertada por las leyes é ilustrada mas tarde por la antorcha de las ciencias, volvió á ser una de las primeras y mas ilustres monarquías del mundo.

El rey Roberto carecia del entendimiento vasto, alma elevada y habilidad profunda de su padre. No era capaz de conquistar una corona: pero poseia la bondad y generosidad necesarias para conservar la que tenia. Instruido por Hugo en el ejercicio de las armas, se habia distinguido por su valor en muchos combates: era díscipulo de Gerberto, y por tanto menos ignorante que sus vasallos. Ejemplar en sus costumbres y exento de ambicion, sabia reprimir sus deseos y dominar sobre su ánimo. En otra época su reinado hubiera sido pacífico: pero entonces no bastaba querer la paz para darla ó conseguirla. La vida de un rey era una lid indispensable y contínua contra estrangeros ambiciosos y vasallos turbulentos.

Las primeras tempestades que perturbaron su reinado, procedieron de sus relaciones domésticas. La iglesia prohibia los matrimonios entre parientes hasta el séptimo grado. Roberto, habiendo perdido á Luitgarda, su primera muger, viuda del conde de Flandes, habia casado con Berta, hermana del rey de la Borgoña transyurana, y viuda del conde de Chartres. Pero Berta era su prima, y ademas madrina de un niño cuyo padrino fue al mismo tiempo Roberto, lo que añadia al de la sangre el impedimento de parentesco espiritual. No obstante, los obispos de Francia permitieron al rey contraer este matrimonio: á lo menos, pocos se opusieron á él. Abon, abad de Fleury, declamó contra esta infraccion de los cánones y persuadió al pontífice Gregorio v que anulase el casamiento. Gregorio, á quien no se habia consultado, amenazó con la escomunion á los dos esposos igualmente que á los obispos que habian aprobado su union. La incertidumbre del rey fue suma: amaba á su muger, pero era muy religioso. Asistia al templo quizá mas horas que las que le permitian sus obligaciones de rey, y se ponia entre los cantores, sin diferenciarse de ellos mas que en su capa de seda y en su cetro de oro. Para confirmar sus promesas, tenia la costumbre de jurar *por la fé del Señor.* Era escrupuloso para con los demas como para sí mismo: y queriendo evitar que el temor de su poder obligase á algunos á perjurarse, tenia siempre cerca de sí dos relicarios: uno de cristal y oro, vacío: y el otro de plata, y en lugar de

reliquias, tenia solamente un huevo de paloma. Con este fraude pueril se persuadia á que preservaba del perjurio á los que creian hacer juramento sobre reliquias verdaderas. Los cortesanos, lisonjeando sus disposiciones piadosas, para sacar partido de ellas, fingian venerarle como á santo, y aun le atribuyeron el milagro de haber dado vista á un ciego echándole agua en la cara. A pesar de esto, el amor á su esposa le inspiró valor para resistir á los rayos del Vaticano, y Gregorio v empleó en defensa de la moral pública las armas espirituales, mas respetadas entonces en Francia que en Italia: pues el pontífice castigaba con ellas al rey Roberto precisamente en la misma época que un tribuno turbulento le arrojaba de Roma y de su silla. Este tribuno era Crescencio que hizo elegir un anti-papa y restableció momentáneamente las antiguas formas de la república, creando senado y cónsules bajo la autoridad del nuevo pontífice. Esta revolucion que suscitó las memorias de un siglo muy diferente, duró poco. El emperador Oton marchó contra Roma: Crescencio, perdonado primero, y revelado segunda vez, fue preso en el castillo de Santangelo, y ahorcado. A su anti-papa Juan xvi le sacaron los ojos y cortaron las manos.

Roberto escomulgado por Gregorio v. (998). Gregorio, restablecido en el trono pontifical, pronunció solemnemente en un concilio la anulacion del matrimonio de Berta. Gerberto, arzobispo de Ravena, fue el primero que firmó,

despues de Gregorio, el decreto de disolucion. Este decreto, dado en 998, contenia lo siguiente: "El rey Roberto, que contra las leyes de la Iglesia ha casado con su parienta Berta, la deje inmediatamente, y haga penitencia siete años, segun los cánones y usos de la Iglesia: sino obedece, declárescle escolmugado: Berta quede sometida á la misma penitencia bajo las mismas penas: Arquimbaldo, arzobispo de Tours, que celebró este matrimonio incestuoso y todos los obispos que le han aprobado, queden suspensos del uso de los sacramentos hasta que vengan á Roma y hayan espiado sus pecados." El rey desobedeció, y el papa fulminó entredicho contra el reino. He aquí algunas espresiones del nuevo decreto, que muestran cuánta era entonces la estension del poder pontifical. "El rey y la reina sean malditos en la ciudad y en el campo: sus hijos, tierras y rebaños sean malditos con ellos: sus intestinos caigan á pedazos como los del impío Arrio: todas las maldiciones, que pronunció Moisés contra los prevaricadores, caigan sobre sus cabezas: sean oprimidos por todos los horrores de la muerte eterna: ningun cristiano los salude cuando los encuentre: ningun sacerdote diga la misa en su presencia, ni los confiese, ni les dé la comunion aun en artículo de la muerte sino se arrepienten: ni tengan mas sepultura que la de los asnos, para que sean ejemplo de oprobio y de maldicion á las generaciones presentes y futuras."

Toda la nacion francesa quedó aterrada con

esta bula. El servicio divino cesó en todas las iglesias: se negaron los sacramentos á los vivos y la sepultura á los muertos. Los pueblos despavoridos se revelan contra el monarca: los soldados desobedecen sus órdenes: su corte le abandona: el palacio es un desierto: todos sus sirvientes se alejan: solo tres, que se compadecieron de él, quedaron á su lado: pero arrojaban al fuego todo lo que le sobraba de la comida, no atreviéndose á llegar á sus bocas los manjares que habia tocado.

Penitencia del rey (999). Ya empezaban á esparcirse por el vulgo rumores siniestros, como el de haber parido la reina un monstruo con piel de pajaro. El amor cedió á los gritos de la muchedumbre y á la autoridad de la religion, y Roberto se separó de su muger.

Todos los prelados condenados fueron á Roma á pedir su perdon: y el rey hizo confesion pública de su pecado.

Casamiento del rey con Constanza de Provenza (1003). El año de 1003 hizo una peregrinacion á Roma, acompañado de Berta, con la esperanza de persuadir al sumo Pontífice: mas nada lograron. Roberto se resignó, y tomó por esposa, para desgracia suya, á Constanza, hija del conde de Provenza. El carácter imperioso, turbulento y vengativo de esta princesa fue tormento de su marido, y llenó la corte de escándalos y el reino de discordias. A Gregorio v. sucedió en el sumo pontificado el arzobispo Gerberto, con el nombre de Silvestre II. Roberto

probó muy pronto que su sumision á las decisiones de Roma era hija de su fé religiosa y no de la falta de valor. Bozon, conde de Perigocel y de la Marcha, habia hecho guerra injustamente á Guillermo IV, duque de Aquitania y conde de Poito. El rey se declaró á favor de su deudo Guillermo, y le socorrió eficazmente. Pero uno y otro se vieron obligados, por falta de víveres, á levantar el sitio del castillo de Relac. La ignorancia de aquellos tiempos groseros no dejaba al valor lograr los frutos de la victoria. Ni eran conocidas las reglas de la táctica, ni el arte de las posiciones, ni el de asegurar la subsistencia de las tropas. La mayor parte de los vasallos abandonaban al señor despues de cuarenta dias de servicio. Como la nobleza no queria pelear sino á caballo, casi no habia infantería en los ejércitos, y un castillo, situado en una montaña, rodeado de fosos y guarnecido de torres, bastaba para detener al vencedor. No se habia inventado aun la artillería, y no estaban ya en uso las máquinas de guerra de los antiguos. Un solo sitio costaba meses y años: de modo, que el vasallo mas debil, ganando tiempo, resistia osadamente, y muchas veces con felicidad á la ira de los señores mas poderosos.

Guerra contra el conde de Champaña (1008). Mientras Roberto estaba ocupado en esta guerra, Eudes, conde de Brie y Champaña, quitó la ciudad y el castillo de Melun al conde Palatino Boucharel, que habia sido privado de Hugo Capeto. Roberto auxiliado por el duque de Nor-

mandía, venció al conde de Brie, taló sus tierras, é hizo ahorcar al alcaide que habia entregado el castillo de Melun.

Al principio del siglo XI en el año de 1000 erigió el emperador Oton III el ducado de Polonia en reino, á favor del duque Boleslao. Dos años despues dió la corona de Hungría á un príncipe llamado Estebañ, que abrazó la religion cristiana.

Los germános, mas lentos que los francos en su decadencia, conservaron por dos siglos los estatutos de Carlomagno, y el orden y la seguridad que debian al genio de este monarca. Celebraban con regularidad las dietas nacionales: y los emperadores elegidos subian al trono con el consentimiento de estas asambleas. Los magistrados, condes y duques mandaban y juzgaban á los vasallos libres en nombre del gefe del imperio. Oton el grande y sus sucesores hacian respetar en lo interior su autoridad, y en lo esterior sus armas: y á pesar de las usurpaciones progresivas de los señores, el sistema feudal no pudo establecerse enteramente en Alemania hasta el reinado de Conrado II. Es verdad que los alemanes, á causa de su carácter, quedaron mas tiempo que las demas naciones sometidos á este régimen singular; de modo que en el siglo XVIII aquel vasto pais no presentaba, en medio de las luces de la civilizacion, sino el cuadro de un imperio gobernado por gefes sin autoridad, electivos de derecho y hereditarios de hecho, dividido entre grandes vasallos independientes y muchos

vasallos secundarios, príncipes, obispos ó señores, soberanos en su territorio, dueños en sus castillos, que gobernaban y echaban á su arbitrio contribuciones sobre los pueblos, y que no dejaban á los vecinos de las ciudades sino la humillacion, ni á los trabajadores de las aldeas mas que la opresiva servidumbre del terruño. Solo algunas ciudades se habian elevado por medio de la riqueza á la independencia y eran como unas *oasís* de libertad. Sin embargo, debe confesarse que los progresos de las ciencias, la suavidad de costumbres, la reforma de las leyes, y la proteccion del emperador, de los príncipes mas poderosos y de los tribunales del imperio hacian el yugo feudal mas tolerable en aquel pais. Alemania presentaba en las formas de sus dietas, en sus señoríos y en su servidumbre la imágen de Francia en tiempo de Cárlos el Calvo: pero imágen iluminada, regularizada y embellecida.

Poco tiempo despues de la ereccion de Polonia y Hungría en reinos, murió el emperador Oton III. Enrique II., el Cojo, duque de Baviera, pariente suyo, fue elegido para sucederle por los príncipes de Germania: y la autoridad pontifical era ya tan poderosa en los negocios temporales, que Enrique no se atrevió á tomar el título de emperador hasta que el Papa le hubo coronado.

Enrique, duque de Borgoña, hermano de Hugo Capeto, habia muerto sin hijos en 1003, y legó sus estados á Guillermo el Estranjero, conde

del Franco condado. El rey Roberto no quiso ratificar este testamento, y en vez de reconocer al nuevo duque le declaró la guerra. Duró esta pelea cinco años con vario suceso: al fin, el rey conquistó todo el condado de Borgoña: pero irritado de la defeccion y resistencia de los borgoñones, usó de la victoria con cruel severidad, é hizo ahorcar á muchos habitantes de la ciudad de Avalon. La autoridad hallaba en todas partes obstáculos y rebeldes: los fieros barones solo se humillaban ante la Iglesia, única protectora entonces de la justicia y la moral. El papa Silvestre II los gobernaba con el rigor que exigian las costumbres del siglo. El obispo de Angulema citó á su tribunal á Guido, vizconde de Limoges, que no queria restituirle la abadía de Brantome, y le sorprendió y le puso en prision. El Papa mandó á entrambos ir á Roma para juzgar su diferencia, condenó al vizconde á ser descuartizado y arrojados sus miembros al muladar, y le entregó al obispo para que ejecutase á su arbitrio la sentencia. El obispo, usando con humanidad de la facultad que le concedia el papa, se contentó con recobrar su abadía, perdonó al vizconde, y aun le trajo consigo á Francia. No habia mas medio que la autoridad religiosa para impedir las usurpaciones y robos de los poderosos.

Guerra de la sucesion de Lorena (1010). En esta época se consolidó la dinastía de Capeto por la muerte de Oton, duque de la Baja Lorena, último descendiente de Carlomagno, que murió

sin dejar sucesion. El emperador Enrique II dió aquel ducado á Godofre, conde de Bouillon, Vervius y Ardemes, sin atender á las legítimas pretensiones de Gerberga, condesa de Brabante, y Hermengarda, condesa de Namur, princesas carlovingias y hermanas de Oton. Balduino, conde de Flandes, las defendió contra el emperador y contra Godofre. El rey Roberto, ó por justicia ó por generosidad, tomó tambien las armas en defensa de las hijas del rival que su padre habia destronado: pero á pesar de los esfuerzos de esta liga, triunfó el emperador, se apoderó de Valenciennes, y Godofre conservó su ducado.

Mientras que el rey ocupaba las tropas en guerras estrangeras, perturbaban su palacio el orgullo y los desórdenes de la reina Constanza, princesa bella y veleidosa que introdujo en la corte de Francia el lujo y desórden. Ofrecíanse entonces á la vista del reino dos espectáculos muy diferentes. La reina agotaba el tesoro con sus gastos, y empleaba el tiempo en banquetes, bailes y diversiones. El rey, lleno de piedad, asistia constantemente á los templos, hacía fundaciones religiosas, entre ellas la redificacion de los monasterios de san German de los Prados y de san German el Auxerres, y hacía tantas limosnas, que su palacio, cerrado casi á los cortesanos, estaba siempre abierto á los pobres que imploraban su caridad. Habia algunas veces mas de doscientos que erraban á su arbitrio de cuarto en cuarto, y aun algunos, mientras el rey comia,

estaban acostados debajo de su mesa. Tenia la devocion de cantar en el coro los oficios divinos, y de componer himnos y música para las iglesias. Consérvase todavía una de sus composiciones, y es el himno que comienza: *Constantia Martyrum.* Su muger, ignorante y vanidosa, creyó, engañada por la palabra *constantia*, que su marido habia escrito aquellos versos para ella. Tuvo Roberto algunas desavenencias con el clero. Habiendo nombrado para el arzobispado de Bourges á Gauselin, abad de Fleury, hijo bastardo de Hugo Capeto, el clero de aquella diócesis no quiso reconocerle por prelado á causa de su nacimiento: y el rey tuvo que emplear para vencer su resistencia, muchos años y esfuerzos. Este príncipe regaló un vaso de oro, de treinta libras de peso, al monasterio de San Juan de Angely, cuyo abad pretendia haber descubierto y tener en su templo el cráneo de San Juan Bautista: con cuyo motivo concurrian muchos peregrinos á aquel santuario.

Pero otra peregrinacion mas célebre comenzaba en aquellos tiempos. Los cristianos de Oriente eran entonces víctimas de la persecucion mas cruel: condenábaseles frecuentemente á la prision, al destierro, á los suplicios. Los infieles demolieron el santo sepulcro, y los gritos de los desgraciados resonaron en Occidente. Los musulmanes fueron al principio de su aparicion objeto de terror para Europa, y despues de odio y venganza. Habian invadido sucesivamente á Asia, Africa, España, Sicilia é Italia: y á no

ser por la espada de Carlos Martel, Pipino y Carlomagno, Francia hubiera sufrido su yugo. Pero aunque le habia sacudido, le temia siempre. Los musulmanes ultrajaban en Jerusalen á los cristianos, y amenazaban al imperio griego su próxima ruina; de la cual podia resultar una irrupcion de estos bárbaros en Ungria, Polonia y aun Alemania. La injuria hecha á la cruz y la destruccion del sepulcro de Cristo causaron en Europa el mayor duelo, precursor de la venganza. Al principio solo se manifestó en quejas el dolor universal: y el celo religioso se dirigió á aplacar al cielo, que castigaba á los cristianos con aquellas calamidades. Por esta causa precedieron las peregrinaciones á las cruzadas, y la mayor parte de los señores de Francia, Alemania é Inglaterra pasaron á Oriente, y llevaron con humildad las insignias de peregrino, que eran la concha, el bordon y la alforja, antes de presentarse en el mismo pais con sus terribles armas. La Santa Sede favoreció este movimiento religioso, y prodigó á los peregrinos las indulgencias por las penas debidas á los pecados: pero es falso, como dicen los filósofos del siglo XVIII, que se creyese en aquel tiempo que solo el viage á Jerusalen bastaba á espiar, sin la penitencia, los pecados y crímenes mas atroces. Fulques, conde de Anjou, fue uno de los primeros peregrinos: pero sin respeto á su religion, los condes de Blois, Tours y Chartres se apoderaron de sus estados, durante su ausencia. Fulques cuando volvió á Europa reunió sus ami-

gos, y recobró una parte de sus tierras. El rey le envió al principio tropas ausiliares: pero despues le abandonó. A pesar de esta defeccion, el valor de Fulques triunfó de la injusticia de sus enemigos: pero los angevinos no perdonaron al rey haberles retirado su socorro: y desde entonces los cronistas de Anjou no hablaron de los capetos sino con odio y menosprecio. El rey, circundado de rebeldes, podia facilmente justificarse de la flojedad con que auxilió al de Anjou. Habia tenido que pelear contra el conde de Sens para reprimir las violencias que este señor hacia á sus vasallos y vecinos. Roberto le venció y le hizo prisionero. Pero el conde de Champaña, tomando la defensa de aquel turbulento baron, taló las cercanías de Sens, edificó y fortificó el castillo de Montereau-faut-Youne, y obligó al rey á conceder la paz á su cautivo.

Hugo, hijo de Roberto, asociado al trono (1017). Todas estas discordias hicieron temer al rey que despues de su muerte no conservaria el cetro su familia. Para libertarse de toda inquietud, aprovechando un momento de tranquilidad, reunió los grandes y logró su consentimiento para asociar al trono á su hijo Hugo, que entonces tenia diez y siete años. Este príncipe fue proclamado rey el año 1017. Ya no se conservaba vestigio alguno del antiguo derecho electoral sino en las ceremonias, y principalmente en la consagracion de los reyes. El arzobispo, mostrando el príncipe al pueblo, preguntaba: *¿vultis ne regem?* (¿le quereis por rey?)

y el pueblo respondia, *laudamus, volumus, fiat*, (lo aplaudimos, le queremos, sea).

Guerra de Normandía, terminada por Roberto (1022). Al mismo tiempo, la alianza entre Normandía y Bretaña se estrechó con nuevo lazo. Alano III sucedió á su padre Godofre en el ducado de Bretaña, y su hermano Eudes, conde de Ponthievre, casó con la hermana de Ricardo, duque de Normandía. A pesar de la reunion de los vasallos tan poderosos, el conde de Chartres se atrevió á declarar la guerra á Ricardo; y este se creyó bastantemente amenazado para solicitar el socorro del rey de Suecia y Noruega. Este nuevo desembarco de guerreros del Norte, renovando memorias recientes y funestas, aterró á los franceses. Roberto concilió los partidos con mucha actividad y prudencia, restableció la paz y logró que se reembarcasen los auxiliares del Norte. El rey de Noruega abrazó el cristianismo, tuvo por padrino á Roberto, y tomó su nombre en 1022.

Paz con el emperador de Alemania (1024). Las hostilidades entre el emperador y el rey de Francia estaban suspendidas solamente. Roberto, deseando terminar la desavenencia, pidió una conferencia á Enrique II. Retardóse la negociacion por una disputa futil de *precedencia*, y aun se temió por algunos momentos que esta frívola querella interrumpiese todo convenio: pero el emperador, mas verdaderamente grande que Roberto, pues se mostró mas cuerdo, cortó la dificultad, viniendo sin ceremonia á

sorprender al rey y á visitarle en su campamento. Esta cortesía preparó los ánimos á la reconciliacion: la paz se firmó, y los dos monarcas se hicieron uno á otro magníficos regalos. Poco tiempo despues murió Enrique: los alemanes eligieron por sucesor suyo á Conrado, duque de Wormes: pero los italianos no quisieron sometérsele, y ofrecieron su corona á Hugo, hijo de Roberto. Este príncipe que tenia el cetro francés por muy pesado y dificil de conservar, rehusó aquella proposicion, capaz de encender una larga guerra entre Francia y Alemania. Los italianos hicieron entonces el mismo ofrecimiento al duque de Aquitánia, que aceptó primero: pero informado despues que el temor de los italianos á los alemanes era muy superior á su aversion, y que no estaban dispuestos á sostener con las armas el rey que deseaban elegir, los abandonó con menosprecio.

La prudencia y valor de Roberto le habian ayudado á vencer la mayor parte de los obstáculos que se oponian al establecimiento de su familia en el trono: mas no pudo vencer el carácter orgulloso y vengativo de su esposa. Constanza le hacía infeliz, le contrariaba en todos sus designios, y se mostraba envidiosa de todos aquellos á quienes el rey amaba, y aun de sus mismos hijos.

Aborrecia en gran manera al conde de Beaumont, valido del rey. No pudiendo derribarle, acudió al conde de Anjou, su primo, el cual le envió doce caballeros de su corte para que la die-

sen venganza. Estos infames, con tanta maldad como audacia, acometieron al valido en una cacería, le dieron de puñaladas y le cortaron la cabeza, á los ojos del mismo rey. Su impunidad no admiró á todos menos que su crimen. Desde que Hugo fue asociado á la corona, Constanza se declaró enemiga suya, y le persiguió de tal modo, que se vió obligado á huir y vagar muchos dias sin encontrar asilo: tan temible eran entonces el ódio y los puñales de la reina.

El jóven príncipe esperaba tener seguridad en casa del conde de Perche: pero el pérfido vasallo, en desprecio de los derechos del trono y de la hospitalidad, engañó á Hugo con fingidos alhagos, le sorprendió y lo puso en prision. El rey juntó con prontitud sus tropas y libertó á su hijo.

Poco despues un gran número de señores, escitados probablemente por la vengativa Constanza, formaron una conjuracion contra la vida del rey. Felizmente fue descubierta, y los conspiradores presos. El consejo iba ya á sentenciarlos: pero entre tanto el rey los manda venir á su presencia, los perdona, los hace comulgar con él y los deja ir libres, diciendo á los jueces que no era posible enviar al suplicio los que Jesucristo *habia admitido á su mesa.* Roberto creyó que podia dar á este acto de clemencia toda la publicidad posible: mas no sucedia lo mismo con sus acciones habituales de justicia y bondad: porque se ocultaba cuidadosamente de la reina para hacer bien; y cuando concedia un

favor á algun hombre de mérito, no se olvidaba de decirle: *procurad sobre todo que Constanza no lo sepa.* Estas discordias envenenaron los últimos años del rey. El abad de San Benigno, su amigo y consejero, le exhortaba á la paciencia, diciéndole: *sufrid vuestra suerte con resignacion, y acordaos de que habeis merecido todas estas pesadumbres por las que causásteis á vuestro padre revelándoos contra él.*

Pero muy pocos negocios esteriores perturbaron entonces la tranquilidad del rey. El duque de Normandía murió, y le sucedió su hijo Ricardo III. Este nuevo duque, aliado con Roberto, restableció en sus estados á Balduino *el barbudo*, conde de Flandes, desposeido por su propio hijo Balduino *el piadoso.* El duque de Normandía despues de un breve reinado murió de veneno que le dió su hermano y sucesor Roberto. El crimen y la anarquía reinaba entonces en las familias, así como en los estados.

Muerte del príncipe Hugo; asociacion de su hermano Enrique al trono (1026). Hugo hijo de Roberto, acabó tambien su infeliz vida que la implacable reina habia llenado de amargura. Quedábanle al rey tres hijos, Enrique, Eudes y Roberto. El rey queria asociar á Enrique á la corona: Constanza preferia á Roberto mas jóven y mas dócil. La mayor parte de los grandes se declaró á favor de Enrique, que fue proclamado rey. Constanza, queriendo vengarse, suscitó contra su marido muchas conspiraciones; pero ninguna tuvo éxito. El rey, fa-

tigado de tantos tormentos, fue espectador indiferente de una guerra entre los condes de Champaña y Anjou, cuya causa fue la pretension de ambos al castillo de Montrichard, la victoria quedó por los angevinos.

En el año 1031, el jóven rey Enrique fue enviado por su padre á Borgoña para castigar á unos malhechores, que habian envenenado al obispo de Langres, recientemente nombrado por el monarca. Durante la ausencia de su hijo, murió Roberto, á los sesenta y un años de edad, y cuarenta y cinco de reinado. Los franceses le lloraron: su bondad y moderacion le habian ganado el amor de todos, y se decia generalmente que sabia reinar sobre sí mismo, como sobre sus pueblos. Sin embargo, aunque su corazon era bueno, su carácter tenia poca firmeza: fue una luz de poco esplendor, en una tempestad oscurísima y sangrienta.

Durante su reinado, fue asolada Francia por la peste dos veces, y otras dos por una hambre tan espantosa que segun dicen los autores, "salian los hombres á cazar hombres." Un carnicero de Tournay vendió carne humana públicamente, y un mesonero de Macou fue condenado á ser quemado por haberse hallado en su casa cuarenta y ocho cabezas humanas, cuyos cuerpos habia dado á comer á sus huéspedes.

En esta época empezaron á pulular en Occidente algunas sectas heréticas. Los errores de los maniqueos, renovados por una italiana, se diseminaron en Francia. Estos prosélitos decla-

maban contra la gerarquía eclesiástica, y negaban la creacion de la tierra, el misterio de la Trinidad, y los sacramentos. Un señor, llamado Areofacto, los delató, fueron presos, juzgados y condenados á muerte. Constanza, lejos de compadecer su infortunio, se entretuvo en saltarle un ojo con una aguja á uno de aquellos infelices que habia sido su confesor. El historiador quisiera tirar su buril, cuando se ve obligado á dar la inmortalidad á semejantes monstruos, siglos y costumbres.



CAPITULO XXI.

Enrique primero. Felipe primero.

Enrique I, rey de Francia. Guerra entre normandos y bretones. Rebelion y prision de Eudes, hermano del rey. Batalla de Val de Dunes. El papa Leon IX, prisionero de los normandos en Italia. Consagracion del príncipe Felipe. Felipe I, rey de Francia. Rebelion y sumision de los gascones. Proyecto de Guillermo, duque de Normandía contra Inglaterra. Batalla de Haitinge: conquista de Inglaterra. Felipe I, declarado mayor á la edad de quince años. Guerra de Felipe con la familia de Balduino. Pontificado de Gregorio VII. Espedicion del rey de Inglaterra contra Dole. Rebelion de Roberto contra su padre Guillermo el conquistador. Muerte de Guillermo el conquistador. Casamiento de Felipe con Bertrada. Muerte de Berta. Concilio de Clermont: primera cruzada. Tumultos y alborotos civiles con motivo de la escomunion del rey. El príncipe Luis asociado al trono. Luis perseguido por Bertrada.

ENRIQUE I, *rey de Francia* (1031). Cuando el nieto de Hugo Capeto subió al trono, hubiera sido imposible preveer el poderío de sus suceso-

res, la elevacion á que llegó Francia y el brillante esplendor de su destino futuro. Este reino, sumergido en la anarquía, tenia tantos principados independientes como provincias; tantos condes, duques y tiranos, como ciudades: tantos señores como aldeas. Estos, sus parientes y criados oprimian las poblaciones, talaban los campos, y no contentos con pelear incesantemente unos con otros, asaltaban en los caminos reales á los mercaderes y viageros; y aun algunos principes de la sangre real se ejercitaron en este vergonzoso latrocinio, que no podian reprimir monarcas sin autoridad, ni prelados acostumbrados ya á los vicios del feudalismo.

Ni habia justicia en los castillos, ni asilo en los palacios de un rey, cuya familia estaba entregada á las discordias mas escandalosas. La reina Constanza, implacable en sus rencores, é insaciable en su ambicion, peleaba contra sus propios hijos, y sembraba en ellos los gérmenes de la guerra civil. Apenas su esposo cerró los ojos, intentó quitar la corona á su hijo. Sus promesas y artificios atrajeron á su partido un gran número de señores, siendo los principales Balduino el barbudo, conde de Flandes, y Eudes, conde de Champaña, príncipe turbulento, aficionado á la guerra y las discordias, y dispuesto siempre á arriesgar sus estados para conquistar los agenos.

En aquel tiempo de desórden los vasallos menos poderosos del rey se burlaban de su autoridad en sus propios dominios: y se armaron

contra Enrique en favor de Constanza los señores de Sens, Soinous, Melun, Dammartin, Coney y Puiset. El rey, cercado por todas partes de banderas contrarias, veia próximo el momento de caer prisionero en Paris: y así huyó, valido de la oscuridad de la noche y seguido de doce caballeros solamente, y buscó asilo en Normandía.

El duque Roberto le recibió con mucho placer, no tanto por fidelidad, como por odio al conde de Champaña, cuya ambicion osada temia: y dió al rey un ejército mandado por su tio Maugero, conde de Corbeil. Enrique, sostenido por estas tropas, atacó y dispersó las de la reina, y se apoderó de casi todos los castillos de los rebeldes. Las aldeas y campos de las cercanías de Paris fueron robadas, taladas y quemadas por los normandos, que obedecian, cometiendo estas maldades, las instrucciones de su duque. Este príncipe mereció por sus latrocinios el nombre de Roberto el *Diablo*, que le dieron sus contemporáneos.

La reina Constanza, vencida, abandonada y obligada á someterse, murió de pesar, poco tiempo despues, en la ciudad de Melun, y fue enterrada junto á su marido. Esta fue la primera vez que se acercó á él sin turbar su descanso. Esta reina fundó la abadía de Paissy; porque en aquella época muy pocos príncipes morian sin haber edificado un santuario. Los monasterios eran no solo monumentos religiosos, sino una necesidad del siglo: pues no habia

otro asilo para la poblacion agrícola é industrial contra la rapacidad de los señores. Enrique compró muy cara su victoria: pues los grandes vasallos en lugar de asistir lealmente á sus monarcas, le vendian sus socorros. El duque de Normandía recibió en recompensa de sus servicios el vejuí frances, y las ciudades de Chaumont y Rutocie, lo que estrechó en gran manera los límites del dominio real. Enrique por bondad, ó mas bien por flaqueza, debilitó aun mas su poderío vacilante, imitando á los carlovingios: y como se habia reconciliado con su hermano Roberto, le cedió el ducado de Borgoña Este Roberto, fue tronco de la casa de Borgoña, tan temible y temida despues. Eudes, conde de Champaña, no habia querido firmar la paz: el rey marchó contra él, le venció dos veces, y en la tercer batalla hizo tal mortandad en su gente, que Eudes huyó casi solo, y para libertarse de su enemigo, tuvo que ocultarse en los mas profundos senos de los bosques. En este tiempo Godofre Martel, que gobernaba con gloria el ducado de Anjou en ausencia de su padre Fulques Nera, peregrino en la Tierra santa, disputó la posesion del Saintonge á Guillelmo v, duque de Guiena; nombre que entonces se daba á Aquitania: una gran batalla, que se dió en Montreuil Bellay, decidió esta querella. El duque Guillermo fue vencido y hecho prisionero, estuvo cautivo tres años, y no logró su libertad hasta que hubo cedido el Saintonge á su vencedor. Las costumbres bárbaras del siglo hacian

á los franceses insolentes y feroces despues de la victoria. El guerrero, á quien la fortuna habia sido contraria, quedaba sometido por su uso estravagante á toda especie de humillaciones, y aun tormentos. Su vencedor, ó mas bien, su dueño le obligaba á correr un cierto espacio con una silla de montar sobre la espalda: algunas veces el vencido le servia de banquillo para subir á caballo: y no pocas se le encerraba en una jaula de hierro y se le esponia á un fuego ardiente hasta que pagase el rescate que se le exigia ó cediese el señorío que se le demandaba.

Mientras parecia que Francia iba á caer de nuevo en el abismo de que habia procurado librarla Hugo Capeto, el imperio de Alemania se engrandecia rápidamente bajo Césares dignos de este nombre. Los Otones la habian ennoblecido con sus hazañas: Conrado, que les sucedió, protegió eficazmente á Rodulfo, rey de la Borgoña transyurana, contra sus enemigos. Este rey no tuvo hijos, y dejó sus estados cuando murió, al emperador Conrado, que era marido de su hermana. Enrique, apenas señor en su palacio, no pudo oponerse á este aumento de poder imperial. El conde de Champaña, el mas belicoso de los señores franceses, se encargó con osadía de esta empresa. Estaba casado con otra hermana de Rodulfo, y disputó su herencia con el emperador. El príncipe Humberto el *de las manos blancas*, vasallo de los reyes de Borgoña, se aprovechó de estas discordias, y fundó un estado independiente con la Saboya y la Mau-

rienne. Algunos autores han asegurado que descendia de Vitikinelo: otros, de Hugo, rey de Italia, y nieto de Carlomagno. Humberto fue el tronco de la casa actual de Saboya. Casi en la misma época. Gerardo Alsacia, pariente cercano del emperador Enrique III, recibió de él en feudo el ducado de Lorena, y fue ascendiente de la célebre casa de Lorena que ha dado tantos héroes á Francia, y tantos emperadores á Alemania. Cuando murió Rodulfo, estaba ausente el emperador haciendo la guerra en Hungría. El conde de Champaña, valido de la ocasion, conquistó la mayor parte del reino de Borgoña: pero su triunfo fue tan corto como rápido. Conrado volvió de Hungría al frente de un ejército poderoso, y arrojó á Eudes de todas sus conquistas. El conde, aunque pertinaz en sus empresas, perseguido de una parte por el emperador y de otra por la enemistad del rey de Francia, hubo de humillarse y someterse.

Guerra entre normandos y bretones (1034.). En todas partes se veian turbaciones, desórdenes é infortunios. París y las principales ciudades solo se componian de chozas de madera cubiertas de paja, y así un incendio destruyó la mitad de la capital y las ciudades de Angers y de Sens fueron tambien presa de las llamas. Pero el furor de los hombres era aun mas infausto que el de los elementos. Roberto el diablo quiso obligar á los bretones á que se presentasen descalzos cuando viniesen á prestarle homenage: ellos se negaron á hacerlo, y se encendió

una guerra tan infructuosa para los príncipes como horrible para los pueblos. Mientras Roberto incendiaba la Bretaña, Alano, duque de este pais, talaba á Normandía. En fin el breton fue vencido y auyentado por Aluro el Gigante, caballero normando: y el cansancio, y no la razon, restableció la paz.

Despues de esta guerra hubo una alteracion notable en el carácter de Roberto el Diablo. Cediendo al estímulo de los remordimientos por las maldades que habia cometido, resolvió para espiarlas hacer la peregrinacion de Palestina, y visitar el santo Sepulcro.

Los obispos y barones normandos, asustados de este proyecto, procuraron disuadirle de él, representándole que no teniendo mas hijos que un bastardo, su ausencia ó su muerte escitarian grandes turbulencias en sus estados. Pero sus representaciones fueron en valde: el duque permaneció firme en su determinacion. Mas antes de partir, hizo que los grandes y el pueblo reconociesen por heredero suyo á su hijo bastardo. Este niño, cuya madre era hija de uno que vendia pieles en Falaise, fue el célebre Guillermo, conquistador de Inglaterra: Roberto no queriendo confiar á una misma persona su ducado y su sucesor, puso al niño bajo la proteccion del rey de Francia, y nombró regente de sus estados á Alano, su vasallo, duque de Bretaña. Harto justificados fueron por el suceso los temores que escitó su partida. Roberto falleció en Nicea, los señores se dividieron y la discor-

dia asoló á Normandía. Muchos nobles se negaron á obedecer á un bastardo, y se declararon, unos por el arzobispo de Ruan, otros por el conde de Arques, que entrambos eran tios de Guillermo. Acudieron todos á las armas y se hicieron fuertes en sus castillos. Estas disensiones amenazaban al pais su ruina: lo que salvó á los normandos fue, no solamente su valor, sino tambien su resolucion unánime de no sufrir el yugo de los estrangeros, aunque aceptasen sus socorros. La fama de los normandos, terror en otro tiempo del Occidente, se habia ilustrado desde treinta años antes de la muerte de Roberto, con el esplendor de la caballería. Cuarenta guerreros de este pais arribando á Italia de vuelta de Palestina, quitaron á los mahometanos la ciudad de Salerno. Sus hazañas renovaban las de los tiempos fabulosos y heróicos. Trajeron á Normandía muchas riquezas del botin que habian hecho: su fortuna escitó la emulacion de sus compatriotas, que se aficionaron mas que nunca á la guerra y á las aventuras. Desde entonces, muchos nobles, arruinados ó despojados de sus feudos por las discordias civiles, buscaron en toda Europa gloria y riquezas. Brogon Osmond, uno de ellos, habiendo dado de puñaladas en el mismo palacio del duque á un señor que le habia robado su hija, huyó con cuatro hermanos suyos, y pasó á Italia á ofrecer su espada y sus servicios al conde de Cápua. Los seis hijos de Tancredo de Hauteville, noble de Coutances, llevaron sus armas al otro lado

de los Alpes, y se hicieron célebres por las batallas que ganaron, ya contra los griegos, ya contra los sarracenos. Pulla, Calabria y Sicilia fueron sucesivamente el teatro y premio de las hazañas de Drogon, Hunfredo, Roberto Guiscerrel, Rugero y Boemundo. Estos valientes paladines fundaron ducados, principado y aun monarquías; y toda la juventud noble de Europa no pensó mas que en batallas, aventuras y conquistas. Creian ver un cetro y una corona en la punta de sus espadas. Esta ambicion caballeresca, uniéndose mas tarde á los sentimientos religiosos, inflamó al Occidente en el deseo de las espediciones que precepitaron la Europa contra el Asia: espediciones, que hechas en un siglo en que apenas se conocian las reglas de la táctica militar y de la sana política, no produjeron todo el fruto que debia esperarse de la justicia de la causa y del valor de sus campeones. Normandía, ilustre en otros paises por el valor de sus aventureros, era asolada por la anarquía. Alano, duque de Bretaña, digno de la confianza que Roberto habia depositado en él, desterró á los ambiciosos tios de Guillermo, marchó contra los facciosos, los derrotó y los reprimió: pero éstos, careciendo de fuerza, recurrieron á la traicion para vengarse. Alano murió envenenado: su hijo Conan, que le sucedió, era niño, y Bretaña perdió toda influencia en los negocios de Normandía. El rey Enrique envió á este pais al jóven duque Guillermo, y le dió por suyo al conde de Hiesmes,

estimado por su valor y esperiencia. Este anciano belicoso, no menos desgraciado que Alano, murió de puñaladas que le dió Radulfo de Vassi conjurado con otros nobles. El conde de Montgomery asesinó, uno despues de otro, á dos nuevos ayos que Enrique envió á Guillermo. Pero el asesino no tardó en recibir el castigo que merecia. Auberto, pariente de su última víctima, juntó algunos amigos, se introdujo una noche en el castillo del conde, y le degolló con todos los caballeros que le acompañaban.

Mientras Normandía era teatro de escenas tan sangrientas, el incorregible Eudes, conde de Champaña, volvió á tomar las armas, entró en Lorena, se apoderó de Commercy y amenazó la ciudad de Bar. El duque de Bar le dió una batalla sangrienta, y le derrotó completamente. Muchos nobles champañeses, entre los cuales se distinguia Manases, conde de Dammartin, perecieron en esta jornada. El mismo Eudes fue muerto de un bote de lanza y su cabeza llevada al emperador. Su muerte fue un triunfo para sus enemigos y un consuelo para sus vasallos, que solian decir de él que *era mas rico en dominios que en probidad.* Dividiéronse sus estados entre sus dos hijos Teobaldo y Estevan. Al primero tocaron los condados de Charkes, Blois y Tours: al segundo las ciudades de Troyes, y Meaus, y tomó el título de conde de Champaña y Bue.

La Francia, impotente entre las naciones estrangeras, estaba destruida por las guerras

privadas. Godofre Martel, conde de Anjou, no menos turbulento que el de Champaña, tomó las ármas contra el duque de Guiena, y logró escitar una rebelion en sus estados. A pesar de ella, el duque se adelantó con su ejército para pelear contra él: pero fue muerto en el asalto que dió al castillo de un rebelde suyo. Godofre, libre por su muerte de todo obstáculo, se apoderó rápidamente del Ritou y de la Guiena, y agregó estas dos provincias á la Gascuña. La falta de luces ó de fuerzas en el rey le impidieron oponerse al engrandecimiento de un vasallo que iba formando un señorío mucho mas poderoso que el ducado de Francia. Enrique solo atendia á las turbulencias de los normandos, mas bien para aprovecharse de ellas que para terminarlas. Disputaban á Guillermo su herencia muchos señores ambiciosos: y probablemente debió á las adversidades de su juventud la prosperidad futura: porque aquella lid contínua para defenderse consolidó su valor, fortaleció su ánimo y le preparó á las conquistas. Rugero, descendiente de un tio de Rolon, queria despojarle de sus estados: Guillermo le venció y mató, Ricardo, conde de Evreux, sostenido de fuerzas mas considerables, formó el mismo designio: pero el rey Enrique peleó con él, le venció y lo reconcilió con Guillermo; este, cuando llegó á ser rey de Inglaterra, dió á Ricardo el condado de Warwick.

Rebelion y prision de Eudes, hermano del rey. (1040). El rey socorria unas veces al du-

que, y otras á sus enemigos, con la esperanza de destruirlos por sus propias manos y de reunir la Normandía con la Francia. Y asi poco despues de la reconciliacion del conde de Evreux, se declaró á favor del de Arques, que solicitaba arrojar á Guillermo de sus estados. En este tiempo los valientes normandos, que peleaban con tanta gloria en Italia, ganaron en la llanura de Cánnas al ejército del emperador de Oriente una victoria tan sangrienta y decisiva, que el poder de los griegos quedó para siempre arruinado en la península italiana. Los designios de Enrique sobre la Normandía, fueron embarazados y retardados por la rebelion de los dos condes de Champaña, que ganaron á su partido á Eudes, hermano del rey. Los condes negaron el homenage á Enrique bajo pretesto de que habia infringido las leyes feudales negándose á socorrer á su padre que era vasallo suyo, cuando fue acometido por el emperador. Eudes, instigado por ellos, reclamaba con altanería los antiguos derechos de los príncipes franceses, y exigia que Enrique le cediese una parte de la herencia de su padre Roberto; esto es, del reino. Acaso otro príncipe, invocando una costumbre antigua, aunque funesta, habria juntado un partido numeroso: pero Eudes era generalmente aborrecido, porque deslustraba el esplendor de su clase con los vicios mas vergonzosos. Su caracter era feroz, y las crónicas de aquel tiempo dicen que empleaban tiempo en saquear las ciudades, talar los campos y robar

en los caminos públicos. Una de estas crónicas cuenta que "Eudes, habiendo talado en una ocasion todas las tierras cultivadas por los siervos de una abadía de benedictinos, quiso dar á sus camaradas un banquete muy suntuoso. Empezó quitando á los habitantes todas sus provisiones: despues entró en la iglesia y se llevó el cirio pascual para que iluminase su vigía: pero pronto recibió el justo castigo del cielo: porque murió de alli á pocos dias. Tan cierto es, que ninguno, sea plebeyo, noble ó príncipe, puede tocar impunemente á los bienes de San Benito." El rey triunfó sin dificultad de un rival tan indigno: dispersó las tropas de los rebeldes, persiguió á su hermano, le obligó á encerrarse en una fortaleza, le sitió en ella, le hizo prisionero, y le tuvo encerrado algunos años en el castillo de Orleans. Al mismo tiempo quitó muchas tierras al conde Estevan, y confiscó el condado de Melun á Galeran aliado de sus enemigos. Entre tanto Godofre Martel, favoreciendo por su interés la causa del rey, peleó con Teobaldo, hermano de Estevan, le quitó todo el pais de Turena, y no le concedió la paz, hasta que le hizo jurar la cesion de aquella provincia. Como entonces era tan comun violar las promesas, Godofre exigió, segun la costumbre, que el juramento de Estevan fuese corroborado con la firma de cincuenta de sus alcaides y otros tantos de sus caballeros.

Mientras la espada de Godofre aumentaba tan considerablemente el poder de los condes

de Anjou, su padre Fulques Nera, desengañado del mundo y solo, atento á conseguir su salvacion, escedia en piedad á los mas devotos peregrinos de la tierra santa. Cuéntase que hizo que le arrastrasen desnudo con una soga atada al cuello, y que le diesen la disciplina junto al santo sepulcro, implorando en alta voz la misericordia de Jesucristo "á favor del traidor Fulques." Este príncipe falleció, cuando volvió á Europa de su viage. Godofre Martel, su hijo, manifestando de otra manera su piedad, tomó por estandarte de sus tropas el relicario de San Martin de Tours. Este uso fue entonces casi general: los señores desplegaron en sus guerras privadas y contínuas los estandartes de sus iglesias: y los reyes de Francia tomaron por bandera, en calidad de condes del Vexiu, el oriflama de la abadía de San Dionis.

Hasta entonces no encontró resistencia la fortuna de Godofre Martel; pero el genio naciente del duque de Normandía, le hizo vigorosa oposicion, y durante tres años repelió victoriosamente sus invasiones. Despues de esta vana tentativa, el conde de Anjou, cansado de guerra y gloria, se volvió á un monasterio, donde vivió todavía catorce años. En aquella época los guerreros mas turbulentos y sanguinarios solian pasar repentinamente de la púrpura al sayal, y espiar, en el silencio y olvido del cláustro, la fama que su nombre y su espada habian adquirido en el mundo.

Batalla de Val-de-Dunes. (1046). Pero los

señores normandos, en vez de amar el reposo, no podian acostumbrar sus altivos corazones al yugo de un bastardo. Guido de Borgoña, conde del Franco Condado, á quien nombraron duque los enemigos de Guillermo, se puso al frente de ellos y marchó contra el normando con poderoso ejército. Enrique fue en esta guerra auxiliar de Guillermo; los dos reunidos dieron batalla al borgoñes, le derrotaron completamente en Val-de-Dunes cerca de Caen, y le obligaron á volver casi solo á su pais. En esta jornada manifestó el rey su valor, y estuvo muy espuesto. En medio de la batalla, uno de los enemigos del duque, llamado Hemon *el mellado*, guerrero famoso por su fuerza, derribó al monarca de un bote de lanza, y le hubiera muerto, si muchos caballeros franceses no le hubiesen cubierto con sus escudos. Hemon pereció á sus manos: y Enrique, honrando su valor, le hizo magníficas exequias.

Guillermo, rodeado de facciosos, procuró fortificarse contra ellos con alianzas, y casó con Matilde, hija de Balduino, conde de Flandes, y de Alix, hermana del rey: aunque era parienta suya, el pontífice dispensó este impedimento, con la condicion de que fundase cuatro hospitales. Apesar del consentimiento del papa, Maugero, arzobispo de Ruan, se atrevió á escomulgar á los dos esposos. Esta temeridad no quedó sin castigo: el pontífice depuso al arzobispo, y el duque le desterró.

Este vigor necesario no hizo mas que irri-

tar á los enemigos de Guillermo. El conde de Arques y muchos señores tomaron las armas contra él. El rey, que siempre conservaba la esperanza de apoderarse de Normandía, se declaró en esta ocasion por los rebeldes. Guillermo, no aterrado por el grande peligro que le amenazaba, uniendo la astucia al valor, puso al rey una celada, y Enrique cayó en el lazo. El duque fingiendo retirarse, sorprendió la vanguardia del enemigo, la hizo pedazos; y obligando al rey á huir, le castigó de haber sido aliado pérfido, y enemigo poco hábil. La mala fe de Enrique y su rompimiento con Guillermo empezó la guerra interminable, primero con Normandía y luego con Inglaterra, que ensangrentó tantas páginas de la historia francesa.

El papa Leon IX prisionero de los normandos en Italia (1052). Guillermo, vencedor, se mostró bárbaro como su siglo, ejerció implacables venganzas, y persiguió, despojó y desterró á todos los señores que habian tomado las armas contra él. La mayor parte de ellos huyó á Italia á buscar con su espada nueva fortuna y nuevos señoríos. "Los normandos, decia Guillermo, son valientes, invencibles, y capaces de las mayores empresas, cuando se les gobierna con vigor: pero si no se les contiene, se destrozan unos á otros: por carácter son sediciosos y estan dispuestos á cometer los mayores escesos. Lo sé, añadia, por mi propia esperiencia." Guillermo quitó el Maine al conde Herberto, aliado de los Angevinos, y con

aquella provincia se indemnizó de los gastos que le habian causado sus últimas guerras con el conde de Anjou y el rey de Francia. Enrique, desgraciado en casi todas sus empresas, habia manifestado pretensiones sobre la Lorena que podrian haber encendido una guerra con el emperador. El papa Leon IX vino á Francia para conciliar estas diferencias, y conseguir el socorro que le era necesario á causa de los alborotos de Italia.

El rey, valiéndose de su mediacion, pasó á Metz á verse con el emperador Enrique III, y renovó la alianza con él. El pontífice logró los socorros que pedia; y llevó á Italia un cuerpo de tropas alemanas, con las cuales se atrevió á pelear contra los aventureros normandos. Pero Humfredo, uno de los hijos de Tancredo, le derrotó completamente y le hizo prisionero. Los vencedores, despues de haber humillado al vencido como general y al guerrero como cautivo, veneráron al sucesor de los apóstoles con el debido respeto. Despues de haber roto el yelmo, se arodillaron ante la tiara, y le pusieron en libertad. Leon agradecido dió á Humfredo y á su hermano Roberto Guiscarel la soberanía de todas las conquistas que habian hecho ó proyectaban hacer sobre los sarracenos: porque entonces era comun la idea de la supremacía de la silla de Roma sobre las tierras ocupadas por los enemigos del cristianismo. Poco despues tomó Roberto Guiscarel el título de duque de Calabria. En ninguna parte reinaba entonces la paz: las turbulencias

de Occidente estaban suspendidas, mas no apagadas. El conde de Champaña, confiado siempre en recobrar la Turena, que el rey le habia hecho perder por manos del conde de Anjou, imploró el auxilio del emperador, aceptó de él un feudo, y le prestó homenage como vasallo. Esta nueva semilla de discordia infundió temor al rey, y pidió al emperador una conferencia que se verificó en Ivoy: pero el monarca frances fue recibido con tanto despego, que temió alguna traicion, huyó por la noche de la ciudad y volvió inmediatamente á sus estados.

Consagracion del príncipe Felipe. (1059). Tantas desventuras no disiparon los sueños de su ambicion: volvió á hacer otra tentativa igualmente vana contra Normandía: y despues de ser vencido en Varville, hubo de renovar la paz. Fatigado no tanto por la edad, como por los disgustos de una vida mas activa, que bien empleada, previó que su fin se aproximaba; y reuniendo los grandes del reino, les recordó los servicios que había procurado hacer al estado, y les suplicó que reconociesen por sucesor suyo á su hijo Felipe. Consintieron en ello, y prestaron juramento á este príncipe, que fue consagrado en Reims el dia de Pascua del año 1059. Esta junta se compuso de los duques de Borgoña, Guiena y Gascuña; de los condes de Valois, de Vermandois, de Soisons, de Nevers, de Anjou, de Flandes, de Poithieu, de Auvernia y de Angulema; del vizconde de Limoges; de muchos señores, barones y caballeros, y de un gran nú-

mero de obispos y abades. Esto prueba que aun no existian los doce pares de Francia: pues en una solemnidad tan grande no se citan ni sus nombres ni sus puestos distinguidos, y ademas se observa que faltaron el duque de Normandía, el conde de Champaña y el obispo de Beauvais, al mismo tiempo que muchos barones se presentaron como pares en aquella asamblea.

El juramento que prestó Felipe ante ella, fue del tenor siguiente: "Yo, Felipe, que por la misericordia de Dios, voy á ser coronado rey de Francia, prometo en este dia de mi coronacion, en prensencia de Dios y de los santos, que conservaré á cada uno de vosotros en particular y á vuestras iglesias vuestros privilegios canónicos: que observaré las leyes, os administraré justicia y os protegeré con la ayuda de Dios, tanto como alcance mi poder, y como conviene á un rey hacer en un reino. Protegeré los obispos, y las iglesias que les son confiadas, segun la equidad y la razon. Prometo tambien al pueblo, cuyo gobierno se me vá á confiar, mantener con mi autoridad la observacion de las leyes.» En este juramento, por una especie de ficcion, se mencionaban cosas de las cuales solo existia el recuerdo, como eran las leyes y el poder de hacerlas cumplir. Las aclamaciones del pueblo en el momento de la eleccion y consagracion son las únicas pruebas que nos quedan de su asistencia á estas solemnidades, no como elector, sino como espectador. Su nombre se pronunciaba todavía: mas todos sus derechos habian caducado. El arzobispo de Reims

dió á los dos reyes, á los grandes y obispos un espléndido banquete: pero protestando que su liberalidad seria sin consecuencia, y no obligaría en manera alguna á sus sucesores á hacer semejantes gastos: porque el arzobispo, decia, solo está obligado por la costumbre á hospedar á los reyes. El arzobispo de Besanzon y el obispo de Sion, se presentaron en el parlamento como legados de la Santa Sede, y se opusieron á la eleccion de Felipe, sosteniendo que era nula sin el consentimiento de Roma. El parlamento y el clero impugnaron unánimemente esta pretension.

Los papas tenian entonces mucha mas autoridad en los paises fuera de Italia, que en Roma misma, donde reinaba la anarquía. Hubo tres pontífices á un mismo tiempo que se disputaron la tiara y despues la repartieron entre sí. Algun tiempo estuvieron unidos, hasta que dos de ellos convinieron en abandonar sus derechos al tercero, segun se dice, por cierta suma que estipularon. Este empezó á reinar solo en 1044, con el nombre de Gregorio VI. El emperador, tomando por pretesto aquella estipulacion simoniaca, depuso á Gregorio é hizo elegir en su lugar al obispo de Bamberg, que tomó el nombre de Clemente II. Asi adquirió en Roma el emperador tanta imperiosidad, que Nicoláo II reconoció formalmente en 1059 el derecho del emperador para deponer los papas y dar la envestidura á los obispos. Al contrario, la autoridad del pontífice florecia en Francia. El papa Leon IX, á pesar de la resistencia del rey y de los señores, convocó un con-

cilio y escomulgó á los obispos que no asistieron á él. Este concilio declaró solemnemente que el sumo pontífice era gefe de la iglesia universal. La Santa Sede tenia suma dificultad en reformar las costumbres del clero, corrompidas por el fermento del feudalismo. Los mismos pontífices daban pretestos plausibles á las ocupaciones seculares de los demas obispos: pues era dificil reducirlos á su ministerio pastoral cuando se habia visto á Leon IX pelear contra los normandos, armado de yelmo y lanza, en defensa de su señorío y derechos temporales. Cuando Gregorio VII quiso, algunos años despues, prohibir que celebrasen misa los sacerdotes casados ó concubinarios, éstos le acusaron de heregía, diciendo que aquel decreto tiraba á desterrar el sacerdocio de la iglesia. Tal era el espíritu de inmoralidad indócil, introducido por las costumbres feudales.

En el tiempo de Enrique I, rey de Francia, se dió á la eleccion de los sumos pontífices una forma nueva, que debia hacer menos tumultuosas las elecciones. Un concilio, celebrado por Nicolao II, decidió que en lo sucesivo los papas serian elegidos por los *cardenales* solamente. Asi se llamaban los curas de las parroquias de Roma. Con el tiempo llegaron á ser el senado de la iglesia.

Los obispos y abades eran menos dóciles que los reyes á la silla apostólica; porque creian, como los nobles, que la guerra y todos los desastres y delitos que ocasiona, eran otros tantos derechos anéjos á su señorío. El poder régio no podia contener estos desórdenes: pues los mismos hijos

del rey se entregaban á ellos con el mismo ardor que los barones, é infestaban los caminos públicos con los señores de Melun, Montmorency, Montgomery, Montfort, Ferrieres, Glos, Eu, Puyret, Beaumont, Arques y muchos alcaides que peleaban continuamente unos con otros, y alimentaban su lujo grosero con el botin de estas guerras privadas. La devastacion de los campos y los gemidos de los pueblos movieron á los reyes y á los concilios á tomar disposiones en defensa de la humanidad. El concilio de Clermont prohibió los combates y el saqueo desde el sábado por la tarde hasta el lunes por la mañana de todas las semanas, como tambien la víspera y el dia de las grandes festividades religiosas. Esta se llamó *la tregua del Señor*. Este decreto, aunque muchas veces violado, aun por algunos obispos, llegó á tener vigor en toda Francia, y á disminuir primero y despues á acabar los estragos de las guerras privadas. Las heregías nacientes, comprimidas por las autoridades eclesiástica y civil, se estendian en silencio á favor de la ignorancia y anarquía. Berengario comenzó entonces á propagar sus doctrinas anticristianas, acerca de la Eucaristía. Fue condenado, y se retractó: pero sus errores se diseminaron, y dejaron en el Languedoc los gérmenes de las mas funestas disensiones.

Todos los hombres que habian conservado sentimientos religiosos y humanos, procuraron reunirse y coligarse para defender á los oprimidos, consolar á los desgraciados y perseguir

á los bandidos. Un leñador, llamado Dunranel, y á quien la historia equitativa debiera haber dado mas celebridad, concibió la primera idea de esta asociacion, cuyo objeto era la paz. El Cordero de Dios fue el nombre y la bandera de esta cofradía, ó por mejor decir, de esta milicia cristiana. Su uniforme distintivo era una sobreveste blanca que cubria su armadura. Muchos nobles virtuosos y santos sacerdotes siguieron el estandarte de Duranel, predicaron la paz y pelearon contra los feroces castellanos (así se llamaban los señores de castillos) que se obstinaban en continuar sus latrocinios. La caballería francesa profesó despues las mismas máximas: guerreros muy ilustres se proclamaron defensores del pobre, de la viuda y del huérfano: y estos primeros héroes de Francia ilustraron su nombre y su siglo, como los de Grecia, purgando la tierra de monstruos y bandidos: pero esta gloria no pertenece verdaderamente sino al siglo XII. Hasta entonces los vicios y los crímenes, con el favor de la ignorancia, triunfaron casi universalmente de los débiles esfuerzos de la virtud. Durante esta larga noche no brilló en Francia ninguna luz de sabiduría. El único frances de esta época, que se cita como hombre dedicado á las letras, fue san Ondilos, que instituyó la fiesta de la Conmemoracion de los difuntos. En la estremidad oriental de Europa, Estevan, rey de Ungría, fenómeno de su tiempo, redactó leyes y escribió libros. En el reinado de Enrique, que duró treinta años, hubo nueve papas, y nueve

emperadores ó emperatrices en Constantinopla. Los emperadores de Alemania, Conrado II, y Enrique III, dieron á su cetro mucho esplendor, eclipsado despues en los tristes dias de su sucesor Enrique IV. Fernando el grande, primer Rey de Castilla, ilustró á España con sus victorias contra los sarracenos. Inglaterra, que pronto iba á ser conquistada por un normando, estuvo mas sometida que pacífica bajo el dominio de Canuto y San Eduardo. En Escocia los crímenes y las discordias civiles mancharon los reinados de Macbeth y Malcolmo. El Norte, renunciando á la conquista y destruccion del resto de Europa, era asolado por discordias intestinas. Suecia obedecia á príncipes valerosos, pero cuya historia es poco conocida; al mismo tiempo que los dos Canutos, Magno y Suenon, daban en Dinamarca algun esplendor á la autoridad real. Polonia gobernada por reyes belicosos, como Mocialo, Casimiro y Boleslao, salia de la barbarie. Francia, en fin, aunque tan desgraciada por la debilidad del rey y las discordias de los grandes, imponia algun respeto á las otras naciones por la celebridad de los caballeros normandos, y la feliz temeridad de algunos grandes capitanes, como Fulques Nera, Godofre Martel, Hugo, conde de Dammartin, Guillermo el conquistador, y los dos condestables Alberico y Montmorency, cuyo valor hizo que su empleo fuese la primera dignidad del reino.

El rey Enrique, valiente como ellos, pero desgraciado en casi todas sus guerras, no sobre-

vivió largo tiempo á la consagracion de su hijo. Al año siguiente, asaltado en Vitry de una calentura, bebió un vaso de agua helada, y tomó despues una purga muy fuerte que le habian recetado. El mismo dia murió, ó del agua, ó de la medicina. En el vulgo corrió la voz de que le habian dado veneno. Fue enterrado en San Dionis. Su vida fue de cincuenta y cuatro años, y su reinado de treinta y tres, empezándolo á contar desde que su padre Roberto le asoció al trono. Despues de la muerte de Matilde, su primera muger, hija del emperador Enrique III, de la cual no tuvo sucesion, quiso casarse segunda vez: pero tropezaba con el inconveniente de estar unido con los lazos del parentesco á casi todos los príncipes de Europa, y temia esponerse á un matrimonio nulo y á las censuras con que se castigaba. Para evitar este peligro, buscó muger en Moscovia, pais del cual hablan por la primera vez los historiadores de Europa en esta época. Aquella vasta region, convertida poco antes al cristianismo, no era conocida sino por el terror que sus guerreros habian inspirado muchas veces á los emperadores de Oriente. La princesa moscovita que subió entonces al trono de Francia, era hija del czar Jaroslao, y se llamaba Ana. Tuvo del rey tres hijos: Felipe I, que le sucedió; Roberto, que murió niño, y Hugo que fue conde de Vermandois por su casamiento con la heredera de este condado. El Rey confió la tutela de su hijo y la regencia del reino á su cuñado Balduino, conde de Flandes. La reina viuda se

retiró primero á Seulis, donde fundó la iglesia de San Vicente. Despues casó con Radulfo de Perona, conde de Crespy. Eran parientes, y como no querian reconocer su matrimonio por nulo, fueron escomulgados: mas solo la muerte de Radulfo los separó. Ana, viuda segunda vez, se volvió á Moscovia donde acabó sus dias. A pesar de la rebelion de Enrique contra su padre, de su rigor con su hermano, de sus injustas empresas contra los estados de su pupilo Guillermo, y de su mala fé en los tratados, castigada con sus frecuentes reveses, las crónicas del tiempo elogian con razon "su valor, su piedad religiosa y el amor que tenia á los hombres doctos."

Felipe I, rey de Francia (1060). Si solo se escribiera la historia de los príncipes, sería muchas veces árida y sin interes. Las dinastías no han recibido de la naturaleza ningun privilegio sobre las familias particulares para producir una larga série de grandes héroes: y aunque los príncipes, solo con nacer, contraen la obligacion de ser superiores á los demas hombres de su siglo, y aunque su posicion elevada los convida á ello y les proporciona grandes medios para conseguirlo, no pocas veces la educacion que reciben y la lisonja que los acecha, impiden que se desenvuelva en ellos el gérmen de las grandes cualidades. El derecho hereditario á la corona compensa los inconvenientes inevitables de la mediania del genio, ó de la debilidad de carácter en los príncipes, con el beneficio precioso de la estabilidad del gobierno y de la nacion, imposi-

ble de conseguir en la monarquía electiva. Los pueblos gozan, pues, de tranquilidad á la sombra del trono hereditario: mas los historiadores se quejan de no hallar en sus reinados asuntos fecundos y de grande interes para sus descripciones. Pero deben acusar su talento, ó el sistema que siguen en escribir la historia; cuando las acciones de los príncipes no sean capaces de dar interes á los cuadros históricos, deben escribir las costumbres é ideas de la nacion, siempre vivas y animadas. Los reinados mas débiles han sido muchas veces fecundos en grandes sucesos, que los produce la flaqueza tanto como la fuerza: los grandes reyes dirigen los acontecimientos, los príncipes medianos asisten á ellos.

La vida de Felipe I es un ejemplo de esta verdad: era un príncipe sin carácter, belicoso sin talento, político sin miras profundas, supersticioso sin religion, dotado por la naturaleza de ingenio y hermosura, pero privado de elevacion y firmeza. Reinó cincuenta años sin hacer ninguna accion gloriosa: y sin embargo este reinado tan oscuro fue para Francia y Europa, la época de sucesos y mudanzas muy notables.

En efecto, entonces fue cuando Europa se arrojó sobre Asia, y todas las fuerzas del cristianismo marcharon á quitar á los discípulos de Mahoma el sepulcro del Salvador. Al mismo tiempo empezó en Alemania la lid entre el sacerdocio y el imperio, y la guerra de las investiduras. En esta querella fueron depuestos sucesivamente papas y emperadores. En vano el rey Fe-

lipe se abstenia de tomar parte en el gran movimiento que se verificaba á su vista: su belicosa nacion era arrebatada por los sucesos, y llevaba su gloria á todos los paises. Los franceses, dirigidos por un héroe, conquistaron á Inglaterra: los caballeros normandos quitaron á los sarracenos la isla de Sicilia: los de Borgoña y Lorena auxiliaron al rey de Castilla, y consiguieron brillantes victorias de los moros: en fin, un príncipe francés, favorecido de la fortuna, fundó el señorío de Portugal, poco despues convertido en reino. Tales fueron los grandes sucesos de esta época, en que la nacion francesa, gobernada por un monarca débil, aumentó en gran manera su gloria. De todos los reyes de Francia ninguno reinó mas años que Felipe I, á escepcion de Lotario I y Luis XIV.

Rebelion y sumision de los gascones (1062). Cuando Felipe subió al trono, su madre Ana y su tio Roberto, duque de Borgoña, fueron escluidos de la regencia por los grandes. Confiáronla con mucho discernimiento á Balduino, conde de Flandes y marido de Alix hermana del rey Enrique, cuyo valor y prudencia eran igualmente respetados, y justificaron la eleccion que de él se hizo.

Los gascones, atendiendo solo al corto poder del regente, y creyéndole mas ambicioso que fiel, no quisieron reconocer su autoridad, socolor de que temian que aspirase al trono. En este tiempo Guillermo VII, duque de Guiena, despues de una breve guerra con el conde de Anjou, en la

cual le quitó la ciudad de Saintes, pasó á España á auxiliar á Alfonso VI, rey de Castilla, contra los sarracenos. El regente, simulando el mismo ardor contra los musulmanes, marchó tambien hácia los Pirineos al frente de un ejército: pero cuando llegó á Guiena, manifestó su verdadero designio, acometió á los gascones, los derrotó, y los obligó á someterse.

Proyecto de Guillermo, duque de Normandía, contra Inglaterra (1065). Entonces fue cuando un príncipe normando formó el atrevido proyecto de conquistar á Inglaterra. El regente favoreció al principio esta gran revolucion, porque no previó sus consecuencias. Su política fue engañada por el valor de un héroe. Los reyes de Francia lamentaban siempre la pérdida de una de sus mas hermosas provincias, conquistada por los guerreros del Norte; y miraban á los duqües de Normandía como á vasallos infieles, como á rivales y enemigos peligrosos; y no habian perdido nunca la esperanza de volver á recobrar esta joya de la corona: y así cuando el regente vió al duque Guillermo formar la empresa temeraria de una invasion en la Gran Bretaña, en vez de disuadirle, le animó, con la esperanza de acelerar su ruina y aprovecharse de su desgracia: error funesto, que despues encendiendo una guerra interminable con Inglaterra, hizo dueños por largo tiempo á los monarcas ingleses de los paises mas bellos de Francia. Apenas bastaron rios de sangre y siglos de batallas á libertar nuestras provincias del yugo inglés.

y á resarcir las desgracias que produjo primero la imprevision de Balduino, y mas tarde el imprudente divorcio de Luis el menor. Eduardo, rey de Inglaterra, habia muerto sin dejar sucesion. Sus virtudes le merecieron el renombre de *santo*: entre ellas se distinguia la castidad, de que habia hecho voto; y que observada religiosamente, le impidió dar herederos al trono. Eduardo, perseguido en otro tiempo por los dinamarqueses que habian hecho un desembarco en Inglaterra, halló asilo contra sus enemigos en la corte de Guillermo el bastardo, duque de Normandía. Dícese que conservando la memoria de este beneficio, la gratitud dictó su testamento, y que en él legó su reino al príncipe normando. Pero no hay nada que pruebe la verdad de este hecho: pues el testamento de Eduardo no se dió nunca al público. Eduardo era yerno de Godwin, conde de Kent, mayordomo de palacio. Cuando el rey de Inglaterra murió, Haroldo, hijo de Godwin, solicitó públicamente la corona. El duque de Normandía sostuvo por su parte las pretensiones que tenia, acusando á Haroldo de injusticia, usurpacion y aun ingratitud: porque decia que este mismo Haroldo, divirtiéndose un dia en pescar, fue arrojado por un huracan á las costas de Picardía, donde cayó prisionero: y que para interesar á favor suyo al duque de Normandía, le habia escrito desde su calabozo, que solo se embarcó para venir á confirmarle en secreto las promesas de Eduardo acerca del trono de Inglaterra. La verdad es que

Guillermo le protegió, le dió libertad, le recibió en su corte, le llevó consigo á Bretaña para que combatiese bajo sus órdenes, le dió su hija en casamiento, y le permitió volver á Inglaterra despues de haberle hecho renunciar con juramento á todas sus pretensiones al trono, y aun á la posesion de la ciudad de Douvres, que le pertenecia. Haroldo, de vuelta á su patria, negó ó violó sus promesas. Los ingleses, que temian el yugo estrangero, se mostraron favorables á su pretension; y apenas falleció Eduardo, le dieron la corona y le proclamaron rey casi unánimemente. Pero Toston, su hermano, favorecido de una faccion, y auxiliado por el regente de Francia que le dió navíos y dinero, le disputó el trono. Tal era la política de Balduino: al mismo tiempo que daba armas y socorros á Toston, animaba á Guillermo en su solicitud con la esperanza de conseguir ventajas para su pupilo, por medio de esta triple lucha. Si Haroldo se hallaba espuesto por la guerra intestina que le suscitaba su hermano, no encontraba Guillermo menos dificultades para sus designios. El Maine, que acababa de conquistar, manifestaba disposiciones á la rebelion, y Conan, duque de Bretaña, le amenazaba con la guerra. "Yo no sé, le escribia este duque, si debo daros la enhorabuena de la gloria que esperais adquirir en la conquista de Inglaterra: pero antes de empeñaros en tan noble empresa, os pido, como acto de justicia, la restitucion de Normandía, que poseeis sin ningun derecho: porque Roberto, cuyo

hijo os decis, la dió, al partir á Palestina, á mi padre el duque Alano, su pariente mas allegado. Vos sabeis que fue á veros á Ruan, y que allí fue envenenado ó por vos, ó por vuestros ministros. Yo era entonces harto jóven para vengarle: hoy quiero hacerme justicia y recobrar un ducado, á cuya posesion no podeis, pues sois bastardo, tener algun derecho. Si me negais la debida satisfaccion, os obligaré á darla con las armas." Guillermo respondió con altanería á estas amenazas. Conan se adelantó al frente de su ejército y puso sitio á Chateaux-Gouthier, ciudad situada en la frontera del Anjou y del Maine: pero murió envenenado por uno de sus oficiales, que buscó refugio en Normandía, y este crimen libertó á Guillermo de un gran peligro. Hoel, cuñado y sucesor de Conan, renunció, segun parece, á toda empresa hostil contra el duque de Normandía.

Guillermo, como todos los hombres que han fijado la suerte con su genio, era tan activo en las negociaciones como en las batallas. Logró que el emperador Enrique IV, celoso del poder de Francia, le prometiese hacer una diversion en este reino, si el regente, aprovechándose de la ausencia de Guillermo, emprendiese acometer á Normandía. Ademas, habiendo sabido que la corte de Roma estaba descontenta de Haroldo, obtuvo del sumo pontífice Alejandro II la autorizacion para hacer valederos sus derechos á la corona de Inglaterra; y aun le envió el papa una bandera bendecida y un cabello de San Pe-

dro: presente que en aquella época valia á los ojos de los pueblos, quizá mas que un ejército. Despues de tomadas disposiciones tan prudentes, Guillermo reunió sus barones, y les dió parte del designio. Unos temiendo las consecuencias de una empresa tan temeraria, procuraron disuadírsela: otros, deslumbrados por la gloria que se les ofrecia, siguieron su opinion: y la pluralidad fue favorable al dictámen del duque.

Còmo habia muchos años que meditaba esta grande espedicion, habia juntado Guillermo muchos tesoros, y podia ofrecer crecidos sueldos á los militares que siguiesen sus estandartes. Con este cebo atrajo á su ejército un gran número de aventureros: y siendo las costumbres del tiempo caballerescas y belicosas, muchos señores normandos y franceses, que buscaban en todos los paises aventuras y batallas, se reunieron al duque con sus tropas. Entre estos valientes se distinguian los condes de Boloña, Montagne, Beaumont, Evreux, Thovars, Etaples, y la Gurenne. Todas estas fuerzas reunidas formaban un ejército de cincuenta mil hombres. Reparó y llenó de pertrechos y provisiones un gran número de bajeles, estableció severa disciplina en sus tropas, despidió á los soldados cobardes y enfermizos, llevó solo consigo á los robustos y valerosos, y se embarcó en el puerto de San Valery, despues de confiar la regencia de sus estados al conde de Montgomery. Su vigor en los preparativos de tan vasta empresa, halló oposicion en la inconstancia de los

vientos que le detenian á su pesar junto á la ribera. Los franceses sabian entonces combatir, pero no esperar; y los reales ociosos quedaban desiertos en breve. Ya la desercion y el desaliento enflaquecian el ejército, y la pertinacia de los vientos contrarios parecia á muchos señal de la desaprobacion del cielo.

Batalla de Cartins: conquista de Inglaterra (1066). Guillermo se valió del único remedio que podia disipar aquel terror. Mandó llevar en procesion á los reales con pompa solemne el relicario de san Valery: los vientos cambiaron: el ejército se sintió inflamado de nuevo ardor, y las tropas normandas desembarcaron con felicidad en las costas de Sussex. Casi al mismo tiempo Toston, favorecido por el rey de Noruega, habia desembarcado en Northumberland: pero Haroldo le salió al encuentro, le derrotó, le obligó á huir, y marchó rápidamente contra Guillermo. Los dos rivales, antes de dar la batalla que iba á decidir la suerte de Inglaterra, entablaron negociaciones, durante algunos dias, por medio de los monges, que en aquel tiempo se valian de su ascendiente sobre los reyes y los pueblos para evitar la efusion de sangre é impedir las guerras entre los príncipes cristianos. Guillermo propuso á su enemigo ó someter su querella al parlamento inglés ó terminarla en un combate particular. En fin consintió en ceder el cetro al príncipe Haroldo, á condicion que lo recibiese de su mano como feudo. Haroldo, sin dar respuesta positiva ni romper la negociacion,

marchaba siempre, esperando sorprender á sus enemigos; pero hallólos dispuestos al combate. Los dos ejércitos llegaron en fin á visitarse cerca de Hastings. La víspera de la sangrienta batalla, que iba á dar á Inglaterra ó un rey nacional, ó un monarca estrangero, se entregaron los ingleses á los escesos de la mesa y á la embriaguez mas tumultuosa. Los franceses al contrario, se prepararon á la batalla con oraciones, y sentian redoblar sus fuerzas implorando el auxilio celestial. Al rayar el dia arengó á sus soldados el intrépido Guillermo: y sabiendo que el esceso del valor nace del esceso del peligro, les declara atrevidamente que acababa de prender fuego á sus navíos, y que no les queda mas eleccion que de la muerte ó la victoria. «Pero la victoria, añadió, no es dudosa; porque nuestra causa es justa y peleamos contra un perjuro."

Los dos ejércitos se acometieron con igual valor: y á tiro de dardo se detuvieron. El cielo pareció algun tiempo oscurecido con una nube de flechas. Poco despues los normandos cargaron sobre el enemigo entonando el himno guerrero de Rolon: pero á pesar de su ímpetu, los ingleses se mantuvieron firmes, rechazando con sus sables los golpes de las franciscas, y las tropas de Guillermo cejaron. El duque indignado las detiene y ordena, y las vuelve al combate. La fortuna vacila incierta: los franceses no se retiran: pero los ingleses les oponen una masa demasiado estrecha para poder penetrar en sus filas. Guillermo cansado de una lid que agotaba

inútilmente sus fuerzas, se vale de la astucia: y manda á muchos de sus gefes que hagan una retirada fingida. Los ingleses, creyéndose vencedores, avanzan con precipitacion, abren sus filas y marchan desordenadamente.

Guillermo, aprovechándose del momento favorable, se arroja de nuevo sobre ellos y desbarata toda su línea. En vano Haroldo demostró, haciendo prodigios de valor, que era digno de la corona. Sus mas valientes capitanes cayeron á sus pies. El peleó el último de todos, y murió lleno de heridas. Con él perecieron dos de sus hermanos y un gran número de señores. La fuga de los restos miserables del ejército inglés no los salvó del furor del enemigo, tan ardiente en la persecucion como en el combate.

El terror siguió á la victoria. Guillermo, aprovechándose con celeridad de su triunfo, entró en Douvres, Cantorbery y Londres; y el arzobispo de Yorck le coronó rey de Inglaterra. La ostinacion de la nobleza anglo-sajona fue causa de su ruina. No pudiendo sufrir el yugo estrangero, excitó en todo el reino largas y sangrientas sediciones, en las cuales la fortuna se mostró siempre contraria á su valor: casi todas las antiguas familias, así britanas, como inglesas y sajonas, fueron desterradas, arruinadas ó muertas.

La revolucion fue total y terrible. Guillermo para subyugar los ánimos y cambiar las costumbres, destruyó la antigua legislacion y al antiguo idioma. Todo lo mudó ó aniquiló este conquistador rigoroso. Cada habitante fue obligado

por la ley tiránica de *cubre el fuego*, á apagar toda luz en su casa á las ocho de la tarde. El pueblo, gobernado por la nobleza conquistadora, enteramente francesa, obedeció á las leyes francesas, y en muchos años no oyó hablar otra lengua que la de Francia. La historia no presenta ejemplo de empresa mas temeraria, de conquista mas pronta, de resolucion mas completa, de tiranía mas rigorosa. Los triunfos inauditos de Guillermo excitaron en Francia un descontento profundo y general contra el regente. La fortuna se habia burlado de su prudencia. Cuando esperaba arruinar á un gran vasallo, le elevó al colmo del poder y la gloria. En vano los reyes de Francia, Escocia y Dinamarca quisieron formar una liga contra el conquistador de Inglaterra. Este proyecto no llegó nunca á ponerse en ejecucion.

Felipe I declarado mayor á la edad de quince años (1067). Al año siguiente murió Balduino, mas agoviado por los pesares que por la edad. Hasta entonces no habian sido mayores los reyes hasta la edad de veinte y dos años: y aunque Felipe solo tenia quince, la poca gloria que habia adquirido el regente, movió á los grandes á permitir que el jóven príncipe se encargase de las riendas del estado.

Guerra de Felipe con la familia de Balduino (1069). Balduino dejó dos hijos. Segun la costumbre, dió el condado de Flandes á Balduino VI, hizo jurar al segundo, llamado Roberto, que no formaria pretensiones sobre aquel estado,

y le dió dineros, soldados y bajeles para buscar fortuna en otras partes y conquistar algun señorío: especie de heroismo y de latrocinio, que la fortuna de los caballeros normandos habia puesto en moda. Muchos aventureros se juntaron con Roberto. Pasó á España, y se distinguió por sus proezas contra los sarracenos: mas no pudo establecer allí ningun principado. Despues, vencido y despojado en un reencuentro, donde los suyos le habian hecho traicion, volvió pobre á Francia poco antes de la muerte de su padre; el cual, aunque le recibió mal, no dejó de darle nuevos socorros. Continuando su vida errante, emprendió la peregrinacion de Jerusalen, entró al servicio del emperador de Oriente Constantino Ducas, se rebeló con algunos normardos contra él poco tiempo despues: y volvió segunda vez á su patria sin fortuna, pero no sin celebridad. El hijo mayor de Balduino sobrevivió á su padre tres años no mas, dejando dos hijos, Arnoldo y Balduino, el uno conde de Flandes y el otro de Mous. Riquilda, su madre, tenia pretension á la tutela de los príncipes que eran menores; el aventurero Roberto se la disputó aunque fue vencido en las primeras acciones.

Felipe, rey de Francia, protegió á Riquilda y á su hijo Arnoldo y marchó contra Roberto: pero la primera entrada del monarca en la carrera de las armas fue infeliz. Roberto, cebando su juvenil ardor con una retirada fingida, le sorprendió cerca de Casel, y destrozó su ejército Arnoldo, conde de Flandes, pereció en el com-

bate. Felipe aumentó el oprobio de su derrota, descuidando repararla con la firmeza: abandonó cobardemente la causa de Riquilda y dejó á Balduino VII, hermano y sucesor de Arnoldo, sin proteccion alguna. Riquilda imploró el auxilio del emperador Enrique IV, el cual envió contra Roberto al duque de Lorena y al obispo de Lieja: pero en vano: porque el inconstante Felipe juntó sus armas á las del enemigo que le habia vencido. Roberto triunfó: ya poseía la Frisia por su matrimonio con la viuda del último conde de aquel pais. Riquilda desalentada le dejó á Flandes, y no conservó para su hijo mas que el Henao. Felipe casó con Besta de Frisia, entenada de Roberto.

Pontificado de Gregorio VII (1071). En esta época murió el papa Alejandro II y subió al trono pontifical el monge Hildebrando, tan célebre despues bajo el nombre de Gregorio VII. Su nacimiento era oscuro, su genio vasto, su alma nacida para las grandes cosas, y sus costumbres santísimas.

Gregorio VII fue, entre todos los papas, el que supo mejor conocer las necesidades de su siglo. Entonces contra la violencia del régimen feudal, la ignorancia y la barbarie no habia mas freno que la autoridad de los mismos pontífices, reconocida por pueblos y monarcas. Gregorio VII emprendió hacer útil este freno á las naciones y á la civilizacion, aumentó en alto grado el poder temporal de la silla romana, único santuario de justicia conocido entonces, y

preparó el camino á las luces de los siglos posteriores. Para esto fue menester convertir en máxima política la idea moral, generalmente esparcida entonces, del poder de *animadversion* que residia en el papa, como padre comun de la cristiandad, sobre todos sus hijos, y señaladamente sobre los príncipes, que como mas poderosos, eran tambien los que con mas frecuencia se burlaban de las buenas costumbres y de la equidad en aquel siglo de barbarie. Gregorio atribuyó á la silla de Roma este poder saludable. Y así escribia á Demetrio, Czar de Rusia: "vuestro hijo nos ha dicho que deseaba ser coronado por Nos: habiendo tenido por justa su peticion, le hemos dado vuestro reino en nombre de san Pedro:" y á los príncipes de Alemania en su lucha con el emperador. "De parte de Dios omnipotente prohibo á Enrique gobernar el reino Teutónico y el de Italia. Absuelvo á los cristianos del juramento de fidelidad que le han prestado, y escomulgó á todos los qué le reconozcan por rey." Estas máximas y este lenguage, tan en contradiccion con los principios actuales de moral política, eran necesarios entonces, si habia de oponerse un dique á la disolucion social, empezada con la invasion de los bárbaros del Norte, templada por el ingenio y las victorias de Carlomagno, y mas amenazadora qre nunca cuando el sistema feudal colocó la violencia y la usurpacion en el lugar debido á las leyes y á la virtud. Gregorio VII sufrió en el establecimiento de su sistema infortunios y per-

secuciones: llegó á verse sitiado en una fortaleza: tal vez halló obstáculos que no alcanzó á vencer. Habiendo exigido de Guillermo el conquistador tributo y juramento de fidelidad, el rey de Inglaterra respondió que continuaria dando la limosna acostumbrada al templo de san Pedro: pero al mismo tiempo prohibió á los sacerdotes ingleses hacer el viage de Roma, aun cuando el papa los mandase á llamar. Sin embargo, la autoridad pontificia, en la parte temporal, era reconocida en todo el orbe cristiano: y así decia Ibo de Chartres: "el nombre del papa es el único que domina en tierra, y todos los príncipes besan sus pies." El título de papa habia sido comun por muchos siglos á los obispos: Gregorio VII en un concilio que se celebró en Roma, dispuso que fuese atribuido esclusivamente á la cabeza del mundo cristiano. Su lucha contra el emperador Enrique IV fue larga y terrible. Ya Alejandro II habia acusado á este príncipe de simoniaco. Gregorio le citó á su tribunal, fulminó contra él las censuras eclesiásticas, le obligó á arrodillarse como penitente, le escomulgó de nuevo como relapso, y en fin le depuso. Tambien escomulgó á Niceforo, emperador de Oriente, á Roberto Guiscarel, duque de Pulla, y á Boleslao rey de Polonia, por los crímenes é injusticias que hacian: y lo mismo habria hecho con Felipe, rey de Francia, á no haberse interpuesto los obispos del reino. Así llegó á establecer aquel piadoso y severo pontífice la *inspeccion* suprema de la autoridad pon-

tificia sobre los reyes, señores y prelados, para corregir los vicios del feudalismo, mejorar la suerte de los pueblos oprimidos, reformar la disciplina eclesiástica, y las costumbres de los obispos y abades, pervertidas con la opulencia y ocupaciones de sus señoríos feudales, propagar los estudios, y destruyendo poco á poco el imperio de la fuerza brutal que dominaba á Europa, preparar el triunfo á la civilizacion. Este gran paso que dió el mundo político desde el feudalismo, fundado por la violencia, á la teocracia, hija de la conviccion, fue debido al talento y á las virtudes de Gregorio VII.

Su firmeza produjo grandísimos y saludables efectos. La reforma en las cosas eclesiásticas era ya sumamente necesaria. Los reyes vendian las abadías: muchos prelados, movidos de pasiones mundanas, se hacian guerra unos á otros, llevaban alternativamente el yelmo y la mitra, robaban, mataban y se entregaban á las mas vergonzosas disoluciones. Gran número de sacerdotes, burlándose de los decretos de los concilios, se casaban, ó sustentaban públicamente á sus mancebas y concubinas. Gregorio halló el único remedio que en aquella época de barbarie podian tener estos desórdenes, ejerciendo en el órden espiritual y temporal el poder absoluto que entonces se atribuia á la silla de Roma sobre todas las potestades. Se ha conservado una coleccion de sus cartas, titulada: *Dictatus papæ*, porque las cartas que dirigia á sus legados eran dictadas por él. En ellas se observan las máxi-

mas siguientes. "El papa solo puede deponer y restituir los obispos sin concilio: solo él puede hacer nuevas leyes y diócesis, dividirlas, reunirlas, dotarlas ó tomar parte de sus rentas: juzga en última apelacion, y no la hay de sus sentencias: solo él tiene derecho á llevar las insignias del imperio sacerdotal: puede deponer á los emperadores y castigar á los malos reyes, alzando á los vasallos el juramento de fidelidad: en fin, todo pontífice romano debe ser reverenciado como *santo*, desde que está canónicamente elegido." La palabra *santo* debe tomarse en este pasage, no en el sentido que se le da vulgarmente y que equivale á *partícipe de la gloria eterna*, sino en el sentido primitivo que tenia en la lengua latina; esto es, constituido, sagrado, venerable, inviolable.

En muchos reinos estableció como un tributo legímo *el dinero de san Pedro*: así se llamaban las limosnas con que la piedad de los fieles acudia de varias regiones para sostener el culto divino en la iglesia de san Pedro de Roma. Enfrenó los desórdenes de los príncipes, que celebraban matrimonios incestuosos contra lo prevenido en los sagrados cánones. Temeroso de que la ambicion de los aventureros, que iban á España á pelear contra los moros, perturbase las nacientes monarquías de los cristianos en la península, escribió al conde de Rors y otros señores que esperaban fundar principados en el pais que conquistasen á los sarracenos: "Sabed que España pertenecia á san Pedro hace muchos

siglos: y así, aunque se halle invadida por los infieles, no podeis ni hacer ni conservar ninguna conquista sin el consentimiento de la sede apostólica y sin reconocerle vasallage." Escribiendo á Felipe, rey de Francia, le llamaba lobo hambriento, tirano indigno del nombre de rey, hombre manchado con pecados y crímenes. Amonestaba al duque de Guiena y á otros señores que reprendiesen sus desórdenes, y aun llegó á amenazarle con la deposicion.

Felipe merecia estas acusaciones, aunque demasiado agrias, y ofensivas de la dignidad real como está constituida actualmente. El rey abandonaba los negocios por los placeres, se entregaba á escesos muy reprensibles y á todos los vicios de su tiempo, y degradaba la magestad hasta el estremo de robar á los mercaderes en los caminos públicos. En una ocasion prendió y despojó á unos comerciantes italianos, por los cuales supo el sumo pontífice los desórdenes de la corte de Francia.

La indolencia de Felipe formaba entonces un contraste singular con la actividad de los aventureros franceses, que buscaban combates y gloria en los paises mas lejanos. Los moros, arrojados de la parte septentrional de España, poseian aun la meridional y el centro, y aquel pais era el teatro sangriento de una guerra perpetua y sin tregua entre las dos naciones y los dos cultos.

El celo de la fe, el amor de la gloria y el deseo de aventuras llevaron á aquellos célebres

campos de batalla muchos aventureros franceses. Entre otros se distinguió Enrique, hijo de Roberto, duque de Borgoña, y descendiente de Hugo Capeto. Despues de muchas proezas, casó en 1095 con una hija de Alonso VI, rey de Castilla, que le dió en feudo el condado de Oporto. Enrique fue tronco de la dinastía, que hoy reina en Portugal: nombre derivado de Porto Cale, reedificada por Enrique.

Espedicion del rey de Inglaterra contra Dole (1077). Quizá los guerreros de Francia, en vez de buscar tan lejos glorias tan peligrosas, habian hecho mejor en reunirse bajo la bandera de su rey para agregar el ducado de Normandía á la corona y separarlo de Inglaterra. Pero Guillermo era tan activo en conservar, como Felipe lo era poco en reconquistar. A pesar de esto, la ocasion era favorable: porque la provincia de Maine se habia revelado contra Guillermo. Però se le dejó tiempo para reprimir esta rebelion y castigar á Fulques Requin, conde de Anjou, aliado de los rebeldes. Como el duque de Bretaña los habia socorrido tambien, Guillermo le declaró la guerra, invadió sus estados y puso sitio á Dole.

Felipe, informado de este peligro, pareció despertar de su largo sueño: tomó las armas, marchó en defensa de los bretones, obligó al rey de Inglaterra á levantar el sitio, y le causó grande pérdida en la retirada. Pero fatigado muy pronto de su triunfo, volvió á su languidez habitual, y ajustó paces con Guillermo.

dejándole todos sus dominios. Prefiriendo la ociosidad de la corte á los afanes militares, y no obstante, envidioso siempre de Guillermo, buscó arbitrios menos honrados para debilitar la potencia de su rival. Fomentó discordias en su familia, y se coligó secretamente con Roberto *Muslo corto*, hijo del conquistador, príncipe turbulento, ambicioso, y de quien se sospechaba, no sin motivo, que habia escitado la rebelion del Maine con la esperanza de apoderarse de Normandía.

Rebelion de Roberto contra su padre Guillermo el Conquistador (1081). Roberto tenia dos hermanos menores, Guillermo el Rojo y Enrique, uno y otro envidiosos de él. El rey de Inglaterra los preferia á su hijo mayor, porque eran mas dóciles. Hallándose todos un dia en la ciudad de L'Aigle, y jugando en presencia de su padre, llenaron de agua á Roberto sus hermanos. Uno de los palaciegos le persuadió que aquella burla era un agravio, y el príncipe se irritó en gran manera. Su padre defendió el partido de los hermanos menores. Roberto se salió de la corte enojado, tomó las armas, y con el auxilio de sus amigos, se hizo dueño de algunas fortalezas. Su madre Matilde le favoreció, y Felipe le dió en secreto algunos socorros. Pero perseguido por su padre, tuvo muy pronto que buscar asilo en Francia. El rey Felipe le dió el castillo de Gerberais, cercano á Beauvais, y Guillermo le puso sitio. El orgulloso príncipe, en vez de ceder á su padre, pedia altaneramen-

te, como premio de su sumision, que se le diese el ducado de Normandía. Guillermo respondió que *no era su costumbre desnudarse hasta que se iba á costar.*

En esta lid impía animaba igual ardor á los sitiadores y sitiados. En medio de una salida, como los guerreros, segun el uso, estaban enteramente cubiertos con sus armas, Roberto peleó cuerpo á cuerpo con Guillermo, no sabiendo quién era el adversario sobre el cual caian sus golpes. Atravesó el brazo al rey y le derribó del caballo de un bote de lanza: á los gritos del monarca reconoce es su padre: la naturaleza triunfa: echa el pie á tierra, se arroja á las plantas de Guillermo, le dá su caballo y le deja volver á su campamento. El rey, menos enternecido con el arrepentimiento del hijo, que irritado de su herida, de las que habia recibido Guillermo su hijo menor, y de la pérdida de un gran número de oficiales, le echó su maldicion, aunque levantó el sitio del castillo. Este triunfo criminal aumentó el partido de Roberto: muchos señores bretones, angevinos y normandos acudieron á sus estandartes. Felipe ofreció su mediacion, que fue aceptada, y Roberto consiguió el perdon. Su sumision era sobradamente opuesta á su carácter para ser duradera. Cuatro años despues, en 1081, se rebeló segunda vez: y animado por el rey de Francia taló á Normandía.

Muerte de Guillermo el Conquistador (1087.) A pesar de la paz jurada, fermentaba siempre

el oculto rencor entre los reyes de Francia é Inglaterra, y una chanza le hizo manifestarse. Guillermo habia adquirido con la edad escesiva gordura. "¿Cuándo, pues, dijo Felipe en una ocasion, parirá ese hombre despues de tantos años de preñez?" Sabida esta chanza en Inglaterra, esclamó irritado Guillermo: "Yo iré á ver la misa de parida á santa Genoveva, con tantas luces, que el rey de Francia llore por mucho tiempo su dicho gracioso." El efecto se siguió con prontitud á la amenaza. Guillermo, al frente de los ingleses y normandos, sitió á Mantes, taló las cercanías y puso fuego á la ciudad. Las mismas llamas castigaron al incendiario: porque como huyese del fuego que todo lo devoraba, saltó un foso con tanta fuerza que el arzon delantero le lastimó el estómago y le produjo un acceso, de que murió pocos dias despues en la ciudad de Ruan adonde habia mandado que le pasasen.

En Inglaterra no se reconocia entonces de un modo positivo ni el derecho de primogenitura ni el de eleccion. Guillermo al morir, repartió sus estados como quiso. Guillermo el Cojo, su hijo segundo, fue rey de Inglaterra. Roberto el mayor, duque de Normandía, y Enrique, el último de todos, tuvo en herencia los bienes de su madre Matilde. Estos tres príncipes, descontentos de la particion, se declararon inmediatamente la guerra. Guillermo el Cojo, mas activo que Roberto, se le anticipó y ocupó la Normandía. Felipe, fomentando estas discordias para

sacar partido de ellas, favorecia alternativamente á una y otra faccion. En fin, los príncipes hicieron en Caen la paz, desventajosa para Roberto que perdió algunas plazas. Enrique adquirió el Contentin.

En esta misma época Felipe mandó hacer oraciones públicas para que Dios le concediese sucesion. Dentro del mismo año nació el príncipe Luis, heredero del trono: con cuyo motivo se hicieron grandes fiestas. Las exequias de Guillermo el Conquistador se celebraron en Caen: un incidente que acaeció en medio de la ceremonia, mostró hasta qué punto veneraban todavía los normandos el nombre y la justicia de Rolon. Cuando pasaba al templo el cadáver del rey, un habitante de la ciudad clamó: *haro.* Esta palabra, sinónima de Rolon, era como una apelacion á la justicia, y servia de grito militar para entrar en batalla. El duelo se detuvo; el hombre declaró que el difunto rey le habia tomado sin pagársela, una tierra para fundar en ella una abadía: el pueblo indignado se apoderó del cadáver, y no permitió que se le diese sepultura hasta haber conseguido del príncipe Enrique la indemnizacion reclamada. Felipe habia deseado en vano muchos años tener hijos: al fin Berta le dió tres, y por una contradiccion singular, esta reina, amada de su esposo mientras fue estéril, fue abandonada cuando tuvo sucesion. El inconstante Felipe se desagradó de ella, y segun se cuenta, hizo formar un árbol genealógico con documentos falsos para probar que

era parienta suya, y por consiguiente nulo el matrimonio. Se declaró, pues, el divorcio, y pidió por esposa á Ema, hija de Rugero, rey de Sicilia: pero mientras esta princesa estaba en camino para subir al trono de Francia, un nuevo capricho de Felipe se lo quitó.

Casamiento de Felipe con Bertrada (1089). Habia en Anjou una muger llamada Bertrada, jóven, bella, astuta y ambiciosa de adquirir poder y de ganar voluntades. El anciano Fulques Reguin, conde de Anjou, despues de haber repudiado dos mugeres, que aun vivian, se habia casado con Bertrada. Pero el título de condesa y el amor de un viejo no satisfacian las pasiones y el orgullo de esta artificiosa muger. El trono de Francia, vacante por el divorcio de Berta, escitó sus deseos, y halló medios para inspirar diestramente al rey la curiosidad de conocerla. La política halló facilmente pretesto para el viage de Felipe á Tours, donde le recibió Fulques con el respeto y esplendor debido. Bertrada se aprovechó con tanto arte de esta visita, que encendió en el corazon del rey una pasion violenta. Despues que hubo salido de Tours, una partida de caballería que dejó en la ciudad, robó á la condesa y la llevó á Orleans, donde Felipe la aguardaba. En este tiempo se habian sucedido en Roma dos soberanos: Victor III, sucesor de Gregorio VII, habia muerto, y Urbano II ocupaba el trono pontifical. El divorcio de Berta, el rompimiento del matrimonio de Ema, y el robo de Bertrada, eran tres escándalos para el orbe cristiano que

por sí solos bastarian á justificar la intervencion de la autoridad pontificia en los negocios de los reyes. Bertrada, arrostrando las reprensiones de la opinion pública y el enojo de Roma, se gozaba orgullosamente en su triunfo, y decia que "habia huido, abandonando á Fulques, no de un matrimonio legal, sino de un adulterio público." En esta situacion estaban las cosas, cuando la princesa de Sicilia desembarcó en Languedoc, donde supo su desgracia: renunciando altivamente á un cetro manchado por el vicio, y que no era digno de ella, en vez de reclamarle, tomó por esposo al conde de Clermont.

Libre el rey de este impedimento, no desconocia los que tenia que vencer de parte de la iglesia: y empleó todos los recursos de su poder y de su ingenio para ganar á los obispos franceses. El docto Ibo de Chartres les dió el ejemplo de inflexible firmeza. Felipe hizo talar sus tierras y saquear sus bienes, y le borró del número de los leales. Casi todos los prelados se mantuvieron constantes en la oposicion; solamente los obispos de Ruan, Senlis y Bayeux cedieron á las seducciones del monarca, y sacrificando su conciencia á los favores de la corte, dieron la bendicion nupcial á Felipe y Bertrada. Su condescendencia escitó, no solo general indignacion, sino tambien una guerra intestina. Los amigos y adversarios de Bertrada tomaron las armas. El rey quizá con el designio de engañar al obispo de Chartres á quien no habia podido vencer, le mandó cumplir sus obligaciones de vasallo,

y asistir á una conferencia que iba á celebrarse entre los reyes de Francia é Inglaterra y el duque de Normandía. Ibo le respondió en estos términos: "Señor, tres motivos me impiden obedecer á vuestra *serenidad*: primero, el papa os prohibe vivir con Bertrada: segundo, habeis mandado á los obispos no asistir al concilio convocado por Urbano: tercero, el sumo pontífice os declara escomulgado, y nulo vuestro matrimonio. Así debo evitar vuestra presencia por respeto á vos mismo: pues si os viese, mi obligacion me forzaria á deciros públicamente lo que ahora os escribo en secreto. Ademas, todos los vasallos de mi iglesia han quebrantado la tregua del Señor y no puedo llevarlos conmigo á la corte mientras esten heridos de la escomunion en que han incurrido por haber tomado las armas. En fin, creo que no tendré seguridad alguna en vuestra corte: pues por mi rigor me he grangeado la enemistad de un sexo, en quien no deben confiar mucho ni aun los que son sus amigos.» La carta termina con súplicas al cielo por la salud del monarca.

Un reinado tan débil en medio de tantos desórdenes hubiera podido esponer á Francia á su total ruina: pero las circunstancias la salvaron. Inglaterra y Normandía se abrasaban en guerras civiles, fruto de la nueva conquista y de la revolucion que causó. La querella de las investiduras ensangrentaba á Germania é Italia. La guerra contra los moros ocupaba todas las fuerzas de España. Roma, tan poderosa en las naciones estrangeras, se hallaba interiormente des-

trozada por la disputa entre el papa Urbano, y el antipapa Clemente, á quien los alemanes favorecian. Al favor de estas disensiones se consolidó y elevó gradualmente el imperio de los Capetos, á pesar de las faltas y flaquezas de sus primeros reyes.

Muerte de Berta (1093). Felipe abusando de la situacion en que se hallaba el pontífice, le amenazó, si persistia en condenar su casamiento, con dar la obediencia al antipapa Clemente. Urbano respondió, que antes de dar sentencia definitiva, debia examinarse en un concilio si eran legítimos, ó no, los motivos del divorcio de Berta. Reunióse pues, el concilio de Reims, y el mayor número de los obispos se declaró en favor de Felipe. Ibo de Chartres rehusó obstinadamente acceder á este dictámen, y apeló de la decision del concilio á la Sede apostolica. "Me acusais de traidor, escribia á los otros obispos: vosotros sois los traidores, pues lisonjeais las pasiones del rey: yo le sirvo diciéndole la verdad." El papa convocó otro concilio en Autun. Treinta y dos obispos renovaron y confirmaron en él las escomuniones fulminadas contra el emperador Enrique IV y el antipapa, y escomulgaron tambien al rey de Francia.

En estas circunstancias murió Berta. Felipe estaba ciego de amor por Bertrada, y arrostró los rayos de la iglesia: sin embargo, se abstuvo de los ornamentos reales: pero conservó á su lado á su manceba: y no atreviéndose á ir á las iglesias, oia misa en secreto en su palacio.

Concilio de Clermont : primera cruzada: (1095). La resistencia del rey y otros motivos de un interes mas general, principalmente el deseo de armar los cristianos de Occidente para socorrer las iglesias de Asia y conquistar de los musulmanes el sepulcro de Cristo, movieron á Urbano á convocar en Plasencia un concilio general que no produjo grande efecto. Pero como los franceses estaban mas dispuestos que los italianos á acudir al grito de la guerra, Urbano pasó á Francia, y presidió en Clermont el famoso concilio que decidió la lid general de los cristianos contra los mahometanos, y se predicó la primera cruzada, cuyas consecuencias trocaron la faz del mundo, y de la cual hablaremos mas circunstanciadamente, cuando hayamos concluido la triste narracion de la escandalosa causa de Bertrada y Felipe.

Felipe habiendo rehusado definitivamente separarse de su concubina, fue de nuevo escomulgado en Clermont, asi como todos los franceses que le reconociesen por soberano. Este rigor conmovió al Rey; prometió abandonar á Bertrada, y fue absuelto en un nuevo concilio celebrado en Nimes. Pero siendo demasiado violento su amor para romper los lazos que le encadenaban, violó otra vez su juramento, trajo á su palacio á Bertrada, é hizo que los obispos de Troyes y Meaux la coronasen.

Tumultos y alborotos civiles con motivo de la escomunion del rey (1100). El papa Urbano falleció el último año de este siglo. Pascual II, su

sucesor, se mostró al principio inaccesible á las súplicas del rey. Sin embargo el espíritu público habia cambiado en Francia. La muerte de Berta hizo olvidar la ilegalidad de su divorcio. Los señores comenzaban á declamar contra la autoridad romana, y una parte de los obispos de Francia desaprobaba la intervencion del poder espiritual en los negocios temporales. Un concilio, celebrado en Poitiers, fue teatro de la discordia mas ruidosa. Los legados del papa, irritados de la resistencia del rey, querian renovar la escomunion. El duque de Guiena y otros muchos señores salieron indignados de la sesion, y alguna gente del populacho vomitó mil injurias contra los representantes del sumo pontífice. Pero los obispos que habian quedado, comenzaron á pronunciar la escomunion; entonces el vulgo se amotinó, y tiró piedras contra los cardenales: un sacerdote fue víctima de la rabia popular, y los individuos del concilio huyeron espantados. En medio de este terror general, algunos prelados mas animosos, entre ellos Bernardo de Tiron y Roberto de Arbriselles, fundadores de Fontevrault, permanecen intrépidos y triunfan por su constancia de la furia de la muchedumbre. La escomunion se fulminó contra el rey. Muchos historiadores, engañados por la fecha de algunas actas de este príncipe, que contenian estas palabras, *Regnante Christo*, han creido que él mismo se reconoció como depuesto del trono. Pero está bien probado que se habia servido repetidas veces, por devocion, de esta fór-

mula en varios edictos, mucho antes del repudio de Berta.

El rey demasiado esclavo del amor para sostener el peso de las obligaciones reales, no dejó de conocer los peligros con que le amenazaba la anarquía. Su autoridad era incierta, y toda Francia estaba afligida con las sangrientas querellas de los señores: unos y otros peleaban, se lanzaban de sus estados, se robaban recíprocamente sin reconocer freno alguno; y burlándose de todo poder, en las fortalezas que cubrian las colinas del reino, descendian de ellas como bandidos á tiranizar á los ciudadanos, arruinar á los labradores y llevarse los siervos.

El príncipe Luis asociado al trono (1104). El cielo, protector de Francia, habia colocado junto al trono un príncipe jóven, destinado á salvarle, fortalecerle y llenarle de gloria. Luis, heredero del trono, se habia ya distinguido por su valor: se le llamó el *batallador*, por el gran número de combates que dió, *el despierto*, por la increible actividad con que se le veia en todos los sitios donde había peligros que vencer, tiranos que rendir, injusticias que reparar ó desórdenes que reprimir. Mas tarde se le dió el nombre de Luis el Gordo, que ha conservado en la historia, por la notable gordura que adquirió. En aquellas circunstancias no habia para gobernar mas cetro que la espada, y asi fue muy prudente la resolucion que tomó Felipe de asociar su hijo al trono: y los señores que consintieron en ella, no tardaron en conocer que ya

tenian rey. El latrocinio de los barones asolaba las cercanías de la capital con el mismo atrevimiento que lo demas del reino; y hasta entonces los lugares mas vecinos del trono habian procurado en vano tener su nombre por asilo.

El jóven Luis peleó continua y sucesivamente con Burchevid, señor de Montmorency, que talaba las tierras de la abadía de San Dionis, con los señores de Rousy, Marles, Concy, Mun, Rochefort, Puyset, Montlhéry y otra multitud de tiranuelos. Este príncipe fué el primero de su familia que mereció verdaderamente el nombre de rey y que hizo amable al trono mostrándose libertador del pueblo, apoyo de los desvalidos, y protector de los pobres. Las bendiciones de sus vasallos dieron el mayor lustre á la ceremonia augusta de su consagracion. No solamente reprimió Luis á los señores que talaban el ducado de Francia: tambien hizo sentir el peso de sus armas á los opresores del Berry y del Limosin; y venció en una sangrienta batalla al conde de Champaña. La casa de Rochefort estaba enlazada con el príncipe, que habia casado con Luciana, hija del conde Guido, gran senescal de Francia El papa anuló este matrimonio, y Luis se sometió á la decision de la Santa Sede. Guido y otros muchos señores se revelaron entonces contra él: pero los derrotó en muchos combates, se apoderó de sus castillos, dispersó á sus aliados y dió el dominio de Gournay á los señores de Garlande, enemigos del rebelde, los cuales desde entonces gozaron

de mucho favor en la corte. La fortaleza de Montlhéry, dominio de Troussel de Montmorency, era entonces la ciudadela mas amenazadora: pues de sus puertas salian continuamente las cuadrillas que mas asolaban el pais. Luis hizo guerra mucho tiempo á Troussel sin poder sujetarle. Al fin se hizo la paz, y por ella se cedió al príncipe aquel formidable castillo.

Luis perseguido por Bertrada (1106). Una gloria tan pura no podia durar largo tiempo sin sufrir los tiros de la envidia. Todos admiraban las proezas de Luis: Francia bendecia su nombre: llamábale el príncipe del reino, y dominaba en los corazones de los pueblos. Bertrada, que mandaba solo en el del rey, envidiosa del héroe destinado á poseer la corona, que ella quisiera dejar á sus propios hijos, formó el designio horrendo de terminar su vida.

Luis, deseando conocer por sí mismo las costumbres y el poder de una nacion cuya rivalidad larga y peligrosa adivinaba, habia pasado á Inglaterra, donde reinaba Enrique I, sucesor de Guillermo el Rojo, y tercer hijo del conquistador normando. Este monarca, al mismo tiempo que celebraba con fiestas la llegada del príncipe frances á su corte, recibió por un emisario secreto una carta cerrada con el sello de Felipe. Bertrada le habia escrito; y en el nombre de su esposo suplicaba al monarca inglés que pusiese en prision á Luis, á quien acusaba de traidor, y le hiciese morir. Enrique, no pudiendo persuadirse á que un padre hubiese dictado semejante

escrito; consultó un consejo. En él se decidió que no pertenecia á un rey estrangero intervenir en los negocios interiores de Francia, sea para favorecer el justo resentimiento de Felipe, sea para servir de instrumento á los culpables designios de su muger.

Luis, advertido del lazo que se le habia puesto, volvió con prontitud á Francia, y sorprendió estraordinariamente á la corte con su imprevista llegada. Quejóse altamente á su padre de la injusta sentencia fulminada contra su vida: pero sabiendo entonces que el rey habia ignorado aquella trama infernal, urdida por Bertrada, juró darla muerte por su mano, si no se le hacia justicia contra ella. El debil monarca ni se atrevia á resistir á su hijo ni á sacrificar su amante; y no pudiendo disipar la tempestad, solo pensaba en los medios de retardar su esplosion.

Entretanto una reconciliacion, mas aparente que real, calmó algun tanto los rencores: pero la alevosa Bertrada, implacable en su odio, dió un veneno al príncipe. Durante muchos dias no pudo el arte de los médicos superar la enfermedad, y habian perdido la esperanza. Luis, á pesar de los consejos de sus amigos, se puso en manos de un empírico que le sanó. La palidez que conservó siempre despues de esta época, dejó en su rostro señales indelebles del crimen de su madrastra. Felipe, esclavo de Bertrada, no pudiendo disculpar un delito notorio, imploró la clemencia de Luis. La piedad filial del

príncipe triunfó en su corazon de tan justo resentimiento: perdonó generosamente á la reina todos sus crímenes, y el rey, para probarle su agradecimiento, le dió á Pontóise y el Vexin, que en la última guerra se habian recobrado de los normandos. Poco tiempo despues vino á Francia el sumo pontífice, y reprendió á Felipe su escandalosa conducta. El rey se sometió prometiéndole separarse de Bertrada. El pontífice, aplacado por su docilidad, le dió al partir algunas esperanzas de lograr dentro de poco las dispensas precisas para legitimar su matrimonio. Con este designio se reunió un concilio en Beaugency: y no habiéndose decidido en él ninguna cosa, se celebró otro en París, en el cual se presentó el rey en hábito de penitente. Juraron él y Bertrada separarse de su trato adúltero, y prometieron no hablarse mas el uno al otro, aun delante de testigos. Con estas condiciones recibieron la absolucion. Pero lo que pareceria inesplicable en otros tiempos y con otras costumbres, un año despues de la decision del concilio de París, el rey viajó en público con Bertrada, y aun la llevó á la corte de su anterior marido Fulques Reguin, que los recibió á entrambos con respeto y sin mostrar ningun recuerdo de lo pasado. Por otra parte, el papa que no podia romper enteramente con el rey de Francia, á causa de la querella que sostenia contra Enrique v, emperador de Alemania, pareció ignorar ó tolerar lo que hacía Felipe: de donde han inferido muchos historiadores que el matrimo-

nio de Bertrada fue confirmado y aprobado. El abad Suger, hablando de Bertrada, dice: "lo que aumentaba el orgullo de esta princesa y alimentaba su odio contra el príncipe, era saber con certidumbre, que si Luis moria, sus hijos sucederian en la corona." La descripcion de los vicios de esta muger y de los desórdenes de un monarca voluptuoso, nos ha obligado á interrumpir el hilo de los acontecimientos de su reinado. Como este príncipe, indeciso en sus proyectos, solo era constante en sus pasiones, lo que hizo como rey careció de esplendor y de orden. Tomó interes, sin justicia y sin gloria, en las largas querellas de los príncipes ingleses y normandos: y el único fruto de su cooperacion fue la reconquista del Vexin. El rey de Inglaterra, reclamó este señorío, y favorecido de muchos barones renovó la guerra. Felipe, ausiliado por el duque de Guiena, obligó á los ingleses á retirarse. Sería inútil una descripcion mas circunstanciada de su largo reinado: porque apenas llamó la atencion de sus contemporáneos, dirigida esclusivamente á los grandes sucesos que producia la guerra de las investiduras, la revolucion de Inglaterra, la lid de los españoles contra los moros, y sobre todo la persecucion de los cristianos de Oriente por los sarracenos. Estos bárbaros habian estado en otro tiempo muy cerca de conquistar á Europa. Europa se preparaba á castigar sus crueldades é invadir sus estados. En el reinado de Felipe se dió la señal de esta guerra famosa, originada por el amor de

la fé y de lá gloria: y cuyas principales ventajas para el Occidente fueron la introduccion de las luces y conocimientos que aun se conservaban en los paises orientales y la aniquilacion progresiva del sistema feudal.

El sepulcro de Jesucristo, templo edificado por la emperatriz Elena, fue en todas las edades del cristianismo el término de la peregrinacion mas devota. Cayó en poder de los musulmanes en tiempo del emperador Eradio, que á los principios de su reinado desplegó las cualidades de un gran conquistador, capaz de restablecer en Asia el antiguo esplendor del imperio romano, pero que al fin de sus dias vencido por el poder naciente de los alumnos de Mahoma, vió eclipsada la gloria de sus armas con numerosas derrotas. Los pueblos que seguian en Oriente el estandarte de la cruz, estaban divididos en muchas sectas, oprimidos con los escesivos impuestos del fisco imperial; y obedecian mal á la corte voluptuosa y disipadora de Constantinopla. Al contrario los mahometanos llevaban al mas alto grado el fanatismo de su naciente religion, que les prometia ganar el cielo arrasando la tierra y obedeciendo al instinto belicoso y profesion antigua de los árabes. Sus costumbres eran rígidas, sus cuerpos vigorosos. Eran sóbrios, templados y pobres, y así despreciaban el oro de los vencidos. Carecian de lujo, y así no tenian necesidad de imponer graves contribuciones. Los que abrazaban su creencia, eran partícipes de su poder; los que les resistian, eran

inmolados: los que se sometian podian vivir en su religion mediante un ligero tributo. No es de admirar, pues, que en menos de un siglo, la media luna, mas rápida que el águila de Roma, dominase desde la orilla del Indo hasta las del Tajo, aterrase á Italia y á Francia, y no se detuviese sino ante la espada de los héroes Carlovingios. No obstante, la masa respetable del imperio de Oriente resistió muchos siglos á los discípulos de Mahoma. Los césares de Bizancio habian conservado la disciplina y táctica de las legiones romanas, que obedeciendo á un poder central y único, oponian firme muralla al ardor furibundo de los árabes. Este imperio se habria quizá conservado, si no hubiese llamado en su socorro los guerreros feroces, á las cuadrillas anárquicas del Occidente. Su fuerza no fue verdaderamente destruida sino por el fermento feudal, que introdujeron los cruzados, y que arruinó todos los restos de la antigua disciplina, toda idea de centralizacion del poder. Las legiones habian salvado en muchas ocasiones el imperio de Oriente: las milicias señoriales dieron con él en tierra.

Durante muchos años los musulmanes, dueños de Jerusalen, respetaron el luto de aquella ciudad, cuna del cristianismo: y aunque una mezquita ocupaba el lugar del antiguo templo de Salomon, era libre á los cristianos practicar los ejercicios de su religion en los lugares honrados con la presencia del hombre Dios, y venir en peregrinacion de todas partes del orbe á

verter piadosas lágrimas sobre el sepulcro del Mesías. Los califas políticos favorecian estas peregrinaciones que sin ser sospechosas á su autoridad, enriquecian su comercio y aumentaban sus tesoros. Pero en fin, los mahometanos llegaron á ser menos temidos porque sufrieron la suerte comun de todos los pueblos conquistadores: conocieron el lujo, y se corrompieron: hiciéronse débiles y por tanto crueles y perseguidores. El sepulcro de Cristo, que confió en otro tiempo el califa Haroan Alrasquild á la proteccion de Carlomagno, fue insultado, y los cristianos que habitaban el Asia, ó peregrinaban á Jerusalen, eran robados, ultrajados y muertos. La peregrinacion de los occidentales fue entonces mas continua, porque los peligros la ilustraban. Europa belicosa vió en ella un noble motivo de espiacion y de gloria. Los de Pisa y Provenza mandados por el rey de Arles, hicieron algunas espediciones como aventureros, para socorrer ó vengar á los cristianos del Oriente. Los gefes de las familias mas nobles, los condes de Anjou, de Flandes, de Barcelona iban al Asia á purificarse en las aguas del Jordan de los crímenes y latrocinios que sus espadas habian cometido en Europa. Los hijos segundos de los barones, privados por el primogénito de toda herencia, iban á buscar en las legiones griegas aventuras heróicas, y una fortuna igual á la que habia coronado las proezas de los aventureros normandos en Italia. El odio á los mahometanos se alimentaba por la lid continua

contra ellos en España y Sicilia. Los mismos reyes, al saber las victorias de los sarracenos contra los griegos, comenzaban á temer que si los bárbaros forzaban el paso del Bósforo, penetrarian hasta el Danubio y el Rin y amenazarian á la Europa su total ruina. Los príncipes mas hábiles miraban con secreto placer la pasion á guerras lejanas, cuyo efecto sería enflaquecer á los grandes barones, dar á los pueblos ocasion favorable para recobrar su libertad, y afirmar la autoridad regia sobre las ruinas del feudalismo. Las almas tiernas, piadosas y ardientes de las mugeres concurrian á exaltar la pasion de las guerras religiosas. Todo anunciaba una lucha terrible y una grande revolucion. Alexis Comneno, emperador de Oriente, pedia socorros á los cristianos, ofrecia á los ojos de una juventud impetuosa el atractivo de riquezas, gloria y conquistas: y los príncipes de la iglesia favorecian con todo su poder una empresa dirigida por el espíritu de la religion.

Todo estaba preparado para la esplosion; cuando Pedro el ermitaño, que habia hecho la peregrinacion de Jerusalen, y visto con sus propios ojos las lágrimas, persecuciones y suplicios de los cristianos, sus cadáveres mutilados, sus propiedades invadidas, sus hijas ultrajadas, sus hijos llevados en cautiverio, inflamado su celo santísimo al pie del sepulcro de Cristo, cuya voz creyó oir, volvió á Roma á enardecer con su entusiasmo los pueblos de Occidente. El papa Urbano II le recibió como á un profeta, y le dió

mision para predicar la guerra santa, como lo hizo llenando con sus gemidos y gritos los campos y ciudades de Italia. En este tiempo llegaron nuevos pliegos del emperador Alexis que escitaban á los príncipes y pueblos cristianos á salvar el depósito de las santas reliquias.

Reunióse en Plasencia un concilio, en que los italianos manifestaron su celo religioso y su compasion á sus hermanos oprimidos: pero estaban demasiado divididos para entregarse á los ímpetus belicosos. Solos los príncipes normandos se mostraron prontos á desenvainar las espadas. El papa creyó con razon que en la patria de aquellos héroes encontraria mejores disposiciones, y convocó un nuevo concilio en Clermont, capital de Auvernia. Acudió á él una inmensa multitud que fue preciso alojar en los campos vecinos. El concilio procuró, antes de declarar la guerra lejana, asegurar la paz interior; y mandó á los señores que cesasen en sus querellas y suspendiesen sus hostilidades, por medio de *la tregua de Dios*. Declaróse que las iglesias eran asilos inviolables, y se pusieron las viudas, los huérfanos, los comerciantes y labradores bajo la salvaguardia de la religion. Y para purificar á todos los que debian tener parte en la santa empresa, se renovó la escomunion contra el rey Felipe, que debia durar tanto tiempo cuanto él continuase en escandalizar la iglesia cristiana con sus desórdenes y adulterio. Despues de tomadas estas providencias saludables, Pedro el ermitaño hizo á aquella multitud enar-

decida la descripcion viva y patética de la humillacion del cristianismo en Oriente, de los suplicios con que eran afligidos los discípulos de la cruz, de la barbárie de sus perseguidores, de la profanacion de los santos lugares. Sus lágrimas y sollozos fueron mas elocuentes que sus palabras, y conmovieron mas profundamente los ánimos. El pontífice habló despues, y en nombre de Dios y del santo apóstol, manifestó con augusta gravedad la profunda indignacion que le inspiraba la ruina del santo sepulcro, la usurpacion de la heredad divina por los impíos, y la profanacion del primer sitio en que se reunieron los apóstoles, por los discípulos del mentido profeta. Dirigiéndose despues particularmente á los franceses, les dijo: "Pueblo amado de Dios, yo te traigo su palabra: en tu valor se funda la esperanza de su fruto. Acuérdate de las victorias de Carlos Martel, y Carlomagno: acuérdate que tus padres salvaron el Occidente de la esclavitud de los sarracenos y del yugo de Mahoma. Hoy eres llamado á una gloria mayor: corre, pues, á las armas: liberta el Asia: rompe las cadenas de la patria de nuestro Salvador; y entra triunfante en la santa ciudad, de donde salió la ley del Señor. Deja, pues, te suplico, de dirigir tus armas criminales contra tus hermanos: reúnelos todos contra los enemigos de Dios. No vas á combatir para vengar injurias humanas, sino para castigar á los sarracenos por las que han hecho al Señor. Te aguarda la posesion de la parte mas rica del mundo: allí encontra-

rás los obispos mutilados, las vírgenes ultrajadas, los santos altares profanados, los hijos de los cristianos reducidos al cautiverio. Deja de atemorizar á tus conciudadanos, sé terror de los bárbaros, y hazte digno, como los macabeos, de eterna recompensa. Mi ministerio me obliga á hablarte con severidad. Siempre te muestras sediento de sangre humana, y te abstienes de la de los infieles. Soldados del infierno, convertios en soldados del cielo: Dios os llama: escuchad los sollozos de Jerusalen, y acordaos de estas palabras del Señor: *el que ama á su padre y á su madre mas que á mí, no es digno de mí. El que abandone su casa ó su padre ó su madre, ó su muger ó sus hijos ó su heredad por mi nombre, será premiado al céntuplo y poseerá la vida eterna*". A este discurso respondió el pueblo con aclamacion universal: *Dios lo quiere, Dios lo quiere.* El pontífice adoptó inmediatamente estas palabras: "ellas serán, dijo, vuestro grito de guerra; y la cruz, vuestra señal de reunion."

Todos los circunstantes hicieron confesion general. Ademar de Monteil, obispo de Puy, fue el primero que fijó la cruz en su vestido: todos imitaron su ejemplo. Francia y Europa fueron olvidadas: los pueblos de Occidente no amaron entonces mas patria que la Tierra Santa. Este religioso entusiasmo se comunicó á Inglaterra y Alemania, y fue el espíritu general del mundo cristiano. Pedro el ermitaño, olvidando su profesion y su inesperiencia, recibió el baston y

espada de general, y llevó al Oriente la primer Cruzada, compuesta de una multitud sin orden, que no parecia ni nacion ni ejército. Devastando los paises que atravesaba para tener víveres, derrotada por los húngaros, dispersada por los griegos, llegó muy disminuida á las murallas de Bizancio. El emperador Alexis, para apartar aquellas tropas de su capital, hizo que pasasen al Asia, donde indóciles á todo consejo, y sin esperar ningun refuerzo, acometieron á los turcos y fueron esterminadas. Así perecieron trescientos mil europeos, víctimas de la indisciplina y de la ignorancia. Pero este infortunio no desalentó al occidente. Un segundo ejército de cruzados, mas respetable y mejor gobernado, se dirigió al Helesponto. En él habia tantos gefes como señores. Los habitantes del Vermandois marchaban á las órdenes de Hugo el Grande, hermano del rey Felipe. Los normandos seguian la bandera de su duque Roberto, los flamencos las de otro Roberto, que era su conde. Los de Chartres y de Blois eran regidos por el conde Esteban: los del Languedoc, por el anciano Raimundo, conde de Tolosa; los loreneses y alemanes, por el inmortal Godofre de Bouillon, á quien los historiadores llaman generalísimo de la espedicion, aunque el sistema del feudalismo no le dejaba casi ninguna autoridad sobre aquellos pares y señores, soberanos en sus estados, y habituados á la independencia aun en los campamentos. Los italianos obedecian á Boemundo, y á Roberto Guiscard, conquistador de Sicilia. La mayor

parte de estos cruzados pasaron á Oriente por Alemania y Hungría: otros siguieron el camino de Italia, donde se embarcaron para Grecia.

Hugo el Grande siguió este derrotero. La primera cruzada habia aterrado á los griegos y temian á sus aliados tanto como á los infieles. De resultas de algunas rencillas pusieron en prision á Hugo, y le conservaron como rehen: los demas observaron bastante disciplina, y no hallaron obstáculos en Alemania ni en Hungría; pero al llegar á Constantinopla, el orgullo de los gefes, la vanidad imperial, el cautiverio de Hugo y el ódio de los sacerdotes cismáticos contra los latinos escitaron riñas violentas que terminaron en combates y sangre hasta que la prudencia de Godofre y Raimundo restableció la paz y aplacó el enojo de Alexis. Los cruzados convinieron en conservar como feudos del imperio griego las tierras que conquistasen de los mahometanos: tratado que quitaba al emperador hasta la esperanza de recobrar el territorio perdido, aun cuando la victoria quedase por los cristianos. A pesar de todo parecia restablecida la concordia, cuando el orgullo de Boemundo produjo una nueva querella. Tancredo, sobrino de este príncipe, derrotó las tropas imperiales. Pero Raimundo, conde de Tolosa, consiguió hacer de nuevo la paz. Alexis prometió tropas auxiliares. Hugo fue puesto en libertad, y el ejército cristiano atravesó el Bósforo. En esta época de entusiasmo solo Venecia se mostró indiferente. Génova dió provisiones al ejército. El heroico valor de los capitanes

cristianos fue coronado con victorias rápidas y brillantes. La primer batalla les abrió las puertas de Nicéa: en la segunda que fue sangrienta y disputada, allanaron los desfiladeros de Siria. Balduino se apoderó de Edesa, primera soberanía feudal que se estableció en Oriente. Despues de un sitio largo y sangriento, Antioquía, capital de Siria, fue entregada á Boemundo por un traidor. Godofre de Bouillon, tan célebre por la fuerza de su brazo, como por su prudencia y religion, se distinguió en esta guerra con proezas heróicas, cuya historia parece novela. La toma de Antioquía redujo los musulmanes á la desesperacion. En todas partes tomaron las armas en defensa de su culto y de su potencia. Alexis, aterrado de su inumerable ejército, suspendió la marcha de sus tropas, y se granjeó el ódio de los latinos negando el socorro prometido. Muchos capitanes de cruzados, poseidos del terror, volvieron cobardemente á Europa en 1099. Antioquía, desprovista de víveres y defendida por un ejército medio aniquilado, fue sitiada por tropas numerosas, aguerridas y entusiasmadas. Dióse una batalla decisiva, en que los cristianos vieron á unos guerreros bajar de una montaña en su auxilio, se creyeron auxiliados por el cielo, y fueron invencibles, y esterminaron casi enteramente el ejército de los musulmanes. En pocos dias se hicieron dueños de Ptolemaida, y llegando en fin al término de sus deseos, divisaron la ciudad Santa, hincaron la rodilla, saludaron sus torres con aclamaciones religiosas, y

se acamparon al pie de sus muros. Este sitio famoso solo duró cinco semanas: pero aquel ejército de héroes estaba ya reducido á veinte mil hombres, de seiscientos mil que contaba cuando partió de Europa, y acometia á una ciudad fuerte defendida por quinientos mil mahometanos. La cruz, que les servia de estandarte, era el rayo celestial preparado á despedazar la media luna. Despues de dos asaltos sangrientos, escalaron las murallas, y penetraron en la ciudad sobre los cadáveres amontonados de los mulsumanes. La matanza fue horrible: ni sexo ni edad aplacaron la ira del vencedor, y la sangre subia ya hasta los costados de los caballos: pero apenas descubren el santo Sepulcro, el furor cede al remordimiento, el orgullo á la humildad, el grito de guerra á la oracion, la sed de sangre á los fervores de la piedad. Los guerreros mas feroces, arrodillados y llorosos, se convierten en humildes peregrinos. El silencio de la religion sucede al estruendo del asalto: y los conquistadores del Asia, apartando sus miradas ambiciosas de la tierra, las levantan al cielo, y solo piden la gracia y la salvacion al Redentor del mundo, cuyo Sepulcro han libertado.

La gloriosa empresa estaba ya concluida: pero era necesario nombrar un gefe que gobernase la Tierra Santa, libre ya de infieles. Todos los votos de aquellos héroes se reunieron á favor del virtuoso Godofre. Este príncipe, tan modesto como valiente, aceptó el poder, pero no el título de rey: "porque no debo, les dijo, adornar

mi cabeza con la corona real en los mismos sitios donde Jesucristo llevó una corona de espinas sobre la suya." Apenas eran los cruzados señores de la ciudadela, cuando tuvieron que pelear de nuevo para defenderla. El soberano de Egipto marchaba contra ellos al frente de cuatrocientos mil hombres El intrépido Godofre en lugar de esperarle dentro de las murallas, le salió al encuentro para presentarle el combate. La fama de los guerreros cristianos suplia por la desigualdad del número; y el ejército musulman, poseido de un terror pánico, cedió al primer choque y desapareció. Una parte de los conquistadores volvió al Occidente á gozar del descanso y de la gloria comprada á tanta costa. Godofre quedó con un ejército tan disminuido, que el primer ataque pudiera destruirlo. Pero los triunfos de la cruzada excitando en Europa grande emulacion, movieron á otros muchos héroes á tomar la cruz y á pasar al Asia en defensa de Jerusalen. Muchos señores hicieron la peregrinacion con sus mugeres, partícipes de su entusiasmo y de sus peligros.

En este mismo año murió en Tarso Hugo el grande de resultas de sus heridas, y Godofre, que gozó poco tiempo de la gloria adquirida, falleció tambien. Sucedióle su hermano Balduino. En esta guerra á la cual concurrian guerreros de todos los paises de Occidente, fue preciso buscar señales con que se distinguiesen en los combates, en que entraban cubiertos enteramente de armas.

En las cruzadas, pues, tuvieron su orígen las divisas. Antes llevaba cada uno, á su eleccion, los emblemas que mas le agradaban. Pero desde entonces, lo que habia sido un simple ornamento, se convirtió en señal para distinguir la familia y el señorío y algunas veces para conservar la memoria de hazañas ilustres. Hugo Capeto habia usado una corona rodeada de florones. La de Luis el Gordo fue adornada de muchas cruces. Luis el Menor es el primero cuyo sello presenta una verdadera flor de lis. Hasta el reinado de san Luis no fueron los escudos de armas definitivamente hereditarios. Así la ciencia heráldica vino á ser auxiliar útil de la historia. Antiguamente los hierros de lanza y las abejas eran adornos de los reyes Merovingios, como se vé en el sepulcro de Childerico. Sus formas groseramente dibujadas, han dado motivo al error de algunos historiadores que las han confundido con las flores de lis. Como el entusiasmo de la religion y el de la gloria animaba á los cruzados, las instituciones que nacieron de su empresa fueron á un mismo tiempo religiosas y militares. Durante las cruzadas se erigieron nuevas órdenes, en parte monásticas y en parte belicosas, cuyos individuos, gloriándose al mismo tiempo de la cruz, y de la espada, hacian voto de consagrar su vida á los deberes de la caridad y á la defensa de la fé. Soldados valientes en las batallas, cristianos humildes en los hospitales, despues de haber teñido los campos en sangre musulmana,

se empleaban fervorosamente en restituir los enfermos á la vida y en consolar á los moribundos. Esta reunion de la humildad religiosa con el valor guerrero podria haber parecido estraordinaria en los primeros siglos de la Iglesia en que el cristianismo era solamente una doctrina espiritual y moral: mas no le pareció en un siglo en que el voto de los pueblos y las necesidades de la época le habian adjudicado el cetro político. En la edad media la religion era no solo el camino de la felicidad eterna, sino tambien la patria comun de los cristianos en esta vida. Las mas antiguas de estas órdenes religiosas, militares y hospitalarias fueron la de san Lázaro, de san Juan y del Templo. Los templarios, tan famosos por sus hazañas, y no menos célebres despues por sus infortunios, tuvieron por fundador á Hugo de Puyens. San Bernardo redactó despues su regla, y les dió hábito blanco adornado con la cruz roja. Balduino, rey de Jerusalen, los habia apostado cerca del templo, del cual tomaron su nombre. Su fama y sus riquezas se aumentaron con rápidez: pero en fin, despues de su derrota y la pérdida de Palestina, el poder que tenian en Occidente, y las riquezas que habian adquirido, fueron causa de su proscripcion. Las órdenes de san Juan y de san Lázaro han atravesado los siglos, y sus débiles reliquias, que aun subsisten hoy, honran los nombres de Gerardo y de Raimundo Dupuis sus fundadores. Las ruinas humeantes de san Juan de Acre fueron la noble cuna del orden Teutó-

nico. El triste espectáculo de un guerrero aleman, herido y moribundo sin socorro, movió á algunos caballeros de Brema y Lubeck á vendar las heridas de aquel desgraciado y de otros compatriotas suyos. Una tienda sencilla, formada de velas de navíos, y á la cual se llevaron los enfermos, fue el honroso claustro en que los fundadores del orden Teutónico se consagraron á los piadosos deberes de la caridad; y esta institucion belicosa y religiosa fue gloria de Germania. Mientras el mundo conmovido resonaba con el grito de la guerra y se espantaba del choque terrible de Europa con Asia, el rey de Francia, semejante al ocioso Antonio encadenado por Cleopatra, yacia inerte en su palacio á los pies de la adúltera y artificiosa Bertrada.

Desde la paz que celebró en 1098 con los ingleses y que terminó una guerra sin gloria, no volvió á tomar las armas: sino encargó á su hijo el príncipe Luis, reprimir la turbulencia de los barones, mantener el orden en el estado' y en fin, reinar en su nombre. Ningun suceso memorable ocurrió en los últimos años de su reinado, y murió en 1108 á los 57 años de edad y 49 de reinado. Al tiempo de espirar, apartando los ojos de Bertrada, señora y oprobio de sus dias, los levantó al cielo, se desnudó la púrpura, y se vistió el hábito de San Benito. Bertrada se retiró á su señorío de Alta Bruyere, donde murió de allí á poco con el hábito de religiosa de Fontevrault. Esta época era la de las fundaciones célebres. San Bruno instituyó el or-

den de los cartujos. La abadía del Cister y sus incursales. La Ferté, Pontigny, Claraval y Morimont, últimamente edificadas, fueron ennoblecidas por San Bernardo, que les dió su nombre. La abadía de Fontevrault tuvo por fundador á Roberto de Arbrisselles, baron elocuente y animoso. Felipe habia recibido de la naturaleza muchas cualidades preciosas, que eclipsó su debilidad. Era alto, bello, magestuoso, vivo, elocuente, moderado é intrépido: y á pesar de esto no dejó ninguna fama, ni tuvo parte en ninguna de las hazañas que ilustraron su siglo. Cuando la gloria inflamaba todos los corazones, el amor dominaba esclusivamente en el suyo; y una época de tanta celebridad para Francia, fue ignominiosa para su rey. Felipe fue el primero que alteró las monedas: y su egemplo fue capaz de corromper las costumbres de su siglo, á haber sido mas puras. Tuvo de la reina Berta un hijo célebre, que fue Luis VI el gordo; á Enrique, que falleció en su primera edad, á Carlos, y á Constanza, muger que fue de Boemundo, príncipe de Antioquía. De Bertrada tuvo á Felipe que fue conde de Mantes, á Fleury, á Cecilia, que casó con Tancredo, y á Eustaquia que casó con el conde de Etampes. Cuéntase entre sus ministros mas distinguidos á Gervasio, arzobispo de Reims, que solicitó, aunque en vano, afectar á su mitra la dignidad de canciller. La historia ha conservado los nombres de los grandes senescales Guido y Hugo de Monthlery, y de los condestables Eolderico, Gaultur, Alaume, Adan,

Fibalde y Mateo de Montmorency, Gaston de Poiny y Hugo de Chaumont. Pero los que se inmortalizaron por su brillante gloria, fueron los gefes de la primer cruzada, cuyos nombres hemos ya mencionado. Este siglo de ignorancia tuvo sin embargo, á pesar de sus tinieblas, algunos sabios; San Bruno, Gilberto, médico y obispo, Escoto, Roberto de Arbricelles, y Ranisberto, que dirigia las escuelas del cabildo de Lila. Ya los reyes Capetos procuraban agregar algunos señoríos á sus dominios. En el año 1100 Arpino, vizconde de Bourges, vendió sus tierras á Felipe. Es imposible formar sin indignacion el cuadro de las costumbres bárbaras de aquel siglo. Estevan, preboste de París, aconsejó al rey Felipe robar la abadía de San German: y en el momento de egecutar este delito, el que lo aconsejaba se quedó ciego de repente y por este suceso se salvó el monasterio. Todos los beneficios vacantes se vendian sin pudor y se saqueaban sin escrúpulo.

Gregorio VII en una carta, con su severidad ordinaria, forma el siguiente cuadro de Francia: "en este reino, no hay ley que no esté olvidada, ni justicia que no se huelle. ¿Hay alguna crueldad, alguna infamia que no se cometa en él, impunemente? Hace muchos años que la autoridad real es impotente para reprimir tan grandes desórdenes. Los francos, discordes entre sí, violan y usurpan todos los derechos, alistan tropas y despedazan su patria para vengar sus injurias particulares. Estas rencillas priva-

das aniquilan el reino, lo manchan con homicidios é incendios, y lo oprimen con todas las calamidades de las guerras civiles; ¡cosa singular y deplorable! esta perversidad parece que se ha apoderado de todos los franceses como una enfermedad contagiosa. Muchas veces cometen sin necesidad crímenes odiosos, despreciando igualmente las leyes divinas y humanas. Son sacrílegos, incestuosos, perjuros, no guardan ninguna fe: y, lo que no se vé en otras partes, los hermanos pelean unos con otros, y los hijos contra los padres. Son esclavos de la codicia: dejan en la mas espantosa miseria á los que despojan á mano armada. En fin, los peregrinos, protegidos en toda la cristiandad, son cautivados, robados y atormentados entre los franceses."

En estas reprensiones, acaso demasiado generales y agrias, aunque en gran parte merecidas, hablando de Felipe, escribe á un obispo de Francia, en estos términos: "vuestro rey, ó mas bien; vuestro tirano, inspirado por el demonio, es el autor principal de los desórdenes. Su vida está manchada con crímenes y deshonestidades. Ese perverso es incapaz de sostener las riendas del gobierno que se le han confiado. Su debilidad anima y su ejemplo autoriza la corrupcion y los delitos de sus vasallos. ¿No saben todos que ese príncipe, arruinando las iglesias, robando, adulterando, violando sus juramentos, cometiendo en fin todos los pecados de que tantas veces le he reprendido, ha llamado sobre sí la ira de Dios? En fin ¿cómo ese rey, que debia

ser mantenedor de la justicia y apoyo de las leyes, no se avergüenza de ser caudillo de bandidos, cautivando y robando él mismo á los mercaderes de otros paises que viajan por sus dominios?" Al mismo tiempo le llama *enemigo de Dios y lobo arrebatador*. Aunque este lenguage sea demasiado áspero y contrario al respeto debido á la dignidad real, era justo: porque los príncipes y los grandes se entregaban entonces sin pudor á los vicios mas vergonzosos. Un duque de Borgoña asaltó y robó al obispo de Cantorbery que viajaba por Francia. Buzohardo de Montmorency fue obligado por fuerza de armas á restituir á los monges de San Dionis todo lo que les habia quitado, y á darles en rehenes varios caballeros suyos. Hugo de Pompoune, conde de Rochefort, robaba á los viajeros en los caminos públicos el dinero y los caballos. El abad Suger habla así del señor de la Roche Guyon: "su padre y abuelo se hicieron famosos por sus latrocinios El jóven Guido, honrado y leal, se abstenia del robo y del saqueo: pero, á haber vivido mas tiempo, quizá se hubiera dejado arrastrar del ejemplo de los suyos." Su cuñado Guillermo le asesinó á él y á su muger. Reuniéronse muchos caballeros para castigar este delito, y vencieron á Guillermo: pero mas bárbaros aun, le arrancaron las entrañas y el corazon. El mas altivo de estos tiranuelos era Bernardo, llamado comunmente el *conde superbísimo*. Aspiraba públicamente al trono: y enorgullecido por algunos triunfos, creyendo tener

ya la corona en la cabeza, dijo á su muger el dia que tomó las armas: "noble condesa, dad esa magnífica espada á un guerrero que la recibirá de vuestras manos como conde, y os la devolverá esta noche como rey." Sus esperanzas fueron engañadas: Estevan, conde de Blois, le venció y dió muerte.

Algunos ilustres prelados proclamaron, en medio de esta anarquía, de este tumulto de las pasiones, las dulces y severas máximas del Evangelio: pero los obispos, en general, no estaban menos pervertidos que los demas señores. Los principios que predicaban en los concilios eran saludables: pero su conducta, cuando se retiraban á sus castillos, era la de un baron feudal. Los gemidos de los pueblos movieron la iglesia á refrenar el furor de las guerras privadas. El concilio de Tutujes celebrado en 1041, y presidido por el arzobispo de Narbona, instituyó la *tregua de Dios*: que el mismo prelado violó, si se ha de dar crédito á la historia del Languedoc, escrita por los benedictinos. Se presentó en trage militar en otro concilio celebrado en Narbona, confesó despues humildemente sus errores, cometió nuevos latrocinios, y en un tercer concilio hizo nuevo juramento de arrepentirse, y lo violó tambien. La hambre y la peste siguieron á estas devastaciones, y llegó á ser alimento de los hombres la carne humana. El abad de Claraval, presentando al papa Alejandro el cuadro de las costumbres de su tiempo, esclama: "parece que la antigua Sodoma renace de sus ceni-

zas." Los mismos prelados que estaban exentos de maldades, se entregaban á un lujo contrario al evangelio. San Bernardo censura la suntuosidad de los abades; y el venerable Suger viajaba con un séquito de seiscientos caballos. El lenguage de los franceses correspondia á la rusticidad de sus costumbres. Un obispo de Angers escribia á un arzobispo de Tours: "tú dices que soy un cerdo, y yo con mas razon te digo que eres un macho de cabrío, y que no respetas ni aun á tu hermana. Todos te llaman el simoniaco por tu infame avaricia, y tu perfidia y tu furor te han transformado en serpiente. Tu me escomulgas, mas yo desprecio tu anatema como el escremento del animal mas vil." ¿No era ya tiempo de que la silla de Roma egerciese sobre toda la iglesia una autoridad mas inmediata y severa, si se habia de evitar en el cuerpo religioso la anarquía que le amenazaba y que iba disolviendo poco á poco la sociedad política?

Hemos llegado en fin al siglo XII. La triste descripcion de las costumbres y sucesos de aquella era tenebrosa basta para confundir á los enemigos de las luces que se empeñan en pintarla como un tiempo de orden y prosperidad. El remedio de tantos males procedió del trono, á cuyos pies renacieron y volvieron á florecer la justicia y la libertad. Habian desaparecido todos los vestigios del orden y de la legislacion establecida por Carlomagno. Costumbres estravagantes y variadas reinaban en lugar de las leyes. Los plebeyos estaban entregados á la ar-

bitrariedad de los prebostes ó bailíos nombrados por los señores. Pero la herencia de los nombres, familias y feudos fundaban derechos espuestos á contestacion y que daban orígen á pleitos. Los pares de cada señorío, fastidiados de ser jueces, no se reunian sino para las grandes causas relativas á los derechos feudales. Los vasallos que tenian algun poder, decidian sus querellas por las armas. Los débiles eran siempre oprimidos. Esta opresion general de los unos, y el cansancio de guerras contínuas en los otros, hicieron que todos conociesen la necesidad de apelar á la justicia real. Los monarcas reprimieron á los rebeldes con sus armas, anularon sentencias tiránicas con sus decretos, protegieron á los pequeños señores contra los grandes, dieron libertad á los pueblos, confiscaron los dominios de los vasallos que resistian á su autoridad, y fueron augustos patronos de las ciudades y de los hombres libres: y así los pueblos reconocidos comenzaron á buscar en el trono su defensa y asilo.

CAPITULO XXII.

Luis sesto el Gordo. Luis séptimo el Menor.

Luis VI, *rey de Francia. El señor de Crecy, vencido por Luis. Primera guerra de Luis con Enrique* I *de Inglaterra. Paz entre Luis y Enrique. Segunda guerra entre Luis y Enrique. Batalla de Brenneville. Paz con Inglaterra. Guerra con el emperador Enrique* V. *Guerra contra el conde de Auvernia. Guerra por la sucesion de los condes. Consagracion de Luis el jóven. Casamiento de Luis el jóven con Leonor de Guiena. Luis* VII, *rey de Francia. Instituciones municipales. Disputa entre San Bernardo y Pedro Abelardo. Guerra con el conde de Champaña. Matanza de Vitres. Parlamento de Vezelay. El abad Suger, regente de Francia. Llegada de Luis al Asia. Vuelta de Luis á Europa. Guerra de Normandía. Repudio de Leonor. Casamiento de Enrique Plantagenet con Leonor de Guiena. Advenimiento de Enrique* II *al trono de Inglaterra. Viage de Luis* VII *á Castilla. Segunda guerra entre Enrique y Luis. Sitio de Tolosa. Tregua entre ingleses y franceses. El pontífice Alejandro* III *refugiado en Francia. Nacimien-*

to de Felipe Augusto. Nuevo rompimiento entre Enrique y Luis. Tratado de Montmirail. Sentencia de Roma contra Enrique. Coronacion de la princesa Margarita en Inglaterra. Nueva guerra entre Enrique II y Luis VII. Sitio de Ruan. Paz de Ambrise. Coronacion de Felipe Augusto.

Luis VI rey de Francia (1108). Luis habia reinado ya algunos años antes de subir al trono de su padre. Se sabia que su cetro sería el de la justicia, y su espada la de la victoria, é inspiraba tanta esperanza á los pueblos como terror á los señores. Pero aunque temian sus armas y respetaban su firmeza, resistian aun á la autoridad soberana por estar acostumbrados á la licencia, y no era posible que se sometiesen sin haber sufrido muchas y sangrientas derrotas. Guido de Rochefort era gefe de la coligacion que habian formado. El rey, para quedar en libertad contra ellos, instó á que se apresurase la ceremonia de su consagracion, á la cual los príncipes de la nueva dinastía daban grande importancia, porque la uncion sagrada hacía su autoridad mas venerable á los pueblos. Así es que muchos príncipes Capetos se consagraron dos veces, una cuando eran asociados al trono en vida de sus padres, y otra, cuando heredaban la corona.

Luis fué consagrado en Orleans cinco dias despues de la muerte de Felipe. En vano el arzobispo de Reims protestó contra esta resolucion,

alegando que los prelados de su iglesia habian tenido siempre el derecho esclusivo de consagrar los reyes: el docto Ibo, obispo de Chartres, refutó victoriosamente sus argumentos y probó con muchos ejemplos cuan infundadas eran sus pretensiones. En efecto, Cariberto y Gontran, Carlos y Carlomagno, Luis el tartamudo, Eudes, Radulfo, Luis de Ultramar y Roberto, hijo de Hugo Capeto, fueron coronados por obispos distintos del de Reims. Ademas el papa habia últimamente puesto entredicho al arzobispo, y la mayor parte de los señores franceses invitaron al rey que no atendiese á su reclamacion. En el concilio de Clermont se habia decidido que ningun obispo prestase homenage feudal á un príncipe lego. Luis sostuvo contra esta determinacion la práctica de la iglesia galicana, fundada en que los prelados, debiendo sus bienes temporales á la munificencia de los soberanos, no podian poseerlos sin reconocerse dependientes de su autoridad. La única circunstancia digna de nota en la consagracion de Luis VI fué que estando al pie del altar, los obispos le quitaron la espada que tenia y le ciñeron otra, advirtiéndole que era destinada á defender las leyes. Despues le entregaron el cetro, símbolo de la proteccion que debia á la iglesia y á los necesitados.

El señor de Crecy vencido por Luis (1110).

La coligacion que amenazaba al trono, parecia tener por objeto especial el abatimiento de la familia de Garlande, cuyo favor y crédito envidiaban los barones. Cuatro señores de esta casa

ocupaban entónces los principales empleos de palacio. Hugo de Puyret era el mas ardiente de los coligados. El conde de Corbeil no quiso entrar en la conjuracion; por lo cual su hermano el señor de Crecy, le puso asechanzas, le sorprendió con perfidia y le encerró en una prision. Pero Luis, volando en su socorro con la presteza del rayo, venció á Crecy y libertó al cautivo.

Primera guerra de Luis con Enrique I de Inglaterra (1113). Á la sazon reinaba Enrique I en Inglaterra, y poseia tambien á Normandía, cuyo duque Roberto, que era su hermano, vencido y preso en un combate, habia acabado su vida en la prision. El rey de Francia veia con disgusto la reunion de estos dos estados bajo el cetro de un rival poderoso: y el rey de Inglaterra, por su parte, para aumentar su póder, fomentaba el espíritu de discordia entre Luis y sus vasallos. De aqui nacieron las funestas querellas y las guerras casi continuas entre Francia é Inglaterra; lid, pocas veces suspendida, nunca terminada, que se interrumpia por cansancio y se renovaba con tanto encarnizamiento, que desde el reinado de Luis VI hasta el de Carlos VII hubo ciento veinte tratados rotos casi al mismo tiempo que firmados.

Apenas supo Enrique los rápidos progresos del jóven rey de Francia, que habia derrotado á muchos señores, tomado algunos castillos, y apoderádose recientemente de Chevreusse, declaró guerra á Francia con el pretesto de conservar la ciudad de Guisors que él poseia, y Luis recla-

maba. Luis, acompañado de sus mas fieles vasallos, marchó contra los ingleses, y los dos ejércitos se encontraron en las orillas del Eure. El rey de Francia, queriendo evitar la efusion de sangre, propuso al inglés que se decidiese la querella por un combate de seis caballeros, tres de cada nacion. Pero como el espíritu de ambos pueblos ha sido siempre la crítica y la indocilidad, apenas se supo la propuesta en los reales, cuando los burlones de entrambas partes comenzaron á decir, que seria mas sencillo y conveniente que peleasen los reyes uno con otro, y que el sitio de la pelea fuese un puente casi arruinado que separaba los ejércitos. Enrique reusó la proposicion de Luis. Muchos autores aseguran que el rey de Francia propuso tambien un combate singular, y que el rey de Inglaterra respondió que seria locura aceptar un desafio por la posesion de una ciudad que estaba en su poder.

Paz entre Luis y Enrique (1114). Los dos reyes se dieron batalla: Luis venció, y los ingleses huyeron á Meulan. El conde de Flandes, persiguiéndolos con demasiado ardor, fué rodeado y muerto. Sucedióle su hijo Balduino, por sobrenombre *el Hacha*. El rey, á quien otros peligros llamaban cerca de su capital, hizo paz con Enrique, que quedó dueño de Guisors.

Mientras el rey terminaba con gloria esta corta campaña, Felipe, hijo de Bertrada, pervertido por su siniestra educacion, adhirió á una liga formada por Amaury de Monfort y Fulques de Anjou que fué despues rey de Jerusalen.

Luis, que no se cansaba de pelear ni de vencer, acometió á los rebeldes, y puso sitio y tomó á Mantes y á Montlhéry. Poco despues cedió esta última plaza á Milon, vizconde de Troyes. Socorriendo despues al conde de Champaña, que hasta entonces le habia sido fiel, atacó el famoso castillo de Puiret, del cual vian con espanto los pueblos salir aquellas cuadrillas sedientas de botin, que todo lo incendiaban y devastaban. Esta fortaleza feudal, ó por mejor decir, esta madriguera de ilustres bandidos, resistió cerca de tres años á las armas del rey. En fin fue tomada, y aprisionado su señor. Felipe, hijo de Bertrada, murió poco tiempo despues. El conde de Champaña se mostró poco agradecido al socorro que Luis le habia dado, y tuvo la osadía de construir un castillo en el mismo dominio del rey. Luis pidió satisfaccion de este agravio. El conde, alegando antiguos títulos para justificar su derecho, demandó que se decidiese su causa en desafio, y nombró por campeon á un camarero suyo. El rey envió para que pelease contra él á Ansaldo de Garlande: pero este duelo entre un vasallo y su soberano pareció indecoroso tanto á los pares de Champaña como á los del rey: y ninguno de los dos campeones pudo encontrar tribunal de justicia que les abriese la tela y les señalase campo de batalla. Entonces el conde de Champaña, auxiliado de los señores de Crecy, de Rochefort, de Dunmartin, de Mongey, de Beaugency, de Troyes y de Corbeil, solicitó y logró la alianza de Inglaterra, y declaró la guerra á su soberano.

Segunda guerra entre Luis y Enrique (1116). Luis por su parte sostuvo las pretensiones de Guillermo Cliton muslo corto, hijo de Roberto, á la Normandía, y muchos señores normandos tomaron las armas en favor de este príncipe. El ejército real, aunque aumentado con estos auxiliares, solo se componia de tropas alistadas en los dominios del monarca y de los vasallos de su señorío. Para no debilitarlo, era preciso olvidar antiguas querellas y resentimientos; y así Luis, reprimiendo su justa colera, se reconcilió con el señor de Puiset.

El conde de Champaña se jactaba de que pelearía cuerpo á cuerpo con el rey de Francia, apenas le encontrase en el campo. Cuando los ejércitos se avistaron, Luis, descubriendo á su presuntuoso enemigo, se separó atrevidamente de su línea; saltó un foso que le separaba de los champañeses, acometió al conde con la lanza en ristre, y le aterró con esta temeridad de tal modo que le hizo volver la espalda huyendo. Despues de haber mostrado todo el valor de soldado, volviendo á tomar la dignidad de soberano, mandó al rey de Inglaterra, su vasallo, que compareciese en el tribunal de los pares del reino para defender su causa contra Cliton que le disputaba el ducado de Normandía. Pero aquel terrible vasallo no se presentó del nte de su señor sino al frente de un ejército; y a sí lo tenia previsto Luis.
a

Batalla de Brenneville (1119). Los franceses entran en Normandía, y la batalla se dió junto

á Brenneville. El combate fué obstinado y sangriento. La fortuna favoreció al principio la impetuosidad francesa: pero Luis perdió esta ventaja por su escesivo ardor. Persiguiendo con harta imprudencia una ala del enemigo que habia desbaratado, se vió separado de los suyos, rodeado, y acometido por todas partes. Un inglés echó mano á la brida de su caballo y dijo: "el rey es prisionero." "¿No sabes tú le respondió Luis riéndose, que en el juego del agedrez nunca se coge al rey?" y al mismo tiempo le derribó muerto á sus pies de un sablazo. Atravesando despues por medio de la multitud que le cercaba, se escapó, gracias á la ligereza de su caballo, se metió en una espesa selva y perdió el camino. Una pobre aldeana que le encontró, le guió á Andely donde se reunió con su ejército. Los ingleses, muy cansados de la batalla que habia sido poco decisiva, no persiguieron á sus enemigos. Casi en este mismo tiempo Enrique, rey de Inglaterra, mas feliz en las negociaciones que en las armas, aumentó su poder, ya muy formidable, casando su hija mayor Matilde con el emperador Enrique v, y su hija segunda Mafalda con Conan, príncipe de Bretaña, que le prestó homenage por un ducado, reconociendo casi las antiguas pretensiones de los duques normandos á la soberanía de Bretaña. Pero por una singular combinacion, este matrimonio entre una princesa inglesa y el duque breton fué en lo sucesivo una de los causas para que Bretaña se agregase á la corona de Francia: porque Constanza, biznieta de Conan,

habiendo enviudado del conde de Anjou, tuvo del conde de Thovars, su segundo marido, una hija, llamada Alix, que casó con Pedro de Dreux, biznieto de Luis el gordo, y le trajo en dote el ducado de Bretaña.

Las pretensiones de los individuos de cada familia real á los tronos vacantes daban orígen á contestaciones frecuentes, dificiles y obstinadas. Estos pleitos de familias fueron querellas nacionales, y era imposible mantener en Europa el equilibrio, alterado á cada instante por los matrimonios entre las casas soberanas. Solo de un siglo y medio á esta parte se ha procurado poner remedio á estos males, estableciendo que las princesas, cuando casan con príncipes estrangeros, renuncian á los derechos que les da su cuna al trono de su misma familia: modificacion feliz, que sin destruir enteramente el antiguo derecho público, remedia sus inconvenientes, y liberta á los pueblos de las querellas interminables que cortaron la sucesion de los Valois en Francia, de los aragoneses en Nápoles, de Cleves y Juliers en Alemania, y que producen en la monarquía hereditaria casi tantos males como en la electiva.

Mientras Luis peleaba con denuedo contra los ingleses, las frecuentes rebeliones de los señores perturbaban sin cesar la tranquilidad interior de sus estados. Pero la actividad del rey desconcerto sus planes. Ningun obstáculo le detenia: salvaba sin detenerse rios, fosos y murallas: y cuando se le creia mas lejano, se sentia al pecho la punta

de su espada. Milon, vizconde de Troyes, acusado de asesinato, no se atrevió á presentarse ni al juicio del rey ni al de Dios: imploró la clemencia de Luis, se arrojó á sus pies, le entregó sus tierras, y tomó el hábito de monge en Cluny. El señor de Puyret, que se habia rebelado de nuevo, sitiado segunda vez por el rey, mató en una salida á Ansaldo de Garlande, favorito y senescal de Luis. El monarca se apoderó del castillo, despojó al rebelde de sus tierras y arrasó la fortaleza. El leude vencido y fugitivo, murió en el mar yendo á la tierra santa. El señor de Coucy escomulgado y degradado de la nobleza por el sumo pontífice en el concilio que se celebró en Beauvais en 1114, arrebatado de furor y venganza, habia quemado la ciudad de Laon, atormentado cruelmente á los prisioneros que hizo en ella, asesinado al obispo, y cortádole el dedo en que tenia el anillo pastoral. Ya iba á apoderarse de una torre, último asilo de los desgraciados ciudadanos de Laon, cuando el rey llegó, le acometió y derrotó, arrasó los castillos de Crecy y de Nogent, y le obligó á someterse. Despues volvió sus armas contra otro señor, llamado Adan, que talaba las cercanías de Amiens, y le venció y castigó. Como el rey de Inglaterra fomentaba secretamente estas rebeliones, Luis se vengó socorriendo á Guillermo Cliton, cuyos partidarios perpetuaban la guerra civil en Normandía. Ni la distancia ni los peligros eran obstáculos para la intrepidez de este monarca. El señor de Bourbon l'Archimbault

oprimia á sus vasallos, y fué citado al parlamento del rey. Negóse á ir: Luis mandó embargar sus bienes, marchó contra él, le venció é hizo prisionero, y le obligó á reconciliarse con su sobrino y con los demas alcaides á quienes habia maltratado. En este tiempo hubo cisma en Roma entre Gregorio y Gelasio: estas contestaciones eran entonces mas ostinadas porque nacian de la disputa entre los papas y emperadores acerca de las investiduras, y los emperadores fomentaban todos los alborotos de Roma. Gelasio, arrojado de Italia, pasó á Francia, y murió en Cluny en 1119. Los cardenales que le habian seguido, eligieron papa en Etampas á Calixto II, tio de la reina de Francia y hermano de Esteban de Borgoña. Luis favoreció á Calixto, é hizo que su eleccion se confirmase en un concilio celebrado en Reims. En él se establecieron algunos cánones para reformar las costumbres del clero. Se prohibió á los obispos la simonía, á los legos, la posesion de los beneficios eclesiásticos; á los sacerdotes el concubinage y la venta de los sacramentos. El rey asistió al concilio: el emperador, que no quiso venir á él, fue escomulgado.

Paz con Inglaterra (1120). La guerra continuaba entre Francia é Inglaterra. Muchos señores normandos y los condes de Anjou y de Flandes siguieron las banderas de Luis. El conde de Champaña, al contrario, unió sus tropas á las de los ingleses. Balduino, conde de Flandes, marchó contra él, y fue muerto asaltan-

do el castillo de Lure. Cárlos el Bueno, su sobrino, cuñado de Canuto, rey de Dinamarca, heredó el condado de Flandes.

No se sabe por qué se daba á este Cárlos el renombre de *Bueno*: la historia refiere de él una accion, por la cual merecia el de *bárbaro*. Hizo prender á uno por causa de monopolio, mandó sujetarle á una estaca, y que se le atase en la cabeza un perro, que ostigado por los palos que le daban, mordia cruelmente al miserable reo. Tales eran las costumbres inhumanas de este siglo, que Robertson estima, no sin razon, como la época mas desastrada de la historia del mundo. Otro señor, llamado Amaury de Montfort, habiendo hecho cien prisioneros en un combate, los dejó ir libres, despues de haberles cortado la mano derecha, y obligadólos á llevarla en la izquierda para mostrar á sus compañeros de armas el sangriento é ignominioso trofeo del vencedor. Estas acciones pueden dar idea de las calamidades que señalaron la guerra encarnizada entre franceses y normandos. En Normandía se dieron muchos combates poco decisivos con vario suceso: y los pueblos de esta desgraciada provincia fueron entregados al incendio y al saqueo.

Despues de la batalla de Brenneville, y otro combate, dado junto á Breteuil, en que cada nacion se atribuyó la victoria, el papa Calixto vino á Gisois y reconcilió los dos monarcas que firmaron paces restituyéndose mútuamente las plazas conquistadas. Este tratado que se firmó

en 1120, fue para Enrique, rey de Inglaterra, la época de la mas funesta calamidad. Un navío de su armada, en el cual iban tres de sus hijos, su hija y trescientos caballeros ingleses, dió al traves en un escollo por la imprudencia de los marineros que se habian embriagado. Todos perecieron, y el pueblo atribuyó tan funesto catástrofe á la ira del cielo y á los vicios infames de los tres príncipes y de sus compañeros de armas. El infortunio de Enrique no movió á lástima los partidarios de su sobrino Cliton, que se sublevaron de nuevo en Normandía, favorecidos secretamente con los socorros de Luis. Enrique volvió á Francia y logró completa victoria de los rebeldes. Irritado por sus desgracias, y por el espíritu turbulento de sus vasallos, tomó providencias rigorosas, y se empeñó en consolidar su poder por medio del terror. Los normandos le aborrecieron, formaron varias conspiraciones contra su vida, y le inspiraron el miedo que él queria causar. Este desgraciado príncipe, creyendo ver siempre un puñal colgado sobre su cabeza, no dormia sino rodeado de guardias, y mudaba muchas veces de lecho y de alcoba en una misma noche. Mientras vivió, procuró aumentar el poder de la corona, y debilitar el de los señores y el del clero. Cuando envió sus obispos á Reims á reconocer al nuevo pontífice Calixto, les dijo: "saludad al papa de mi parte: oidle con humildad; mas no traigais á Inglaterra ningun decreto del concilio." El rey de Inglaterra vacilaba en reconocer al nuevo papa, por-

que le pareció su eleccion poco legal: y san Bernardo le escribió: "no temais nada. Vos respondereis á Dios de todos los pecados que habeis cometido: de este, yo respondo."

Habia muchos años que los reyes de Francia, ocupados continuamente en hacer la guerra alrededor de su capital, y en reprimir la turbulencia de los barones mas cercanos, no intervenian casi en las disputas de los otros soberanos. Estos débiles herederos del trono de Cárlos el Grande, en vez de llevar sus armas al otro lado del Rin y de los Álpes, apenas defendian su corto territorio. Francia, belicosa, pero dividida y despedazada por las querellas de los señores, era de ningun peso en la balanza política de Europa. Eran conocidos los flamencos, borgoñeses, champañeses, normandos, angevinos, picardos y provenzales: pero el nombre de Francia no imponia respeto al mundo. El peligro comun reunió súbitamente las diversas ramas de un tronco destrozado: y en el reinado de Luis, Francia, amenazada por Germánia, brillando repentinamente con nuevo esplendor, reunió sus banderas divididas. Apenas se presentó armada, aterró á sus enemigos, los obligó á huir y les hizo adivinar su futura gloria.

Guerra con el emperador Enrique v. (1124). El emperador Enrique v, yerno del rey de Inglaterra, ademas del ódio de su padre político contra el rey de Francia, tenia que vengar resentimientos particulares. Luis habia reconocido al papa Calixto: y este pontífice y el sínodo

de Reims fulminaron escomunion contra el emperador. Irritado este monarca, reunió bajo sus estandartes los príncipes y señores del imperio aleman, y declaró la guerra á Francia, esperando con fuerzas tan considerables vencer fácilmente á un rey amenazado de los ingleses y normandos, y obligado á pelear incesantemente con los señores de los castillos mas cercanos á su capital. Su esperanza fue engañada: al grito de guerra contra el estrangero, enmudeció la discordia y se suspendieron las lides privadas. Francia entera se alista, toma las armas y responde al llamamiento de su rey. Aun el conde de Champaña, uno de los enemigos mas ostinados de Luis, acude con celo á cumplir las obligaciones de vasallo de la corona. Hasta el reinado de Felipe I, el estandarte real, que tantas veces habia guiado á los franceses á la victoria, era la capa de san Martin de Tours, que llevaban los condes de Anjou. Luis quiso tener otra bandera que perteneciese á su propio señorío: y como primer vasallo de San Dionis, en calidad de conde del Vexin, tomó el oriflama, estandarte sagrado de aquella abadía. El oriflama era de tela encarnada, que en la parte inferior formaba tres colas, guarnecida de seda verde y pendiente de una lanza dorada.

Entonces se celebró una asamblea del campo de marzo, ceremonia por tanto tiempo olvidada. Desde los dias de Carlomagno no se habia reunido alrededor del trono otra tan numerosa. Todos los señores que la componian, prometie-

ron solemnemente al rey obedecerle, y vencer. Las fuerzas de Luis ascendieron en breve á doscientos mil hombres, aunque no habian llegado todavía los contingentes del duque de Bretaña, y del conde de Anjou. En este gran consejo de los francos se ordenó el plan de campaña, la marcha del ejército, y la separacion y direccion de sus diferentes cuerpos, cuyos gefes nombró el rey. Solo Garlande tuvo la ostinacion singular de resistirle, y de querer ejercitar sin orden suya todos los derechos atribuidos al empleo de senescal, que él pretendia que fuese hereditario. Así se manifestaba todavía el espíritu de la época de los Merovingios: y si los Capetos hubiesen sido tan débiles como los reyes de la primera dinastía, se les hubiera visto cautivos en el seno de su palacio, bajo la tutela de los señores. El emperador de Alemania se adelantaba: pero antes de llegar á Metz supo con asombro que le salia al encuentro, no un príncipe, sino toda la nacion. Aterrado con esta nueva, como si las sombras de Pipino y Carlomagno se le hubiesen aparecido armadas, abandonó vergonzosamente su empresa, y huyó con precipitacion á Germánia. Luis queria perseguirle mas allá del Rin; pero entonces se manifestaron de nuevo los desórdenes propios del gobierno feudal, comprimidos momentáneamente. Habiendo cesado el peligro de la nacion, recobraron su fuerza las pasiones particulares: y los señores llevándose consigo sus banderas y soldados, se volvieron á sus dominios. Reducido

el monarca á solo las tropas del ducado de Francia, volvió á París triunfante sin haber peleado, y pasó con gran solemnidad á San Dionis para depositar la oriflama y dar gracias á Dios. En esta piadosa ceremonia llevó con mucha devocion sobre sus hombros los relicarios de los mártires, hizo muchas donaciones á la abadía de San Dionis, y confirmó sus privilegios, entre otros, el percibir los derechos en la feria de Landet. Devolvió tambien á la abadía la corona de su padre, que él conservaba, segun dice el abad Suger, "injustamente: porque el monasterio tenia de tiempo inmemorial el derecho de poseer las coronas de los reyes despues de su muerte." El grande armamento de los franceses contra el emperador dió una ocasion favorable á la aristocracia francesa para manifestar sus pretensiones, contrarias á todo orden y disciplina. El conde de Anjou sostuvo con altivez los privilegios de su casa, que alegaba poseer hereditariamente la dignidad de gran senescal, á la cual estaban afectas las facultades siguientes. Antes de servir al rey en la mesa, el senescal se sentaba enfrente de él en un taburete: y despues de servirle, volvia á su casa en un caballo que regalaba despues al cocinero del rey: y se le llevaba un número fijo de monedas de oro que daba de limosna á los leprosos. Cuando llegaba al ejército, el rey debia mandar que se le preparase una rica tienda, en que cupiesen cien personas. El gran senescal, poseyese ó no la confianza del monarca, mandaba de derecho la

vanguardia en el ataque y la retarguardia en la retirada, y el rey no podia reprenderle, por grandes que fuesen sus yerros ó las derrotas que sufriese. En fin, las sentencias que diese, no podian ser anuladas por ningun juez. Por felicidad, este mal, hijo del feudalismo, halló en él su remedio. Cuando los señores llegaron á ser soberanos, era difícil que un príncipe tan poderoso como el conde de Anjou dejase sus estados, su corte, sus placeres y negocios para ir á ejercer en el palacio del rey un empleo doméstico, por mas brillante que fuese. Los reyes Capetos se aprovecharon diestramente de la ausencia de los grandes vasallos, y nombraron oficiales inferiores para ejercer los empleos de los grandes dignatarios. Así sucedió que estos los ejercian rara vez, y en ocasiones de gran pompa, de modo que aquellas dignidades peligrosas vinieron á ser no mas que honoríficas, y el tiempo borró poco á poco los vestigios de la anarquía, los abusos monstruosos y la funesta confusion de los poderes. Fue preciso no obstante que los reyes manifestasen mucha firmeza para impedir á los señores de segundo orden, que eran sustitutos de los grandes en su palacio, apropiarse una parte de las prerogativas que se solicitaba abolir. Luis VI no tardó en esperimentarlo él mismo. Este gran príncipe decia con frecuencia que "un rey no debe tener mas valído que su pueblo:" y no obstante tenia uno, que era Garlande, guerrero valiente, ministro habil, pero cortesano altanero y ambicioso. En ausencia del conde

de Anjou servia el destino de senescál, y pretendió que este empleo fuese hereditario en su familia. Luis, engañado por las apariencias de lealtad y el talento penetrante de su ministro, ignoraba el odio general, que con su altanería y codicia se habia grangeado: y era difícil y aun peligroso advertirlo al rey. La reina, ofendida tambien del orgulloso ministro, se encargó de abrir los ojos á Luis, y Garlande fue exonerado de la senescalía. Solicitaba que á lo menos se diese este empleo á su sobrino Amaury de Montfort: pero el rey no consintió en ello. Entonces el ingrato y temerario vasallo tomó las armas y se coligó contra su soberano con los ingleses y con el conde de Champaña. Luis marchó contra él, le dió batalla, y aunque fue herido en el combate, salió vencedor, persiguió al rebelde, y se apoderó de su castillo de Liury y lo arrasó. Esteban de Garlande, vencido, hizo dimision de todos sus empleos, y tan humilde en la desgracia como orgulloso habia sido en la prosperidad, logró mover á piedad á la reina Alix, y por medio de esta princesa logró del rey el destino de canciller y alguna parte de su antiguo favor.

Guerra contra el conde de Auvernia (1126). El clero pretendia quitar al rey el influjo de que gozaba en el nombramiento á los beneficios vacantes. Como Luis se mantuviese firme contra estas pretensiones, el obispo de Paris y el arzobispo de Sens se retiraron enojados de la corte, y el rey embargó sus tierras. Los obispos fulmi-

naron contra él una escomunion: pero el papa Honorio, despues de reprenderlos por su orgullo, anuló su censura, y los obligó á someterse.

Toda la vida de Luis fue una lucha perpetua contra las usurpaciones y latrocinios de sus vasallos. Supo que el conde de Auvernia, yerno del duque de Guiena, perseguia á uno de sus sobrinos, y oprimia á los pueblos que le estaban sometidos. El obispo de Clermont presentó á los pies del trono muchas quejas contra estas vejaciones. Gracias á Luis, la autoridad real de sus sucesores tuvo un orígen tan puro y glorioso como es la proteccion de los súbditos oprimidos. En 1126 el rey, auxiliado por los condes de Anjou y de Neuburos y del duque de Bretaña, marchó á Auvernia, tomó á Clermont y obligó al conde á hacer la paz y á darle rehenes. Seis años despues cometió aquel turbulento vasallo nuevas violencias, y las armas del rey le sujetaron de nuevo. Luis sitió á Montferrant. Guillermo VIII, duque de Guiena, acudió á socorrer á su yerno: pero habiendo descubierto desde una altura en que estaba acampado, el formidable ejército del rey, el número de sus tropas y el buen órden que guardaban, se amedrentó; en lugar de combatir, entró en negociaciones, aplacó el enojo de Luis, y llevó á su presencia al conde de Auvernia que recibió perdon, prometiendo estar á lo que el rey le mandase. Poco despues murió el duque de Guiena, y dejó sus estados á Guillermo IX su hijo, que fue el último duque de aquella gran provincia. Guiller-

mo IX no gozó pacíficamente de la herencia y sostuvo una guerra ostinada contra Raimundo que le disputaba el condado de Tolosa.

Guerra por la sucesion de Flandes (1128). La historia de este siglo bárbaro tiene manchadas todas sus páginas con homicidios y asesinatos. Los vecinos de Brujas, ciudad de Flandes, deseaban gozar de la libertad, que Luis protegia. Cárlos el Bueno, conde de aquella provincia, que se oponia á sus franquicias, pereció degollado por los brujeses. El rey acudió á vengarle, venció á los rebeldes, puso en prision á los mas delincuentes, y adjudicó el condado á su protegido Cliton el normando, sobrino del rey de Inglaterra. Estevan de Boloña, que alegaba derechos á aquel gran feudo, hizo guerra á Cliton, y protegido por los ingleses invadió á Flandes. El rey marchó contra él, le ahuyentó, é hizo coronar en Brujas á Guillermo Cliton. Los duques y condes, usurpadores de casi todos los derechos de la soberanía, usaban entonces de corona como los reyes. Guillermo perdió por sus violencias el fruto de la proteccion de Luis: oprimió á sus vasallos, que se rebelaron y eligieron por caudillo á Tierry, conde de Alsacia. Los dos rivales se dieron batalla cerca de Alot. Guillermo venció: pero murió de una herida de lanza que recibió en el combate; y su muerte desbarató los prudentes designios de Luis. Tierry quedó señor de Flandes, y el rey de Inglaterra poseyó sin oposicion el ducado de Normandía. Luis habia instruido á sus lugar te-

nientes en que vengasen y protegiesen como él á los oprimidos. El conde de Vermandois, sabiendo que Tomás de Marle, señor de Conas, talaba los campos y robaba los viageros, marchó contra él, descubrió una emboscada que le habia puesto, le sorpendió en ella misma, le derrotó y le hirió mortalmente.

La mayor parte de los historiadores, atendiendo á los sucesos mas bien que á sus causas, conceden á Luis las cualidades brillantes de un guerrero y reservan sus elogios á la hábil política de su competidor Enrique: olvidando que el rey de Inglaterra no tenia grandes vasallos que estorbasen la ejecucion de sus designios. La antigua nobleza sajona no existia ya. Los barones normandos, vencedores y herederos suyos, habian adquirido tierras y bienes, pero no poder. Ninguno de ellos era soberano, cuando los vasallos de Luis VI, independientes, no solo en sus ducados y condados, sino hasta en sus pequeñas fortalezas, rodeaban siempre el trono de dificultades, obstáculos y peligros. Sus alborotos eran naturalmente favorables á la Inglaterra, y la política del rey de Francia hallaba tantos impedimentos en la inconsecuencia y mala conducta de sus protegidos como en la ambicion de sus vasallos. De esta diferente posicion de ámbos tronos resultó despues que la aristocracia inglesa, harto débil para resistir al rey por sí sola, se reunió al pueblo para formar asambleas políticas y establecer de comun acuerdo la independencia de entrambas clases; mientras que en

Francia el terror que inspiraban los barones, obligó á los pueblos á buscar asilo en la proteccion real, y á ensalzar el poder del monarca hasta el mas alto grado. Los grandes, demasiado orgullosos para consentir en someter la legislacion de sus señoríos á la del rey, no se reunian sino cuando eran convocados para juzgar las grandes causas feudales, discutir cuestiones de paz ó guerra ó celebrar la coronacion del monarca: pero nunca formaron parlamentos legislativos. Ademas, cuando despues fueron llamados los pueblos á los estados generales, nunca pretendieron tener influencia en la legislacion: sino se presentaban como peticionarios y protegidos para ofrecer donativos y conseguir la reforma de algunos abusos. Este fue el orígen de los dos diferentes caminos que siguieron Inglaterra y Francia, y que las condujeron necesariamente, la primera, á la omnipotencia parlamentaria; y la segunda, á la monarquía casi absoluta.

Consagracion de Luis el Jóven (1130). Luis VI no creyendo el trono suficientemente afirmado á pesar de todos sus triunfos, para evitar las turbulencias que podrian suscitarse despues de su muerte, creyó necesario tomar por colega á su hijo Felipe. Los grandes consintieron en ello, y el príncipe fue consagrado en Reims el dia de pascua de 1129. El emperador Enrique V acababa de fallecer. Los príncipes de Germania eligieron por sucesor suyo á Lotario, duque de Sajonia, que tomó el título

de emperador, y rey de Borgoña. Reinaldos, conde del Franco Condado, no quiso reconocerle, y su resistencia dió orígen á una guerra obstinada. El rey de Inglaterra casó su hija Matilde, viuda del emperador, con Godofre Plantagenet, heredero de Fulques, conde de Anjou, cuya descendencia reinó despues en la Gran Bretaña. Estas bodas, funestas á Francia, se celebraron con grande pompa en Ruan.

Italia estaba tan alborotada como Francia con discordias civiles. Despues de muerto el papa Honorio, se levantó en Roma otro cisma. Dos pretendientes, Inocencio y Anacleto, disputaban la tiara. Inocencio, obligado á huir, vino á Francia. Celebráronse dos concilios, uno en Blemont y otro en Etampes, y los votos estuvieron divididos. En fin, san Bernardo, célebre ya por sus virtudes y elocuencia, hizo triunfar la causa de Inocencio. El pontífice fue recibido por el rey con mucha solemnidad en las orillas del Loira, y el rey de Inglaterra llegó, para saludarle, hasta Chartres. Luis defendia con demasiada severidad los derechos de su regalía, y embargaba frecuentemente los bienes de los obispos. San Bernardo le dijo en una ocasion: "Sabed que Dios castigará vuestra injusticia con la muerte de vuestro hijo mayor." Así lo cuenta Mezeray que refiere estas mismas palabras. En efecto, la prediccion se cumplió. Paseándose á caballo el jóven rey Felipe por el sitio donde hoy está la plaza real, un cerdo se metió inopinadamente entre los pies del animal,

que se asombró, derribó al príncipe y le hirió de muerte. El rey convocó un concilio y un parlamento en Reims, á que asistieron muchos señores, y el papa Inocencio que consagró en aquella ciudad á Luis el Menor, hijo segundo de Luis VI. Dícese que con motivo de esta solemnidad, el rey, sin escluir á los demas pares de sus privilegios, eligió, segun Mezeray, para asistirle especialmente en la ceremonia, doce pares, seis de los grandes vasallos de la corona, y seis eclesiásticos. En este concilio prestó homenage al conde Thierry de Alsacia por el condado de Flandes.

Esta época fue memorable por la muerte de Enrique I, rey de Inglaterra. Su sucesion escitó muchos alborotos en la isla. Estevan de Boloña, su sobrino, que se hallaba en Londres, se apoderó del cetro, y quitó una parte de Normandía á Godofre Plantagenet que debia poseerla como tambien á Inglaterra por los derechos de su esposa Matilde. Luis, cuya tranquilidad aseguraban estas desavenencias, atizó cuidadosamente el fuego de la guerra entre los dos pretendientes: y aprovechándose del ocio que le dejaban para continuar socorriendo á los oprimidos, marchó contra el señor de Saint-Brisson, que infestaba con sus latrocinios las riberas del Loira, atacó á este débil tirano, le derrotó y le obligó á la obediencia.

Casamiento de Luis el Jóven con Leonor de Guiena (1136). Al volver á Paris se detuvo en el castillo de Bethius, acometido de disenteria.

En él recibió el testamento de Guillermo IX, duque de Guiena, que ofrecia á Luis el Jóven la mano de Leonor su hija, y en dote la Guiena. Luis aceptó esta rica herencia para su hijo, y le envió á Burdeos, donde casó con Leonor en presencia de los señores de Gascuña, del Saintonge y del Ritou. Despues fue coronado conde del Poitou, en Poitierzs, y duque de Aquitania en Bourges. En esta ciudad tuvo noticia de la muerte de su padre.

Luis el Gordo, rindiéndose al peso de sus laureles, y mas debilitado por las fatigas militares que por la edad, murió el 1° de agosto de 1137, á los sesenta años de su vida y treinta de su reinado. Antes de espirar, despojándose de la púrpura, segun la costumbre piadosa de su tiempo, y apartando sus ojos de las grandezas de la tierra, para no pensar sino en la eternidad, se tendió en un lecho de cenizas, dispuesto en forma de cruz, tomando por almohada una piedra. Cuando este monarca vió próximo su fin, escribió á su heredero estas palabras: "Acúerdate, hijo mio, que el cetro es una carga concejil, de que darás cuenta rigorosa al dispensador de los tronos." Luis fue grande rey, intrépido guerrero, hábil político, defensor celoso de la justicia, apoyo de los oprimidos. Se hizo temer de los grandes y amar del pueblo. Respetaba la religion y resistia á las pretensiones injustas de algunos obispos. Era liberal para la iglesia, mas no cedia nada de la autoridad regia. Hizo magníficos presentes, segun el espí-

ritu religioso del siglo, á la abadía de san Dionis. Refiérense entre ellos un crucifijo de oro macizo, de ochenta marcos de peso, una mesa de oro guarnecida de perlas y piedras preciosas, otra de esmalte, un facistol embutido de marfil, y un caliz de oro que pesaba ciento cuarenta onzas, guarnecido de topacios. En el reinado de Luis volvió Francia por la primera vez, á presentarse armada en Europa contra la invasion estrangera y á ocupar su antiguo puesto de honor, y tambien por la primera vez, los grandes, reprimidos por el monarca, conocieron la fuerza del cetro, que en tanto menosprecio tenia. Cada tierra de señorío era antes una especie de prision para los hombres libres. Ni podian hacer donaciones ni testamentos. A falta de hijos domiciliados, heredaba el señor. Los vecinos contribuian con trabajos personales y humillantes: y no podian casarse sin permiso de sus barones. Luis VI, para quitar estos abusos, no creó como algunos autores han escrito, el derecho municipal de los comunes: solo tuvo el mérito de restablecer la libertad comunal y de dar garantía á los tratados que celebraban los pueblos y los señores: lo que dió despues á los reyes el derecho de intervenir en las contestaciones de las municipalidades con los feudales, y asentó una de las bases mas firmes de la autoridad real y de la libertad pública. Antes del reinado de este príncipe habia comunes en Inglaterra, como lo demuestra lord Litlleton. Godofre de Bouillon estableció el régimen municipal en Jerusalen el

año 1103. El conde Alfonso instituyó los *capitoles* de Tolosa en 1148, y en una carta española de 1020 se habla del concejo municipal de Leon. Robertson atribuye la nueva libertad de los comunes de Francia á la habilidad de Luis, que balanceó de este modo el poderío de los señores. M. Hallam no vé en la concesion de estos privilegios mas que la avaricia de los señores que vendian sus derechos por dinero. La verdad es que ámbos motivos contribuyeron al restablecimiento de las franquicias municipales. El rey protegió al principio los siervos, libertó los comunes y restableció la justica en sus dominios: perdonó á sus habitantes los grandes tributos que antes pagaban: y se contentó con un censo moderado. Despues exortó á los señores eclesiásticos, mas dispuestos á la benignidad y que podian oponerle menos resistencia, á hacer las mismas concesiones en sus señoríos. Los hombres libres, que habiendo adquirido feudos, se habian hecho nobles, habitaban en los campos y castillos. Los demas, retirados á las ciudades y conocidos con el nombre de *burgueses*, eran oprimidos por las justicias de los señores, y no tenian mas amparo que la proteccion del monarca. Los comunes, llamados así, porque dirigian *en comun* sus quejas al rey, se obligaron á alistar tropas para él, y los soldados de cada concejo se reunian al ejército real, bajo las banderas de los santos que eran sus patronos. El rey, para hacer mas eficaz su proteccion, restableció la antigua costumbre de Carlomagno: en-

vió á todo el reino *emisarios dominicos*, que recogian y llevaban las causas importantes á las asisas reales que bajo la dinastía carlovingia se llamaban *el mallo del emperador*. Estos casos reales se multiplicaron progresivamente: y Loiseau dice con razon que su restablecimiento fue el paso mas grande que se dió en favor de la soberanía régia. Luis tenia proyectos aun mas vastos: pero su vida fue un combate perpétuo, y habiendo envejecido antes de tiempo, no tuvo fuerza para ejecutar los grandes planes meditados en su juventud: y así solia quejarse con frecuencia de la inesperiencia de los jóvenes y de la impotencia de los ancianos: queja, que ha venido á ser proberviál entre los franceses.

Su reinado fue tambien, por otras hazañas que no fueron suyas, época gloriosa para Francia. Caballeros normandos llegaron á ser reyes de Sicilia; un príncipe de Borgoña, rey de Portugal. Fulques, conde de Anjou, logró la corona de Jerusalen: su posteridad reinó en Inglaterra, y con razon se dió entonces á Francia el título de *madre de reyes*. Las costumbres del tiempo, favorables al sistema feudal, hacian que los señores creyesen la obligacion de administrar justicia igual á la de combatir. Sus pares les asistian en el tribunal, y no podian rehusar este servicio. El señor debia escoger por pares á los mas sabios y valientes de sus vasallos, y así era adagio vulgar: *señor sin pares, feudo sin justicia*. Pero el monarca no podia siempre confiar que sus grandes vasallos cumpliesen las obli-

gaciones de jueces. Estos señores poderosos, siendo soberanos en sus dominios, no podian asistir con frecuencia al parlamento real. Este fue el motivo que tuvieron los reyes Capetos para convocar en su corte, como pares, á otros barones que no todos eran vasallos inmediatos; único medio para no escluir de la dignidad de par á los barones que eran vasallos del ducado de Francia.

Los pueblos del Mediodia del reino habian conservado muchos vestigios de la legislacion é idioma romano. Los austrasios conservaban la lengua teutónica, y muchas costumbres de los antiguos francos: pero los neustrios tenian una lengua diferente. En esta época se observa ya la lengua francesa formada en cierta manera; y aunque en su infancia es algo inteligible á los franceses actuales. En prueba de ello véase un pasage de la crónica de San Dionis, hablando del combate en que el senescal Ansaldo fue hecho prisionero por el señor de Crecy, enemigo del rey. *Ansiaus qui trop estost bons chevaliers et segurs, qui pas ne pot á tensvenir, por ce que il entendoit á defendre ses compagnon comme chevalier prour et valaûz: pris fu et retenuo en la tor avecle comte de Corbuel: si orent al dui mult gran paor, li uns de la mort et li autres de deseritement.* (Ansaldo, que era muy buen caballero y muy intrépido, y no pudo llegar á tiempo porque estaba defendiendo sus compañeros como guerrero noble y valeroso, fue preso y detenido y encerrado en la torre con el conde de Corbeil; y se temió mucho que lo matasen ó

despojasen de sus estados.) La misma crónica pintaasi el valor del rey: *Merodes vos semblat ce vos venier le roi demaner l' espée an poing, movoir les bras et enchancheler l' escu: car avis vous fuct que Hector revescu.* (Os pareceria maravilloso si vieseis al rey esgrimir la espada, mover el brazo y embrazar el escudo; pues creeríais ver á Hector resucitado). En esta crónica y en los demas escritos de este tiempo se llama al sumo pontífice *apostole* (apostol). Las cartas del rey se llamaban *brefs* (breves). Algunas veces se daba á Francia el título de *baronia de Francia.* Luis la llamaba *la señora de las tierras.* Los señores franceses que marchaban con el rey contra el emperador de Alemania, dijeron las palabras siguientes: *Chevanchons hardiement contre aus, qu' ils ne s' enpuisent aler saur chierment comparer ce qu' ils ont orgueilorement oser á emprendre contre France la dame des terres.* (Cavalguemos atrevidamente contra ellos para que no se puedan ir sin pagar cara la orgullosa osadia de su empresa contra Francia la señora de las tierras.)

Luis VI no podia hacer que renaciesen las artes y las ciencias en un siglo de tinieblas: pero á lo menos protegió y consultó los hombres ilustrados que procuraron encender la antorcha de la sabiduría. Entre ellos se distinguian san Norberto, el famoso Suger, Roberto de Arbriselles, Ibo de Chartres y el célebre San Bernardo. Los principales guerreros que favorecieron sus armas con su valor ó se distinguieron peleando contra

él, fueron Teobaldo, conde de Chartres, Tomas de Marle, señor de Concy, Hugo de Crecy, Amaury de Montfort, Hugo de Puyset, y Melon, vizconde de Troyes. Sus ministros fueron los Garlandes, Rodulfo, conde de Vermandois, Estevan de Senlis, obispo de París, y Algrin, secretario del rey. Luis tuvo muchos hijos: Felipe, que fue coronado y murió de una caida de caballo: Luis el menor que sucedió á su padre: Enrique obispo de Beauvais, y despues arzobispo de Reims: Hugo, que murió en la flor de su edad: Roberto, de quien descendió la familia de Dreux: Felipe, arcediano de París: Pedro, que casó con la heredera de Courtenay, y de quien quedaba todavía en el siglo pasado un descendiente que no pudo lograr el puesto y honores debidos á la antigüedad de su familia: y en fin, Constanza, que casó con el hijo de Estevan, rey de Inglaterra, y despues con Raymundo, conde de Tolosa. El rey habia casado con Luciana de Rochefort: pero poco despues de este matrimonio fue declarado nulo por el papa; y entonces recibió por esposa á Alix, hija del conde de Saboya. Esta princesa, llena de virtudes y de gracias, constante, discreta, afable, protegiendo á los infelices y mitigando las iras del poder, dió noble ejemplo á las madres, criando sus hijos ella misma. El pueblo la amaba: los grandes la respetaban: su esposo la adoraba: y por eso las actas reales de este reinado tenian casi todas las dos fechas del advenimiento de Luis al trono y de la coronacion de Alix. Era justo que los dul-

ces goces de padre y marido fuesen el premio de Luis, y que un buen rey gozase en su familia de la felicidad que procuraba dar á su pueblo con sus armas y leyes.

Luis VII rey de Francia (1137). El nuevo monarca, cuando subió al trono, reunió bajo su cetro muchas mas provincias que su padre: pero no habia heredado su talento; y su imprudencia política le hizo perder el aumento de poderío que le dió la fortuna. No obstante poseía nobles cualidades, alma elevada, corazon recto y generoso. Pocos héroes de su época fueron mas intrépidos: ninguno le igualó en piedad que era la virtud de su siglo: pero fue capitan poco diestro y mediano estadista. El autor de las *variaciones de la monarquía francesa* da en pocas palabras exacta idea de este príncipe. "Emprendió, dice, sin buen éxito una cruzada: repudió á Leonor y perdió así la mitad de Francia. Este fue todo su reinado." Apenas Luis supo la muerte de su padre, dejó guarniciones en Guiena para mantener la tranquilidad en aquel pais, y se apresuró á volver á París. La reina no tardó en seguirle.

Instituciones municipales (1139). Las primeras disposiciones del rey hicieron conocer que su intencion era seguir los principios de su predecesor relativamente á la libertad de los comunes. Arregló su organizacion: todas las municipalidades tuvieron por gefe un mayor ó mairé (alcalde, corregidor) y doce pares ó jueces ciudadanos para ayudarle. El celo demasiado ar-

diente de la libertad estuvo para detener sus progresos: los habitantes de Orleans, dando sobrada estension á sus privilegios comunales, resistieron tumultuosamente á algunas órdenes del rey y opusieron la fuerza á la autoridad. Luis reprimió esta sedicion. Cuando llegó á París, convocó el parlamento de los grandes. Los señores reunidos juzgaron que hallándose suficientemente establecida la autoridad de la dinastía, era inútil una nueva consagracion. En esta asamblea hizo el rey una pintura patética de las desgracias del reino, nacidas de la turbulencia de los señores y de sus guerras contínuas, y todos convinieron en que era preciso buscar medios para terminar las discordias. En esta época sucedian en Europa algunos acontecimientos considerables. El príncipe normando Rugero peleó con el papa Inocencio, le hizo prisionero y le obligó á que le confirmase el título de rey de Sicilia que habia logrado del antipapa Anacleto. Ademas de Sicilia poseyó este príncipe la Pulla y la Calabria, y echó los cimientos de la monarquía napolitana. Al mismo tiempo Alfonso, hijo de Enrique de Borgoña y descendiente de la casa real de Francia, fue proclamado rey de Portugal, y segun la costumbre del siglo, se reconoció vasallo y tributario de la santa Sede.

Disputa entre San Bernardo y Pedro Abelardo (1140). El año siguiente fue el nombre de Abelardo desgraciadamente célebre en Francia por sus amores y desgracias, por su celo re-

ligioso y su heregía. Era natural de Bretaña, escritor ingenioso y escolástico sutil. Renovó los errores de Arrio, Nestorio y Pelagio. Obligado á comparecer ante un concilio que se celebró en Sens, no se atrevió á lidiar contra San Bernardo. Fue condenado por el concilio y apeló al papa: pero en lugar de ir á Roma se detuvo en la abadía de Cluny, donde tomó el hábito y acabó sus dias. La principal censura que recayó sobre sus opiniones fue la de dividir las personas en Jesucristo, y de preferir el libre alvedrio á la gracia. El rey y el conde de Champaña asistieron al concilio que juzgó á Abelardo. El nombre de este escolástico estaria acaso olvidado ya, á no ser por la pasion de Eloisa, cuya elocuencia, dolor, constancia y arrepentimiento llegarán hasta la mas remota posteridad.

Abelardo fue modelo y víctima de los desvarios del amor. Mutilado por la ferocidad del pundonor, y obligado á consumir su vida en el claustro entre las expiaciones de la penitencia, fue consolado por las cartas de Eloisa, monumento notable de la lucha interior del hombre entre las pasiones y los deberes. Eloisa entró en religion y fue abadesa del Paracleto. Dos líneas de sus cartas bastan para pintar cuán crueles eran los combates de su corazon. "Votos sagrados: dice, monasterio sombrío, habeis podido trocar mis vestimentas: ¿por qué no trocais mi corazon y lo convertís en marmol insensible?" La memoria de Abelardo no vive sino en la historia de las pasiones particulares: la de San

Bernardo, su antagonista, será eterna en la de la iglesia, que ilustró con sus virtudes y en la de Francia, donde su influjo dió nacimiento á una de las mas célebres cruzadas.

El abad Suger, religioso no menos ilustre, sucumbió al principio en su lucha contra el ascendiente irresistible de San Bernardo: pero mereció por su prudencia la gloria de grande estadista, y su habilidad reparó ó impidió gran parte de las desgracias que produjo la empresa aconsejada por un elocuente adversario. Entrambos debieron su esplendor á su mérito, y no á la casualidad del nacimiento: y "demostraron, dice Mezeray, que los hombres son mas fuertes por sus luces que por sus dignidades."

Mientras que estas dos antorchas del cristianismo comenzaban á disipar las nieblas en que estaba sumergido el siglo XII, se encontró una luz, largo tiempo perdida. El código de Justiniano, coleccion de leyes romanas que merecieron el hermoso título de razon escrita, volvió á aparecer repentinamente en Europa, saliendo de los oscuros archivos de un monasterio de la Pulla donde habia estado sepultado durante muchos siglos. Conocido en Francia, su aparicion fue por decirlo así, la señal del renacimiento de la justicia y de la civilizacion en Occidente. El clero, cuya jurisdiccion era la única que hubiese conservado algunos recuerdos de las antiguas tradiciones, fue tambien el primero en aprovecharse de las luces del código antiguo recien des-

cubierto. Él fue ademas el que trabajó con mayor empeño para obligar los señores á que observasen *la tregua de Dios*. Suger, antes de gobernar el reino, mostró que era digno de este honor, siendo el primero en reformar las costumbres de su iglesia. El lujo, la ambicion y la anarquía reinaban en el monasterio de San Dionis hasta tal punto, que San Bernardo le llamaba "la sentina de los enredos de la corte y del ejército." Suger restableció el orden y la regla entre sus monges. Eugenio III decia de este abad: "delante de César es un hombre de la corte romana: delante de Dios, es un hombre de la corte celestial."

Mientras el rey, animado por sentimientos de justicia y de piedad, continuaba, imitando á su padre, reprimiendo la turbulencia de los grandes, y la licencia de las costumbres, noble empresa en que le auxiliaban el genio ardiente de San Bernardo y la prudencia de Suger, Inglaterra era víctima de las disensiones civiles. Estevan, con el auxilio del legado del papa y de algunos obispos, se hizo señor del trono, y del ducado de Normandía, que cedió á su hijo el duque Eustaquio. Luis VI le habia favorecido: y Luis VII siguiendo la política de su padre, recibió el homenage de Eustaquio, y le dió en matrimonio á su hermana Constanza. El conde de Anjou, airado de que se desconociesen los derechos de su esposa Matilde, emprendió reconquistar con las armas el reino y el ducado que le usurpaban. Entró con ejército en

Normandía, y esta larga lid aseguró la tranquilidad de Francia.

Solo fue turbada por una disputa que tuvo el rey con la corte de Roma. El clero de Bourges eligió por arzobispo á Pedro de Lachatre, sin pedir el consentimiento de Luis: este príncipe le mandó al instante proceder á nueva eleccion escluyendo al electo del número de los candidatos. Lachartre partió aceleradamente á Roma y se quejó al sumo pontífice Inocencio, que le recibió con agrado, le sostuvo y le consagró negándose á reconocer la intervencion del rey en los negocios eclesiásticos. Larchatré volvió á Bourges; pero habiéndose negado los habitantes á recibirle, se retiró á Champaña, despues de haber fulminado entredicho contra los dominios reales que habia en su diócesis.

Guerra con el conde de Champaña (1141). Estas desavenencias se irritaron por otra causa. Queriendo el conde del Vermandois, primer ministro del rey, casar con Petronila, hermana de la reina, repudió á su muger, que era hija del conde de Champaña. San Bernardo se opuso al divorcio, y el papa sostuvo al conde de Champaña que declaró guerra á Luis. Este baron se distinguia por su piedad: pero en la corte era tratado como un sedicioso. El rey marchó con presteza contra él, derrotó sus tropas, taló su territorio, y le concedió una tregua á condicion que obtuviese del papa la aprobacion para el divorcio de su hija. Pero la corte de Roma se mantuvo inflexible; se sospechó que el conde de Champaña so-

licitaba en secreto que no se atendiese á la demanda de oficio que dirigia al pontífice, y esta sospecha se confirmó por sus cartas interceptadas al rey de Inglaterra y á los condes de Soisons y de Flandes á quienes convidaba á formar alianza contra el rey.

Matanza de Vitry (1145). Luis, irritado, volvió á entrar en Champaña, la asoló con el hierro y la llama, se apoderó de Vitry, y ciego de cólera, mandó quemar una iglesia donde se habian refugiado los habitantes: perecieron en el incendio mil trescientas personas.

El remordimiento sucedió muy pronto al furor. Luis, asustado de su crimen, pasó del abuso de la fuerza al terror. Perseguido por la idea de esta horrible matanza se creyó el objeto del odio público: y para reconciliarse con el cielo y la tierra, imploró el auxilio de San Bernardo, le interpuso por medianero para mitigar la severidad del nuevo pontífice Celestino II, reconoció á Lachatre por arzobispo de Bourges, se reconcilió con el conde de Champaña, y resolvió tomar la cruz para espiar en la guerra santa la crueldad cometida. Cumplió esta resolucion dos años despues, en 1147.

Antes de llevar sus banderas al Oriente, tuvo que sostener otra guerra contra Alfonso, conde de Tolosa, que no queria dejar aquel condado, cedido á su padre por el abuelo de la reina Leonor. Luis condujo su ejército al Languedoc. Nada dice la historia de los sucesos de esta guerra: sin duda fueron de poca importancia, pues los

condes de Tolosa conservaron la posesion de aquel feudo bajo la dependencia del rey. Al volver de esta espedicion, Luis comprimió la rebelion del señor de Montjay que maltrataba á sus vasallos y resistia á las justicias reales. El rey mandó arrasar su fortaleza sin dejar en pie mas que una torre, resto mezquino, que solo servia para probar el respeto que la autoridad real guardaba todavía al feudalismo. Arruinaba el poder de los señores, pero dejaba subsistir los derechos é insignias del señorío.

Las noticias recientes de Palestina hicieron temer al Occidente la ruina de los cristianos de Asia: y la segunda cruzada, que meditaba Luis se verificó inmediatamente. Despues que murieron Godofre de Bouillon, y Balduino su hermano, ocupó algun tiempo el trono de Jerusalen Balduino de Bourg: el cual falleció, despues de haber dado en matrimonio su hija Melesinda á Fulques, conde de Anjou. Este despues de un corto reinado, murió en 1142, dejando la corona á su hijo Balduino III bajo la regencia de su madre Melesinda. Estos monarcas diferentes en el espacio de cuarenta años fueron turbados sin intermision por las guerras continuas contra los sarracenos: pero las armas de los cristianos fueron constantemente felices, y estendieron sus conquistas. Poseian cuatro estados en Asia: el reino de Jerusalen, el principado de Antioquía, y los condados de Edesa y Trípoli. Sus dominios se estendian desde el Eufrates hasta Egipto. Joselin de Courtenay gobernaba á Edesa: Rai-

mundo de Poitiers, tió de Leonor, reina de Francia, era príncipe de Antioquía; y conde de Trípoli, Raimundo, nieto del famoso Raimundo I conde de Tolosa.

Estos príncipes, fuertes mientras permanecieron unidos, se arruinaron por sus discordias. El príncipe de Antioquía y el conde de Edesa se declararon la guerra, y los musulmanes se aprovecharon de sus divisiones. Sanguin, soldan de Alepo, invadió sus estados y se apoderó de Edesa, mirada como baluarte de la cristiandad en el Asia. La muerte puso término á las hazañas de aquel conquistador sarraceno: sus eunucos rebeldes le asesinaron, y se dividió su trono entre sus dos hijos, Cotbedin y Nouredin. El primero fué soldan de Mosul y Asiria, y Nouredin empezó á reinar en Alepo en 1142. Todos los autores de aquella época dan grandes elogios al valor, prudencia y generosidad de Nouredin. Los musulmanes le veneraban como defensor ardiente é intrépido de su creencia: los francos admiraban en él el honor y la urbanidad de un caballero. Este soldan informado de los progresos de Joselin de Courtenay que habia recobrado á Edesa, marchó contra él, le venció y se apoderó de la plaza en 1144: muchos de sus fuertes se conservaron todavía en poder de los sarracenos. Esta derrota, en la cual perecieron, segun se cuenta, treinta mil cristianos, los llenó de terror. En todas partes huian en vez de pelear, y en vano buscaban auxilio en el reino de Jerusalen, gobernado por una muger y un niño. Entonces dirigie-

con sus quejas á los monarcas de Occidente, y en primer lugar al rey de Francia.

Luis, preparado por sus sentimientos religiosos á pelear contra los infieles, habia ya prometido al Señor espiar en Palestina el incendio de Vitry. Pero contenido por las amonestaciones de Suger, que le exortaba á no abandonar su reino, vacilaba aun, y en esta incertidumbre consultó á San Bernardo que era entónces el oráculo de la cristiandad.

Parlamento de Vezelay (1146). San Bernardo, á pesar de su ardiente celo, creyó que una cuestion política de tan grande importancia, debia someterse á la decision del papa Eugenio III. Este pontífice, atendiendo á los intereses generales del cristianismo, mas que á los particulares de Francia, exortó al rey á tomar la cruz, y renovó, en favor de tan santa empresa, las indulgencias que prodigó la Santa Sede en la primer cruzada. Solo faltaba oir el voto de la nacion. Luis convocó para la fiesta de pascua una asamblea general de obispos y señores en Vezelay, villa de Borgoña. Como el concurso, llamado por la novedad de esta ceremonia, fuese inmenso, se celebró la reunion en el campo. En medio del recinto se levantó un cerro en forma de teatro. Subió á él San Bernardo, leyó la carta del papa, y pronunció un discurso cuya elocuencia patética y ardiente escitó el entusiasmo universal.

El génio de aquel santo varon dominó entonces á Europa, y pocos hombres han egercido mayor imperio sobre su siglo. Su vocacion reli-

giosa le habia encerrado en la soledad del claustro: mas su espíritu no podia ser reducido á tan corto recinto. Su fama se estendió: y sus vastos conocimientos mucho mas admirables en un siglo de tinieblas, hicieron que todos los príncipes de la tierra le consultasen como legislador. La vida solitaria habia enardecido sus virtudes y exaltado sus sentimieneos religiosos. Obligado á presentarse en medio de las cortes, apareció en ellas como un ángel revestido con todo el poder de la religion y armado con todos los rayos de la elocuencia. La naturaleza le habia dotado de tanta gracia y hermosura, que enamoraba aquellas mismas almas, á quienes su austeridad infundia el mayor respeto. Los reyes se humillaban ante él: las heregías enmudecian á su voz: reinaba en los concilios: si predicaba al pueblo en medio de los campos, sus palabras, oidas como oráculos, movian todos los corazones, subyugaban todos los ánimos. Severo contra todos los vicios, infundia temor á los grandes y á los prelados: la inocencia y la desgracia se acogian á su proteccion: y la iglesia de quien era antorcha, parecia dirigirse por sus consejos. Cuando los lamentos del Asia llegaron á Europa, Bernardo, arrebatado de su celo, solicitó la guerra, la predicó, y fué el alma de la segunda cruzada, á la cual el cielo no tuvo por conveniente conceder el premio de la victoria.

"Cristianos, esclamó predicando á la inmensa muchedumbre que le escuchaba con ansia en Vezelay, el orbe gime y tiembla al saber que

está espuesta á perderse la heredad del Señor. Sion os llama á los combates: Dios quiere que os sacrifiqueis por él segunda vez: la Jerusalen celeste os abre sus puertas y espera nuevos mártires. Este siglo es una época de crímenes y de castigos. El infernal enemigo del género humano difunde por todas partes el soplo de la corrupcion: los perversos levantan impunemente la cerviz: las leyes no tienen vigor contra el desenfreno de las costumbres: los perversos triunfan: la heregía usurpa la cátedra de la verdad: el santuario es profanado, y Dios maldice á sus delincuentes custodios. Prestad, pues, á mi voz atentos oidos. Apresuraos á aplacar la ira divina. Ahora no es necesario que os cubrais del cilicio, sino del escudo: no son vanos gemidos los que han de mitigar la cólera del cielo: trabajos y fatigas militares son las espiaciones que Dios os pide: lavad vuestros pecados en la sangre de los infieles, y manifestad vuestro arrepentimiento libertando el sepulcro del Señor. ¿Vaciláriais en tomar las armas si supiereis que un enemigo feroz incendia vuestros pueblos, tala vuestras heredades, roba vuestras hijas, ultraja vuestras mugeres y profana vuestras iglesias? Pues todas estas desgracias y otras mas terribles todavía, afligen á la ciudad santa y á la familia del Señor, ¿No es tambien la vuestra? ¿Sufrireis callados tantos ultrages? ¿Dejareis á los sarracenos bañarse en sangre de cristianos y hartarse de sus lágrimas? Su execrable triunfo, dolor eterno de los siglos, será padron inmortal de

vuestra ignominia. Os hablo en nombre de Dios todo poderoso, que castigará severamente á los cobardes que se nieguen á defenderle. Inflamaos, pues, en una santa cólera: corred á las armas, repitiendo conmigo estàs palabras del profeta: ¡*Infeliz del que no ensangriente su cuchillo!* Es verdad, que Dios no tiene necesidad de vuestras flacas fuerzas: podria con una sola palabra hacer que apareciesen doce legiones de ángeles, y sus enemigos quedarian reducidos á polvo. Pero su inefable bondad para con vosotros quiere confiar á vuestras armas la venganza de su gloria y de su nombre profanado. Os dió su vida: sacrificadle la vuestra. Precipitaos con ardor á estos nobles combates en donde el triunfo promete la gloria, en donde la muerte misma es prenda de la vida eterna. Ilustres caballeros, heróicos defensores de la cruz, mostraos dignos de vuestros padres. Jerusalen conquistada gravó sus nombres en el cielo: salid de su afeminado reposo: despreciad los bienes perecederos, y mereced tener parte en el reino que nunca acaba.

A estas palabras, todos los concurrentes enagenados manifestaron su admiracion con clamores y lágrimas. A Luis le parece oir la voz del Señor: se arroja á los pies del santo orador, le pide la cruz, y mostrando á todos esta señal sagrada, les dirige las palabras siguientes, que nos ha conservado la crónica de Mauriniac: "¡Qué ignominia para nosotros si el filisteo triunfa de la familia de David! ¿sufriremos que un

pueblo, esclavo del demonio, destruya los señoríos en que nuestros padres restablecieron el culto divino? ¿dejaremos que el inmundo vicio triunfe de la virtud? ¿no somos ya aquellos francos que supieron mostrarse libres en las cadenas y arrostrar las afrentas en las prisiones? ¿somos indignos de seguir su ejemplo, de socorrer, á su imitacion nuestros amigos con las armas, y de perseguir á nuestros enemigos aun despues de su muerte? Franceses, no permitais que degenere nuestra virtud nacional. Mostrémosla en todo su lustre: reanimad con ella á los cristianos de Ultramar y detened el triunfo impío de enemigos tan despreciables que ni aun son dignos de ser llamados hombres. Marchemos, valientes caballeros: derribemos á los ídolos y á sus adoradores. Volemos con ardor á aquellos santos lugares, pisados en otro tiempo por los pies del mismo Dios; á aquella ciudad donde Dios murió por nosotros, y que ilustró con su presencia corporal. Levántese el Señor á favor nuestro, y se disiparán sus enemigos. Nosotros los ahuyentaremos: sí; nosotros confundiremos el vano orgullo de los temerarios que han jurado odio á Sion. Si peleamos con valor, si la sabiduría divina favorece nuestros consejos, la victoria es nuestra. Franceses, yo os declaro que mi intencion es consagrarme enteramente á tan santa empresa. Os pido á todos que favorezcais mi voluntad con vuestro consentimiento y vuestras armas." Estos dos discursos fueron muchas veces interrumpidos por los gritos de los concurrentes:

Dios lo quiere, *Dios lo quiere.* Cuando el rey acabó de hablar resonó en el aire esta aclamacion universal; *la cruz! la cruz!* Los primeros que la tomaron, fueron la reina Leonor, que estaba resuelta á seguir á su esposo, los condes de Tolosa, Champaña, Flandes, Nevers, Soisons, Tomserre, Vareune y Pouthieu, Arquimbaldo de Bourbon, Enquerrando de Coney, Hugo de Lusignan, el conde de Dreux, hermano del rey, el conde de Mauriene su tio, los obispos de Noyon, Langres, Arras y Lisieux, y una multitud inumerable de caballeros que siguieron su ejemplo. El gran número de cruces que San Bernardo habia traido no bastó al celo ansioso de los concurrentes: y para satisfacer su impaciente deseo, rompió el Santo sus hábitos, y les repartió los pedazos. Una iglesia dedicada á la cruz y edificada sobre la colina de Vezelay fue el monumento de este dia de entusiasmo y por muchos años concurrieron los peregrinos á reverenciar la tribuna que habia sido teatro de la gloria del santo orador.

Bernardo, cuyo celo se redoblaba con sus triunfos, continuó predicando la Cruzada por las ciudades de Francia. En todas partes concurrian á oirle, excitaba la admiracion, tomaban las armas á su voz, le veneraban como á un enviado del cielo, poderoso por su elocuencia y sus milagros. Este predicador, á cuya palabra fue concedido tanto poder, escribió al pontífice, y le dió cuenta del suceso de sus sermones, en esta corta frase, "las ciudades y castillos quedan de-

siertos: no se encuentran en todas partes mas que viudas cuyos maridos estan vivos." El afecto de los franceses á este padre de la Iglesia llegó hasta lo sumo: en una reunion, que se celebró en Chartres, los señores mas altaneros, los príncipes mas belicosos y los guerreros mas esperimentados dieron de comun acuerdo á San Bernardo la dignidad de caudillo de la guerra santa: persuadidos á que sería mas capaz que nadie de fijar la victoria el que incitaba en nombre del cielo á conseguirla. Pero el abad de Claraval cuyo celo era mas ilustrado que el de Pedro el ermitaño, instruido por su ejemplo, rehusó el honor que le ofrecian. Su modestia visitó y no persuadió, y quisieron obligarle á encargarse de aquel terrible peso: para substraerse á él tuvo que implorar la proteccion del papa Eugenio el cual le escribió que su mision era predicar y no pelear; y sus armas, la palabra de Dios y el clarin del Evangelio. Al mismo tiempo un monge fanático, que, segun decia, deseaba que los alemanes espiasen sus pecados para hacerse dignos de defender con gloria la causa de la cruz, los exortaba á matar á todos los judíos.

San Bernardo, informado de la rapidez con que este fanatismo contagioso y sanguinario se estendia en las orillas del Rin, escribió á los alemanes una carta llena de elocuencia y uncion. "Hermanos mios, les decia, el Apostol os habla por mi voz, desconfiad de los espíritus ardientes y engañadores que se levantan en medio de vosotros. Nos alegramos en verdad del fervor

que manifestais por la causa de Dios: pero los afectos mas laudables dejan de serlo, cuando pasan la raya de la moderacion. Escuchad mi voz: no debeis degollar ni perseguir á los judíos: ni aun debeis desterrarlos. Consultad las divinas Escrituras, y no olvideis la profecía de uno de los salmos acerca de este pueblo tan infeliz como delincuente. La Iglesia os dice: *Dios os enseña como trata sus enemigos: no los mateis, no sea que mi pueblo se olvide.* Los judíos son testigos vivos que recuerdan incesantemente la Pasion de nuestro Señor. Han sido dispersados por todas las naciones para que den testimonio de nuestra redencion por el largo y justo castigo de su maldad. La Iglesia os dice tambien en el mismo salmo: *Señor, que nos protegeis, vuestro poder disipa y humilla á los enemigos.* Por su divina voluntad gimen en las prisiones de un duro cautiverio y bajo el yugo de los príncipes cristianos. Sin embargo, cuando llegue el fin del mundo, reconocerán su yerro y se convertirán. Hasta entonces todo judío que muera, yacerá en los lazos de la muerte. Pero cuando todas las naciones entren en el redil del Señor, todo Israel será salvo. Reprendeis en los hebreos la codicia y la usura. Ah! vemos con dolor que en los paises donde no hay judíos, los usureros cristianos hacen lo mismo que ellos, y merecen menos el nombre de cristianos, que el de judíos bautizados. No os opongais, pues, al cumplimiento de la voluntad divina. Si esterminais los judíos, ¿cómo se obrará su conversion, y la sal-

vacion que les está prometida? Direis que vamos á inmolar los infieles de Asia: pero, si su conversion estuviera igualmente profetizada, mejor sería sufrir sus ultrages que darles la muerte. Ademas, aquellos infieles fueron los agresores, y no hacemos mas que repeler la espada con la espada. La caridad cristiana permite resistir á los soberbios: pero tambien nos manda perdonar al debil que se humilla, y mucho mas á un pueblo cuyos antepasados fueron amados del Señor, á un pueblo que recibió su ley, á un pueblo de quien procedió como hombre, Cristo, cuyo nombre será bendito en todos los siglos. Perdonad, pues, á este pueblo infeliz, y no hagais mas que seguir con respecto á él las órdenes del papa, por las cuales se prohibe á los judíos ejercer la usura con los guerreros piadosos que han tomado la señal de la cruz."

Hemos creido que esta carta conservada entre las obras de San Bernardo, basta para dar idea de su elocuencia y del espíritu de su siglo. El fanatismo de los alemanes depuso las armas á la voz del santo orador, é impuso silencio al intolerante monge Rodulfo, que tuvo que encerrarse en su claustro. Con este motivo recordó el santo doctor á los monges de Germánia, que su obligacion era huir de las ciudades como de prisiones, y buscar la soledad como el paraiso. *El autor de la historia de las Cruzadas* alaba justamente la carta de San Bernardo como un acto de modestia y de verdadera piedad que admiró á un siglo bárbaro, y que los filósofos del

siglo XVIII, entre ellos el abate Vely, han procurado ridiculizar.

El triunfo de San Bernardo no fue menos brillante en Alemania que en Francia. La mayor parte de los señores germánicos tomó la cruz. Solo el emperador Conrado resistia á sus exhortaciones; temiendo con razon los desórdenes que su ausencia podria causar en el imperio, y no se fiaba de las promesas del fervoroso abad que le ofrecia la salvaguardia y proteccion de la Santa Sede. "El papa y la Iglesia, le decia, os han colocado en el trono y defenderán vuestra autoridad. Mientras peleais por Dios, Dios reinará por vos." Conrado y sus predecesores habian tenido hartas desavenencias con la corte de Roma para confiarse ciegamente á su influencia: pero en fin la elocuencia del apóstol triunfó de la suspicacia del príncipe. Celebrando una misa solemne, interrumpió súbitamente el oficio divino, habló con vehemencia, é hizo resonar en el santuario: "la trompa temerosa que ha de anunciar un dia el juicio de Dios á la tierra. En nombre de Jesucristo recordó al emperador los beneficios que habia recibido del cielo y le reprendió amargamente su ingratitud. Todas las bóvedas del templo resonaron con aclamaciones y gemidos. Conrado, conmovido por aquella apóstrofe violenta, cede al impulso general, se postra á los pies de Bernardo y esclama: "Juro pelear, pues que Dios me llama." Todos los señores y el pueblo le imitan y repiten sus palabras. San Bernardo les distribuye cruces, y les

da un estandarte bendecido, segun aseguraba, por el mismo Señor. "Así concluyó, dice M. Michaud, la dieta de Spira, reunida para tratar de los intereses del imperio, y en la cual solo se habló de la libertad de las colonias cristianas en Asia. Los duques de Boemia y Turingia, el conde de Carintia, y los marqueses de Estiria y Montferrato se alistaron bajo el estandarte de la cruz, como tambien muchos prelados, entre ellos Oton de Freifinge, hermano del emperador, que escribió la relacion de esta Cruzada. En ella dice que muchos ladrones y asesinos abandonaron su mala vida para ir al Asia á pelear contra los infieles: refuerzo de no buen agüero para el ejército cristiano. Referíanse entonces un gran número de milagros: en una ocasion estuvo San Bernardo á pique de morir víctima del entusiasmo que inspiraba: porque se acumuló alrededor de él una multitud tan innumerable, que le habria ahogado, á no cogerle el emperador en sus brazos, y libertádole del peligro con el auxilio de su guardia. San Bernardo solia decir que el triunfo que habia conseguido de la irresolucion de Conrado, era *el milagro de los milagros.* El rey de Francia, antes de comenzar la guerra contra los infieles, convocó un parlamento en Etamper para deliberar sobre las disposiciones y planes de la empresa y la seguridad del reino. El prudente Suger hizo vanos esfuerzos en esta asamblea para contener el ardor de Luis: no porque censurase la Cruzada: pero aconsejaba que el rey se quedase en Francia, y no espusie-

se, en una guerra tan lejana, cuyos riesgos eran notorios y el suceso incierto, su persona, su trono y la tranquilidad de su patria. En vano le recordó todos los motivos que le sugerian la rivalidad de Inglaterra y la turbulencia de los grandes vasallos, para demostrar la necesidad de su presencia. "Vuestra primera obligacion, le decia, es gobernar vuestro reino, y no conquistar á Palestina." La voz de un estadista no pudo triunfar del ánimo religioso del rey. Luis no escuchaba mas que á San Bernardo, no tenia mas patria que la Tierra Santa, y juraba por los santos de Belen (que era su juramento habitual) que derramaria toda su sangre en venganza de las injurias hechas por los infieles á la ciudad de Dios, á la fé cristiana y al sepulcro del Salvador.

El abad Suger, regente de Francia (1147). Siendo irrevocable la determinacion del rey, quiso que la eleccion del gefe de la cruzada y del regente de Francia se hiciesen con madura deliberacion del parlamento. Recogidos los votos fue nombrado Luis unánimemente generalísimo de los cruzados. Nombróse una comision para elegir regente: San Bernardo entró en la asamblea al frente de los individuos de dicha comision, y señalando á Guillermo, conde de Nevers, y á Suger, abad de San Dionis, dijo estas palabras de la Escritura: "He aquí dos espadas: basta." La aclamacion universal confirmó estas elecciones. Pero el conde de Nevers, renunciando á las grandezas mundanas á que su cuna y

su talento le llamaban, habia resuelto entrar en la religion de los cartujos y nada bastó para hacerle mudar de resolucion. Suger, con la modestia propia de su estado, rehusó tambien la regencia: pero felizmente para el rey y la patria, el pontífice, que vino entonces á Francia, obligó al modesto y piadoso abad á cargarse de un peso que sostuvo con tanta habilidad, como gloria.

Se ignoraba en aquel siglo y aun se ignora hoy cuál fue la cuna de este grande hombre. Su vida ilustró á Francia. La gratitud pública y la gloria han consagrado su sepulcro: pero la familia de que nació es desconocida. Todo lo que se sabe de él es que á fines del siglo XI un hombre, cuyo nombre calla la historia, llevó á la abadía de San Dionis un niño de nueve á diez años, le puso sobre el altar, le consagró, ó mas bien, le abandonó al señor, y se retiró y no volvió á parecer. Este niño era Suger, "Fue el primer hombre, dice un elocuente académico, que en aquellos siglos de anarquía tuvo y enseñó algunas ideas de gobierno público. Siendo de oscura extraccion, y habiéndose consagrado á la soledad de un monasterio, llegando por un mérito á ser abad, subió por algun tiempo al trono con el título de regente, y la justicia de la historia coloca al abad de San Dionis entre los reyes de Francia al lado de Carlomagno y de San Luis."

Los primeros monarcas de la tercera dinastía tuvieron la costumbre laudable de educar casi siempre el heredero del trono en el monas-

terio de San Dionis. Así desde su infancia la útil contemplacion de los sepulcros reales los fortalecia contra las seductoras ilusiones del trono, y hallaban entre las sombras de la muerte lecciones severas de que habian carecido en el esplendor mentiroso de los palacios. Allí habia aprendido Luis VI á apreciar las máximas de la justicia y sus obligaciones como rey: y allí encontró un verdadero amigo, tesoro muy raro para los monarcas. Suger lo fue para él: entrambos habian recibido de la naturaleza buen juicio y escelente corazon: entrambos tenian la nobleza y elevacion de sentimientos que forma los grandes hombres: entrambos sabian sacrificar los intereses particulares al general: entrambos amaban la justicia y detestaban la opresion. Luis VI despues que salió de aquel asilo, consagró su vida á la defensa del flaco, al mantenimiento del orden y á la libertad de los pueblos: peleó con los soberbios y protegió á los desvalidos. Su espada victoriosa sometió un gran número de tiranos. Ilustrado por los consejos de su sábio amigo, que era siempre su confidente y director, sino pudo en aquel siglo de tinieblas elevarse á la altura de legislador, trazó con su firme gobierno el camino que siguió despues con mejor éxito uno de sus mas ilustres descendientes: y en algunas actas de Luis el Gordo se halla el principio de los *establecimientos* que se debieron despues á San Luis. Cuando murió aquel rey, conservó Suger casi el mismo crédito en el ánimo de su heredero. Habia sido amigo del

padre, y fue padre en cierta manera del hijo. No obstante, Suger tenia justos motivos para negarse á aceptar la regencia. Sabía cuán debil es la autoridad de un regente, efímera por su naturaleza, en comparacion de la real, y cuanto odio y envidia suscita. Si el regente es príncipe ó señor, se le acusa de que aspira al trono: si es un vasallo oscuro, los orgullosos se indignan de su elevacion y resisten muchas veces su poder. Un monge con el cetro en la mano habia de ofender la altivez de los prelados, y el orgullo belicoso de los grandes. Suger media todos estos peligros: pero su modestia no le permitia ver cuanta fuerza debian darle la rectitud de sus intenciones, la firmeza de su caracter y la estension de su talento. Solo la esperiencia le enseñó á él y á Francia cuan digno era de gobernarla.

El rey, por consejo suyo y con el auxilio del pontífice tomó las providencias mas eficaces para asegurar la paz interior durante su ausencia. Prohibióse á los señores toda guerra particular mientras durase la cruzada, y el papa amenazó con escomunion á los que profanasen la paz del señor. Esta paz, ó por mejor decir, esta tregua general fue uno de los muchos resultados útiles que produjo el entusiasmo religioso y caballeresco que incitaba los señores de Europa á pasar al Asia y lidiar contra los infieles.

Las relaciones de la primera cruzada nos dejan en la mas profunda ignorancia á cerca de los arbitrios que se tomaron para subvenir á los

gastos de una espedicion tan lejana y dispendiosa. No sucede lo mismo con la segunda, y aunque la mayor parte de las disposiciones administrativas en esta materia emanadas del rey y de los gefes de los cruzados, no se refieren en la historia, se sabe no obstante que Luis sometió el clero á contribuciones tan enormes, que era muy dificil para los prelados su pagamento. Suger, administrador de la abadía mas rica de Francia, dió el ejemplo de estos sacrificios. Se puede juzgar cuán grandes eran, sabiendo que á sola la abadía de Fleury tocaron mil marcos de plata, y que las lágrimas y súplicas del abad consiguieron muy dificilmente que se redugese esta contribucion á trescientos marcos y quinientos besanes. En el parlamento de Etampes decidió el rey otra cuestion de la mayor importancia. Deliberábase si los cruzados tomarian para pasar al Asia el camino de Italia y del mar, ó si atravesarian por Alemania y Hungría. Los embajadores de Rugero, rey de Sicilia, representaron en vano al monarca frances los peligros y gastos de una larga marcha, en la cual despues de haber atravesado paises bárbaros, estaria espuesto á las acechanzas de la perfidia griega: cuando pasando por Italia, y embarcándose en una escuadra aliada, llegarian los franceses á su destino sin encontrar obstáculos ni sufrir pérdidas. Desgraciadamente Luis, asegurado por las cartas y promesas de Manuel, emperador de Constantinopla, temió menos esponerse á la inconstancia de la corte de Grecia que á la de los

vientos. No tardó en arrepentirse de ello: y su secretario Odon de Deuil que escribió una relacion de esta cruzada, prueba con un equívoco, cuantos recelos le inspiraba esta determinacion. *Sic terminata fuit*, dice, *secunda dies, sed non secunda.* (Así se terminó el *segundo* dia, pero no fue *favorable*, abusando de los dos sentidos que tiene en latin la palabra *secunda*). Los judíos contribuyeron en gran parte á los gastos de la guerra emprendida para defender el sepulcro de Dios, cruficado por sus mayores. El celo ardiente de las cruzadas renovó el antiguo odio contra aquel pueblo disperso. La elocuencia de san Bernardo los libertó de su ruina inminente, recordando á los cristianos que debian conservar los testigos vivientes de la verdad de las profecías. Pero Pedro el venerable, abad de Cluny, declaró, que si el evangelio prohibia perseguirlos, debian castigarse sus usuras y sacrilegios quitándoles lo que ellos estimaban sobre todo, que eran las riquezas; y así se les impusieron enormes tributos. Muchos ancianos, no pudiendo recibir la cruz, legaron sus bienes por testamento á los peregrinos de Oriente. Un gran número de barones vendió sus tierras para subvenir á los gastos del viage. La mayor parte de ellos arruinaron sus vasallos, haciéndoles pagar los costes del armamento. El papa prohibió severamente á los cruzados todo lujo en sus vestidos, armaduras y equipages. "Debeis manifestar, les decia, que marchais, no á la gloria, sino á la penitencia."

Luis el jóven en el momento de su partida,

fue con toda solemnidad á san Dionis á recibir el oriflama. La iglesia estaba adornada con los retratos de Godofre de Buillon, Tancredo, Raimundo y otros héroes de Palestina. El rey postrado ante el sepulcro de san Dionisio, recibió del pontífice la mochila y el bordon de peregrino. Suger vertió copiosas lágrimas al despedirse del rey. El ejército se reunió en Metz, y Luis atravesó la Germania al frente de cien mil cruzados y se dirigió á Constantinopla. Leonor y otras muchas señoras ibán en el cuartel general. El emperador Conrado que habia sido el último en decidirse, fue el primero en salir: y marchó á Palestina, antes que Luis, con cien mil alemanes. Los primeros cruzados se habian quejado injustamente de la mala fe de los griegos y del emperador Alexis. Este habia implorado el auxilio del Occidente: y el Occidente habia acudido para despojarle. Los gefes de los cruzados, en vez de restituirle las provincias conquistadas de los infieles, se las repartieron entre sí; y así dieron motivo á que fuese indiferente para los griegos que su territorio fuese invadido por los musulmanes ó por los príncipes europeos. De aquí nacieron forzosamente semillas fecundas de discordia, y la division religiosa que existia ya entre las iglesias griega y latina, aumentaba los resentimientos.

Manuel Comneno, hijo de Juan y nieto de Alexis, reinaba entonces en Oriente. Este príncipe, osado en sus espediciones é intrépido en los combates, hubiera sido hábil en política, á

no haberla equivocado con la astucia: era no solamente discreto, sino tambien artificioso. Aunque enemigo de los latinos tanto como de los sarracenos, acogió con fingida benevolencia á los embajadores de Conrado, alabó en gran manera su celo por la fe, le prometió víveres y socorros en abundancia con tal que mantuviese buena disciplina en sus tropas, y al mismo tiempo asentó con los soldanes treguas por doce años, avisándoles de todos los planes y proyectos de los latinos. Ya estaba en guerra declarada con Rugero, rey de Sicilia, cuya ambicion conocia: la llegada de doscientos mil alemanes y franceses era mas bien gravámen que socorro para él, y creyendo que los aliados amenazaban su trono aun mas que los enemigos, aumentó las fortificaciones de Constantinopla y envió á Tracia un ejército, encargado de observar cuidadosamente el de Conrado cuando entrase en el imperio griego. El emperador de Alemania llegó sin obstáculo hasta Filipópoli: pero al salir de esta ciudad algunos soldados griegos atacaron su retaguardia y saquearon sus bagages. Los alemanes volvieron atras y se vengaron degollando á los agresores. En seguida de este suceso hubo muchos combates: pero poco tiempo despues se reconciliaron los dos emperadores, que ademas de ser cristianos y aliados, estaban casados con dos hermanas de Berengario, conde de Luxemburgo. Mas la reconciliacion fue tibia y poco sincera. Conrado queria que su ejército, fatigado de tan largas marchas, descansase algunos

dias junto á Constantinopla. Manuel tuvo destreza para persuadirle que no prolongase su mansion, recordándole que la llegada próxima de Luis podria quitarle el honor de empezar la guerra. Engañado por este consejo, pasó el estrecho, y prefiriendo desgraciadamente el camino mas corto al menos peligroso atravesó las montuosas provincias de Bitinia y Licaonia, dejando á su derecha las de Frigia y Lidia. Sus pérfidos guias le hicieron perder la senda en los desiertos de Capadocia. Las pocas ciudades y villas cristianas que encontró, le cerraron sus puertas: se le negaban víveres, ó se le daban envenenados. En todas partes hallaba emboscadas y cuerpos musulmanes, á quienes Manuel habia advertido su marcha. En vano opuso á tantos peligros su activo corage, su constancia invencible: ni podia triunfar de los asaltos repetidos de los sarracenos que á ejemplo de los partos caian sobre sus tropas súbitamente, ni alcanzarlos en su veloz fuga. En fin, cuando tantas fatigas y peleas hubieron casi diezmado su ejército, fue acometido en sus reales por una multitud innumerable de bárbaros. Diose la batalla que fue muy sangrienta: los sarracenos hicieron espantosa carnicería en los alemanes, y los dejaron reducidos á poco mas de diez mil hombres. El emperador, gravemente herido de dos flechazos, halló su salvacion en el esceso de su infortunio: se abrió paso por entre las filas enemigas que le rodeaban, y tomó, con las débiles reliquias que le quedaron, el camino de

Nicea, esperando, en tan gran desastre, hallár asilo bajo las tiendas de Luis, de cuya venida le habian avisado.

Llegada de Luis al Asia (1148). El rey de Francia, á pesar de la turbulencia de los señores y de la indisciplina de las tropas, llegó á Hungría sin pérdida. En este reino, su probidad desechó las ofertas y burló las intrigas de un señor Húngaro llamado Borico, sobrino del emperador Manuel, y que deseaba quitarle la corona. Mal recibido de Luis, se introdujo secretamente en los reales de los franceses, para solicitar la ambicion de algunos barones y formar con ellos una conspiracion: pero el rey le mandó prender. En el camino habia recibido este príncipe una embajada del emperador Manuel. La proligidad y adulacion de los oradores griegos desagradaron á los guerreros occidentales, cuya sencillez y franqueza rayaba en grosería. Manuel procuraba disimular su miedo y sus verdaderas intenciones con tanto mas cuidado, cuanto mayores recelos le causaba la llegada de los latinos. El y la emperatriz escribieron al rey y á la reina Leonor cartas afectuosas, cuya exageracion manifestaba su falsedad en lugar de ocultarla. El rey aparentó dar crédito á estas demostraciones de amistad: pero apenas pisó el territorio del imperio, se confirmaron plenamente las sospechas que le habian sugerido acerca de la sinceridad de Manuel. Los víveres prometidos no llegaban: tropas de ladrones apostados le ponian emboscadas é incomo-

daban frecuentemente su marcha. Luis disimuló su enojo, ó mas bien, lo templó en atencion á la santa causa que inflamaba su celo: Rugero de Sicilia procuraba irritar su resentimiento y le aconsejaba que se apoderase de Constantinopla: pero el rey, como leal caballero, se negó siempre á mancharse con semejante traicion.

El emperador griego recibió al rey de Francia con brillante magnificencia y aparente cordialidad. El patriarca y todo el clero saliéron fuera de la ciudad para recibir al monarca frances. Manuel le propuso una conferencia; y Luis deseando manifestar que era superior á todo recelo, entró en Constantinopla, contra la opinion de su consejo, con una escolta muy poco numerosa. El emperador le recibió á la puerta de su palacio, y le dió asiento á su derecha en un trono puesto al lado del suyo. Los franceses visitáron con pasmo y admiracion los monumentos de la capital de Oriente, reliquias venerables de la grandeza romana. La magnificencia de la iglesia de santa Sofía los deslumbró. Celebróse en ella con pompa una misa solemne: despues de la cual hubo en palacio un gran concierto y un banquete espléndido.

El rey, deseando poner en ejecucion su grande empresa, se separó pronto de Manuel, el manifestó tanto sentimiento de su ausencia como alegría le causaba. Luis pasó el estrecho: mas no quiso alejarse de Bizancio, hasta recibir los refuerzos que esperaba.

Apenas los franceses estuviéron acampados

al otro lado del Bósforo, se multiplicaron las pruebas de la perfidia de Manuel. Se impedia la llegada de víveres á los reales, y para obligar al ejército á que continuase su camino, escitaban los griegos la emulacion del rey, dándole falsas noticias de supuestas victorias ganadas por Conrado. Luis se quejó amargamente de que se tardasen los socorros prometidos y las provisiones que le eran necesarias. El emperador, antes de satisfacer á estas quejas, exigió que todos los señores franceses, escepto el rey, le prestasen homenage.

Luis convocó su consejo general de guerra. El obispo de Langres, indignado de la conducta de Manuel, propuso formalmente sitiar y tomar á Constantinopla para asegurar el buen éxito de la cruzada. "Ya lo habeis oido, esclamó: los griegos se atreven á proponeros que reconozcais su dominacion y os sometais á sus leyes: quieren que la fuerza obedezca á la debilidad y el valor á la cobardía. Y ¿en qué servicios, en qué hazañas fundan esta pretension orgullosa? ¿en los lazos que su perfidia nos ha puesto? ¿en los ultrages que sus sacerdotes nos han dicho, aparentando purificar con las llamas los altares en que los obispos latinos han celebrado el santo sacrificio? el honor nos prohibe hacer el juramento que nos piden. Constantinopla no es mas que una odiosa barrera entre los cristianos de Europa y sus hermanos de Asia. Creedme y derribadla. ¿Qué esperais de los griegos? ¿No han dejado que los infieles les quiten las ciudades

mas bellas del Asia, y hasta el sepulcro del Señor? Bien pronto su cobardía pondrá á Bizancio en manos de los sarracenos y les abrirá las puertas del Occidente. Impidamos, pues, nuestra ruina con la de estos traidores: no dejemos detras de nuestro ejército pérfidos aliados, peores que los enemigos, sino, Europa os pedirá algun dia cuenta de vuestra imprudencia. La guerra que emprendemos, es santa: y todos los medios que aseguren la victoria, son justos. La religion y la necesidad exigen que hagais la conquista que os propongo. Ya somos dueños de los acueductos, y tenemos este medio facil de obligàr los habitantes á someterse: no se atreveran á resistir el ímpetu de nuestras intrépidas cohortes. Poco ha, cuando nos acercamos á Bizancio, vimos desplomarse una parte de las torres: ¿qué nos anuncia este prodigio, sino que el mismo Dios nos llama á los muros de Constantino, y nos abrirá las puertas de su ciudad, como abrió á vuestros padres las de Antioquía y Jerusalen? (Este discurso se halla inserto en la relacion de Odon de Deuil, secretario del rey). Los barones franceses mostraron menos furor que el ardiente prelado. "Hemos venido, respondieron, á defender á Jerusalen, no á arruinar á Constantinopla. Los griegos son hereges á la verdad: pero no nos es lícito matarlos, pues no nos es lícito matar á los judíos. Dios nos ha encargado castigar á los infieles, no juzgar á los cristianos. No olvidemos por falsa política las máximas de caridad. La religion no puede aprobar lo que el

honor prohibe." Este dictámen favorable á la perfidia griega prevaleció. La vanidad de Manuel quedó satisfecha: los caballeros franceses le rindieron homenage, y el ejército, alejándose de la playa se internó en el Asia.

Al llegar cerca de Nicea, conocieron los cruzados cuán falsas eran las noticias esparcidas por los griegos: porque supieron la terrible derrota de los alemanes. No tardó en presentarse el infeliz Conrado, á quien Luis procuró en vano consolar. Entrambos juraron de nuevo permanecer unidos, y pelear como hermanos de armas en Palestina: pero el emperador mudó muy pronto de dictámen. Avergonzado de verse sin ejército en la comitiva del rey de Francia, cedió al orgullo ofendido el celo religioso. Envió á Europa las miserables reliquias de sus fuerzas, y volvió casi solo á Constantinopla, donde se le recibió con alegria, porque ya no era temible. Luis continuó su marcha y atravesó las provincias de Jonia y Frigia. Las ruinas de Efeso y de otras muchas ciudades célebres le dieron testimonio de la debilidad de los griegos. Igualmente fue notoria su perfidia: en todas partes huían los habitantes al acercarse los franceses, y las ciudades les cerraban las puertas. Manuel envió aviso á Luis de que los sarracenos se juntaban de todas partes para acometerle, y le aconsejó que diseminase sus tropas en algunas plazas fuertes que le ofrecia como asilos. Luis penetró su intencion y continuó la marcha. Al llegar á las orillas del Meandro, encontró al

ejército musulman determinado á disputarle el paso. El valor frances triunfó de todos los obstáculos. Animados por el ejemplo del monarca, se arrojaron al rio y le atravesaron á pesar de la nube de flechas que lanzaban los bárbaros. Despues de una resistencia ostinada, los condes de Champaña, Alsacia y Macon, desbarataron á los infieles, los pusieron en huida y dejaron las riberas del Meandro cubiertas de cadáveres enemigos. El rey que se distinguió en esta jornada por su intrepidez, forzó los reales de los sarracenos. Los cristianos atribuyeron al Señor su triunfo; y contaban que habian visto un ángel vestido de blanco, guiando sus banderas y conduciéndolas á la victoria. Los musulmanes, aunque vencidos y dispersos, no tardaron en reunirse y buscaron ocasion para oprimir á sus vencedores: la imprudencia de los cruzados no los hizo esperar mucho tiempo. Cuando el ejército cristiano atravesaba las gargantas de la sierra que separa á Frigia de Pisidice, el señor de Tailleburg, comandante de la vanguardia, llegó á una altura, donde, segun las órdenes del rey, debia pasar toda la noche. El contraste de aquellas selvas sombrías y peñascos áridos con la risueña verdura de un valle fertil que se divisaba al pie de la montaña, escitó el ansia de mudar de sitio en muchos gefes, y principalmente en la reina Leonor y sus damas, que caminaban entonces en la division de vanguardia. El conde de Tailleburg (cuyo nombre era Godofre de Ranzou) no tuvo firmeza para resistir

á sus súplicas: bajó á la llanura, y apenas vieron los musulmanes abandonados los riscos, se apostaron en ellos. Entretanto el rey con lo demas del ejército marchaba descuidadamente. Cuando vieron brillar las armas en medio de las selvas, creyeron que eran las de la vanguardia y las saludaron con alegria. Como no habia temor, marchaban sin orden, los bagages en medio de las columnas, y las armas de muchos soldados echadas en los carros. Cuando ya se habian internado en el desfiladero, se levantan repentinamente los musulmanes, dando terribles ahullidos, y se arrojan, cimitarra en mano, sobre los franceses desarmados. Estos, rodeados de enemigos furiosos, estrechados entre rocas tajadas y profundos precipicios, ni pueden avanzar ni retroceder. Desde lo alto arrojaban sobre ellos peñascos enormes. El cuchillo sarraceno los destroza, y la oscuridad de la noche aumenta el horror que produce en los ánimos el ruido de los torrentes, el lamento de los heridos y los gritos de los asaltadores. Ni se dan órdenes ni aunque se diesen, se ejecutarian. Perece gran número de valientes: pocos escapan: treinta señores, que rodeaban al rey, le defienden valerosamente, y mueren todos á sus pies.

Luis, viéndose solo, sube á una roca, asegura sus espaldas contra un árbol, y arrostra intrépidamente las armas de muchos musulmanes, mata con su espada á los mas atrevidos: otros, creyéndole un caballero particular, dejan aquel combate peligroso y acuden á robar los ba-

gages. Poco despues oye Luis la voz de algunos franceses errantes: entre ellos la de Odon de Deuil que al frente de un destacamento, enviado del campo, buscaba al monarca, y le halla solo, al pie de un árbol rodeado de cadáveres enemigos. Por Odon supo el rey que los musulmanes se habian retirado. Montó sobre un caballo, que habia quedado sin dueño, triunfó con valor y felicidad de otros muchos peligros y se reunió á su vanguardia y al resto del ejército que lamentaba ya su pérdida. El rey escribió al abad Suger que en este combate desastrado habia perdido cuarenta de los principales gefes de su ejército. La noticia de la muerte de Luis se difundió entonces en Occidente. El interes, que inspiraba su valor, no se debilitó con la desgracia: y aunque se culpase al general poco hábil, se lamentaba el infortunio de un caballero tan valiente.

Este príncipe, mas digno de elogio como hombre que como rey, dió en aquel gran desastre una prueba noble de modestia: y no queriendo, á pesar de su clase y nacimiento, conservar el mando de las tropas, despues de un yerro tan grande, exigió que el ejército nombrase otro caudillo. Despues de mucha resistencia, obedecieron las tropas, y eligieron por general á Gilberto, que no era mas que caballero, pero cuyo valor y pericia respetaban todos; diéronle por adjunto á Everardo des Barres, gran maestre de los Templarios, que á la sazon llegó al campo con sus caballeros. El ejército obedeció

sin murmurar á estos dos nuevos gefes, y el rey dió el ejemplo Gilberto hizo observar la mas severa disciplina, y derrotó en muchas acciones á los sarracenos.

La marcha de los franceses era una contínua batalla. Vendidos por los griegos, acosados por los infieles, sin tiendas ni bagages, muertos de cansancio, de la intemperie del clima y de una enfermedad contagiosa, algunos arrojaban sus armas pidiendo el cautiverio ó la muerte, y todos se habrian entregado á la desesperacion a no haberlos sostenido la firmeza del rey. Llegaron en fin á la embocadura del rio Cestio junto á las murallas de Atalia, esperando hallar descanso en este asilo: mas su esperanza fue engañada. La ciudad les cerró las puertas, les negó todo auxilio, y les vendió á peso de oro provisiones mal sanas. Luis no pudiendo resistir ya á las murmuraciones y gemidos de su ejército, convocó el consejo. El mayor número de votos fue por el dictámen de embarcarse para ir á Palestina, á lo que Luis se opuso con sumo ahinco. "¿Entregaremos, decia, tantos heridos, tantos enfermos y peregrinos á una muerte casi infalible? ¿abandonaremos ignominiosamente el camino glorioso que siguieron los primeros cruzados, los heróicos conquistadores de Antioquía y Jerusalen? Cuando yo participo con vosotros de los trabajos, fatigas, necesidades y peligros, ¿habrá quien se niegue á arrostrar conmigo los riesgos y los infortunios?"

Estas palabras causaron una emocion fuerte,

pero efímera, y Luis consintió en el embarque. El gobernador de Atalia prometió buques, se esperó dos meses, y cuando vinieron, no eran bastantes para embarcar todo el ejército. Los gritos y gemidos de los que quedaban á merced de los griegos y sarracenos, despedazaban el corazon del rey. Consoló á estos infelices con promesas, y dió al gobernador de Atalia casi todo el oro que tenia, encargándole que enviase á aquellos desgraciados á las costas de Cilicia. El conde de Flandes y Arquinbaldo de Borbon se encargaron del mando del trozo de ejército que no podia embarcarse. Tomadas estas disposiciones, dió el rey la vela llorando la miserable suerte de sus compañeros de armas que quedaban abandonados. Estos respondieron á su tierna despedida con aclamaciones y votos por su prosperidad. No tardaron en verificarse los funestos presagios de Luis. Los musulmanes acudieron en gran número á las llanuras de Atalia: los griegos rehusaron constantemente abrir las puertas de la ciudad á los cristianos: estos á pesar de su pequeño número, rechazaron con valor muchos asaltos de los infieles: pero en fin, el esceso del peligro triunfó de sus ánimos. Los dos generales Arquinbaldo y Thierry, sacrificando el honor al miedo, se embarcaron en un bagel y huyeron.

La partida de los gefes aumentó hasta lo sumo la desesperacion y el terror de los soldados. Sin embargo, siete mil de los mas intrépidos, dividiéndose en dos columnas, resolvieron

abrirse paso atravesando el ejército de los infieles, ó perecer gloriosamente en la demanda. Casi todos murieron, despues de haber hecho prodigios de valor. Los griegos entregaron infamemente á los enemigos cuantos enfermos habian quedado en Atalia. Los musulmanes degollaron á aquellos infelices. La ciudad sufrió muy pronto el castigo de su alevosía, afligida de una peste que acabó con casi todos sus habitantes.

Luis, despues de tres semanas de navegacion, entró con su armada en el puerto de San Simeon, situado á la embocadura del Orontes, á cinco leguas de Antioquia. Raimundo, soberano de este pais, recibió al monarca con tanta magnificencia como respeto. Pero no le mostró tanto afecto como á la reina, en cuyo pecho encendió una pasion violenta y criminal. Raimundo estaba dotado de la hermosura que atrae, y del ingenio que seduce. Leonor, jóven, liviana y veleidosa, gustaba de obsequios y no podia acostumbrarse á la piedad grave de su esposo, del cual decia que parecia monge y no rey. Su imprudente correspondencia escitó los celos del monarca. Raimundo le proponia que descansase algun tiempo en Antioquia, y que concertasen entre los dos el plan conveniente para tomar á Alepo y á Cesaréa. El rey, disimulando sus sospechas, verdadero motivo de negarse á los deseos de su rival, respondió que antes de formar ninguna empresa, debia cumplir su voto de peregrino yendo á Jerusalen; y nada fue capaz de vencer su ostinada determinacion. El príncipe

de Antioquía, arrastrado por su delirio, formó una conspiracion para detener al rey en aquella ciudad á pesar suyo. Luis, informado de esta trama, la desbarató sacando una noche á la reina, del palacio que habitaba, y saliendo aceleradamente de Antioquía. Llegó sin desman á Jerusalen, donde el rey Balduino III le recibió con todos los honores debidos á su clase, á su valor y á sus infortunios. Luis, pasando entonces revista á sus tropas, vió, con dolor muy justo, que habia perdido al atravesar el Asia, las tres cuartas partes del brillante ejército que habia sacado de Francia. En Jerusalen se volvió á unir con el infeliz Conrado que acababa de llegar de Constantinopla trayendo consigo los restos de su ejército. Estas dos ruinas coronadas, apoyándose recíprocamente, meditaban aun, á pesar de sus desastres, gloria y conquistas. Los príncipes cristianos convocaron una grande reunion en Ptolemaida, y resolvieron poner sitio á Damasco. Los cristianos marcharon á esta ciudad y la rodearon, bajo el mando del rey de Francia, en cuyas banderas militaban el emperador Conrado y el rey de Jerusalen. El patriarca de la ciudad santa llevaba una cruz que, segun los historiadores de aquel tiempo, era la misma en que murió el Salvador. Los caballeros de San Juan y del Temple se unieron al ejército francés. Damasco, fortificada hácia las partes del Mediodia y Oriente con fosos profundos y altas murallas, solo tenia tapias, empalizadas y espesas arboledas hácia el Norte y Poniente. En las arboledas

habia construido el enemigo muchos atrincheramientos. Los sitiadores dirigieron sus ataques á esta parte de la ciudad. El rey de Jerusalen, al frente de los caballeros y cristianos de Oriente, desordenó las filas de la vanguardia enemiga, á pesar de su gran resistencia: pero fue rechazado del cuerpo del ejército. El ardor de Luis hizo que se empeñase una lid mas sangrienta y decisiva, en la cual fueron derrotados los infieles. Conrado se distinguió en el combate con una accion que parece robada por la historia á la novela. Fue desafiado por un sarraceno de estatura gigantesca, salió á pelear con él, y de un sablazo le partió el cuerpo por medio. Dícese que este prodigio de fuerza y valentía aterró á los musulmanes y los obligó á retirarse y á abandonar á los cruzados las orillas del Orontes. El ejército cristiano ocupó el arrabal, y ya se creia cierta la caida de Damasco, y el triunfo asegurado por el valor: pero la traicion hizo que se perdiese. Los vencedores disputaban unos á otros la nueva conquista. Thierry de Alsacia, conde de Flandes, logró la mayoría de los votos, y sus rivales envidiosos pelearon entonces con poco celo en una empresa de que no esperaban utilidad. Los musulmanes, informados de estas disensiones, las alimentaron por medio de sus confidentes, que bajo pretesto de abrir negociaciones, enviaron al campamento y que consiguieron sembrar la discordia entre los barones de Europa y de Asia. Estos propusieron en el consejo que se cambiase el plan de ataque, porque

los jardines y el rio, segun ellos, se oponian al movimiento y aproximacion de las máquinas de guerra. Este dictámen dañoso fue adoptado, y el ejército, abandonando la posicion ventajosa que le habian dado sus victorias, pasó al otro lado de la ciudad, que solo presentaba murallas y torres imposibles de vencer. Al mismo tiempo un cuerpo numeroso de sarracenos, aprovechándose del movimiento de los cristianos, entró en la plaza y dobló las fuerzas de la guarnicion. Pocos dias despues se supo que los sultanes de Alepo y Mosul llegaban con sus ejércitos. Esta noticia sembró el desaliento en los reales de los cristianos. Acusáronse unos á otros de traicion: se susurraba que el rey de Jerusalen estaba ganado con el oro de los damascenos. Las mismas sospechas, si se ha de creer á Guillermo de Tiro, recayeron sobre los Templarios y sobre Raimundo de Antioquía.

Vuelta de Luis á Europa (1149). Una liga tan desunida no ofrecia ya esperanzas de victoria. El sitio de Damasco se levantó vergonzosamente, y desde entonces Conrado y Luis casi tan irritados contra los príncipes de Siria, como contra los griegos, resolvieron abandonar á Palestina y volver á sus estados. El emperador fue el primero en ejecutar este designio. Las fatigas y pesares de la espedicion, abreviaron su vida, y murió tres años despues de su vuelta á Germania. Luis, habiendo concedido á su ejército algunos meses de descanso en Jerusalen, se embarcó al fin de invierno, arribó á las costas de Italia, pasó á Roma y despues á Francia al

frente de las miserables reliquias de un ejército, gobernado sin talentos militares y casi sacrificado sin gloria. Muchos autores dicen que la armada de Luis, en su travesía de Palestina á Italia, fue vencida y apresada por la griega, y que la de Rugero, rey de Sicilia, que llegó inopinadamente, la puso en libertad. Este hecho es dudoso por lo menos: pues Odon de Deuil, secretario y confidente del monorca, no hace mencion alguna de él en la relacion exactísima que nos ha dejado de esta cruzada. A las desgracias públicas se unian tambien los pesares domésticos. La reina Leonor, por su culpable liviandad, habia perdido el cariño de su esposo. Su vanidad no habia sido insensible á los obsequios del príncipe de Antioquía: y la opinion general la acusaba de una correspondencia, mas criminal todavía, con un mancebo musulman, distinguido por su valor y hermosura. El único consuelo del rey de Francia en tantos infortunios, fue hallar su reino en un estado de prosperidad que le causó admiracion, y confundió las infames imposturas de los cortesanos, que habian querido con sus calumnias denigrar á sus ojos la irreprensible conducta de Suger. La firmeza, la justicia, la prudencia y la habilidad del regente habian mantenido la tranquilidad pública, castigado á los bandidos, reformado tanto con su ejemplo como con sus leyes, las costumbres del clero, obligado los grandes al reposo y á la sumision, y los vasallos mas poderosos á respetar la autoridad que se le habia

cónfiado. Este religioso, sin mas auxilio que su genio, habia domado de tal manera el orgullo de los grandes, y les causaba tanto respeto que en sus cartas le daban muchas veces el título de *magestad*. Luis, para vengarle de sus enemigos, le dió otro mas glorioso todavía, el de *padre de la patria*. A este regente se debió la primer ley escrita que los monarcas de la tercer dinastía se atrevieron á publicar contra las preocupaciones del feudalismo y de la supersticion. Esta ley prohibió á un juez de Orleans bajar á la liza para defender con las armas sus sentencias, y al mismo tiempo prohibió el duelo á los jueces de todos los dominios reales. La firmeza de Suger libertó de todo esceso la ardiente piedad de Luis, oponiéndose á la exageracion de las pretensiones de Roma en materia de investiduras. El abuso de la devocion mal entendida habia llenado á Francia de asilos que ofrecian impunidad á los delitos. Suger no permitió á los asesinos la funesta esperanza de hallar refugio al pie de los altares. No era posible destruir los castillos amenazantes que coronaban todas las montañas del reino, y de los cuales bajaban continuamente tiranos orgullosos á robar y aterrar las campiñas. Pero Suger, haciendo construir en los vastos dominios del rey muchas fortalezas protectoras, aseguró los pueblos, é infundió temor saludable en sus opresores. Cuando el abad Suger conoció que no le era posible torcer la resolucion de Luis de pasar á la tierra santa, procuró al menos aliviar al pueblo, harto grabado

entonces, haciendo que los gastos de la cruzada recayesen sobre las clases ricas: y así se vió con admiracion que al fin de una guerra lejana y desastrada y durante la ausencia del monarca en un tiempo en que la autoridad regia era tan debil, el regente de Francia estendió el poder del trono y preparó con sus reglamentos el reinado de las leyes. En los primeros dias de la regencia, algunos señores turbulentos procuraron intimidar á Suger: pero su firmeza los reprimió. Obligó con las armas al conde del Vermandois á desamparar á un rebelde que protegia. Tambien escribió al duque de Normandía: "sino venis á cumplir los deberes del vasallage cerca de mi persona, yo iré á buscaros." Roberto, hermano del rey, se rebeló, y Suger le obligó á someterse. Su valor y su justicia le adquirieron el aplauso universal. Un rey de Escocia solicitó su amistad, y los demas monarcas de Europa le pidieron muchas veces consejos.

Toda Francia, viuda de un ejército tan brillante, exhalaba quejas violentas contra San Bernardo. El vulgo, segun su costumbre, formando su juicio por el suceso, pasó de la admiracion al santo doctor al esceso del odio y de la cólera. "¿Dónde estan, decian los nobles arruinados, las mugeres viudas, las doncellas sin dote, los hijos sin padres, ¿dónde estan los triunfos que nos prometia? ¿por qué abandonó su retiro? ¿Por qué vino á conmover los pueblos, á agitar los reyes y á sumergir la nacion en tan grande calamidad?" El papa Inocencio II, que

habia sido gran promovedor de la cruzada, cuando supo los desastres de Palestina, esclamó: "no debió haberse permitido á un monge decidir tan grandes negocios, y dirigir con su voz los consejos de los príncipes de la tierra." San Bernardo, á quien afligia mas que á nadie la sangre vertida y los desastres de la espedicion, gimió mas profundamente todavía viendo que se le acusaba de tantas desgracias, y se le aplicaban las palabras pronunciadas en otro tiempo por él contra Rodulfo, el monge fanático. "Este religioso, habia dicho, ni tiene mision de Dios ni de los hombres. ¿Predica en calidad de monge ó de ermitaño? La obligacion de un monge no es enseñar, sino gemir por sus pecados y los del pueblo. Hombre obcecado, ¿te crees mas grande que el príncipe de los apóstoles que preguntó al señor: ¿*heriremos con nuestra espada*? ¿Y cómo has podido responder á esta pregunta en un sentido tan contrario al de Jesucristo, que dijo: *guarda el acero: quien mata á hierro, á hierro morirá*?"

San Bernardo fue tan elocuente en su justificacion como lo habia sido en sus exhortaciones á la cruzada. Atribuyó, con mucho fundamento, la mayor parte de los desastres á la licencia y vicios de los cruzados, á las faltas y desunion de los príncipes. La verdad es que todos procuraban consolarse, acusando al predicador de la empresa, de las desgracias producidas por la mala conducta de los que la ejecutaron. La apologia del santo, monumento precioso de la lite-

ratura de la edad media, se halla en el libro tercero *de la meditacion*, que dirigió al papa Eugenio III. "Santísimo padre, le dice, si la retardacion de mi apología procediese de indiferencia ó de desden, me avergonzaria de ello y me tendria por culpable. Pero las calamidades con que nos visitó la providencia, me afligieron de tal manera, que estuve incapaz de todo trabajo, y aun interrumpió mi vida por algunos momentos. Parece que Dios ha juzgado al mundo antes del último dia: ejerció su tremenda justicia sin apelacion á la misericordia; no ha perdonado á su pueblo: y las naciones infieles, hablando de nosotros, esclaman con orgullo: *¿Dónde está su Dios?* Esta apóstrofe impía no debe admirarnos en boca de ellos: porque todos los hijos de la iglesia, todos los que llevaban la cruz, han sido derribados y han perecido en el desierto, víctimas del hierro ó de la hambre. La discordia se introdujo entre los príncipes: y el Señor, indignado de que abandonasen el camino de la salud, los desamparó en el laberinto sin salida donde entraron y donde no hallaron sino dolor y miseria. El espanto penetró en los palacios de los reyes y estravió su razon. ¡Qué vergüenza para nosotros! En nombre del Señor les habiamos prometido seguridad, triunfos y victorias: y solo han cogido temores, oprobio y ruina. Pero ¿quién me podrá acusar de temeridad? ¿No he predicado con mision vuestra y siguiendo vuestras órdenes, ó por mejor decir, las de Dios que hablaba por vuestra boca?" Despues

de estas quejas, dirigidas al cielo, quejas que el dolor le arrancaba, y cuya osadía reconoce despues el orador cristiano, se acoge á los sentimientos de la resignacion, y busca algun consuelo en los ejemplos de la historia sagrada. "Yo repetiré, decia, las palabras de David: *acordéme Señor de vuestros juicios y fui consolado.*" Despues se compara á Moisés y á su pueblo, á quien Dios no permitió entrar en la tierra que le habia prometido. "Pero el pueblo hebreo, continúa el santo abad, era de cerviz dura y murmuraba siempre contra el Señor: eran incrédulos y rebeldes. Y el pueblo cristiano ¿qué es ahora? ¿tengo yo necesidad de decir lo que él mismo confiesa? ¿qué victoria podian esperar *los que marchando volvian siempre atras, y cuyo corazon se quedaba en Egipto*? Si los hebreos perecieron á causa de sus iniquidades, ¿es de estrañar que los culpables de los mismos crímenes sufran el mismo castigo?" La posteridad, siempre mas justa, ha disculpado ya á los promovedores de las cruzadas, empresas justas y útiles al cristianismo y á la civilizacion, y solo acusa de su mal éxito á la falsa política de los gefes y al espíritu feudal del siglo, que no permitieron ni restituir al imperio de Oriente las tierras conquistadas á los musulmanes para darla su antigua fuerza y vigor, ni evitar la irritacion y perfidia de los griegos cuando ya se conoció su enemistad contra los cruzados, ni en fin, crear en el Asia una monarquía compacta y vigorosa, capaz de resistir al poder mahometano.

Guerra de Normandía (1150). Luis, apenas habia descansado de las fatigas de la espedicion, tuvo que volver á las armas en favor del conde de Anjou, despojado por el rey de Inglaterra. Entró en Normandía y quitó á los ingleses algunas plazas. El conde de Anjou, poco agradecido á este servicio, se rebeló contra su soberano, y los ingleses se aprovecharon de esta discordia. Eustaquio, hijo de Esteban, rey de Inglaterra, imploró la proteccion de Luis y le prestó homenage. El conde de Anjou, temeroso de esta reconciliacion, hizo la suya y logró apoderarse de Normandía. Este conde, hipócrita, desleal y ambicioso, murió poco tiempo despues, dejando un hijo, llamado Enrique, que fue mas habil y que llegó á ser mas poderoso que él. Este jóven príncipe tuvo en herencia el Anjou, el Maine y la Normandía, y no tardó en añadir á sus vastas posesiones el reino de Inglaterra, aumentando despues inmensamente su poderío por la política nada cuerda del rey de Francia.

Repudio de Leonor (1151). Luis no podia sufrir el carácter liviano de la reina Leonor, y deseaba repudiarla. La prudente resistencia de Suger retardó esta resolucion funesta, cuyo resultado debia ser la desmembracion del reino. Los celos del monarca cedieron á los consejos juiciosos de su ministro: mas por desgracia de Francia, Suger murió, y la razon, que por su boca ilustraba al rey, desapareció con él: la antipatía de los dos esposos se aumentaba diariamente: las veleidades de Leonor irritaban á

Luis, y la devocion de este príncipe fastidiaba á la reina. La aversion triunfó de la política; y un consejo, celebrado en Beaugency, anuló el matrimonio del rey socolor de parentesco. Luis, siempre leal, aun á costa suya, restituyó á Leonor, separándose de ella, la Guiena y el Poitou, dote riquísima, que aumentó bien pronto el poder de una monarquía rival.

Concediendo á Suger el justo homenaje que mereció su gran talento, la imparcialidad de la historia probibe olvidar sus defectos. Algun tiempo se dejó deslumbrar por el lujo y los desvarios, propios de los grandes en aquel tiempo: pero tuvo el mérito, casi tan raro como el de la perfeccion, de prestar oidos á las lecciones de la austeridad, y de reformarse á sí mismo. San Bernardo, que le reprendió con justicia y severidad su lujo y la corrupcion de costumbres de sus monges, pagó despues el tributo de sus elogios, al orden escelente que Suger habia establecido en el monasterio de San Dionís. Lo que podria admirar á los que no conocieron la influencia inevitable del espíritu del siglo en el caracter de los hombres, es que Suger, ardiente adversario de la espedicion á Palestina, al fin de sus dias estaba disponiendo otra, en la cual pensaba invertir la mayor parte de los tesoros de una abadía. Las noticias infaustas que se recibian de Oriente, y el temor de que el santo Sepulcro fuese profanado de nuevo por los musulmanes, excitaron en su alma piadosa enérgico dolor, al cual cedieron las máximas de la prudencia política.

Casamiento de Enrique Plantagenet con Leonor de Guiena (1152). Leonor y sus ricos dominios eran una presa demasiado atractiva para que muchos señores ambiciosos no deseasen asegurarla. Tibaldo, conde de Chartres, emprendió robar á Leonor: pero esta princesa, informada del designio, huyó con tiempo á Tours, donde le esperaba otro raptor, que era Godofre, hermano del nuevo conde de Anjou Enrique Plantagenet. Leonor pudo tambien librarse de sus asechanzas; y cuando llegó á Guiena, ofreció su mano al dichoso Enrique, que reunió entonces bajo su dominio las mas bellas provincias de Francia, Normandía, Maine, Anjou, Poitu y Guiena. Este príncipe ardiente, amable y valeroso, habia de ser preferido al grave y piadoso Luis por una reina, mas aficionada á las cualidades brillantes que á las virtudes. El rey de Francia aborrecia á su repudiada muger: mas era preciso que viese con gran pesar alimentarse con aquellas provincias opulentas el señorío de un vasallo, harto poderoso ya: y con la esperanza de debilitarle hizo prontamente alianza íntima contra Enrique, con Esteban, rey de Inglaterra, y con el conde de Blois. Poco despues entró en Normandía al frente de su ejército, y sitió el castillo de Neumarcheui, cercano á Gournay...

Enrique acudió tarde á defenderle, cuando ya estaba en poder del enemigo, y se limitó en esta campaña á levantar las fortificaciones de los demas castillos. Este príncipe habil conocia

el caracter de Luis: sabía que el rey de Francia era mas vano que altivo: y así aplacó su enojo con sumision fingida, consiguió una tregua necesaria á los designios de su ambicion, y desembarcó despues en Inglaterra á pelear con Esteban que le miraba siempre como usurpador de Normandía.

Advenimiento de Enrique II al trono de Inglaterra (1154). La fortuna estaba entonces declarada á favor de Enrique. El rey de Inglaterra perdió en esta época á su hijo Eustaquio, y no teniendo otra sucesion, reconoció á Enrique por su heredero, á condicion que le dejase gozar pacificamente de la corona el resto de su vida. Este convenio puso fin á la guerra. Poco despues murió Esteban y Enrique subió al trono de Inglaterra. Luis, siempre debil, aunque valiente, le devolvió á Neumarcheui y Vernon por la pequeña suma de dos mil marcos de plata.

Enrique II contento de ser mucho mas poderoso que su soberano, vino sin repugnancia á prestar solemne homenage á Luis por las provincias de Normandía, Guiena, Poitou, Anjou, Turena y Maine. Así humillándose fingidamente y condescendiendo con habilidad, hizo que se le confirmase legalmente la posesion de los dos tercios del reino perdidos por lá imprudencia del monarca frances.

Viage de Luis el Menor á Castilla (1155). Casi en el mismo tiempo casó Luis con Constanza, hija de Alfonso VII, rey de Castilla y Leon, y dió por muger á Raimundo, conde de Tolosa, una

hermana suya que tambien se llamaba Constanza. La nueva reina no se habia puesto todavía en camino para Francia y ya el corazon del rey era víctima de nuevas sospechas: porque se habia esparcido en la corte la noticia de que la princesa española era fruto de una correspondencia ilegítima.

Luis, para informarse de la verdad, pasó á España con el pretesto de hacer la peregrinacion de Santiago, y fue recibido con la mayor magnificencia por Alfonso. Fúele demonstrada la falsedad de las hablillas que se habian divulgado acerca del nacimiento de Constanza, y volvió á su reino. Convocó en Soissons un gran parlamento: todos los señores que concurieron á él, exhortados por el rey á terminar sus hostilidades, juraron vivir en paz unos con otros durante diez años.

Este mismo año tuvieron una conferencia Enrique II y Luis, y firmaron un tratado de alianza y amistad, redactado con las espresiones mas enérgicas y formales, pero que fue el que se observó peor y se rompió mas pronto. Estos son los términos de la obligacion inviolable que contrajeron los dos reyes para conservar la paz entre ambos reinos. "Queremos que todo el mundo sepa que nuestra amistad es y será en lo futuro tan grande, que cada uno de nosotros defenderá la vida del otro, sus miembros, su dignidad, sus posesiones. Yo Enrique, ayudaré con todas mis fuerzas á Luis, rey de Francia, mi señor: yo Luis socorreré con todo mi

poder á Enrique, rey de Inglaterra, hombre y vasallo mio, salva en todos casos la fé que debemos recíprocamente á nuestros vasallos mientras se conserven fieles á nosotros." El monarca inglés, tan diestro en su política como impetuoso en los combates, no perdió ocasion de estender su poder ó su influencia. Ganó de tal modo la confianza de Thierry de Alsacia, conde de Flandes, que éste partiendo á Jerusalen, puso bajo la proteccion de Enrique sus estados y su hijo. No menos activo el rey de Inglaterra en su política interior, se hizo dueño sucesivamente de todas las fortalezas de Inglaterra, abatió el orgullo feudal y fue señor absoluto de sus vasallos. Libre así de toda oposicion en la isla, desembarcó en Francia, quitó la plaza de Amboise al conde de Blois, hizo guerra al duque de Bretaña Conan de Richemont, y le obligó á cederle la ciudad de Nantes.

Segunda guerra entre Enrique y Luis (1158). Luis el Joven, envidioso de tantos triunfos, condescendia sin embargo por prudencia con un príncipe, cada dia mas temible. Pero el rey de Inglaterra, cuya ambicion parecia hacerse mas insaciable con los favores de la fortuna, formó el proyecto de apoderarse de Tolosa. Esta empresa acabó con la paciencia de Luis, y renovó la guerra entre los dos príncipes.

Enrique, como todos los príncipes hábiles, conocia y dominaba su pueblo y su siglo. En lugar de los alistamientos feudales, que solo daban una fuerza precaria, pidió á sus vasallos

dinero, y con él formó un ejército pagado de doscientos mil hombres, compuesto de aventureros y ladrones, infaustas reliquias de la anarquía, que solo vivian del pillage, y con el nombre de *brabanzones, cerreros y camineros* llevaban por todas partes el terror y la devastacion. Los señores les compraban unas veces la seguridad, otras, un socorro efímero. El rey de Inglaterra, tomándolos á su sueldo, hizo sus triunfos mas rápidos y libertó muchos paises de los latrocinios que cometian aquellas terribles cuadrillas.

Sitio de Tolosa (1159). Roberto de Dreux, enviado por Luis á Languedoc, hizo esfuerzos inútiles para contener la marcha del rey de Inglaterra. Enrique se apodoró de muchas plazas y sitió á Tolosa. Pero Luis, acudiendo con prontitud, rompió las líneas inglesas junto á los muros de la ciudad, y penetró en ella. El monarca ingles levantó el sitio: pero al mismo tiempo que decia que se retiraba por respeto para no pelear en persona contra su soberano, envió una parte de sus tropas al ducado de Francia, y con esta diversion obligó á Luis á volverse para defender sus propios dominios.

Tregua entre ingleses y franceses (1160). La fortuna de esta campaña fue varia, y la rebelion de algunos barones franceses obligó á Luis á concluir una tregua con Inglaterra, dejando indecisa la cuestion relativa á Tolosa. Prometió ademas á Ricardo, hijo segundo de Enrique, darle en matrimonio su hija, con tal que Enri-

que le señalase por infantazgo el ducado de Guiena.

El pontífice Alejandro III, refugiado en Francia (1162). El mediodia de Europa se hallaba turbado por la rivalidad de muchos pretendientes que se disputaban la cátedra pontificia despues de la muerte de Anastasio IV y Adriano IV, sucesores de Eugenio III. El emperador Federico Barbarroja se declaró por el antipapa Victor. Alejandro III, pontífice legítimo, fue apoyado por Francia é Inglaterra. Victor logró una sentencia favorable á su nombramiento en un conciliábulo, celebrado en Pavía, al cual asistieron los reyes de Hungría, Bohemia y Dinamarca. Los embajadores franceses é ingleses se negaron á reconocerle, y la eleccion de Alejandro fue confirmada en los concilios de Beauvais y Tolosa. Los españoles se adhirieron á él: pero viéndose perseguido en Italia, se refugió á Francia, donde fulminó sentencia de escomunion contra Victor. El emperador de Alemania, deseando terminar estas disensiones, propuso, aunque inutilmente, un medio el mas á propósito para multiplicar las dificultades y hacerlas casi imposibles de desenredar, cual era el de elegir un tercer papa.

En esta época murió la reina Constanza, protectora declarada de Alejandro. Luis casó con Adelaida de Champaña, parienta del antipapa Victor, el cual concibió entonces algunas esperanzas. Sus agentes persuadieron al rey que

asistiese á una conferencia de Alejandro y Victor, que debia celebrarse entre Dijon y Dole con el objeto de terminar el cisma. Victor concurrió: Alejandro se negó á ello. Luis se presentó en el sitio señalado sin desconfianza con una pequeña escolta. Pero la llegada del emperador al frente de una comitiva tan numerosa que parecia un cuerpo de ejército, causó al rey de Francia justas inquietudes. El canciller de Federico habló en lenguage altanero y casi amenazante, declarando que solo tocaba al emperador decidir en las materias relativas á la eleccion de los romanos pontífices. El rey, sonriéndose de esta pretension orgullosa, le respondió que "cuando Jesucristo confió á San Pedro el cuidado de ápacentar sus ovejas, no habló solamente de las de Germánia." Todo presentaba temores de guerra, á que no estaba preparado el rey de Francia. Por fortuna la llegada del rey inglés, que vino á Dijon á sostenerle, le sacó del paso en que tan imprudentemente habia entrado. Los reyes de Francia é Inglaterra se reunieron con Alejandro en las orillas del Loira, y le prestaron los mas grandes honores. Así este pontífice, lanzado de Roma, y desterrado de Italia, vió á los dos monarcas mas poderosos de Occidente llevar humildemente y á pie las riendas de su caballo.

Un concilio que se convocó en Tours, escomulgó al antipapa Victor, como tambien á los hereges, conocidos con el nombre de albigenses,

que esparcian como un contagio su doctrina en el mediodia de Francia. Los esponsáles de la princesa Margarita con Enrique, príncipe de Inglaterra, se habian retardado hasta entonces, que fueron celebrados. La princesa debia llevar en dote las villas de Gisors, y Neufchatel. El rey de Inglaterra, ansioso de poseerlas, se apoderó de ellas por sorpresa. Luis, ofendido de que se pusiese duda en su palabra, volvió á tomar las armas.

Los dos monarcas se hallaron en presencia uno de otro, dispuestos ya para pelear. Pero como entrambos temian las turbulencias interiores de sus reinos y no se atrevian á comprometer sus coronas al trance de un combate, convinieron en una tregua y empezaron la negociacion. Las dos villas que dieron motivo á la querella, se pusieron en depósito en poder de los caballeros templarios, y con esta condicion se hizo la paz.

Enrique II habia conseguido someter á su voluntad el orgullo de los grandes ingleses: mas el clero le resistió vigorosamente. El mas obstinado de sus adversarios fue Tomás Beket, arzobispo de Cantorbery. El papa habia fulminado terribles censuras contra los usurpadores de los bienes eclesiásticos. Tomás las puso en ejecucion en Inglaterra, se negó á reconocer la jurisdiccion de los tribunales seculares en materia espiritual y escomulgó á un vasallo de la corona. El rey, poco acostumbrado á encontrar obs-

táculos contra su voluntad, convocó en Westminter una junta de obispos y quiso obligarlos á castigar al prelado de Cantorbery: pero la junta se declaró abiertamente á favor de Tomás.

Entonces Enrique, reuniendo en Clasendon un gran número de barones ingleses, les hizo jurar que mantendrian la jurisdiccion de los tribunales civiles. Tomás, amenazado por estos barones, buscó asilo en Francia. El rey de Inglaterra escribió al papa suplicándole que diese al arzobispo de York la investidura de legado. El sumo pontífice, despues de alguna resistencia, consintió en ello. Enrique esperaba que ya le seria facil conseguir la deposicion de Beket: pero el arzobispo de York no quiso prestarse á semejante acto de arbitrariedad é injusticia. Entonces el impetuoso Enrique depuso al prelado de Cantorbery por su propia autoridad y mandó embargar sus bienes. Beket apeló al tribunal de Dios, y huyó segunda vez á Francia. El rey de Inglaterra escribó á Luis que Tomás, arzobispo depuesto, se habia escapado de su reino, como un traidor. Luis recibió con frialdad á sus embajadores, y les dijo que "no entendia como Beket habia dejado de ser arzobispo ni en virtud de qué derecho se le habia depuesto." Entretanto una asamblea numerosa reunida en Northampton, habia condenado al arzobispo de Cantorbery como reo de felonía por haber violado su juramento. La corte de Roma disimulaba su indignacion, temerosa de la altivez de los

ingleses y de la violencia de Enrique. El rey de Francia se declaró protector del arzobispo. Enrique tuvo en Guisors una conferencia con Luis, que no produjo resultado alguno. Obligado á volver á Inglaterra para reprimir una sedicion movida en el pais de Gales, se restituyó despues á Normandía. Celebrose entre los dos reyes nueva conferencia, en que se confirmaron los antiguos tratados de paz, y se evitó cuidadosamente hablar del prelado proscrito.

Nacimiento de Felipe Augusto (1165). Hasta entonces habia esperado y solicitado inútilmente Luis el Menor tener un hijo. En fin, este heredero del trono, tan ardientemente deseado, nació en 1165. El rey, en reconocimiento de este beneficio, dió al niño llamado Felipe, el sobrenombre de Deodato. La gloria de su reinado le grangeó despues el título de Augusto. La noche que precedió al nacimiento de Felipe soñó Luis que la reina, dando á luz su hijo, presentaba á todos los señores una copa llena de sangre. La credulidad tuvo este sueño por prediccion de un reinado belicoso.

Este mismo año se recibieron en Occidente tristísimas noticias de Palestina. El rey, cuyo celo no se habia entibiado con los reveses, impuso sobre todas las tierras de Francia, así pertenecientes á legos como á eclesiásticos, una contribucion para socorrer á los cristianos de Oriente en su infortunio. El rey de Inglaterra imitó su ejemplo. De este modo se aumentó la poten-

cia real, y poco á poco se fue atribuyendo á los monarcas el derecho de imponer tributos á sus vallos. Pero aquella contribucion fue motivo de desavenencia entre los reyes de Francia y de Inglaterra. El arzobispo de Tours decía que el dinero procedente del impuesto en Turena, debia ser depositado en sus manos, para reunirlo á las demas sumas que se sacasen de los estados del rey de Francia: y Enrique, á pesar de la reclamacion de Luis, no quiso consentir en ello. Dió nuevos alimentos á la discordia el pleito del conde de Auvernia, que despojado de sus dominios por un tio suyo, le citó al tribunal del rey de Inglaterra, como duque de Guiena. Su adversario recurrió por su parte al monarca frances como su señor soberano. Los dos reyes tomaron las armas, y los pueblos pagaron estas disputas feudales, fruto inevitable de un sistema absurdo de gobierno, en que el derecho, siempre incierto, cedia constantemente á la fuerza. Todas estas cuestiones entre el soberano y vasallos tan poderosos como él, eran otros tantos nudos gordianos, que solo la espada podía cortar. Enrique abrasó á Chaumont, Luis á Andelg, y una tregua suspendió las hostilidades.

Este mismo año murió Matilde, madre de Enrique, princesa que por su virtud, talento y valor mereció justa celebridad. Las desgracias que se siguieron despues de su muerte y las discordias de la familia real hicieron conocer á

los ingleses cuán grande fue la falta que les hizo Matilde. El carácter turbulento de Leonor, no contenido ya por la autoridad de su suegra, escitó odio irreconciliable entre el rey y sus hijos. Leonor, azote comun de entrambas coronas, despues de haber deshonrado y arruinado á su primer esposo, llenó de amargura con sus intrigas los últimos dias del segundo.

Parecia imposible terminar de un modo amistoso la lid entre el rey de Inglaterra, resuelto á someter á su voluntad la independencia de la iglesia, y el arzobispo de Cantorbery, constante en defenderla. El papa viendo interesada la autoridad espiritual en la causa del prelado, le nombró legado suyo en Inglaterra. Beret ejerció severamente su autoridad, escomulgando á todos los enemigos de la jurisdiccion eclesiástica. Luis fomentaba estas disensiones, y para causar nuevas incomodidades á su competidor, se declaró públicamente á favor de Eudes de Bretaña, que acusaba á Enrique de haber seducido y deshonrado á su hija.

Nuevo rompimiento entre Enrique y Luis (1169). Los dos monarcas asistieron á una conferencia en que se hallaron dos legados del papa y un gran número de barones: pero los ánimos se irritaron en lugar de reconciliarse. Enrique no quiso reconocer la autoridad de su soberano, y el cardenal de Pavía, legado del papa, mostró á favor de Enrique tanta parcialidad que ofendió á Luis, y las negociacio-

nes se rompieron. El pontífice para mitigar la exasperacion de ámbos partidos, mandó á Tomás Beket que templase su celo en cuanto fuese compatible con la justicia. Empezaron á pesar de esta solicitud amistosa, las hostilidades: pero Enrique, viendo que muchos señores de Normandía y Turena se declaraban contra él, aplacó á Luis con fingida sumision, y él y sus dos hijos Enrique y Ricardo prometieron prestar al monarca frances el mismo homenage que sus predecesores, y llenar todos los deberes de leales vasallos.

Tratado de Montmisail (1170). El tratado de paz que se celebró en Montmisail, fue interrumpido algun tiempo por la rencilla entre Guido de Lusignan y el conde de Salisbury, baron ingles. Esta contestacion se decidió en desafío: Guido dió muerte á su adversario, y el rey de Inglaterra apoyó vehementemente las reclamaciones de la familia de Salisbury que pedia venganza. Lusignan tuvo sentencia contra sí, y á ella debió su elevacion: pues obligado á huir de Francia, pasó á Palestina, y llegó á ser rey de Jerusalen. Los ingleses saquearon el señorío que poseia en Europa: pero Luis reprimió estas devastaciones, y los obligó á retirarse. El rey de Inglaterra, temiendo la fuerza de sus armas, concluyó en fin la paz bajo las condiciones que le impuso el monarca frances, y renovó públicamente su homenage por Normandía, y demas estados que poseia en Fran-

cia. A su hijo Enrique se dió el empleo de gran senescal y prometió reconciliarse con Beket, con tal que este prelado le diese algunas señales de sumision. El arzobispo consintió en ello y le juró obediencia como vasallo, salvas las inmunidades y derechos de la iglesia. El rey de Inglaterra, antes de separarse de Luis, le pidió licencia para que Ricardo, su hijo, se educase en la corte de Francia, en cuyas escuelas solamente se empezaban ya á divisar los primeros crepúsculos de la civilizacion. Enrique, de vuelta en Inglaterra dió nuevos motivos de queja á sus enemigos. Hizo que su hijo Enrique fuese coronado en Westminter por el arzobispo de Yorck, en perjuicio de los derechos del de Cantorbery: y despreciando la antigua costumbre, dejó en Normandía á la jóven reina, su nuera, de modo que no fue coronada con su marido. Luis, para quien este descuido fue una injuria, tomó de nuevo las armas. Enrique, temeroso de la guerra, vino á conferenciar con él y aplacó su enojo, ofreciéndole todas las satisfacciones que deseaba.

Entretanto Beket continuaba ejerciendo con indomable constancia las facultades de legado, oponiéndose á todas las tentativas de los ministros del rey contra la jurisdiccion eclesiástica. Enrique, en un momento de impaciencia, pronunció estas palabras crueles: "¿Es posible que entre tantos sirvientes á quienes he colmado de gracias y beneficios, no tengo uno bastante fiel

para librarme de un clérigo que perturba mi reino?" Cuatro nobles ingleses: exaltados por estas horrendas palabras, en las cuales les pareció oir una órden y una sentencia de muerte, vuelan á Cantorbery, entran en la catedral y asesinan al arzobispo al pie de los altares el 29 de diciembre de 1770. Divulgada esta maldad, el pueblo ingles se consterna, la corte tiembla, la iglesia gime. El rey de Francia pide al sumo pontífice que castigue aquel atentado, que ofendiendo su celo religioso, le daba armas contra su rival.

Sentencia de Roma contra Enrique (1771). En vano el rey de Inglaterra envió embajadores á Roma para justificarse. El soberano pontífice no quiso recibirlos, y exigió que el monarca ingles se sometiese al tribunal de la santa sede y purgase por medio del juramento, del homicidio que se le imputaba. En aquel siglo se miraba al papa como el supremo dominador de los reyes, principalmente en las causas relativas á la iglesia y la moral. Esta dictadura, atendida la insuficiencia ó absurdidad de las demas instituciones políticas, fue en la edad media el único freno contra la violencia y ferocidad de los grandes. Enrique, cediendo á la tempestad, humilló su corona ante la tiara, compareció como acusado en la ciudad de Avranches, en medio de una asamblea numerosa, presidida por los cardenales Alberto y Teodin, legados del papa. El príncipe juró sobre los evangelios que no man-

dó cometer aquel abominable homicidio: pero como el crímen se perpetró en nombre suyo, prometió á los legados dar la satisfacion que se le exigiese. Los legados le condenaron á mantener, durante cinco años, doscientas lanzas en Palestina; á anular todos los decretos que habia dado contra los derechos del clero: á restituir á las iglesia de Cantorbery los bienes que le habia quitado, y á pasar á España, cuando el papa se lo mandase, para socorrer á los príncipes cristianos contra los moros. Pronunciada la sentencia, los legados llevaron al rey fuera del templo á la plaza pública, le mandaron hincarse de rodillas y le dieron la absolucion. Cuando la hubo recibido, añadió la promesa de pasar á Palestina si el papa lo exigia.

Coronacion de la princesa Margarita en Inglaterra (1172). Enrique, resuelto á desarmar todos sus enemigos por medio de la sumision, se reconcilió tambien con el rey de Francia, haciendo que la princesa Margarita fuese coronada. Antes de la ceremonia, hizo un viage á Paris dicha princesa en compañía de su esposo.

Luis supo con satisfaccion por medio de sus conversaciones las intenciones ambiciosas del príncipe y cuán dispuesto se hallaba á rebelarse contra su padre: le exhortó á que pidiese la Normandía como infantazgo y le prometió, para conseguirla, el apoyo de sus armas. En esta ocasion triunfaron las máximas de la política de la lealtad que caracterizaba á Luis, y de la piedad

religiosa, que brillaba en todas sus acciones públicas y privadas. La historia no puede disculpar con ningun velo los consejos y auxilios dados á un hijo para que se rebelase contra su padre y contra un rey, con quien Luis acababa de jurar amistad al pie de los altares. El jóven Enrique, alentado con estas esperanzas, volvió á Inglaterra y pidió sin rebozo á su padre que le cediese la Normandía: habiéndoselo negado, se escapó á Francia, y levantó tropas. Su madre Leonor le dió por aliados en su rebelion á Ricardo y Godofre, hermanos de Enrique, que sublevaron en su favor una parte de Guiena y Anjou. Muchos señores normandos adhirieron al partido de los príncipes, y el rey de Francia se declaró descubiertamente á favor de ellos.

Nueva guerra entre Enrique XI y Luis VII (1174). El rey de Inglaterra desplegó en esta crisis todo su valor. Intrépido contra todas las armas que no fuesen los rayos del Vaticano, tomó á su sueldo veinte mil brabanzones y marchó contra sus enemigos. Sin embargo el conde de Flandes le quitó las plazas de Aumale y Neuchatel. Luis y el príncipe Enrique sitiaban á Vermenil. El rey de Inglaterra acudió para hacer levantar el sitio: mas se le engañó con proposiones fingidas de paz. Mientras se entablaba la negociacion, capituló la plaza: y Luis, recibidos los rehenes, se retiró. Los bretones se habian rebelado tambien. Enrique los venció cerca de Dole. Entonces se propuso celebrar en Gisors una con-

ferencia, á que asistieron los dos reyes y los tres príncipes. En medio de tantos peligros, Enrique, conociendo cuán útil le sería tener á favor de su causa la corte de Roma, escribió al papa implorando su auxilio en los términos mas humildes. "Mi reino, le decia, está sometido á vuestra jurisdiccion: soy vuestro feudatario; mostrad, pues, á vuestros enemigos á cuanto se estiende el poder del pontífice romano: "Sino podeis proteger el patrimonio de san Pedro con armas temporales, probad al menos que sabeis defenderlo con la espada espiritual." El pontífice, conociendo cuán impía era la guerra de los hijos contra un padre, se declaró en su favor y amenazó á sus adversarios con las censuras eclesiásticas.

Sitio de Ruan (1175). Si Enrique halló en la Santa Sede un protector poderoso, un nuevo enemigo que se levantó contra él, aumentó los peligros de su posicion. Este fué el rey de Escocia, que le declaró guerra. Enrique le venció, volvió á Francia, atacó y tomó por asalto la plaza de Vendoma, y tuvo que pasar otra vez á Inglaterra para pelear de nuevo con los escoceses. En este viage se presentó como peregrino ante el sepulcro de Santo Tomás de Cantorbery, que tanto le habia resistido durante su vida en defensa de los derechos de la iglesia, hizo que los monges le diesen la disciplina; y volviendo á tomar despues su espada real, marchó contra los escoceses, los venció, é hizo prisionero á su

rey. La historia duda con fundamento si la penitencia de Enrique ante las cenizas de Beket fué un acto de verdadera contricion ó un golpe político para recobrar el afecto de sus pueblos y merecer la proteccion del sacerdocio. En este tiempo el rey de Francia sitiaba á Ruan, y estaba ya para apoderarse de la plaza, cuando Enrique, ligero como el rayo, acudió desde las fronteras de Escocia, cortó los víveres al ejército frances y le obligó á levantar el sitio.

Paz de Amboise (1177). Los dos monarcas celebraron en seguida una conferencia donde nada se arregló definitivamente: pero se ajustaron treguas. Enrique, aprovechándose del lugar que la suspension de hostilidades le proporcionaba, marchó al Poitou contra su hijo Ricardo, y le obligó á someterse. Concluyóse en fin en Amboise la paz general. El jóven Enrique logró dos plazas en Normandía y una cuantiosa pension: Ricardo, otras dos del Poitou y la mitad de la renta de este condado: Godofre, la mitad de la renta de Bretaña, cuyo ducado le trajo en dote la heredera de este pais. Solo quedaba un punto de desavenencia. Enrique retardaba siempre la conclusion del casamiento de su hijo Ricardo, desposado ya con Alix de Francia, y queria que Luis diese en dote á esta princesa la ciudad de Bourges. Los dos monarcas hicieron al papa medianero de esta contestacion, y esperando su dictámen, renovaron el juramento de paz y amistad, y prometieron tomar la cruz

juntos para llevar sus armas á Palestina.

El heredero del trono de Francia anunciaba ya á la edad de catorce años en la vivacidad de su ingenio y elevacion de sus sentimientos que la patria hallaria en él un digno caudillo. Pero la aurora de tan brillante destino fue oscurecida algun tiempo por un suceso estraordinario. El príncipe cazaba con sus amigos en las selvas de Compiegne. Separado de su séquito pierde el camino, llega la noche, y se halla cercado de densas tinieblas: cuando de improviso se presenta á sus ojos un fantasma colosal, que era un hombre alto y feo, vestido de negro, con un segur al hombro, y cuyo aspecto horrible se divisaba de rato en rato á la éscasa luz de un brasero que él mismo soplaba algunas veces. La oscuridad, el lugar y las creencias populares del siglo hicieron que el príncipe tuviese á un carbonero por una vision. Aterrado el mancebo real destinado á ser algun dia intrépido héroe, cayó sin sentido. El carbonero, despues de haber procurado inutilmente tranquilizarle, le llevó en sus brazos á palacio. Este susto alteró notablemente la salud de Felipe, y durante algunos dias se temió que perdiese la vida ó la razon.

Luis, afligido se acogió á los socorros de la religion, no fiando en los de la medicina: y oyendo hablar de los milagros que se hacian frecuentemente en el sepulcro de Santo Tomas de Cantorbery, como siempre habia protegido á este prelado contra sus contrarios, hizo una pe-

regrinacion á su catedral para implorar su intercesion á favor de Felipe: y ofreció á las cenizas de su amigo una copa de oro de mucho valor, y una renta de cien medidas de vino. El rey de Inglaterra le acompañó en esta espedicion devota. Luis volvió á Francia pocos dias despues, y fué recibido con alegría universal, porque el príncipe, que era la esperanza del pueblo, estaba ya sano. Atribuyóse á la intercesion del santo arzobispo tan no esperada curacion.

Coronacion de Felipe Augusto (1179). Luis determinó entonces realizar el designio, suspendido por la enfermedad de Felipe, de asociarle á la corona, y fijó la época de esta solemnidad para el dia de Todos Santos. Escogió entre los barones del reino los doce pares que habian de asistir á la consagracion. El jóven Enrique, asociado al trono de Inglaterra, llevó en sus manos como el duque de Normandía, la corona de Francia, aunque era mas bien su enemigo que su apoyo. Luis, que lo habia dispuesto todo para hacer esta ceremonia brillante y pomposa, no pudo ser testigo de ella, porque le acometió de improviso una apoplegía; y la paralisis, que se siguió á ella, le dejó solo vivir algunos meses siempre enfermo.

Sin embargo, la consagracion se celebró con magnificencia, y poco despues casó el jóven rey con Isabela de Henao, que descendia directamente de Hermengarda, hija del desgraciado Cárlos, destronado por Hugo Capeto: y por esta

razon causó en Francia este matrimonio alegría universal. Carlomagno reinaba aun en el corazon y en la memoria de los pueblos, y se habia conservado el uso de llamar á los primeros príncipes de la dinastía carlovingia *los reyes grandes*. Balduino, padre de la nueva reina, le dió en dote el condado de Artois, y los derechos de su familia sobre el Heneco. Pero este aumento de territorio no causaba grande júbilo en la nacion: lo que la enagenaba era ver reunida la sangre de Hugo Capeto con la de Carlomagno. Isabela fue coronada en San Dionis. Al llegar al altar, uno de sus oficiales, levantando el baston para separar la multitud, rompió tres lámparas, cuyo aceite se vertió sobre las cabezas del rey y de la reina. El pueblo atribuyó este accidente á milagro, y dijo que la uncion, dispuesta por el cielo, habia precedido á la que el arzobispo de Reims iba á dar á los dos esposos.

Poco tiempo despues murió Luis el jóven en 1180, á los sesenta años de edad y cuarenta y tres de reinado. Fue sepultado en la iglesia de Saint Port, cuya abadía era fundacion suya. La reina su muger le erigió en dicha iglesia un sepulcro magnífico. Cuatro siglos despues Carlos IX hizo abrir su tumba, encontró el cadaver entero, y tomó de sus dedos muchos anillos y una cruz de oro que tenia al cuello.

Luis el jóven habia tenido tres mugeres: Leonor de Guiena, despues reina de Inglaterra,

Constanza de Castilla y Alix de Champaña. La primera le dió dos hijas, María, que casó con el conde de Champaña, y Alix que tuvo por marido al conde de Blois. Constanza fue madre de Margarita, que casó con Enrique el jóven, príncipe de Inglaterra, y despues con Bela, rey de Hungría. La reina Alix fue madre de Felipe Augusto y de otras dos hijas: la primera, llamada, tambien Alix, estuvo prometida á Ricardo, rey de Inglaterra, y roto este vínculo, casó con el conde de Pouthieu. La segunda, que fue Ines, mas desgraciada con un título mas brillante, casó con el emperador Alexis Comneno, y se vió despues obligada á dar su mano al bárbaro Andrónico, homicida de su esposo.

Los principales ministros de Luis el jóven, fueron Esteban de Garlande, Radulfo, conde de Vermandois, Tibaldo, conde de Blois, y el célebre abad Suger. Hugo de Chaumont, Mateo de Montmorency y Simon de Meaufle, obtuvieron sucesivamente la espada de condestable. Roberto Clemente de Metz, ayo de Felipe Augusto, fue el primero que dió grande esplendor á la dignidad de mariscal de Francia, y aumentó sus atribuciones. Este empleo era antes un mero oficio de palacio: despues fueron los mariscales substitutos del condestable en el mando de los ejércitos. Los sábios mas célebres de este reinado, en cuyas tinieblas hubo tan poca luz, fueron San Bernardo, Abelardo, Arnaldo de Brese, Eloisa, Gilberto de la Poirée, Gracian, Pedro

Lombardo, Pedro el venerable, abad de Cluny, Suger y Odon de Deuil, secretario del rey. La filosofia de aquel siglo, consistia casi toda en su union con la ciencia de la religion, y la mayor parte de los sabios procuraban esplicar los misterios del cristianísmo con las abstracciones escolásticas. Entonces se vió en Paris el primer colegio, fundado por Pedro de Dreus, en Santo Tomas del Loubre: á él se siguió el de los dinamarqueses, erigido tambien en la capital. Es muy singular que la afectacion de ingenio, el estilo demasiado lleno de figuras, y la abundancia de antítesis, signos ordinarios de la corrupcion del buen gusto en literatura, precedieron en Francia al siglo de la verdadera elocuencia: y cuando el idioma comenzaba apenas á quitarse el moho de sus orígenes galo-germánico y latin desfigurado, los escritores mas célebres, ya en latin, ya en frances, aspiraron á la falsa brillantez de los equívocos.

Las crónicas y la historia de este siglo feudal son áridas. Los pueblos yacen despreciados por los analistas como lo eran por los barones que los oprimian. Ninguna reflexion se halla relativa á los intereses de la Francia, sacrificados siempre á las pretensiones de los grandes. La narracion estéril acumula sin discernimiento sucesos de poca importancia: las hazañas monotonas de algunos alcaides, los asaltos de sus castillos, y las perfidias de sus tratados intervienen siempre en los artificios de la política.

Los historiadores que entre los demas gozaban de mas celebridad, prodigan á cada paso imágenes y citas de la sagrada escritura, y la elocuencia europea no tuvo otra cuna que los libros de la religion.

Pero la poesía recibió impulsos de otra especie. A pesar de la barbarie de las costumbres, las dos pasiones del amor y de la gloria formaban el carácter profano de aquel siglo. La primera mitigaba la ferocidad de los guerreros: la segunda movia los corazones generosos al socorro de los oprimidos. Entrambas somentian la fuerza á la belleza: y así las primeras obras dignas de leerse que aparecieron en aquel siglo naciente de la caballería, fueron novelas, cuentos y cántigas. El orgullo feudal se fastidiaba bajo las bóvedas de sus tristes castillos. La imaginacion de los trovadores, farsantes y menestrales alegró aquellas vastas soledades. Los guerreros eran muy activos, y no reflexionaban. La fantasia de los franceses era viva y su razon estaba sepultada: y así para incitarlos á leer, era menester darles, como á los niños, cuentos y no historias. Los libros de caballería aparecieron, y todos los solicitaron con ansia. En ellos se describian las cosas que mas agradaban á los valientes, como la vida errante de los aventureros, los combates hasta morir, los sitios de los castillos, el esplendor de los torneos. Estos libros formaron en Francia una especie de mitología nueva en la cual la belleza y el valor se hallaban casi divinizados, y la galantería heróica,

purificando el amor, casi le convertia en culto moral (1).

A falta de leyes y de virtudes públicas, el honor caballeroso decidió la suerte de Francia, dió apoyo á la debilidad, protectores á la inocencia y héroes á la patria. Las costumbres feudales habian cubierto la Europa de castillos fuertes, madrigueras de tiranos, que á imitacion de los de Grecia en los tiempos de su barbarie, aterraban los poblados y las campiñas. Las costumbres caballerescas crearon un gran número de paladines, que renovando las hazañas de Hércules, Piritoo y Teseo, atacaban los

---

(1) ¿Cómo ha podido desconocer M. de Segur que los sentimientos caballerosos de la edad media con respecto al bello sexo, tuvieron su origen en el principio del cristianismo que emancipó las mugeres y redujo á los debidos límites su dependencia de los hombres? Mientras la violencia de los conquistadores del norte dominó en Europa, el amor fue puramente *físico*, como lo habia sido en Oriente, Grecia y Roma: pero cuando el cristianismo fue superior, é introdujo el reinado de la justicia y del derecho, las mugeres no fueron ya meros instrumentos de placer ó de procreacion, sino seres intelectuales y libres, móviles poderosos de las virtudes domésticas, y por tanto de las sociales y públicas, árbitras del mérito de los hombres, y cuya preferencia dispensaba, no solo los mirtos, sino tambien los laureles. Este fue el verdadero origen de la caballería. Espliquese, sino, porque los siglos civilizados de la antigüedad no conocieron los sentimientos *morales* del amor: cuando la edad media, bárbara bajo otros muchos aspectos, pagó á la hermosura el tributo de cierta especie de idolatría, no manchada con las pasiones sensuales que inspiraron á Safo, Anacreonte, Tíbulo y Ovidio? (*Nota del traductor*).

monstruos modernos, y se armaban para defender la justicia, enderezar los tuertos, vengar las injurias y proteger las viudas y los huérfanos. La vida de un caballero era, por decirlo así, un poema en accion. Se creia asaltado ó defendido por hadas buenas ó perversas, por encantadores benévolos ó malignos. Buscando aventuras desde las playas del Occéano, hasta las estremidades de Asia, al volver de sus largas correrías, alimentaban la credulidad comun ó con fábulas orientales, ó contando las batallas que habian tenido con gigantes. Las crónicas adoptaron estas exageraciones y dieron á la historia el colorido de la novela. El hijo del caballero se dormia al sonido de las consejas cuando era niño, y la impresion que hacian en su alma no se borraba nunca. Las mugeres propagaron cuidadosamente estos sentimientos amorosos y guerreros, que tanto imperio dieron á su sexo en Europa. Los héroes no vivieron ya sino para agradar á la hermosura, premio de sus hazañas y árbitra de sus destinos.

Los antiguos bardos de los francos no existian ya, y en su lugar aparecieron otros nuevos, que viajando de castillo en castillo, recibidos y festejados en todas partes, abreviaban lo largo de las noches con sus cuentos, cánticos y narraciones. El anciano señor del feudo creia rejuvenecerse oyendo las proezas de los caballeros jóvenes. Las castellanas y sus damas, suspendiendo sus trabajos, oian con avidez las relaciones, ya de amoríos, ya de guerras, cuya

memoria agitaba despues sus sueños. Los trovadores mezclaban á sus narraciones versos que la música hacía mas fáciles de retener. Algunos menestrales los acompañaban con sus instrumentos cuando cantaban. La dulce paz del campo y los amores de la aldea tuvieron tambien poetas llamados *troberes*, que cantaban pastorelas ó *lays*. La burla, el epigrama, la sátira, consuelo del débil contra el opresor, y tal vez arma de la malignidad contra el poder que conserva el órden, mas comun en Francia que en otros paises, dió nacimiento á los *serventes*, poemas satíricos, y á las *fabulillas*, que puestas en diálogo algunas, fueron precursoras de la comedia. La libertad de los escritores era tanta, que Anselmo Faidit se atrevió á injuriar el concilio en que fueron proscriptos los albigenses, en uno de estos primeros dramas satíricos, titulado *la heregía de los padres*, el cual se conserva aun. Sería inútil buscar en la cuna de las musas francesas, claridad, elegancia ni gusto: pero habia imaginacion, y asombra la facilidad con que aquellos poetas mezclaban la licencia y la gazmoñería en las costumbres, y el candor y la afectacion en el estilo. El amor quiso tener sus tribunales. Una sociedad de damas y caballeros, que se reunió en Romana (por otro nombre Pirre-Feu) tomó el título de *tribunal de amor*. Los trovadores lo consultaban sobre cuestiones sentimentales para que las decidiese: y los alegatos que se cantaban en estos alegres pleitos, se llamaban *ten-*

zones. La mas antigua de las novelas que han llegado hasta nosotros, es la de *la Rosa*, cuyos personages, dignos de las *Preciosas ridículas* de Moliere, son *los celos, Buen acogimiento, Falso semblante.* Ricardo de Sila compuso un pequeño poema satírico, cuyo asunto era una disputa entre el *Pudor* y *el Deleite.* El deleite acabó por arrojar su adversario al Sena, y "desde entonces, dice el poeta, no hubo vergüenza ni pudor en París." Apenas las musas empezaron á prometer gloria, los mas altivos barones de Francia solicitaron sus favores. Guerreros famosos, príncipes y aun reyes, disputaron esta nueva palma, y entre los trovadores brillan los nombres de Raimundo Berenguer, conde de Provenza, y de los condes de Suaux, Grignan y Castellane. Ricardo *corazon de Leon*, rey de Inglaterra, cantaba la beldad y peleaba por ella. Luis el Jóven protegió los poetas, y llevó consigo á Palestina muchos trovadores y menestrales para templar el fastidio del viage.

Este monarca carecia de todas las cualidades grandes y brillantes, escepto el valor. Sin embargo debe confesarse que poseia virtudes suaves y que le grangearon el afecto del pueblo. Queria el bien, amaba la justicia, se mostraba leal quizá escesivamente y en perjuicio suyo, en un tiempo en que la política parecia permitir la mala fe. Lo que le distinguió de la mayor parte de los príncipes, fue ser capaz de amistad. Muchos años despues que un ministro, á quien amaba mucho, falleció, decia repetidas veces á

los sacerdotes de su corte: "rogad á Dios por mi querido Garlande." Antes del reinado de su padre y del suyo, los campos cercanos á París estaban espuestos á los latrocinios de los barones. Entrambos los reprimieron. Por falta de policía estaban los habitantes de la capital en continuo riesgo de ser robados y asesinados. Los nombres de muchas calles, como éstas, *Vide Gousset* (Vacia bolsa) *Caupe Gorge* (Corta garganta) *Caupe Gueule* (Corta pescuezo) y *Tire Chape* (Arrebata capas) son inmundos y vergonzosos monumentos de aquella época bárbara. Los ciudadanos libres de esta gran corte, estaban todavía en 1134 en un abatimiento muy cercano á la esclavitud. Los burgueses de París no tenian derecho para perseguir á sus deudores. Luis el Gordo se lo concedió: pero no abolió el de *presa*, que permitia al monarca, siempre que entraba en la capital, apoderarse de los muebles y provisiones de los habitantes, una ordenanza, dada por Luis el Jóven en 1165, reformó este abuso. "Siempre que veníamos á la capital, dice el rey, nuestros ugieres tenian costumbre de tomar en las casas los colchones y camas que encontraban: uso vicioso é ilícito, que prohibimos por la presente." La preocupacion derivada de los francos, que atribuia á cada uno el derecho de vengar sus propias injurias, substituia la fuerza á la justicia y consagraba el desafio con el nombre de *juicio de Dios*; dominaba entonces con toda soberanía, hasta tal punto que algunas veces se vió á

los sacerdotes en el palenque. Godofre de Vendoma refiere el desafio de un canónigo con un monge, que se verificó en esta época. Los homenages que el vasallo prestaba al soberano no eran mas que la promesa de guardarle fé como feudatario, y auxiliarle con sus armas en ciertos casos. Pero el homenage *lige* imponia obligaciones mas estrechas; porque el vasallo prometia por él defender al soberano *contra toda criatura, capaz de vida y muerte.* El homenage del siervo, ignominioso para la humanidad, se llamaba *homenage del cuerpo.* Puede formarse idea de él por los términos de una sentencia que declara á una, llamada Inés, *muger de cuerpo, capaz de ser puesta á contribucion de alto abajo, é incapaz de casarse sin el consentimiento de su señor.* El abate Vely, refiere una transaccion del obispo de París, confirmada por Luis VII. "Consentimos, dice el prelado, que Odelina, que nos pertenece como muger de cuerpo, case con Beltran, hombre de cuerpo de San German de los prados, á condicion que los hijos que nazcan de este matrimonio, pertenecerán, la mitad á mí, y la otra mitad al abad de dicho monasterio." Así la suerte de casi todo el pueblo era entonces, con poca diferencia la misma que la de los negros en las colonias europeas. Para concluir el triste cuadro de las costumbres del sistema feudal, harto alabado por los entusiastas de la caballería, el mismo autor cita con razon los *establecimientos* de Jerusalen: pues es sabido que Godofre de Bullon,

para arreglar la legislacion de su nuevo reino, hizo buscar cuidadosamente en las costumbres de las diferentes provincias de Francia las que le parecian mas generalmente practicadas: una de sus disposiciones era: "si algun villano se casa con villana de otro lugar sin mandato del señor de la villana, el señor del villano entregará al señor de la villana, en cambio, otra villana de la misma edad á juicio de peritos: y sino encuentra villana que la equivalga, dará el mejor villano que tenga en edad de ser casado." ¿Cómo podremos concebir que en un pueblo todavía mas bárbaro Rómulo y Numa reuniendo para fundar la ciudad eterna, aventureros y hasta ladrones de diferentes paises, hayan establecido en sus leyes relaciones recíprocas entre patricios y plebeyos, deberes mútuos entre patronos y clientes, la union de la libertad y de la monarquía, y el respeto religioso á los derechos de la humanidad; y durante muchos siglos Europa, ilustrada por las luces del cristianismo, á pesar de las máximas de caridad é igualdad evangélica, consagró con leyes bárbaras la injusticia y tiranía de los señores, y la opresion de los pueblos, tratados como animales despreciables? (1)

---

(1) Nosotros nos admiramos de este paralelo del conde de Segur. Los romanos de Rómulo eran todos iguales: las naciones modernas de Europa, despues de la invasion de los bárbaros, se dividieron en la clase vencedora y en la clase vencida. La primera, á pesar de la autoridad real, y de las

El remedio de tantos males fueron las cruzadas que propagaron en el Occidente las luces de Asia y Grecia, y que obligaron á los príncipes y señores de Europa, para conservar la paz interior durante su ausencia, á recurrir á las sanas máximas de política y moral, reclamadas incesantemente por la religion. La paz de Dios se predicó en todas partes, y la discordia civil suspendió sus furores. Abriéronse asilos á las viudas y á los huérfanos, y se les buscaron protectores. La autoridad real, encargada de poner en ejecucion los decretos pacíficos de los concilios, adquirió mas fuerza y dignidad, y los pueblos se aprovecharon de las circunstancias para obtener ó comprar sus libertades. En fin, así como se habian establecido en Palestina asociaciones religiosas y militares para cuidar los enfermos, socorrer los pobres y pelear contra los infieles, se formaron tambien en Europa que á un mismo tiempo eran piadosas, guerreras, morales, y de galantería. Los héroes que entraban en esta noble milicia, que fue muy pronto el objeto de la ambicion de todos los valientes, contraian al pie de los altares la obligacion de socorrer á los oprimidos, castigar á los opresores y defender la inocencia y la belleza; juraban cumplir sus deberes, en

---

máximas de la iglesia, oprimió á la segunda hasta que el cristianismo fue el poder predominante de Europa. En cuanto á la *humanidad* de los romanos, que conocian la esclavitud doméstica, y que asolaron el mundo para dominarle, no somos de la opinion de nuestro autor. (*Not: del traductor.*)

nombre de Dios, del honor, del rey y de la dama, cuyos colores llevaban y á cuyo servició consagraban su vida. Tal fue la caballería francesa, cuyo orígen no es mas antiguo que el fin del siglo XI. El mundo no habia presentado ejemplo de semejante institucion. Al mismo tiempo que admiramos su entusiasmo, sus virtudes y su heroismo, deben confesarse sus escesos, exageraciones, y su mezcla estravagante de amor y devoción, tan superiormente ridiculizados por Cervantes. La caballería debió su orígen á la combinacion de los principios cristianos con las costumbres feudales, y suavizó la ferocidad de éstas. Para aniquilar la hidra del feudalismo, monstruo tan formidable como la antigua Quimera, fue necesario que muchos héroes, casi tan fabulosos como Belerofonte, se uniesen para vencerla, ó á lo menos para arrebatarle sus numerosas víctimas.

Para llegar á la clase de caballero, era preciso merecer esta dignidad con acciones generosas y proezas brillantes. El candidato se preparaba á su recepcion con el ayuno, la confesion, la penitencia y la comunion. *Velaba las armas*, pasando en la iglesia toda la noche en oracion. Despues se presentaba al pie del altar, cubierto de un vestido blanco; y acompañado de un caballero que le servia de padrino, escuchaba con humildad las exortaciones del sacerdote, á quien presentaba la espada, que traia colgada del cuello para que la bendijese, y juraba, puesta la mano en ella, mantener los regla-

mentos de la caballería, y ser fiel al honor y á la religion. El caballero, que recibia al novicio, le daba un golpe ligero con su espada, diciéndole: "En nombre de Dios, de san Miguel y de san Jorge te hago caballero." Las damas que asistian á la ceremonia, calzaban al iniciado las espuelas de oro, le ponian la cota de malla, el arnés, los brazaletes y los guantes, y le ceñian la espada. Entonces el caballero subia á caballo, y hacía alarde, con sus rápidas evoluciones, de su fuerza y gallardía. El jóven que se consagraba á esta belicosa carrera, entraba antes en casa de algun señor en calidad de page, de cuyo grado pasaba al de escudero. Allí se instruia en todos los ejercicios de la profesion que solicitaba, seguia á todas partes á su señor, llevaba sus caballos y cuidaba de sus armas. La historia ha conservado la oracion singular y candorosa del caballero Lahire. "O Dios, dijo al entrar en un combate; te pido que favorezcas hoy á Lahire, como tú quisieras que Lahire te favoreciese, si él fuera Dios, y tú Lahire." Considerando el candor y los vicios de los franceses en la época que describimos, parece que se ven reunidas y confundidas la infancia y la decrepitud de un pueblo. Luis, tan atrevido en los combates, y Enrique II tan audaz en sus empresas contra los barones de su reino, fueron sin embargo muy sumisos, á la corte de Roma, y aumentaron su autoridad temporal, necesaria todavía en un siglo en que las costumbres eran bárbaras y el feudalismo estaba en su mayor

auge. Los legados de la santa sede, arengando en una junta de obispos y barones ante la cual habian mandado comparecer al rey de Inglaterra, dijeron: "Nosotros nada tememos: porque hablamos en nombre de una potencia, acostumbrada á dictar leyes á los monarcas, príncipes y pueblos." Esta espresion demuestra que el poder político supremo de la sociedad cristiana era entonces el pontífice de Roma. El mismo Condillac confiesa que los papas nunca formaron un *plan metódico de usurpacion* (así llaman al engrandecimiento de su autoridad): prueba de que esta autoridad fue una de las necesidades de la época. Luis el Joven era muy religioso: en los mayores peligros se le veía entregado á la oracion y dando ejemplo á sus soldados del ayuno mas austero. Cuando volvió de Jerusalen, rehusó por escrúpulo un indulto que el papa queria concederle para la colacion de los principales beneficios que vacasen en Francia. No obstante su piedad, muchos autores le atribuyen un hijo natural, llamado Felipe, que, segun dicen, fue dean de san Martin de Tours. Para que fuese menos brillante un reinado, cuyo esplendor habia oscurecido por un divorcio impolítico, la pérdida de tantas provincias, la suerte colocó á Luis el Menor entre dos monarcas célebres, Luis el Gordo su padre y Felipe Augusto su hijo. La justicia de la historia no da lugar á Luis VII entre los grandes reyes: pero lo pone con honor en la clase de los guerreros esforzados y de los nobles caballeros.

CAPITULO XXIII.

Felipe segundo Augusto.

Felipe Augusto, rey de Francia. Pacificacion de Francia. Edificacion de la catedral de París. Muerte de Godofre, duque de Bretaña. Guerra entre franceses é ingleses. Paz entre Felipe y Enrique. Cruzada de Felipe y Ricardo. Sitio de San Juan de Acre. Invasion de Normandía por Felipe. Nueva guerra en Normandía. Paz de Louviers. Liga de los señores franceses contra Felipe. Sitio de Chalus: muerte de Ricardo. Anulacion del divorcio de Ingelburga. Asesinato del duque de Bretaña. Juicio y condenacion del rey Juan. Incorporacion de Normandía con la corona de Francia. Conquista de Felipe en Turena y Bretaña. Tregua de dos años entre Felipe y Jüan. Cruzada contra los albigenses. Saco de Beziers. Sitio de Castelnaudany. Batalla de Muret. Batalla de Bowines. Victoria del príncipe Luis contra los albigenses. Luis, príncipe de Francia coronado rey de Inglaterra. Enrique III.

rey de Inglaterra. Toma de la Rochela por Luis. Proposicion de ceder al rey el condado de Tolosa.

Felipe Augusto rey de Francia (1180). Si Felipe Augusto participó en el trono de los errores de su siglo y cometió muchas de las faltas que la ignorancia hacia entonces comunes, tambien mostró las cualidades grandes y raras que dan celebridad á los príncipes y hacen respetables sus nombres á la posteridad. Era valiente, hábil, generoso, prudente en su política, firme en sus designios, rápido en sus empresas: reprimió el orgullo de los grandes varones, aseguró la autoridad real, protegió el pueblo, favoreció la restauracion de las letras, resistió á las pretensiones escesivas de la corte de Roma, reunió á su corona muchas ricas provincias que los ingleses habian separado de ella, aniquiló con las armas una coligacion poderosa, hizo respetar el nombre francés en Europa, hermoseó su capital con monumentos, y auxilió la naciente universidad que se esforzaba por introducir la luz del saber en el caos tenebroso de la edad media. En fin, este monarca fue uno de los grandes reyes de que Francia se gloría: sus contemporáneos le dieron el nombre de Argusto, porque nació en el mes de agosto, y la posteridad consagró este nombre por el esplendor de su reinado. Este título merecido fue mas glorioso para él, por-

que sobrevivió al de conquistador que tambien le dieron, y que la fortuna dispensa con mas frecuencia que la virtud. Mas no se crea por eso que no tuvo la buena suerte mucha influencia en los tiempos de Felipe. Ella abrevió los dias de Ricardo Corazon de Leon, rival formidable que le era superior en osadia y prontitud, y colocó en el trono británico á Juan Sin Tierra, príncipe cobarde y cruel que por sus yerros y maldades dió al rey de Francia ocasion y medios para reconquistar con bastante justicia la Normandía, el Anjou, la Turena, el Poitou y la Guiena. En aquellos tiempos feudales el señorio daba mas poder que el cetro: y Felipe reuniendo bajo su autoridad tantos y tan vastos dominios, acostumbró los pueblos al aumento de la potencia regia, y á confundirla con los derechos señoriales. M. Hallan, en sus juiciosas y profundas *Indagaciones*, observa con razon que los progresos de la monarquía en el reinado de Felipe Augusto fueron tan rápidos, que los grandes vasallos no tuvieron tiempo para preveer ni calcular la grande revolucion que amenazaba su existencia, ni para oponerse á ella. Felipe Augusto tenia quince años cuando fue coronado. Muchos historiadores empiezan á contar desde esta ceremonia la institucion de los doce pares de Francia. Enrique II, rey de Inglaterra, llevó en esta solemnidad, en calidad de duque de Normandía, la espada regia. El conde de Champaña, gran senescal, el camarero mayor, el botiller mayor y el con-

destable cumplieron las funciones de grandes dignatarios de la corona. El casamiento de Isabela de Henao y de Felipe se celebró, á pesar de la oposicion de la reina madre, y del conde y cardenal de Champaña. Algunos historiadores, engañados por el descontento de los barones de este partido, han supuesto, sin razon que el pueblo desaprobaba tambien aquel matrimonio. Al contrario la mayor parte de los autores convienen en decir que la union de la familia Carlovingia con la de los capetos escitó alegría universal.

El Rey era muy jóven y se creía necesaria una regencia. La reina Alix, el arzobispo de Reims, su hermano, y Felipe, conde de Flandes, disputaban el gobierno. Esta contestacion llenó la corte de partidos: pero el conde de Flandes triunfó, y como el rey acababa de casarse con su sobrina, la reina madre, celosa del escesivo poder del regente, se retiró á Champaña, sublevó á los señores del pais y á los condes de Blois, Chartres y Sancerre, é imploró la proteccion de Enrique, rey de Inglaterra, siempre dispuesto á aprovecharse de las disensiones de Francia. El arzobispo de Reims fomentaba con ardor esta insurreccion, y el conde de Sancerre, á quien Guillermo el Armorico llama *Comes sadrae Causaris*, mandaba las tropas del partido. Felipe, muy jóven para el gobierno, mas no para la pelea, marchó rápidamente contra Sancerre, le quitó la plaza de Chatillon sobre el Loira, abrasó el castillo, y segun las

costumbres bárbaras del siglo taló el pais. Despues de esta espedicion pasó á Bapaume á recibir á la reina Isabela, què fue coronada en San Dionis el dia de la Ascension. El rey creyó que le convenia coronarse segunda vez; y Guido, arzobispo de Sens, presidió esta ceremonia: en ella llevó la espada de condestable el conde de Flandes. Felipe, justamente enojado de ver á muchos grandes vasallos, y aun á sus mas cercanos parientes, armarse contra él en el momento que subia al trono, formó desde entonces la resolucion de reprimir su orgullo y abatir su poder: pero conociendo la necesidad de encubrir este gran designio, si habia de lograrlo, disimuló. "Todavia soy jóven, decia á uno de sus validos; y es fuerza que sufra sus ultrages: pero ellos envejecerán y serán mas flacos: yo creceré en fuerza y poder, y con el auxilio de Dios lograré reprimirlos." Era menester para pelear con la formidable Inglaterra y emprender una lid tan peligrosa con los grandes, juntar dinero: y esto fue lo que obligó á Felipe ó á su consejo á promulgar un decreto rigoroso contra los judíos.

El 14 de febrero de 1179 fueron presos todos los israelitas que habia en París, se cerró su sinagoga, y se confiscaron sus bienes, y se dió libertad á sus deudores para no pagar mas que la quinta parte de las deudas en utilidad del erario. Sus templos se mudaron en iglesias. La misma persecucion se estendió contra ellos en todos los dominios reales, y muchos señores imitaron el ejemplo. Este acto, contrario á todos

los derechos divinos y humanos, como observa justamente el presidente Henault, y desaprobado formalmente por un pontífice como Gregorio el grande, tuvo su origen en la creencia, entonces muy comun, de que los judíos crucificaban niños todos los años, robaban los vasos sagrados, y profanaban la cruz: y así el rey se mostró inexorable, á pesar de las representaciones de muchos obispos que intercedieron, movidos de la caridad cristiana, á favor de los Israelitas. Al mismo tiempo publicó otra ordenanza contra los blasfemos, la cual llevaba el sello del régimen feudal, pues los delincuentes ricos y nobles solo eran condenados á multa, y los pobres, plebeyos ó siervos, á ser ahogados en el agua. Estos defectos en el reinado de un gran rey que salia entonces de la infancia, no pueden atribuirse con justicia sino á su siglo, á sus ministros y á sus ayos. Las turbulencias civiles continuaban. El arzobispo de Reims, deseoso de propagarlas, se quejó, aunque inútilmente, al papa de la ofensa que el rey le habia hecho, quitándole la prerógativa de presidir en la ceremonia de la coronacion. La santa sede no sostuvo sus pretensiones.

Pacificacion de Francia. (1182). El rey de Inglaterra desembarcó en Normandía, y acudieron á él la reina madre y los señores descontentos. Felipe marchó contra ellos, y los ejércitos se encontraron: pero antes de dar una batalla, en que se hubiera visto el escándalo de una madre haciendo guerra á su hijo, se celebró

una conferencia cerca de Yvry de Gisors. Parecia que la lid diplomática no era igual entre Enrique, monarca viejo y esperimentado, y un rey de quince años. El ingles, confiado en el ascendiente que podian darle su edad, su gloria y su poder, empleó succesivamente súplicas y amenazas para mover á Felipe á que llamase á su corte á su madre y sus tios, es decir, á que volviese bajo su tutela. Pero el niño rey, mostrando osadía y firmeza superiores á su edad, y guiado por los consejos del mariscal Roberto Clemente de Metz, ministro suyo, se negó á reconciliarse con sus tios. No obstante, resistiendo por otra parte á sus consejeros que se oponian á que volviese la reina madre, y no temiendo la influencia de ésta cuando estuviese sola al lado suyo, prometió recibirla, y darle renta conveniente á su clase, cuando muriese el rey Luis el jóven, que entonces estaba próximo á espirar. Enrique insistió en vano sobre la necesidad, que él llamaba obligacion, de concluir la paz con los condes de Champaña, Sancerre y Blois, y con el arzobispo de Reims.

Felipe respondió con altivez á las palabras algo altaneras del monarca ingles; "no debo dar cuenta de mi conducta sino á Dios. La autoridad real triunfará de las maquinaciones de los facciosos: no perdonaré sino á los que se sometan á mi poder, y castigaré con severidad á los que me resistan." Semejante firmeza en una edad tan corta le grangeó el aprecio y la admiracion de Enrique: las hostilidades cesaron, y habiendo

muerto el rey Luis dos meses despues; Enrique y Felipe, en prueba de afecto recíproco, confirmaron el convenio de Yvry, y concluyeron paces definitivas.

Libre el rey de la guerra estrangera, empleó su actividad en reprimir los latrocinios espantosos que cometian en toda Francia los brabanzones, cerreros y camineros; estos, cuando ningun príncipe los tomaba á su sueldo, no tenian mas recursos para vivir que el hurto y el saqueo. Las tropas reales los acometieron y persiguieron, y mataron á mas de 7000 de aquellos ladrones. El padre Daniel äprueba con razon esta severidad necesaria, aunque comete el yerro de disculpar la persecucion de los israelitas, dándole elogios tan injustos como contrarios á la dignidad de la historia.

Mientras que la derrota de los rebeldes inspiraba respeto á la dignidad real, largo tiempo despreciada, la caida espantosa de un príncipe poderoso en Germania, asombró á los pueblos acostumbrados á la impunidad de los grandes barones. El duque de Sajonia invadió los bienes de la iglesia de Colonia: el emperador marchó contra él, le venció, le arrojó de sus propios dominios, y citándole á juicio, hizo que la dieta de los grandes del imperio le condenase á destierro por siete años. Este duque de Sajonia era Enrique, por sobrenombre el Leon. Quedó despojado de sus vastos señoríos, que comprendian á Sajonia, Baviera y Westfalia. El emperador Federico dejó á esta antigua

familia solo el ducado de Brunswik, que posee actualmente. Este desgraciado príncipe era yerno del rey de Inglaterra é imploró su auxilio. El monarca inglés solicitó al rey de Francia y al conde de Flandes para que se coligasen con él contra el emperador: pero Federico por sus hábiles negociaciones conjuró la tempestad que le amenazaba, y el duque de Sajonia, perdida toda esperanza, se vió reducido á implorar su clemencia. El emperador no le volvió ninguno de los señoríos que le habia quitado: pero abrevió el tiempo de su destierro.

Aun cuando Felipe hubiera formado el impolítico proyecto de intervenir por la fuerza de las armas, sin ningun interes directo, en la querella del duque de Sajonia con el emperador, habria tenido que abandonar la empresa por los nuevos alborotos que se movieron poco despues en sus propios estados.

La reina madre Alix, restituida á la corte, habia logrado recobrar poco á poco su antigua influencia en el ánimo del rey, y disminuir la del conde de Flandes. El regente, indignado de su disfavor, abandonó inesperadamente á Felipe, socolor de resistir á pretensiones injustas que el rey alegaba tener sobre sus dominios, que segun este monarca, debian ser parte del dote de su muger Isabela. El conde de Flandes tomó las armas: y á esta señal el cardenal de Reims, el duque de Borgoña, los condes de Blois y de Saucerre, y un gran número de señores se unieron á él, temiendo la altivez de un monarca jóven

que queria y sabia reinar. Esperaban, con sus fuerzas reunidas, obligarle á sufrir las leyes que los barones antiguos impusieron á los carlovingios y á los primeros capetos. Felipe, fiando poco en el auxilio inconstante y efímero de las milicias feudales, imitó el ejemplo de Enrique II, rey de Inglaterra, tomó aventureros á su sueldo, y anticipándose con rapidez á la reunion de las fuerzas rebeldes, taló el condado de Saucerre, entró despues en Borgoña, tomó á Chatillon sobre el Sena, y derrotó é hizo prisionero al hijo del duque. La prontitud de estas espediciones aterró á los coligados. El duque de Borgoña y el conde de Saucerre se sometieron. Ignorábase el partido que seguiria el rey de Inglaterra. Felipe tuvo una conferencia y concluyó un tratado con él en Guisors. Este mismo año murió la condesa de Flandes. Felipe, dando oidos á su ambicion y á sus resentimientos contra el conde, mas bien que á la estricta justicia, pretendió que debia heredar á Amiens, á Perona y el condado del Vermandois. M. Hallam y otros muchos autores citan algunos documentos de los cuales se colige que esta pretension era poco fundada. Pero en aquel siglo, como rara vez habia intenciones sínceras, la reduccion de los tratados era oscura y vaga. La fuerza se ponia siempre en lugar del derecho. El conde de Flandes, habiéndosele intimado que entregase su dominio al rey, se negó á hacerlo y levantó poderoso ejército. La ciudad sola de Gante puso veinte mil hombres sobre las armas; lo que manifiesta cuantas riquezas co-

amenazaban adquirir los flamencos por el comercio.

Este grande armamento fue inútil por la poca habilidad del caudillo, que ni pudo tomar á Corbie ni sorprender á Betlusy, como proyectó, á pesar de que, orgulloso con sus fuerzas, se habia jactado de llegar rápidamente hasta Paris, y fijar en esta ciudad su estandarte. La marcha pronta de Felipe abatió su altanería, y hubo de retirarse cuando vió cerca el ejército real. El rey sitió el castillo de Bove, cercano á Amiens. El conde de Flandes acudió á defenderle, y desafió al monarca al combate. Pero los movimientos de Felipe le intimidaron: y en vez de dar batalla, continuó su retirada con tanta precipitacion que parecia fuga: y como el rey le perseguia con ardor, lleno de susto confesó su felonía, solicitó su gracia y consiguió la paz, cediendo á Felipe la ciudad de Amiens, el Vermandois y el condado de Sancerre. Este tratado se firmó en Crepy: en él se comprendió al duque de Borgoña que no se atrevia á resistir con solas sus fuerzas al vencedor. El rey estaba ofendido de la parcialidad que la reina habia mostrado contra él en esta lid con los flamencos, y queria repudiarla: pero el obispo de Senlis, su ministro, aplacó su ira y le disuadió su imprudente designio, haciéndole ver que era injusto, nocivo y escandaloso. Felipe, fiel á las máximas de su abuelo y de su padre, no perdia ocasion alguna de debilitar á los grandes, favoreciendo contra ellos á los vasallos subalternos. El señor

de Vergy habia sido injustamente despojado por el duque de Borgoña. El rey hizo citar al duque ante el tribunal de los pares, que le condenó á restituir á Vergy, y pagar una multa de tres mil libras

Los últimos años del reinado de Enrique II de Inglaterra fueron turbados con disensiones de familia, y su estrella se eclipsaba ante la del jóven rey de los franceses, que lucia con el mayor esplendor. Enrique, hijo mayor del monarca inglés, que aspiraba á ser indepediente, se reveló contra su padre y pidió socorro á Felipe; pero no lo alcanzó. Habiendo fallecido poco despues, exigió Felipe que se le restituyesen Guisors y el Vegin, dados en dote á Margarita de Francia, viuda de aquel príncipe. Despues de una contestacion muy larga, se redujeron las pretensiones de Margarita á una viudedad de mil setecientas cincuenta libras. Esta reina casóen segundas nuncias con Bela, rey de Ungría. Los aldeanos oprimidos por los señores, se habian reunido en muchas provincias de Francia, formando cuadrillas muy crecidas: estos rebeldes tomaron el nombre de *pastorcillos*. Su primer pretesto habia sido oponerse á la tiranía de los barones, y dar fin á sus guerras privadas, que eran ruina de los pueblos. Pero despues, deseosos de venganza y de dinero, se convirtieron en ladrones, se icorporaron con los camineros y cerreros, y aterraron y talaron la Francia: El ejército del rey marchó contra ellos y estermínó gran número de estos insurgentes: los demas perecieron á manos de los

señores que juntaron sus fuerzas para destruirlos. Harto desmintió esta liga esterminadora el título que habia tomado de *liga pacífica.*

Edificacion de la catedral de Paris (1184). El año 1184 fué una época memorable para los parisienses. La capital, digna entonces del nombre de *Lutecia*, no era mas que un monton de lodo. En el invierno apenas se podia transitar de un cuartel á otro: y el mismo palacio era infestado por los vapores del fango que removian los caballos y carros. Felipe Augusto mandó empedrar las tres calles principales de Paris. No menos atento á hermosear la capital, que á aumentar su poder y á reformar las leyes, descansaba de los trabajos militares dedicándose con igual actividad á los del gobierno. Al mismo tiempo comenzó Mauricio de Silly á edificar la iglesia de nuestra Señora: y Felipe hizo rodear de tapias el bosque de Vincennes, para cuyo parque le envió el rey de Inglaterra gran número de ciervos y venados. Este monarca astuto procuraba, lisonjeando la vanidad del rey de Francia, dispensarse con aquellos frívolos dones y vana cortesía, de cumplir sus promesas. Ricardo Corazon de Leon, su heredero, debia casar con Alix, hermana de Felipe, y Enrique diferia esta union con diversos pretestos. Unos atribuyeron la dilacion á la repugnancia de Ricardo y á su carácter orgulloso é independiente: otros, con mas razon, á que el anciano Enrique, cuyas pasiones nunca contuvo la decencia, enamorado de Alix, la habia seducido.

Este ultrage de la moral pública y doméstica destruyó en sus hijos el respeto debido á la autoridad paternal, cuyo principal apoyo es la virtud. Los tres hijos del rey de Inglaterra se revelaron contra él: Godofre, duque de Bretaña, para apoderarse del Anjou: Ricardo y Juan, para poseer la Guiena, el Saintonge y el Limosin. Enrique acudió á resistirles: pero los halló sostenidos por un gran número de señores. Entonces resolvió emplear la amabilidad en lugar de la fuerza, y los llamó á una conferencia, en la cual los príncipes mostraron mas altanería que deseos de paz. El padre fue desconocido por los hijos y tratado como enemigo por los partidarios de ellos. Respondió á sus reprensiones con injurias: al perdon que le ofrecian, con insultos: y cuando se retiró, fue despedido á flechazos, y corrió peligro de muerte.

Muerte de Godofre duque de Bretaña. (1186). Godofre, duque de Bretaña, falleció poco despues. Este príncipe fue el primero que estableció en sus estados la herencia de los feudos por el primogénito, dejando solamente á los menores el derecho á una pension alimenticia: costumbre, que despues se hizo general.

Guerra entre franceses é ingleses. (1187). La muerte del duque de Bretaña complicó las disensiones que turbaban los últimos dias de Enrique. Felipe Augusto pretendió en calidad de soberano, la tutela de Leonor, hija y heredera de Godofre. Enrique la disputaba, como abuelo de la princesa. Estas contestaciones fueron causa

de una nueva guerra entre ambos monarcas. Voltaire dice con razon que estas frecuentes guerras entre Felipe Augusto y los reyes ingleses eran inevitables. Era preciso que el soberano procurase sostener su autoridad despreciada por los vasallos poderosos. Compara estas rencillas á los contagios, que despueblan las provincias, sin alterar sus límites ni mejorar sus costumbres. El rompimiento de la paz dió esta vez claro testimonio de aquella disposicion de los ánimos: pues Ricardo Corazon de Leon, á quien su padre habia cedido el Poitou y la Guiena, se negaba orgullosamente á prestar homenage al rey de Francia por estas dos provincias. Felipé, reuniendo sus tropas con prontitud, sorprendió á los enemigos, pasó el Loira, tomó á Issoudun y otras muchas plazas, y sitió á Chateauroux, donde se habian encerrado el príncipe Ricardo y Juan su hermano. Enrique acudió á socorrer sus hijos. Los dos ejércitos estaban ya para venir á las manos, cuando los legados del papa Urbano III se presentaron en medio de los dos campos. Su voz pacífica fue oida, y por su mediacion se concluyó una tregua, ventajosa á Francia, pues Felipe conservó las plazas que habia tomado. El impetuoso Ricardo, descontento de lo poco que le habia servido la asistencia de su padre, rindió homenage á Felipe y solicitó su amistad.

En este año la reina Isabela dió á luz un hijo, llamado Luis, y que despues tuvo el sobrenombre de Leon. La sangre de Carlomagno y la de

Hugo Capeto corrian por sus venas. La herencia de dos familias gloriosas, recordando tan heróicas memorias, causó en Francia alegría general: celebráronse en la corte fiestas brillantes y en París hubo ocho noches de iluminacion. Era comun entonces la preocupacion sumamente útil de que el genio se transmite con el nombre, y asi los herederos de familias ilustres procuraban no degenerar de la virtud de sus antepasados, por no convertir la gloria del nacimiento en mancha ignominiosa.

Mientras Francia, llena de esperanza, brillaba bajo el cetro de un rey jóven, afable y generoso, activo y vencedor, y se entregaba toda al júbilo, las funestas noticias que llegaron de Palestina, entristecieron el Occidente. El estandarte de Mahoma triunfaba de la cruz: el sepulcro de Jesucristo habia vuelto á poder de los musulmanes; y el papa para despertar el celo religioso de los príncipes de Europa, hizo que sus legados, el arzobispo de Tiro y el obispo de Albano, predicasen una nueva cruzada. Saladino, célebre conquistador, era entonces el héroe de Asia. Despues de destronar y dar muerte al soldan de Egipto, se ciñó la corona, y mostró las esperanzas y el designio de reinar en todo el Oriente. Los cristianos amedrentados encargaron al arzobispo de Tiro que pasase á Europa á pedir socorro á los príncipes cristianos: pero los esfuerzos de este prelado habian sido infructuosos; porque halló al rey Luis el menor muy empeñado en la guerra contra los

ingleses, y al rey de Inglaterra, en su funesto proceso por el asesinato de Belset: en fin el emperador Federico estaba en lid manifiesta contra el pontífice. Las fuerzas de los cruzados de Palestina, agotadas diariamente en sangrientos combates, estaban ademas debilitadas por sus divisiones intestinas, consecuencias inevitables de la anarquia feudal. Saladino se aprovechó de estas discordias para tomar á Gaza. Amaury, rey de Jerusalen, habia ya muerto, y su hijo Balduino IV, niño de trece años, ocupaba el trono bajo la tutela de Raymundo, conde de Trípoli. Balduino enfermó de lepra, tuvo que renunciar á la corona y al trato de los hombres, y dudaba á quien elegir por sucesor. El conde de Trípoli y el príncipe de Antioquía solicitaban la corona al frente de sus tropas. Balduino, indignado de esta violencia, casó su hermana Sibila, viuda del marques de Montferrato, con Guido de Lusignan, dió á este señor los condados de Jafa y Ascalon, y le confió el gobierno del reino: pero, tan inconstante como débil, mudó de designio poco tiempo despues, quiso despojar á Guido de lo que acababa de darle, y entregó el cetro á su sobrino Balduino hijo de Sibila: de modo que esta princesa que ya se creia reina, fue no mas que madre de rey. Lusignan quiso conservar por la fuerza el poder que le quitaba un rey moribundo, y excitó una sublevacion á favor suyo en Jerusalen. Casi al mismo tiempo fallecieron los dos Balduinos, y Lusignan fue proclamado rey por el pueblo.

Este consentimiento general obligó al conde de Trípoli, que le disputaba el trono, á disimular su sentimiento y á fingir sumision. Pero resuelto desde entonces á la venganza, y sacrificando su patria y religion á un infame orgullo, vendió la causa de los cristianos y trató secretamente con Saladino. De todos los príncipes cruzados, era Lusignan por desgracia, el menos aproposito para defender en tan gran peligro el cetro y la cruz. Su mismo hermano, al saber su eleccion, dijo: "si hacen rey á un hombre como ese, voy á solicitar que me elijan por Dios." Este débil príncipe, confiando ciegamente en el traidor conde de Trípoli, juntó su ejército, marchó contra Saladino, y le presentó arrogantemente la batalla en la llanura de Tiberiade. Dada la señal del combate, acometió el conde al enemigo con fingida impetuosidad, y despues de dado el primer ataque, se retira: Lusignan acude á reforzarle: pero en el momento de trabarse la pelea, el rey se ve abandonado de su traidor vasallo, cuyas tropas se ponen en fuga. Cercado de sarracenos, busca en vano recursos en el corage de la desesperacion: su egército es destrozado: los intrépidos templarios que le acompañan y le sirven de escudo, son esterminados hasta el último: el mismo rey queda prisionero: y la perdicion del reino es la consecuencia inmediata de tan espantosa derrota. Las ciudades de Acre, Berito y Jerusalen se rindieron al vencedor y la reina Sibila le entregó la plaza de Ascalon en

rescate de su marido. Despues de este gran desastre, no conservaron los cristianos de Oriente mas que á Antioquía y Trípoli: Tiro estaba ya para caer en poder de los árabes; pero el marques de Montferrato la salvó. Saladino, aprovechándose de la traicion y despreciando al traidor, dejó vivir y morir olvidado al conde de Trípoli, odioso igualmente á los cristianos y á los musulmanes.

Cuando estas tristes noticias llegaron á Europa, el pontífice murió de pesar. Gregorio VIII su sucesor, que reinó muy poco tiempo, escribió á todos los fieles cartas fervorosas para incitarlos á las armas. Clemente III que le sucedió, mandó hacer rogativas públicas en toda la cristiandad: y sus legados suplicaron á los reyes de Francia é Inglaterra que olvidasen su antigua competencia, se armasen para sostener el cristianismo y sacrificasen su ambicion mundana á la salvacion de sus hermanos y de su culto. Apenas resonó en Europa la caida de Jerusalen, el celo religioso y militar despertó: los franceses é ingleses fueron los primeros en tomar las armas con el ardor que debian inspirar en un siglo caballeroso la fe ultrajada y la gloria abatida. No obstante, la esplosion de este celo ferviente se retardaba aun por la nueva guerra movida entre Felipe y Enrique: pero el duque de Borgoña, y los condes de Flandes, Champaña, Blois, Perdu y Sancerre se opusieron á esta guerra, que dejaria sin socorro los cristianos de Oriente en manos de sus bárbaros enemigos.

La mayor parte de los señores franceses siguieron su ejemplo, y declararon al rey que le negarian su asistencia. Felipe cedió, y en el año de 1188, en medio de una llanura situada entre Try y Gisors, reunidos los reyes de Francia é Inglaterra concluyeron una tregua nueva. Allí los dos ejércitos, y aun se podria decir las dos naciones, recibieron la cruz de manos del arzobispo de Tiro, con grande entusiasmo religioso, que no pudo estinguir la memoria de tanta sangre derramada en Palestina. El campo que contenia aquella multitud inmensa de entrambos pueblos, poco antes enemigos, y reunidos ya bajo un mismo estandarte, tuvo y conservó despues el nombre de *Campo sagrado.* Aquella reunion religiosa y militar, antes de separarse, decidió que la cruz de los franceses sería roja, la de los ingleses blanca, y la de los flamencos verde. El legado concedió en nombre del sumo pontífice indulgencia plenaria á los fieles que se armasen por la santa causa. Autorizóse á los reyes á imponer contribucion sobre los bienes muebles y raices de los que no tomasen la cruz. La iglesia prohibió todo lujo á los peregrinos, y llevar mugeres: porque en las anteriores cruzadas se habia observado en los campamentos mucha corrupcion de costumbres. Guillermo de Tiro atribuia la decadencia del poder de los latinos en Oriente á su perversidad é indisciplina y á las competencias de sus gefes; cuando los musulmanes, severos entonces en su conducta, obedecian todos á un mismo

soberano, y no habian imitado de los europeos mas que las armas, la lanza, la cota de malla, y detestaban como pestes los usos, distinciones y costumbres feudales.

Poco tiempo despues de la asamblea de Gisors, falleció la reina Isabela, del parto de dos gemelos, los cuales le sobrevivieron no mas que tres dias. El dolor del rey fue tan grande como justo; porque las virtudes de Isabela le habian ganado el amor del pueblo y de su esposo. Felipe, triunfando de su sentimiento, empleó su actividad en las providencias necesarias para asegurar la tranquilidad interior y el buen éxito de la cruzada. Los señores mas poderosos partian á Palestina, y su ausencia era prenda del reposo de Francia. Los principales cruzados eran el duque de Borgoña, los condes de Dreux, Flandes, Blois, Perche, Rochefort, Champaña, Saint Valery, Avenne, Clermont, Soissons, Nevers, Baz y Sancerre, dos Montmorencis, los arzobispos de Ruan y Cantorbery, los obispos de Beauvaisy de Chartres, é inmenso número de nobles y sacerdotes.

Felipe impuso una contribucion cuantiosa sobre las rentas del clero, la cual se llamó *diezmo Saladino*: pero el clero se opuso á ella, y se quejó al mismo tiempo de las depredaciones que los nobles cometian en las tierras eclesiásticas. Felipe, en lugar de mandar á los señores que cesasen en sus robos, se contentó con suplicarlo. Los obispos renovaron sus lamentaciones; quejándose de que en lugar de reprimir

el latrocinio, no hacía mas que dar buenos consejos á los ladrones. "Yo os imito, les respondió Felipe. Me negais un subsidio necesario: yo solo os defiendo con mis ruegos, así como vosotros no quereis asistirme sino con vuestras oraciones." Este ludibrio, que tiene algo de impío, nos parece indigno de un gran rey y de un rey cristiano. Justo era á la verdad que el clero contribuyese para la causa comun del cristianismo: mas no se le debia obligar á ello negándole la justicia que reclamaba.

El restablecimiento de la paz general, tan necesario en el momento de emprender guerra tan lejana, fue de poca duracion. Ricardo Corazon de Leon, cuyo carácter era impetuoso, y cuya ambicion ni daba oidos á los consejos ni temia los obstáculos, despreciando las órdenes de su padre, del rey de Francia y del pontífice, que habian prohibido formalmente las guerras particulares durante el tiempo de la cruzada, acometió de improviso á Raimundo, conde de Tolosa, con el designio de apoderarse de sus estados. Raimundo se quejó á los dos monarcas, y Enrique desaprobó la conducta de su hijo. Felipe marchó contra Ricardo al frente de sus tropas, entró en el Berry y en la Auvernia, y tomó por asalto casi todas las fortalezas de estas provincias. El rey de Inglaterra indignado de tantas pérdidas, desembarcó en Normandía con su ejército. La guerra entre ambos reyes se volvió á encender, y Felipe, que acababa de tomar á Vendoma, marchó contra

Enrique. Antes de pelear, cediendo los dos monarcas á las instancias de los grandes, que veian con pesar su rompimiento y los exortaban á que entablasen negociaciones, se citaron para el lugar ordinario de sus conferencias, que era entre Gisors y Try. Pero esta vez se separaron sin haber podido convenirse. Entonces el conde de Flandes y la mayor parte de los señores franceses negaron sus socorros al rey. Felipe, para remplazar sus tropas, llamó á su campamento á los brabanzones; pero se entregaron al pillage con tal ardor, que el rey tuvo que mandar á los soldados mas leales que los desarmasen y los echasen del ejército.

En este mismo tiempo Ricardo, cuya violencia caprichosa destruia todos los designios de la política de su padre, mudó repentinamente de voluntad, se sometió á Felipe, le prestó homenage y le prometió comparecer ante el tribunal de los pares. Al saber esto el rey de Inglaterra, prorrumpió en amargas quejas contra su hijo, con tanta mas razon, cuanto Ricardo, no contento con la investidura de Guiena, habia recibido de Felipe la de Normandía, sin consentimiento de su padre.

Paz entre Felipe y Enrique (1189). El papa se declaró á favor del padre injuriado contra el hijo rebelde, y escomulgó á Ricardo: pero los señores normandos y bretones á pesar de los rayos de la iglesia, le reconocieron solemnemente por su soberano. Roma veía con suma afliccion estas sangrientas discusiones que pri-

vaban de todo socorro á los cristianos de Palestina. El cardenal Ananías, nuevo legado, procuró con tanta ansia la paz, que los dos reyes convinieron en tomar por árbitros á él, y á los arzobispos de Bourges, Ruan y Cantorbery. Conviniéronse en celebrar una conferencia, que se verificó en la Ferté-Bernard. Felipe se quejó en ella amargamente de la dilacion del casamiento de Alix, pidió que se confirmase el homenage de Ricardo, y que Juan Sintierra, hermano de este príncipe, tomase la cruz. Enrique no queria aceptar estas proposiciones, en que persistia el rey de Francia. El legado amenazó á éste que pondria entredicho en su reino. Felipe le respondió enojado: "Ese entredicho será injusto, y jamas permitiré que se ponga en ejecucion. Roma no es mi juez, cuando tengo por conveniente reprimir vasallos rebeldes ó envidiosos, y defiendo el honor de mi corona. No teneis vos celo sincero por la paz, sino parcialidad declarada por las esterlinas inglesas." El legado replicó aun mas violentamente, y dirigió á Ricardo reprensiones amargas. El fogoso príncipe saca la espada, y se arroja con ímpetu al cardenal: y habria terminado la disputa dándole muerte, á no interponerse entre los dos un gran número de señores. Ricardo, cuya ira se aumentaba con la resistencia, insultando á su padre que estaba presente, se echa á los pies de Felipe y le hace homenage por todos sus dominios. "Los he recibido, dijo, del rey de Inglaterra como padre: los poseo del rey de

Francia como señor." Esta accion atrevida habia sido tan pronta, que no fue posible oponerse á ella, y así se terminó la conferencia: separáronse, y unos y otros acudieron á las armas.

Felipe y Ricardo unieron sus fuerzas y tomaron por asalto la Ferté-Bernard. Enrique, no teniendo bastantes tropas para presentarse en el campo, y creyendo que los franceses acometerian á Tours, se dirigió á Mans. Felipe que le habia engañado con una falsa marcha, se presentó de improviso junto á las murallas de Mans, desbarató á los ingleses que defendian el puente, los persiguió y entró mezclado con ellos en la plaza. Enrique, en el momento en que iba á caer prisionero, se salvó con dificultad él huyendo prontamente. Todo su ejército quedó dispersado. Felipe, aprovechándose con rapidez de su triunfo, se apoderó en pocos dias de muchas plazas que en otros tiempos hubieran costado años de guerra. La ciudad de Tours cayó tambien en su poder. Solo el orgullo de Enrique sobrevivia á sus fuerzas, á su fortuna y á su gloria. Ni queria ceder, ni podia combatir. Al fin, las súplicas del duque de Borgoña, del conde de Flandes y de otros señores vencieron su obstinacion. Hubo de sufrir, aunque pesaroso, la ley de la necesidad: visitó á Felipe en su campamento, le prestó homenage por todos sus dominios, y prometió que Ricardo casaria con Alix, cuando volviese de Palestina. Los dos monarcas convinieron en reunirse el año siguiente en Vezelay.

Enrique pagó un tributo de 20000 marcos de plata para la guerra santa. Los barones de Inglaterra juraron que si un rey violaba este tratado, unirian sus armas á las del rey de Francia. Felipe y Ricardo guardaron en prendas de que estas condiciones se cumplirian, las ciudades de Mans, Tours, Chateau del Loir, y á su eleccion una de las siguientes fortalezas, Trou, Pasy, Gisors ó Nonancourt. Montesquieu observa que para evitar en lo sucesivo semejantes contestaciones, harto frecuentes en la anarquía feudal, Felipe, el duque de Borgoña, y otros muchos barones declararon en un acta solemne, que un feudo de cualquier modo que se dividiese, dependeria siempre del mismo señor. Despues de la conferencia, estando en conversacion los dos reyes al pie de un árbol, cayó un rayo entre ellos. Felipe permaneció en pie sin manifestar ninguna emocion: el rey de Inglaterra, enflaquecido por la edad y las pesadumbres se desmayó.

Este infeliz monarca, despues de firmada la paz, consiguió de Felipe que le mostrase la lista de los señores ingleses que habian entrado en coligacion con sus enemigos: y al ver en ella el nombre del príncipe Juan, á quien mas queria de todos sus hijos, no pudo resistir al dolor; y asaltado de una calentura violenta falleció en Chinon de allí á pocos dias. Enrique, ejemplo memorable de la fragilidad del poder, cuando se funda en la fuerza y no en el amor, vió, mientras espiraba, á sus mismos criados repar-

tir sus riquezas y saquear sus muebles. Su cadaver fue desamparado de todos los que le adulaban el dia antes. Acababa de dar el último suspiro, cuando Ricardo, heredero de su corona y causa principal de sus infortunios, se acercó al lecho fúnebre. Muchos historiadores de aquel tiempo aseguran que al llegarse el hijo rebelde, la sangre del padre salió á borbotones por las narices. El sentimiento de indignacion virtuosa hizo creer entonces este hecho inverosimil. Ricardo pensó espiar sus yerros honrando en Fontebrault con magníficas exequias al padre y monarca, cuyos dias habia abreviado con su ingratitud.

Enrique fue un rey tan desgraciado al fin de sus dias como grande habia aparecido al principio de su carrera. El divorcio impolítico de Luis VII le proporcionó medios para aumentar su poder mucho mas que hubiera hecho por conquistas. Era profundo en sus miras, animoso en los combates, firme en el gobierno: debió su gloria á su habilidad, y sus desgracias á las intrigas de su muger y á la ambicion de sus hijos. El cura de Neuilly, atreviéndose un dia á reprender á Ricardo por sus vicios, dijo: "desconfiad de tres hijas muy nocibas que estan á vuestro lado, y son el orgullo, la avaricia y la impureza." Ricardo le respondió sonriéndose; "decis bien, es preciso salir de ellas: y así mando mi orgullo á los templarios, mi avaricia á los monges del Cister, y mi incontinencia á los prelados ingleses."

Cruzada de Felipe y Ricardo (1190). Ricardo recibió con toda solemnidad la corona de Inglaterra. Despues de esta ceremonia, los dos reyes se vieron en Nonancourt, y prometieron de nuevo pasar inmediatamente á Palestina. En aquella conferencia los dos príncipes, destinados por su carácter y ambicion á aborrecerse y pelear continuamente, se juraron uno á otro la fraternidad de armas, que entonces se miraba como sagrada.

Vezelay fue el lugar destinado para la reunion de los dos ejércitos. Los reyes y barones firmaron en Saint Hilarie el tratado de alianza entre Francia é Ingraterra. En él se prometia fidelidad recíproca; y entrambos reyes se obligaban á defender mutuamente sus tronos y personas á costa de sus bienes y vidas. Felipe declaró que pelearia por la seguridad de los dominios del rey de Inglaterra, como por la de París. "Ricardo defenderá, decia el ingles, esta capital como á Ruan." Los señores renunciaron, por todo el tiempo de la cruzada, á las guerras particulares. En fin, el conde de Perche juró á Ricardo por *el alma del rey de Francia*, y Guillermo el mariscal, á Felipe, por *el alma del Rey de Inglaterra*, que en el término señalado estaria todo dispuesto para la partida de los cruzados. Promulgóse entonces un decreto severo contra los desórdenes que cometian habitualmente los militares en aquel siglo bárbaro: decreto, que manifestaba en su mismo rigor la impotencia y al mismo tiempo la ne-

cesidad de las leyes. Segun él, el castigo del homicida era atarle al cadáver de su víctima, y arrojarle al mar ó enterrarle vivo. Al que hería á otro, se le cortaba la mano. Toda injuria se castigaba con multa de una onza de plata. A los ladrones se les rapaba la cabeza, que despues se cubria de pez hirviendo y de plumas. Rimez dice que este singular reglamento fue de solo Ricardo: y en efecto, ley tan violenta lleva en sí misma el sello del carácter fogoso de este príncipe, mas guerrero que legislador. Cuando los dos monarcas firmaron este tratado, eran sínceras sus intenciones: y así se prometieron recíprocamente, que si uno de ellos fallecia en la Tierra santa, sus tesoros y tropas quedarian á disposicion del que le sobreviese. En este momento de bonanza, al cual debian seguir tan largas tempestades, Leonor, reina viuda de Inglaterra, y causa funesta de la ruina de Francia y de las desgracias de sus dos maridos, hizo homenages á Felipe por el ducado de Guiena.

El rey, en un testamento que segun la costumbre hizo firmar por los cuatro dignatarios principales de la corona, y refrendar por el canciller, confió la regencia de sus estados y la tutela de su hijo Luis, que entonces tenia trece años, á su madre la reina Adelaida de Champaña, y á su tio el arzobispo de Reims. Pero al mismo tiempo para limitar la autoridad de los regentes, dejó en poder de sus grandes dignatarios un acto que contenia muchas dis-

posiciones restrictivas, entre las cuales observa Mezeray una que mandaba consultar á un ermitaño llamado Bernardo, en el nombramiento de todos los beneficios que vacasen durante la ausencia del rey Felipe, siguiendo el ejemplo de sus predecesores, fue solemnemente á tomar en San Dionis el oriflama. Tambien recibió allí como peregrino el manto, la calabaza y el bordon. La abadía de San Dionis era entonces en grande veneracion para los franceses por su antigüedad, sus muchas riquezas y preciosas reliquias, entre las cuales estaba la corona de espinas de Jesucristo, regalada al monasterio por Carlos el Calvo. Mientras Felipe estuvo en Palestina, cayó enfermo el príncipe Luis su hijo, y tocado con ella recobró la salud. Algunos han negado que el verdadero cuerpo de San Dionisio sea el que se halla en esta ilustre abadía. El papa Inocencio III creia que el cadáver de este apóstol de Francia era el que se veneraba en Roma, y para terminar la disputa, lo regaló al monasterio de San Dionis: pero mas tarde el papa Leon IX declaró que el que se conservaba en Ratisbona era el verdadero. Cuando al renacer las letras en Europa, se estendieron las luces de la crítica sobre todos los puntos históricos, hubo mayor cuidado en el reconocimiento de los milagros y reliquias, que el que se usaba en los siglos ignorantes y candorosos de la edad media.

No oponiéndose ningun incidente político al cumplimiento de los tratados, los ejércitos fran-

ceses é ingleses se reunieron en 1190 en las llanuras de Vezelay, y marcharon juntos hasta Leon, donde se separaron, tomando Felipe el camino de Génova y Ricardo el de Marsella. La mala fe de los griegos y las turbulencias que agitaban el imperio de Oriente, quitaron á los cruzados el deseo de atravesar la Grecia. Revoluciones sangrientas habian derrivado sucesivamente el trono á dos emperadores. El bárbaro Andrónico, despues de inmolar al jóven príncipe que debia proteger y de obligar á su viuda á darle la mano, espió sus crímenes, víctima del furor popular: y así se vió á una princesa de la sangre real de Francia dos veces coronada, casada, viuda y despojada de la corona. El nuevo emperador Isaac Angel, príncipe sin virtud, valor ni talento, fue llamado por la suerte y por la inconstancia del pueblo al trono vacilante de los césares. Este indigno sucesor de Constantino concluyó un tratado con el soldan de Egipto y Siria, y le prometió cien galeras para pelear contra los cruzados: lo que escitó la indignacion de los reyes de Francia é Inglaterra, y partieron á Oriente mas irritados quizá contra los griegos que contra los mahometanos. Felipe llegó primero á Génova: Ricardo no encontró aparejada su escuadra, y compró en Marsella treinta bajeles. Cuando los hubo tripulado partió á Liguria donde se reunió con el ejército frances. Las dos armadas se dirijieron á Sicilia. El furor de los temporales habia maltratado muchos buques, y se detuvieron en Mesina para reparar

làs averías. Felipe, siempre generoso, sacó de su tesoro las sumas necesarias para indemnizar á sus barones de las pérdidas que habian sufrido en armas y caballos. Despues de una corta detencion volvió á embarcarse: pero los vientos contrarios le forzaron á entrar otra vez en el puerto. Entónces reinaba en Sicilia Tancredo, hijo natual del valiente Rugero. Guillermo, último rey de aquella isla, habia dejado, al morir, por única heredera de su trono á su hermana Constanza. Tancredo se apoderó del trono en perjuicio de esta princesa, que casó con el emperador Enrique VI, amigo de Felipe, y así Tancredo debia temer el enojo de uno y otro. No ménos se recelaba de Ricardo, á cuya hermana, viuda del último rey de Sicilia, tenia prisionera. Viendo, pues, llegar á sus puertos dos enemigos tan poderosos, procuraba reconciliarse con ellos, ó á lo menos dividirlos para tener proteccion en el uno contra el otro. Al principio esperó ganar la amistad del rey de Francia, proponiéndole dar en casamiento una de sus hijas al príncipe Luis. Felipe, pretestando la corta edad de los niños, pero en la realidad, temiendo descontentar al emperador, se negó á admitir la oferta. Ricardo llegó poco despues, y pidió con altanería que se pusiese en libertad su hermana Juana, se le devolviesen sus bienes y se le señalase viudedad. Tancredo condescendió en todo, Juana quedó libre, y el siciliano prodigó sus tesoros para comprar la amistad del monarca inglés. Esta reconciliacion no fue síncera. Apenas Ri-

cardo tuvo á su hermana en su poder, se mostró conquistador mas bien que aliado, se apoderó de un fuerte y puso en él guarnicion inglesa. Los sicilianos, creyendo que queria hacerse dueño de la isla, tomaron las armas y cerraron á los ingleses las puertas de Mesina. Los ingleses, sin esperar órdenes de su rey, quisieron escalar las murallas. En vano Ricardo y Tancredo mandaron á los combatientes que suspendiesen el asalto: solo la autoridad de Felipe apaciguó el tumulto y contuvo las hostilidades. Pero al dia siguiente, cuando el rey de Francia, por ruegos de los magistrados de Mesina, conferenciaba con Ricardo para terminar la querella, el rey inglés, sabiendo que los mesineses habian hecho una salida, interrumpe la conferencia, acude á sus reales, acomete á los sicilianos, los ahuyenta y persigue, entra con ellos en la ciudad y tremola su bandera en las murallas: Felipe, testigo de tanta osadía, esclama enojado: ¿"Cómo un vasallo mio se atreve á arbolar su estandarte en la ciudad que yo habito?" y manda á los franceses que quiten la bandera y pongan la suya.

Los dos ejércitos avanzan el uno contra el otro. Los arcos se estienden, las espadas brillan, la matanza va á comenzar, cuando Ricardo suplica al rey de Francia que aplaque su ira. "Estoy pronto le dice, por respeto á vos, á quitar el estandarte que mi victoria colocó en esos muros: pero lo que puedo hacer voluntariamente, no lo conseguireis por fuerza sino despues de muchos combates y de haceros responsable de toda

la sangre que costarian." Su sumision, aunque algo amenazadora todavía, mitigó el resentimiento de Felipe: y convinieron en que los dos reyes quedarian por señores de la ciudad, la cual seria guarnecida por los caballeros del temple y del hospital, hasta que se pagase enteramente la viudedad de la reina Juana.

Tancredo dió satisfaccion al rey de Inglaterra, é hizo paz definitiva con él. Fue condicion de este tratado el casamiento de una de las hijas de Tancredo con Arturo, duque de Bretaña y sobrino de Ricardo. El convenio se firmó bajo la mediacion de Felipe. El celo religioso triunfó asi del orgullo de los dos monarcas competidores: la calma sucedió á la tormenta, y una cordialidad aparente ocultó por algun tiempo la mútua envidia, mas adormecida que disipada. Tancredo, no muy contento de la reconciliacion, tuvo una conferencia secreta con Ricardo, y le dijo: "Desconfiad del rey de Francia: el duque de Borgoña me ha dado de su parte una carta en que os acusa de perfidia y traicion, y me promete, si quiero reunirme á él, asaltar de noche vuestros reales." Ricardo respondió que no podia creer tan indigna accion, tan pérfido quebrantamiento de la fe jurada que ambos se habian prometido cuando emprendieron la guerra santa. Tancredo no le hizo mas réplica que ponerle la carta en la mano.

Felipe no tardó en conocer los recelos del rey de Inglaterra: y habiendo instado á Ricardo á que se esplicase, éste, poco habituado á disimu-

lar, le envió por mano del conde de Flandes la carta injuriosa que se le habia confiado. El rey de Francia, tan sorprendido como irritado, dijo que aquel escrito mentiroso no era suyo; sino un pretesto del rey de Inglaterra para romper los tratados, y dispensarse de tomar por esposa á su hermana Alix; pero que si faltaba á esta obligacion, él se vengaria con las armas cuando volviese de Palestina. No se habló mas de la carta, pues el frances negó haberla escrito: y solo hubo altercaciones sobre el matrimonio de Alix. Los dos reyes sabian que la reina Leonor, siempre activa en sus intrigas, siempre constante en su odio contra Francia, trataba entonces el casamiento de Ricardo con Berenguela, hija del rey de Navarra. Leonor, aborrecida en otro tiempo de su esposo Enrique II, atribuia todas sus desgracias á la malignidad de Alix. Pero Felipe instaba á Ricardo á que cumpliese sus promesas. El rey de Inglaterra, despues de haber rehusado por mucho tiempo esplicarse con claridad, manifestó en fin al monarca frances la verdadera causa de su repugnancia; y si se ha de creer al historiador Rugero de Houeden, le demostró con pruebas irrecusables que Alix habia tenido un hijo de Enrique. Este descubrimiento terminó la contestacion: Ricardo prometió que al volver de Palestina entregaria á Felipe la villa de Gisors y algunas otras plazas, le pagaria dos mil marcos esterlines, y haria homenage por la Normandía, como feudo primario, y por la Bretaña como feudo secundario.

Felipe exigió despues que se hiciese sin demora la espedicion á Palestina: Ricardo pidió algun término, y habiéndose negado a embarcarse entonces, muchos barones ingleses, á quienes se intimó que cumpliesen su juramento, se alistaron bajo el estandarte frances. Felipe salió, pues, con su armada, y despues de veinte y dos dias de una feliz navegacion, arribó al pie de las murallas de Acre, con grande alegría de los cristianos que sitiaban esta plaza. Los latinos de la Tierra santa, semejantes á los judíos que peleaban furiosos entre sí cuando los romanos tenian puesto cerco á Jerusalen, ciegos por la parcialidad y ambicion de sus caudillos, estaban entregados á la discordia á pesar del terror que debian causarles las armas victoriosas de Saladino. Conrado de Montferrato, orgulloso por haber salvado á Tiro, no queria cederla al rey de Jerusalen; éste, en venganza, puso sitio á aquella plaza.

Sitio de San Juan de Acre (1191). Los cruzados, enmedio de tantas desgracias, confiaban en los grandes socorros que Europa prevenia. Dos escuadras, una de Dinamarca y otra de Inglaterra, les llevaron víveres y soldados; y por otra parte el emperador Federico, que habia pasado por tierra á Asia, acababa de conseguir grandes y brillantes victorias contra los turcos del Asia menor: pero por desgracia su gloriosa carrera fue de corta duracion, y pereció esguazando el Cidno. Las ondas de este rio, fatales á dos grandes héroes, terminaron su vi-

da. Algunos autores dicen que se ahogó: otros que habiéndose bañado en él, la frialdad de las aguas le causó una ardiente calentura, y que no tuvo, como Alejandro, un Filipo que le salvase. Los mahometanos se aprovecharon de la consternacion que causó su muerte, para pelear contra los alemanes con buen suceso. Conrado, duque de Suevia, hijo de Federico, llevó el resto de las tropas á Antioquía y desde allí á los reales del rey de Jerusalen. Su mediacion reconcilió momentáneamente á Conrado y á Guido, los cuales dejaron para otra ocasion sus desavenencias, y marcharon juntos contra Saladino, que se acercaba á Acre para socorrerla.

El ejército de los cruzados constaba de cien mil hombres, y con la esperanza que tenian en sus fuerzas, esclamaban absurdamente: *si Dios se queda neutral, la victoria es nuestra.* Despues de muchos combates entre los cuerpos destacados, en los cuales entrambos partidos se atribuian el triunfo, se dió una batalla campal que duró todo el dia. El ala derecha de los francos desbarató la izquierda de los sarracenos, y llegó á apoderarse de un collado en que estaba la tienda de Saladino. El soldan se vió en gran peligro: y si hubiera sido muerto ó prisionero, dice un autor árabe, todo el ejército consternado se hubiera puesto en fuga: pero felizmente, añade, los francos, sabiendo que su ala izquierda iba de vencida y estaba en peligro, acudieron á socorrerlo. Saladino, reuniendo sus tropas, persiguió á los latinos, é hizo en ellos gran car-

nicería. El mismo autor refiere que el gran maestre de los templarios fue hecho prisionero y degollado, y que diez mil caballeros cristianos perecieron en esta sangrienta jornada. Tres mugeres peleaban en las filas de los latinos. La multitud de los cadáveres infestó el aire y produjo contagio. El sultan cayó enfermo, y los emires le persuadieron que huyese, no del enemigo vencido, sino de la epidemia destructora. El sitio de Acre, rodeada por los cristianos, fue el resultado de la retirada de los musulmanes.

Los historiadores ingleses y franceses, en vez de confirmar esta narracion, dictada quizá por la vanidad de los árabes, dicen que la victoria quedó indecisa, y que al dia siguiente pareció que el ejército de Saladino cedia el honor del triunfo á los cristianos, pues se retiró sin oponer obstáculo á la marcha de los nuestros, que continuaron pacíficamente su camino y cercaron la ciudad de Acre. Pero en ella encontraron resistencia tan vigorosa como sus ataques. Los sitiados rechazaron con buen éxito todos los asaltos, y fatigaron á los latinos con frecuentes salidas.

Este sitio duró dos años. El ejército franco, debilitado en muchos combates, afligido con los afanes continuos y por el contagio que disminuia diariamente sus escuadrones, temia el último esterminio. En vano los cristianos aproximaron á las murallas tres altas torres, que segun cuentan los autores árabes, eran de ma-

dera revestidas con barro y cubiertas de cuero mojado en vinagre. Un musulman que habia venido de Damasco, reuniendo muchas materias inflamables, formó una especie de fuego greciano, cuyo ensayo le permitieron hacer los sitiados, sin tener por eso grande confianza en él: pero el éxito fue muy superior á lo que se esperaba. Las tres torres fueron incendiadas y cayeron. La guarnicion aprovechándose de este desastre, destruyó todas las obras de los sitiadores, y los obligó á encerrarse en sus líneas. "Quisieron los de Acre, dice el mismo historiador árabe, premiar al damasceno de un modo proporcionado al servicio que habia hecho: pero él nada quiso aceptar, diciendo que *solamente habia trabajado por la gloria de Dios y de su profeta.*" Los mismos escritores orientales que mezclan con harta frecuencia las fábulas y la historia dicen que entonces se apoderó una armada sarracena de muchos bajeles, en los cuales iban mil francos, mandados por una princesa. Lo cierto es que el ejército cristiano se halló en la situacion mas lastimosa. Saladino le habia acometido de nuevo, y derrotado. "Nueve filas de muertos, dice el historiador árabe, cubrian el terreno situado entre la colina y el mar; y cada fila constaba de mil cristianos, muertos por la espada musulmana."

Al mismo tiempo la guarnicion de Acre habia forzado el real de los cristianos, y no se retiró hasta haber hecho gran matanza en las tropas que le defendian. Tal era el estado mi-

serable del ejército latino, cuando de repente se reanimó su valor á la vista del orillama y de las tropas de Felipe que desembarcaban. El rey entró en el campo cristiano el sábado de la semana de Pascua de 1191. En Oriente era mas respetado el valor de los franceses que su poder. Los árabes, hablando de Felipe, decian que "era ilustre entre los reyes cristianos, aunque su imperio no era grande." El rey de Inglaterra les causaba mas temor, y así se lee en sus libros: "Ricardo (maldígale Dios) es el hombre mas valiente, hábil y sutil de su siglo." La actividad de Felipe despertó en breve la esperanza y reparó las pérdidas de los cristianos. La audacia sucedió al abatimiento: se volvió á las obras del sitio, se renovaron las fortificaciones, y nuevas torres y máquinas amenazaron las murallas. Los sitiados, cuyo valor arrostraba los peligros, el número y el tiempo, previnieron los asaltos con salidas, destruyeron las obras nuevas, é incendiaron con el fuego greciano las máquinas construidas por los ingenieros franceses. El valor de Felipe, inflamado con este ataque, opuso al enemigo mayores esfuerzos, le obligó á encerrarse en sus murallas, cegó los fosos y consiguió abrir una brecha capaz para dar el asalto: pero habia prometido al rey de Inglaterra esperarle para esta accion decisiva, y cumplió su palabra. Ricardo, que estaba en camino desde muchos dias antes, podia ya haber llegado: pero un ligero contratiempo y la impaciencia de su carácter retarda-

ron su marcha. Irritado por la pérdida de tres bajeles que la armada de Isaac Comneno, rey de Chipre, le habia cogido, y deseando vengarse, desembarcó en esta isla y se apoderó de ella. Comneno, hecho prisionero, se quejó con razon de que se le tratase como á esclavo: Ricardo, condescendiendo á sus lamentos con cruel ironía, le mandó atar con cadenas de oro. Despues de haber conquistado de paso un reino, solo para vengarse, llegó á las murallas de Acre, y halló divididos los ánimos con un nuevo motivo de discordia. La reina Sibila acababa de morir, y el marques de Montferrato solicitaba la corona de Jerusalen, y se preparaba á quitársela á Lusignan. El impetuoso Ricardo, mas á propósito para escitar querellas que para sosegarlas, se declaró públicamente á favor de Lusignan, así como Felipe á favor de Conrado. Los genoveses y alemanes y los caballeros del Temple siguieron el partido del rey de Francia: los hospitalarios, los flamencos y pisanos, el de Ricardo. Y así las funestas competencias que desde tantos años animaban en Occidente á Francia contra Inglaterra, estallaron con el mismo furor en Asia. La voz de la religion y el interes de los dos pueblos no podian suspender el odio nacional, exaltado por la mútua envidia de los dos reyes, igualmente esforzados y ambiciosos. El uno se indignaba de tener un señor: el otro, de tener un igual. Sus treguas fueron cortas, sus paces poco sinceras, y solo la muerte puso fin á su enemistad. Estos dos prín-

cipes cuyas virtudes, vicios y rivalidad influyeron tanto en la suerte de sus pueblos, reunian en dos caractéres opuestos aquellos dones de la naturaleza, que en un siglo caballeresco y belicoso podian escitar con mas fuerza el entusiasmo de sus compañeros de armas. La estatura de Felipe era alta, su tez roja, sus cabellos rubios y naturalmente rizados: la nariz aguileña, el mirar magestuoso, aunque tenia una pequeña mancha en un ojo: la suavidad de su sonrisa y la alegría de su espresion alentaba en breve á los que intimidaba á primera vista su severo ademan: era diestro en los ejercicios militares, y su valor rayaba en la temeridad. Empezaba entonces á usarse la palanqueta: Felipe despreciaba esta arma que le parecia favorable á los cobardes. Era capitan activo y prudente, gobernador vigilante, diestro político, rey generoso y magnífico, amante de la justicia y protector de los literatos. Los defectos que afeaban tan grandes cualidades, fueron la propension á la ira y el demasiado ardor en las otras pasiones: y se le reprenden con razon los medios harto opresivos de que se valió para sacar del pueblo el dinero que exigian sus bastos designios: pero como reconquistó la mitad de Francia, sus triunfos hicieron que se olvidase lo que costaron. Su competidor Ricardo, que detuvo por mucho tiempo la carrera de sus victorias, inspiraba mas miedo que cariño. Era notable la regularidad de sus facciones: pero el color rubio y encendido de sus cabellos anunciaba á la primera vista la fogosidad de su ca-

rácter. Era grande en sus virtudes y mayor en sus vicios, que sabia cubrir á los ojos del vulgo con un esplendor engañoso: insaciable en su ambicion, aun mas belicoso que Felipe, quitaba á la fortuna con violencia los favores que el frances conseguia por su constancia. Sabia aprovecharse de la victoria, reparar sus derrotas, y era magnífico hasta la prodigalidad; orgulloso, iracundo, arrogante, temerario, y tan desenfrenado en el combate como en la disolucion. La suerte parece que quiso presentar en una misma época dos antorchas á la Europa, una en Francia para ilustrar el mundo, y otra en Inglaterra para abrasarlo. Las pretensiones opuestas de Conrado y Guido al trono de Jerusalen no eran entonces la única causa de discordia entre Felipe y Ricardo. El rey de Francia exigia, en virtud de los convenios precedentes relativos á la cruzada, que el de Inglaterra le cediese la mitad de la isla de Chipre: y Ricardo queria que Felipe le entregase la mitad de los tesoros del conde de Flandes que acababa de morir.

Para oprobio de los latinos y grande alegria de los musulmanes, los príncipes y señores de ambos partidos iban ya á decidir esta querella por las armas: pero la naturaleza, mas poderosa que todos los mediadores, enfrenó la fogosidad de los ambiciosos. Los dos reyes, cediendo á los afanes y al calor del clima, cayeron gravemente enfermos, perdieron con las fuerzas gran parte del furor, determinaron sobre seer

en sus pretensiones hasta que se concluyese el sitio de San Juan de Acre, y prometieron que entretanto cumplirian religiosamente los deberes de hermanos de armas, y que uno de los dos mandaria los ataques contra la ciudad, mientras el otro encargado de defender las líneas, se opondria á Saladino.

Apenas los dos monarcas pudieron salir de sus tiendas y blandir la lanza, se acercaron á los muros y los asaltaron, mostrándose de entrambas partes aquel valor impetuoso que es propio de las guerras de religion. Quizá los escudos y cimitarras de los musulmanes no habrian resistido á las espadas, hachas y clavas de los cruzados: pero éstos, á pesar de su obstinacion, hubieron de ceder con gran pérdida de gente a la violencia del fuego greciano que los sitiados lanzaban sobre ellos de todas partes. En este combate pereció Alberico Clemente, mariscal de Francia. Despues de largos é inútiles esfuerzos, Felipe, que mandaba aquel dia el asalto, se vió obligado á dar la señal de retirada. No obstante los ingenieros franceses habian conseguido, con obras subterráneas, minar una torre á la cual llamaban la *torre Maldila*, que desplomándose con espantoso estruendo, dejó al caer una grande brecha. Mestoc y Caracos, emires sarracenos que mandaban en la plaza, perdiendo con este desastre toda esperanza de salvacion, enviaron diputados á los reyes proponiendo honrosa capitulacion. Caracos era primer ministro de Saladino; famoso por haber

dirigido la construccion de las murallas del Cairo, y abierto los pozos de José.

Los monarcas negaron la capitulacion propuesta, y ni aun querian conceder la vida á los sitiados, sino se les entregaban antes la ciudad de Jerusalen y la cruz de Cristo. Tambien exigian la libertad de todos los esclavos cristianos. Los emires, consternados de esta respuesta, pidieron que al menos se les concediesen tres dias de armisticio para consultar á Saladino. Concedióseles esta demora: pero el orgulloso sultan no quiso acceder á condiciones tan humillantes, y prometió á los emires asaltar de noche los reales de los cristianos para dar á la guarnicion sarracena ocasion de escaparse por la brecha en medio del desórden que produciria el ataque nocturno. Los cruzados tuvieron aviso de este designio por un espía latino, y tomaron todas las precauciones necesarias para no ser sorprendidos. Apenas las tinieblas de la noche cubrieron la tierra, asaltó Saladino súbitamente el campo cristiano, y al mismo tiempo salieron los sitiados por la brecha: pero en entrambas partes encontraron á los latinos preparados al combate, y despues de una sangrienta pelea, la guarnicion volvió á la ciudad, y Saladino, vencido por la primera vez, á su campamento. Al dia siguiente los franceses é ingleses, mas animosos que fatigados por una batalla tan feliz, marcharon al asalto: los emires alcanzaron segunda vez que para evitar la efusion de sangre se les permitiese hablar con Saladino. El orgu-

llo de este soldan estaba abatido por la derrota precedente, y asi propuso á los monarcas que les restituiria la ciudad de Jerusalen, la santa Cruz y todas las ciudades que habian conquistado en Palestina, á condicion que los cristianos le diesen un cuerpo auxiliar de veinte mil hombres para hacer guerra á los hijos de Norandino, que le disputaban á la sazon el trono de Egipto. No es posible adivinar qué motivo tuvieron los reyes de Francia y de Inglaterra para desechar condiciones tan ventajosas; á no ser que mirasen como un delito dar al estandarte de Mahoma el auxilio de los guerreros de la cruz contra otros musulmanes. Pero es cierto que admitidas aquellas condiciones, quedaba asegurado el suceso de la cruzada, reconquistada Jerusalen y libertado el sepulcro de Cristo. Rotas las negociaciones, dióse nuevamente la señal del asalto; y los sarracenos, ya sin esperanza, pero resueltos á perecer con honor, juran que, "defenderán la ciudad, como el leon defiende su caverna ensangrentada." Apíñanse en la brecha, y oponen á la multitud innumerable de los asaltadores solo un pequeño número de soldados agotados por las fatigas y cubiertos de heridas. Ya iba á comenzar la matanza: pero los dos reyes, al ver aquella débil tropa de enemigos impertérritos que se presentaban como mártires mas bien que como soldados, compadecidos de su valor y desgracia, suspendieron el ataque y consintieron en la capitulacion.

Concedióse la vida á los sitiados: estos rin-

dieron la ciudad, prometieron restituir la Santa Cruz y dieron libertad á mil cristianos, doscientos de ellos nobles y designados por los reyes. La guarnicion quedó prisionera de guerra hasta que se cumpliese el tratado, y Saladino pagó veinte mil *besanes* de oro por los gastos del sitio. Los reyes de Francia é Inglaterra repartieron entre sí el mando de la ciudad y los tesoros que encontraron en ella, sin dar nada á las tropas: acto de avaricia que produjo en la soldadesca gran descontento y mucha desercion. Drogon de Merlon fue nombrado comandante en la parte francesa de la ciudad, y Hugo de Gournay en la parte inglesa. Despues de una conquista tan importante, que aumentó el poder y las esperanzas de los cristianos, parecia natural que á este triunfo seguiria otra empresa mayor, y que á favor de la guerra que hacian á Saladino los rebeldes de Egipto, dirigirian los latinos sus ejércitos á Jerusalen sin pérdida de tiempo, ya que su único objeto era la conquista de la santa ciudad. Pero la duracion y los afanes del sitio, la pérdida de un gran número de señores franceses y valientes guerreros, y mas que todo, la continuacion de las discordias y el carácter impetuoso de Ricardo habian enfriado el celo de Felipe por la guerra de Palestina. Asaltado de una enfermedad violenta, en que perdió las uñas y cabellos y se le llenó de pústulas el cútis, sentia mortal languidez, que no era posible curar sino con los aires de la patria. Declaró, pues, su

firme resolucion de volver á Francia: y en vano hizo Ricardo los mayores esfuerzos para apartarle de ella. Felipe, exasperado por una competencia demasiado hostil, creia que sus enemigos habian mezclado veneno en los remedios que se le administraban: y atormentado por esta sospecha, de la cual sin embargo no tenia prueba, fue inflexible en su determinacion. En el siglo presente no es posible formar juicio decisivo acerca de la querella de estos dos célebres competidores, ni pronunciar sentencia entre los autores ingleses que echan toda la culpa á Felipe, y los franceses que acusan y condenan esclusivamente á Ricardo. Entrambos eran ambiciosos y estaban poseidos de la envidia. Sus acciones en lo sucesivo manifestaron que Felipe era mas disimulado y mas hábil, y Ricardo mas iracundo y vengativo. El frances no pasó nunca la línea de la severidad: el ingles, arrastrado por sus pasiones, fue en muchas ocasiones cruel y sanguinario. Es probable tambien que Ricardo, escitando con su temeridad fogosa el entusiasmo de los guerreros para los combates en mas alto grado que su rival, y superándole éste en habilidad política, debió perseverar con mas obstinacion en la empresa gloriosa y arriesgada en que se habia empeñado; cuando á Felipe le convidaban los acontecimientos y su mismo carácter á volver á su patria; cuyo poderio y fortuna esperaba restablecer. Los dos monarcas, antes de separarse, dieron sentencia en la causa de Conrado y Lusignan; y fue, que este

conservaría durante su vida el cetro de Jerusalen y los condados de Jafa y Cesaréa: y que despues de su muerte heredaria la corona el marques de Montferrado, y los condados se reservarian para los hijos de Guido.

Felipe al volver á Europa, dejó diez mil franceses en el campamento de los cruzados á las órdenes de Eudes de Borgoña, y juró á Ricardo no emprender nada contra sus estados durante su ausencia. Arreglados asi los asuntos mas importantes, se embarcó para Francia: arribó á Italia y se detuvo algunos dias en Roma, donde recibió del papa Celestino III los honores debidos á su nombre, á su clase y á su fama. Puede creerse que Felipe visitó á Roma, mas bien por miras políticas que por justa curiosidad ó por celo religioso: pues suplicó al papa Celestino que le absolviese del juramento hecho á Ricardo de no invadir sus dominios mientras este príncipe estuviera en Palestina. El pontífice se negó á cometer semejante inmoralidad; y la humillacion, que sufrió Felipe en este desaire, fué muy merecida. Se creeria calumniosa esta acusacion de muchos historiadores contra un gran rey, á no haberla confirmado las acciones ulteriores de Felipe. Entró en su reino el dia de Navidad; casi al mismo tiempo fueron quemados ochenta judios en Bray sobre el Sena, acusados de haber coronado de espinas y crucificado á un cristiano.

En la época de las cruzadas se veia generalmente que entre las gargantas del monte Li-

bano habitaban algunas tribus de los antiguos fenicios, llamados en su idioma *Asisinos*, nombre que los francos convirtieron en el de *Asesinos.* Su gobierno, segun se decia, era teocrático. Su caudillo, á quien veneraban como á un dios, conocido con el nombre de *el viejo de la montaña*, dominaba de tal manera el espíritu de sus desgraciados súbditos por medio del fanatismo religioso, que aquellos esclavos obcecados, dispuestos á sacrificar su vida por obedecer á su amo, estaban en la firme creencia de que entraban en el paraiso los que morian ejecutando sus órdenes. Habiendo quedado Ricardo solo en Palestina, murió el marques de Montferrato su enemigo, y el vulgo decia que el rey de Inglaterra, habiéndose hecho amigo del viejo de la Montaña, habia conseguido de él que un emisario suyo diese de puñaladas al marques. Un historiador árabe cuenta el suceso de este modo: "el marques de Montferrato murió asesinado por un emisario del gefe ismaelita de Siria, llamado Senan. Saladino le habia prometido diez mil escudos de oro si hacia dar muerte á Conrado y á Ricardo. Pero Senan creyó que la muerte de Ricardo seria contraria á sus intereses. Solo el marques pereció, y los francos atribuyeron á Ricardo este homicidio." Sea de esto lo que fuere, parece cierto que Felipe, aborrecido tambien del ingles, temió la misma suerte, y para preservarse de los puñales del teócrata asiático formó una compañía de guardias, llamados *Mazeros*, por que llevaban ma-

zas de hierro. Esta guardia velaba dia y noche por su seguridad. Sin embargo, como los mismos autores aseguran que Felipe, recibidos mas amplios informes, reconoció cuán infundados eran los rumores diseminados en el vulgo contra Ricardo, puede creerse que habiendo sido el primer rey de Francia que tuvo guardia, fingió miedo al viejo de la montaña, para precaverse de un peligro mas verdadero, como era la osadía de los señores turbulentos, cuya arrogancia y poder humillaba. El rey de inglaterra, á pesar de su deseo obstinado de reconquistar á Jerusalen, tuvo que renunciar á esta empresa. Saladino se negó á ejecutar la capitulacion de Acre, y Ricardo se vengó con ferocidad degollando seis mil prisioneros. Las represalias del soldan, que mandó matar un gran número de esclavos cristianos, castigó aquella crueldad y la excedió. Estas matanzas hicieron mas furiosa é implacable la guerra entre sarrecenos y cruzados. Los árabes acusaban á los cristianos de haber violado la capitulacion: marcharon en gran número contra Cesarea: pero fueron rechazados por los francos. Saladino para vengarse de este reves, arrasó la ciudad de Ascalon. El rey de Inglaterra marchó contra el soldan al frente del ejército cristiano, y le dió batalla cerca de Jafa. En esta accion aumentó su gloria con intrepidez y hazañas casi fabulosas. Dícese que en lo mas recio del combate, esponiéndose á los peligros con mas ardor que todos sus compañeros de armas, estuvo cercado y espuesto á

perder la vida ó la libertad. Mas salvóle la lealtad de un caballero ingles, que se puso las armas del rey y fue hecho prisionero en su lugar. Los historiadores musulmanes aseguran que Ricardo, despues de esta batalla, entró en negociaciones con el soldan, y se convino en dar su hermana por esposa á Malec-Adel, hermano de Saladino; bajo condicion de que la princesa recibiria en dote la ciudad de Jerusalen y muchas plazas de la costa. Añaden que el tratado se firmó, pero que los obispos cristianos no permitieron que se cumpliese. Despues de una conferencia inútil entre Malec-Adel y Ricardo, volvieron á comenzar las hostilidades; y entonces fue cuando se supo en el campamento de los cristianos la muerte del marques de Montferrato. Llegó de Egipto ejército numeroso para reforzar el de Saladino. Ricardo le salió al encuentro, le derrotó y se apoderó de un rico y grande comboy cerca de Hebron. Acercóse despues á Jerusalen, y le halló harto bien defendida para conservar la esperanza de tomarla. Pero lo hubiera conseguido, á no ser por la fogosidad de su carácter. Ya la guarnicion capitulaba, sin pedir mas que las vidas salvas, y él lo negó. La desesperacion hizo que renaciese el corage, y se perdió la ocasion.

Poco despues supo que las tropas de Saladino habian entrado en Jafa y sitiaban la ciudadela. El infatigable Ricardo acudió y salvó la plaza: pero habiendo sabido, despues de esta

espedicion, que su hermano el príncipe Juan y el rey Felipe de Francia se coligaban en Europa para quitarle sus estados, fatigado por otra parte de las nuevas disensiones que se movian entre los caudillos de la cruzada, concluyó con el soldan un tratado desventajoso para los cristianos. Conviniéronse en él que los latinos poseerian toda la costa de Jafa hasta Tiro: que sería permitido á todos los peregrinos visitar á Jerusalen; y que se devolveria Ascalon, llave de Egipto, llamada por los árabes *la esposa de Siria.* Ricardo renunció á la restitucion de la verdadera cruz y á la libertad del sepulcro de Jesucristo, objetos principales de tantas batallas. Lusignan, perdido su reino, consiguió el de Chipre comprándolo á los templarios. Enrique, conde de Champaña, fue declarado rey de Palestina casando con la princesa Isabela, que habia transmitido sucesivamente á tres esposos el trono de Jerusalen, sin que ninguno lograse poseerlo. El duque de Borgoña, fastidiado como Ricardo, de tantos afanes y proezas inútiles, estaba ya para volver á Europa, cuando murió improvisamente. Los demas gefes de los cruzados visitaron como peregrinos la ciudad santa, perdida la esperanza de entrar en ella como conquistadores. Esta tercer cruzada constó de 600,000 combatientes, de los cuales apenas volvieron á Europa 100,000.

El rey de Inglaterra suscribió con mucho disgusto á las condiciones que le dictaba Saladino; conocia que le era forzoso renunciar á

conquistas lejanas por defender su propio trono, y terminar las aventuras de caballero para llevar los deberes de rey. Embarcóse, pues, para volver á Occidente. Poco tiempo despues de su partida, el célebre Saladino, al volver de una cacería en que habia estado con su hermano Maléc-Adel, fue asaltado de una calentura violenta que terminó su vida en 1193 á la edad de cincuenta y siete años: reinó veinte y cuatro en Egipto y diez y nueve en Siria. Este famoso conquistador de tan bastos estados solo dejó en su tesoro cuarenta y siete monedas de plata, cuyo valor era con corta diferencia de treinta y siete francos. Los musulmanes elogiaban su clemencia tanto como su genio. "Con Saladino, dice Emaddedin su secretario, murieron los grandes hombres: con él desapareció el mérito: los beneficios no fueron ya de moda: los malos se hallaron con suma libertad: se borró toda idea de felicidad: la tierra se cubrió de tinieblas: el siglo lloró su fenis, y el islamismo perdió su apoyo. Las disensiones que se levantaron entre los diez y siete hijos que dejó Saladino aniquilaron en su nacimiento el basto imperio que su genio queria fundar."

Invasion de Normandía por Felipe (1192). Ricardo, alejándose de Palestina, ardia en deseos de vengarse de Felipe, que acababa de quitar á Balduino V, aliado del ingles, el condado de Artois, y cuya ambicion amenazaba el trono mismo de Inglaterra: pero su impetuosidad, incapaz de preveer, le precipitó

en un nuevo peligro, resultado funesto de su indomable orgullo. Atravesaba sin desconfianza los dominios de Leopoldo, duque de Austria, sin acordarse de que habia maltratado é insultado á este duque en el campamento de San Juan de Acre. Leopoldo, al saber que estaba en sus tierras, hizo prenderle, y le entregó al emperador Enrique VI, enemigo mas formidable, que tenia que vengar á su muger Constanza, arrojada del trono de Sicilia. Encerró en una fortaleza al infeliz rey de Inglaterra, y por mucho tiempo se creyó que esta prision sería su sepulcro.

Felipe, sabiendo por los avisos que le dió el emperador tan importante nueva, esperó que ningun obstáculo contendria ya sus designios ambiciosos: y para dar alguna apariencia de justicia á los planes de engrandecimiento que meditaba, pidió en casamiento á Canuto VI, rey de Dinamarca, su hija Ingelburga, no exigiendo mas dote sino la cesion de los antiguos derechos que creian tener los monarcas dinamarqueses al trono de Inglaterra. Canuto estaba pronto á complacer en todo al rey de Francia: pero los señores de su reino se opusieron á la cesion, y Felipe hubo de contentarse con una dote en dinero. Las bodas se celebraron en Amiens. El mismo dia, dice el historiador Guillermo el cormorico, que la reina se desposó y fue coronada, echaron sobre ella un maleficio que le robó súbitamente el cariño de su esposo, y le obligó á renunciar á su lecho.

Poco tiempo despues se separaron con pretesto de parentesco: pero Ingelburga no salió de Francia, y recibió del tesoro una pension alimentaria. Como ya no se da crédito á semejantes hechicerías, parece que algun defecto oculto fue el que inspiró al rey tan súbita é inesplicable repugnancia á una princesa que todos los escritores de aquel siglo convienen en que era bella y virtuosa.

Felipe buscó entonces otros medios de lograr sus intenciones, y ofreció al príncipe Juan, hermano de Ricardo, darle en matrimonio su hermana Alix, y ayudarle á apoderarse del trono de Inglaterra, á condicion de que le restituyese á Guisors, el Vexin, á Tours, y toda la Normandía, escepto Ruan y su territorio. Juan, llamado *Sin tierra*, y que deseaba tenerla, firmó este tratado, despues de habérsele prometido, que se le cederia una parte del Henao. Prestó homenage al rey de Francia por todos los dominios que poseía en este reino; y reuniendo algunas tropas, se embarcó para Inglaterra: pero la mayor parte de los barones ingleses se negó á reconocerle por rey, y su triunfo se redujo á la conquista de algunas fortalezas.

En este tiempo Felipe, creyéndose, como todos los ambiciosos, obligado á observar algunas formalidades de justicia política, escribió á Ricardo que no le reconocia ya por vasallo, é intimó al senescal de Normandía que le entregase la princesa Alix, injustamente detenida en el castillo de Ruan. Exigía ademas que se resti-

tuyesen inmediatamente á Francia todas las fortalezas del ducado. Los infortunios y el cautiverio de Ricardo habian hecho olvidar sus vicios; y nadie se acordaba sino de su valor: y asi tuvo vasallos y amigos fieles en la desgracia. El senescal resistió al rey frances: y los dominios ingleses del mediodia del Loira fueron valientemente defendidos por Sancho VI, rey de Navarra y suegro de Ricardo. Felipe entró en Normandía al frente de un poderoso ejército, y se apoderó en pocos dias de Gisors, Eu y Neufchatel, y puso sitio á Ruan: pero el conde de Leicester se encerró en esta plaza y obligó al rey á levantar el cerco.

Felipe tomó en su retirada los castillos de Pacy y de Yvry: pero como en esta guerra, emprendida contra su competidor cautivo, habia encontrado mas resistencia de la que esperaba, concedió una tregua á los ministros ingleses, recibiendo de ellos como garantía cuatro castillos. Cedia entonces, no tanto á la fuerza de las armas como á las tempestades que escitaba contra él la infatigable actividad de la reina madre Leonor, siempre enemiga de la Francia: la cual, de comun acuerdo con los obispos de Normandía presentó al papa Celestino III quejas amargas contra la violacion de los juramentos del rey de Francia y contra la violencia tiránica del emperador de Alemania. La santa sede no podia mirar con indiferencia la infraccion de la paz que los príncipes cristianos habian jurado mantener fielmente entre sí hasta el fin de la guerra santa. Asi que Felipe, por de-

ferencia al sumo pontífice, hizo la tregua, mencionada arriba. El emperador se manifestó al principio mas pertinaz contra las representaciones de dos obispos encargados de reclamar la libertad del rey inglés: y procuraba disculpar su injusticia, acusando á Ricardo de haber hecho traicion á la causa de los cristianos de Asia. Pero Roma insistia, y Ricardo por su parte daba cien mil marcos de plata por su libertad: el odio, el temor y la codicia tenian indeciso al emperador, á quien el rey Felipe y el príncipe Juan hacian vivas instancias para que retuviése preso á un cautivo tan formidable. En fin, el papa, deseoso de poner fin á aquel escándalo, lanzó escomunion contra el emperador y contra Leopoldo de Austria por haber violado los derechos del trono y la tregua del Señor. Al mismo tiempo Alberto, elegido obispo de Lieja, á pesar de los esfuerzos de Enrique para escluirle, fue asesinado. Los homicidas fueron presos, y se reconoció que eran emisarios del emperador. Apenas hubieron descubierto el secreto de su infame mision, los arzobispos de Colonia y Maguncia, y otros muchos señores de Alemania apoyaron con sus armas la indignacion universal, y causaron una sublevacion de todo el imperio contra Enrique. El emperdor, viéndose en tan gran peligro, imploró el socorro de Felipe Augusto. Este exijió que antes de todo le entregase la persona del rey de Inglaterra: y para este efecto convinieron en celebrar una conferencia en Vancouleurs: pero los príncipes y señores alemanes se opusieron á

ella. Vencido el emperador por las instancias reunidas de sus vasallos, se vió obligado á capitular con el rey cautivo.

Convínose en que Ricardo recobraría la libertad, bajo condicion de que Isaac Comneno, rey de Chipre y sobrino del duque de Austria, seria restituido á su trono; el rey de Sicilia devolveria á Constanza el ducado de Pulla: el duque de Bretaña casaria con la hermana de Arturo, y Ricardo pagaria por su rescate cien mil marcos de plata que se repartirian entre Leopoldo y el emperador. Firmóse el tratado, y no obstante Ricardo quedaba todavía preso, porque el dinero prometido no llegaba, y los esfuerzos de Felipe prolongaban su cautiverio. El canciller de Inglaterra vino á Paris, y pudo obtener de Felipe que no se opondria á la libertad del rey de Inglaterra. Este cedió al de Francia todas las plazas conquistadas, prometió pagarle veinte mil marcos de plata, juró prestarle homenage, y dió en rehenes las villas de Loches, Chatilion sobre el Indro, y Arcis sobre el Aube. Comprendiéronse en este tratado al príncipe Juan y á los señores de su partido, á quienes se concedió entera amnistía. Cuando Felipe supo que estaba firmado el convenio de Alemania, escribió al príncipe Juan Sin tierra estas breves y enérgicas palabras: "Guardaos: el diablo está suelto."

Apenas las leyó Juan, se refugió en Francia mas amedrentado que si le hubiesen vencido en diez combates. No habia ya pretesto al-

guno para retardar la ejecucion de los tratados: Leonor, madre de Ricardo, fue á Alemania, y recibió en sus brazos al hijo que confesaba deberle dos veces la vida. El arzobispo de Ruan y el obispo de Bath quedaron en poder del emperador como rehenes hasta que se pagase el rescate en que se habian concertado.

Nueva guerra en Normandía. (1194). Ricardo, restituido á la gloria y á la libertad, volvió á las orillas del Támesis, despues de catorce meses de cautiverio. Parece que libre de tantos afanes debiera descansar por algunos meses, y que Felipe, antes de volver á las armas, esperaria nueva agresion de su rival. Pero en aquellos tiempos que se llaman heróicos, las pasiones no reconocian freno: el honor consistia en el valor solamente: ningun tratado era sincero, ningun juramento sagrado: y todos aquellos héroes tan celebrados eran pérfidos sin escrúpulo. El rey de Francia recibió cartas firmadas por el emperador y los príncipes de Germania en que le intimaban que restituyese á Ricardo todas las ciudades que le habia tomado durante su ausencia, ó que sino, le harian guerra. Supo al mismo tiempo que estas amenazas eran el resultado de un convenio reciente entre Ricardo, el emperador, los arzobispos de Colonia y Maguncia, el obispo de Lieja, el duque de Austria, el marques de Montferrato, los duques de Neuburg y de Suevia, y los condes palatinos del Rin, de Henao y de Holanda.

Felipe resolvió anticiparse á sus enemigos;

reuniendo sus tropas y arrostrando los rigores del invierno, entró en Normandía, y tomó las villas de Neubouros y Vandrenil y la ciudad de Eureux, que entregó al príncipe Juan de Inglaterra. Este hombre cobarde y pérfido pagó el beneficio con horrenda ingratitud. Habíanle despojado de sus dominios por decreto de una asamblea compuesta de obispos y barones ingleses: pero él tomó el partido de reconciliarse con su hermano, vendiendo al rey de Francia que le protegia. Ricardo desembarcó en Normandía y se adelantó hasta l'Aigle: el castillo de Eveeux estaba guarnecido de tropas francesas. Juan Sin tierra convidó á comer trescientos oficiales de la guarnicion, los recibió con fingida cordialidad, y cuando estaban sentados en la mesa mandó asesinarlos. En paga de este crímen, le devolvió Ricardo su amistad.

Felipe, sabedor de este desastre, dejó repentinamente su ejército que sitiaba á Verneuil, acudió con presteza al frente de un cuerpo escogido de tropas, entró inesperado en Evreux, pasó á cuchillo los ingleses que allí habia, y puso fuego á la ciudad.

Mientras cumplia esta venganza merecida, pero terrible, un terror pánico se propagó entre sus tropas. Consternadas por su ausencia abandonaron los cuarteles, municiones, máquinas y equipages, y se pusieron en huida. Ricardo los persiguió, hizo en ellos gran matanza, y quedó en posesion de Verneuil que estaba ya para rendirse. La ambicion de los dos

príncipes, y las discordias de algunos señores cubrian entonces de sangre y ruinas las provincias mas fértiles de Francia. Estas guerras perpetuas, estos continuos combates no ofrecian á la historia sino cuadros monótonos y horribles. Ningun interes nacional, ninguna pasion noble animaban las escenas de estos dramas crueles, inconexos y sin plan, en los cuales solo podia admirarse el valor pertinaz, envilecido por la grosería de las costumbres. Pasemos, pues, con rapidez por estos sucesos militares que entristecen el alma, y no dejemos de ellos sino cortos vestigios, aunque sangrientos. En la historia del feudalismo solo se ven las lágrimas é infortunios de los pueblos, y solo se oye el estruendo de sus cadenas. En aquellos siglos bárbaros el bien público era una voz sin sentido: solo se conocian los intereses privados. El señorío era todo: el trono, la nacion y la patria muy poca cosa. Felipe, reuniendo sus tropas, marchó á Montusirail con el objeto de obligar á los ingleses á levantar el sitio de esta plaza: pero ya los partidarios del príncipe Juan la habian tomado y destruido. El rey para indemnizarse de esta pérdida pasó el Loira, y se apoderó de Loches, por asalto: volviendo despues á Normandía sorprendió el castillo de Fontaine. Leicester, que salió de Ruan para ponerle asechanza, cayó él mismo en el lazo que tendia, y el señor de Mailles le derribó del caballo y le hizo prisionero.

Los dos reyes, cansados de pelear sin conseguir ninguna ventaja decisiva, parecieron de-

sear la paz. Celebróse una conferencia en Vandrenil: pero los plenipotenciarios no pudieron convenirse. Felipe queria que la paz fuese general, y Ricardo afirmaba que no se podia quitar á los señores el derecho de hacerse guerra unos á otros. Las hostilidades volvieron á comenzar, y los dos ejércitos se hallaron frente á frente cerca de Vendoma. Felipe, inferior en número, y no queriendo comprometer su corona en una batalla, se retiró: el indomable Ricardo, aprovechándose de este movimiento, asaltó y derrotó la retaguardia, y se apoderó de los bagajes del rey de Francia, de sus muebles y sello, y de los archivos reales, que segun la costumbre singular de aquel tiempo, iban siempre en el ejército. Así se perdieron aquellos documentos preciosos, que nunca ha querido restituir la Inglaterra. Felipe encargó á un caballero, llamado Gauthier, que procurase buscar en todas partes copias de aquellas actas: pero dichas copias no repararon sino incompletamente la pérdida de tan importante coleccion. Desde entonces el archivo de las cartas fue custodiado en Paris, primero en el Temple y despues en el palacio de justicia. Felipe, mas alentado que afligido con este reves, no tardó en vengarse sorprendiendo y derrotando el ejército ingles que sitiaba á Vandrenil.

Poco despues el legado del papa y el abad de Cister persuadieron á los reyes á fuerza de instancias á dar algun descanso á sus pueblos; y por la mediacion de estos dos prelados se hi-

cieron treguas por un año, conservando cada uno las fortalezas que habia tomado. Prometieron tambien nombrar árbitros para terminar sus desavenencias. Felipe solia decir que no se debia atribuir el abatimiento del trono y de Francia sino á la imprevision de los reyes sus predecesores, los cuales nunca habian sabido juntar un tesoro para pagar las tropas y defenderse en tiempos de peligro. Dominado por esta idea, sacó muchas sumas á los judíos, echó cuantiosas contribuciones en sus dominios, redujo sus gastos, y su economía fue acusada de avaricia, aunque empleó las riquezas que juntaba en fortificar los castillos, formar almacenes para ellos, alistar tropas, hermosear la capital y llenarla de monumentos útiles. No se le dejó mucho lugar para entregarse á los afanes del gobierno. Apenas pasaron algunos meses de tregua se renovaron las hostilidades.

Tancredo de Sicilia habia muerto. El emperador Enrique conquistó rápidamente á Pulla, Calabrea y Sicilia, y concibió el designio y la esperanza de dar á su cetro el poder y esplendor del de Carlomagno. Ricardo por obtener su libertad le habia jurado ya fidelidad y obediancia. Era soberano en Italia y Alemania, tenia por vasallo al rey de Inglaterra, y solo le faltaba someter á Francia. Para lograrlo envió una corona de oro á Ricardo instándole que volviese á comenzar la guerra, y recobrase las plazas perdidas, mientras él con las fuerzas de Alemania marchaba contra Fe-

lipe, y le obligaba á gobernar á Francia en calidad de vasallo del imperio. Felipe, informado de estos designios y de esta coligacion, se anticipó, volvió á las armas, y abrasó todas las fortalezas que en virtud de la tregua habian quedado en poder suyo. Los dos reyes de Francia é Inglaterra, en otro tiempo competidores de gloria, habian convertido su emulacion en odio implacable. La nueva guerra que estalló entre ellos, tuvo las señales harto crueles de este rencor violento; y los pueblos, como siempre, sufrieron los efectos del furor de los príncipes.

Ricardo principalmente, que no respetaba freno alguno de religion ó humanidad, asoló las provincias de Francia, en que hizo la guerra con el hierro y la llama. En vez de contentarse con la muerte de los guerreros que le resistian, tomaba por divertimiento incendiar las aldeas, derrivar los muros, destruir los árboles y arrancar las viñas. Las represalias de Felipe en las posesiones que el ingles tenia en Francia, no fueron menos espantosas. Parecia que los dos ejércitos y sus caudillos solo pensaban en esterminarse: pero lo singular era que los caracteres de los guerreros eran entonces tan inconstantes como sanguinarios. El incidente mas leve encendia su ira, pero se aplacaba con igual prontitud.

Cuando Felipe y Ricardo parecian muy enfurecidos el uno contra el otro, supieron que el rey de Castilla habia sido derrotado por los

moros. Con esta noticia los sentimientos religiosos suspenden el odio político, y dominan los corazones. Entrambos reyes deponen la enemistad, entran en negociacion, y convienen en un tratado de paz, por el cual se obligan á hacer mutuos sacrificios. La princesa Alix fue restituida á la corte de Francia. Esta señora, causa ó pretesto de tantas querellas escandalosas, casó poco despues con el conde de Ponthieu.

Paz de Lonviers (1195). Francia é Inglaterra querian y esperaban la paz: pero Ricardo no podia firmarla sin el consentimiento del emperador que no vino en ello. Las hostilidades comenzaron de nuevo, y Ricardo sitió á Arques. Felipe, con una marcha rápida sorprendió sus cuarteles, derrotó sus tropas, tomó á Dieppe por asalto, é incendió los bageles ingleses que encontró en este puesto. El rey de Francia sufrió tambien un reves, cayendo, con una escolta poco numerosa, en una emboscada: y no se salvó de este peligro sino haciendo prodigios de valor que repararon su negligencia. Todavía se vió obligado á retirarse, y perdió una parte de su retaguardia. Fatigado de aquella guerra que consumia su tesoro y su ejército sin resultados decisivos, propuso á Ricardo decidir su querella por un combate entre cinco franceses y cinco ingleses. Ricardo aceptó el desafio, pero á condicion de que él y Felipe entrarian en el número de los combatientes. Los barones franceses se opusieron á

esto; declarando que jamás consentirian que su rey pelease con un vasallo. Un cuerpo de brabanzones, que Ricardo tenia á su sueldo, talaba el Berry y se habia apoderado de Issoudun: Felipe acudió, recobró la ciudad y sitió el castillo. Ricardo, no menos ligero, llegó bien pronto con su ejército. Esperábase una batalla decisiva, é íbase á dar la señal de la pelea, cuando de repente por una de aquellas veleidades que caracterizaban á Ricardo, humilla su altivez, doma su rencor, y viene como vasallo sumiso á postrarse á los pies del rey de Francia, y á pedirle la paz. Los dos príncipes se abrazan y conferencian amigablemente sentados al pie de un árbol á la vista de sus ejércitos que apenas pueden entender como la bonanza ha sucedido tan prontamente á la tempestad, la confianza á la envidia y la amistad al aborrecimiento. Mientras hablaban, salió una culebra grande del tronco del árbol, y segun pareció, iba á arrojarse sobre los dos monarcas. Estos desenvainan ligeros las espadas para matarla. Pero sus soldados, viendo este movimiento, sin distinguir la causa, acuden todos al momento dando terribles gritos y lanzando sus dardos. Trábase furioso combate: y solamente despues de muchos esfuerzos pudieron los dos reyes separarlos. En el mismo sitio se firmaron treguas, y Ricardo y Felipe convinieron en reunirse un mes despues en la villa de Louviers, donde firmaron un tratado de paz que confirmaba el de Issoudun. Señalóse por límite de

Francia y Normandía una línea trazada desde el Eure al Sena entre Vandrenil y Gayllon. Ricardo recobró los condados de Eu, Aumale, Driencourt, é Issoudun y muchos feudos en el Berry. Felipe consiguió la facultad de fortificar á Villanueva del Cher: pero prometió dejar desmantelada á Andely. Uno y otro rey ofreció respetar las posesiones del clero en el caso de nueva guerra.

Quebrantamiento de la paz (1196). Ninguna paz podia ser durable entre Felipe y Ricardo. Su recíproca antipatia deshizo el lazo que solo el cansancio habia formado. El rey de Inglaterra, arrebatado de su genio violento, habia insultado al señor de Vierron, y arrasado su castillo. Felipe, como soberano, concedió su proteccion al vasallo oprimido; y negada la satisfaccion que exigía, volvió á tomar las armas. Los dos reyes se quitaron unos á otros muchos pueblos, y pelearon en Aumale: Ricardo fue derribado del caballo: pero los caballeros que le rodeaban le salvaron la vida, aunque Filipo quedó dueño del campo de batalla. Los bretones y tolosanos se declararon contra el rey de Inglaterra: los primeros, porque les restituyese á Arturo, sobrino suyo, y cuya tutela pretendian tener ellos solos: los segundos, por sostener su independencia amenazada por los duques de Guiena.

Liga de los señores franceses contra Felipe (1197). Ricardo dió satisfaccion á los Bretones y se reconcilió con el conde de Tolosa, á

quien dió su hermana en casamiento. Aprovechándose despues del descontento que causaba á los barones franceses el aumento de la autoridad real, formó contra Felipe, con el conde de Flandes, muchos barones de Champaña y otros señores, una coligacion tan poderosa, que se creia seguro de la victoria y aun se jactaba ya de llegar triunfante á Paris dentro de pocos dias.

El rey de Francia supo resistir con firmeza á esta tempestad, y peleó intrépidamente con su enemigo en las riberas del Loira y en las del Sena. Pero una accion temeraria le puso en peligro de perder la vida ó la libertad. Adelantándose imprudentemente con una escolta de doscientos caballos, fue cercado y asaltado de improviso por todo el ejército ingles cerca de Gisors. Al ver tantos enemigos, el señor de Mauvoisin, creyendo inutil toda resistencia, aconsejó al rey que buscase su libertad en la ligereza de su caballo. "¿Yó huiria delante de un príncipe ingles? esclamó Felipe: eso es lo que nadie me echará nunca en cara. Síganme los valientes, que á los cobardes les doy licencia para que me abandonen." Dicho esto sacó la espada, se arrojó en medio de los escuadrones ingleses, los desbarató, se abrió paso en medio de la multitud admirada, y entró sano y salvo y lleno de gloria, por las puertas de Gisors.

El príncipe Juan peleó entonces bajo las banderas de su hermano Ricardo, á quien poco antes habia querido destronar. Entrambos reu-

nidos sorprendieron en una emboscada al obispo de Beuvais, primo del rey de Francia, y que trocaba frecuentemente la mitra por el yelmo. Este prelado belicoso habia sido uno de los perseguidores mas ardientes de Ricardo durante su cautiverio en Alemania: y el rey de Inglaterra no era capaz de perder aquella ocasion de vengarse. Puso, pues, al obispo en prision y le cargó de cadenas. El papa reclamó con ardor la libertad del prelado, á quien llamaba su hijo carísimo: y Ricardo respondió á sus cartas, enviándole el peto del obispo, y estas palabras de la Escritura: *¿conoces la túnica de tu hijo?* Felipe, para defender un trono, tenia que hacer frente por todas partes. El conde de Flándes acometia por la parte del septentrion: ya habia tomado muchas plazas y sitiaba á Arras. El rey marchó contra él y le venció: pero siendo tan hábil en las negociaciones como intrepido en los combates, logró reconciliarse con Balduino que pasó de enemigo á mediador. Los dos reyes se vieron en Andely é hicieron treguas.

Pero Ricardo, animado continuamente en sus designios ambiciosos por la infidelidad de casi todos los barones de Felipe, volvió á comenzar la guerra. Solo el duque de Borgoña permaneció fiel al rey de Francia. Felipe acometió á Ricardo cérca de Vernon, pero fue rechazado y no pudo impedir que el ingles se apoderase de Couralles. En otro combate, que se dió cerca de Gisors, sufrieron los franceses considerable derrota: porque habiendo al principio llevado lo

mejor de la batalla, el ardor del rey en perseguir al enemigo, dió ocasion á Ricardo para cercarlos y cortarlos con el ala que mandaba. La retirada de los franceses se convirtió en desordenada fuga; el puente del Epte se rompió con el peso de los fugitivos que eran en gran número. Felipe, armado de todas armas, cayó en el rio y solo debió la vida al afecto que le tenian: pues sus caballeros arrostraron toda especie de afanes y peligros para ponerle en salvo. Muchos señores de su comitiva, entre ellos dos Montmorencys, quedaron prisioneros en poder de los ingleses. Despues de estos combates, de los cuales ninguno fue decisivo, el ejército ingles taló una parte de Francia, y el de Felipe, la Normandía. En fin, el cardenal de Cápua, enviado por el pontífice para que cesasen estas escenas sangrientas, persuadió á entrambos reyes que pusiesen fin á su mútua animosidad. Tuvieron una conferencia entre Vermon y Andely, á la cual fué Ricardo en un barquito y Felipe á caballo. Ajustaron treguas y aceptaron la mediacion del papa para la paz definitiva. Pero todos los esfuerzos de los pacificadores para conciliar los ánimos de dos principes igualmente ambiciosos, eran en valde á causa de su orgullo turbulento: y apenas se habia logrado, con mucha dificultad, satisfaccion que acallase una queja, se originaban nuevas causas de discordia. Los franceses rompieron la tregua, acometiendo á un cuerpo de brabanzones que se retiraba, lo degollaron y construyeron fortificaciones en

el territorio que pertenecia á los ingleses. Por otra parte la codicia de Ricardo le hizo cometer violencias, de que resultó nueva guerra. El vizconde de Limoges, haciendo escavaciones en sus tierras, descubrió un bajo relieve de oro, de mucho valór, que representaba á un emperador romano sentado con toda su familia al rededor de una mesa del mismo metal. El rey de Inglaterra decia que como soberano debia poseer aquel tesoro: el vizconde no quiso cederle, y Ricardo, determinado á lograr su deseo con la fuerza de las armas, marchó contra él y sitió el el castillo de Chalus.

Sitío de Chalus: muerte de Ricardo (1199). La guarnicion de esta fortaleza, viendo que la resistencia seria vana, ofreció capitular. Pero el rey de Inglaterra, que no solo queria vencer sino vengarse, negó á los sitiados todo medio de composicion, y juró que los habia de ahorcar. Determinado á dar el asalto, se acercó antes á reconocer las fortificaciones del castillo: y habiendo llegado imprudentemente á tiro de flecha, un arquero de la guarnicion llamado Beltran de Gourdon, le disparó una saeta que le hirió en el costado. La herida, ó por la poca habilidad de los cirujanos, ó por la mala disposicion de la sangre, se enconó con mucha prontitud, y no tardó en hacerse mortal. No obstante, el rey mandó dar el asalto: el castillo fue tomado, y pasados á cuchillo todos los habitantes. Solo Gourdon, el que habia herido al monarca, fue esceptuado por órden de Ricardo: el cual,

mandando que viniese á su presencia, le dijo: "Malvado, ¿que ofensa te he hecho para que asi me quitases la vida?" "Yo os lo diré con franqueza, respondió Gourdon: en una batalla disteis muerte con vuestro propio acero á mi padre y á dos hermanos mios: ahora me amenazabais con la horca á mí y á todos mis compañeros de armas. Ya estoy en vuestro poder y podeis vengaros como gusteis, pero la certidumbre de haber dado muerte á un príncipe que ha derramado tanta sangre, cometido tantas maldades y asolado tantos paises, me servirá de consuelo en medio de los mas crueles tormentos." Ricardo era inflexible á la sumision y á los ruegos · pero la altivez de un enemigo vencido ganaba su aprecio y admiracion y desarmaba su odio. "Soldado, dijo á Gourdon, admiro tu valor, y te perdono mi muerte." Y mandó que al punto le quitasen las cadenas: dióle libertad y una gran suma de dinero. Pero Marcado, gefe de los brabanzones, mas cruel que su amo, arrestó á Gourdon cuando salia de los reales, y sus feroces soldados, apenas dió Ricardo el último suspiro, desollaron vivo al desgraciado frances, y despues le dieron garrote.

Ricardo murió el 6 de abril de 1199. Su vida fue mas bien de aventurero que de rey. Guerrero temerario, hijo ingrato, aliado pérfido, tirano codicioso y poseido de la ambicion, si adquirió gloria con sus hazañas, superiores á las de los demas caballeros de su siglo en Europa y Asia, fue tambien vergonzosamente famo-

so por sus maldades que asombraron aun á sus contemporáneos. Fue duro con sus vasallos, feroz con sus contrarios, y nadie le amó sino sus tropas, que le llamaban con justicia Corazon de Leon. Tenia la misma pasion á la venganza que á la gloria, y con nadie fue generoso sino con el enemigo que le dió muerte. Vivió como héroe bárbaro: pero murió como cristiano. En su testamento dió á su hermano Juan Sintierra el trono inglés y los vastos dominios que poseia en Francia: pero su sobrino Arturo, duque de Bretaña, alegaba que segun la costumbre de Anjou, Turena y Maine, le pertenecian estos condados. Su madre Constanza, duquesa de Bretaña, imploró á favor suyo la proteccion del rey de Francia, y la mayor parte de los señores de aquellos estados abrazaron el partido de Arturo.

Esta contestacion volvió á encender la guerra entre franceses é ingleses. Felipe declaró rota la tregua, hizo venir á su corte al jóven Arturo, y puso guarnicion francesa en todas las ciudades de los tres condados, cuya posesion deseaba asegurar á su protegido. La artificiosa Leonor de Inglaterra vivia aun. Tan infiel á los deberes de madre como á los de esposa, y temiendo perder el ducado de Guiena, partió acceleradamente á Francia á prestar homenage al rey, siguió el partido del duque de Bretaña, tomó á su sueldo un cuerpo de brabanzones, y declaró guerra á su propio hijo el rey Juan. Este príncipe desembarcó en Francia, se apoderó de la ciudad de Mans y la destruyó. El conde de Flandes hizo

alianza con él. Felipe dió batalla al conde cerca de Leus, y le venció haciendo prisioneros á muchos señores flamencos, entre ellos al obispo de Cambray. El papa, ofendido por el cautiverio de este prelado, se quejó al rey: y éste respondió que no habiendo la santa sede defendido al obispo de Beauvais, prisionero de Ricardo, con la entereza debida, no tenia derecho para exigir mas indulgencia en favor del prelado de Cambray.

El cardenal de Cápua, legado del papa, puso entonces entredicho en los reinos de Francia é Inglaterra: lo que obligó á los reyes á poner en libertad entrambos prelados. El cardenal animado con este buen suceso, hizo nuevas tentativas para restablecer la paz en Occidente: pero la conclusion del tratado ofrecia muchas dificultades suscitadas por el orgullo de Felipe, y la mediacion de la santa sede no produjo mas efecto que una tregua. Era imposible formar concordia sólida entre príncipes que desconfiaban hasta de sus mismos aliados. Los juramentos, violados continuamente, no daban garantía alguna: y así en aquella misma época la duquesa de Bretaña sacó á escondidas de Paris á su hijo Arturo, y se retiró con él á Angers, porque recelando la ambicion del rey de Francia, creia que la corte de tan poderoso monarca era prision mas bien que asilo de su desgraciado hijo.

Anulacion del divorcio de Ingelburga. (1200).

Desde 1193 tenia Felipe otro motivo de inquietud y tormento, ademas de la rivalidad de

Ricardo. Su repugnancia a la reina Ingelburga, y su amor á otra princesa, le espusieron á los rayos del Vaticano. El papa Celestino III encargó á los obispos de Chartres y Beauvais examinar si los motivos del divorcio eran legítimos ó infundados, y á este efecto convocaron en Compiegne una ásamblea de obispos y barones, que halló suficientes las pruebas presentadas por el rey. El arzobispo de Reims, legado de la santa sede declaró nulo el matrimonio de Ingelburga. Esta infeliz princesa no podia defenderse. No entendia la lengua francesa; y cuando un intérprete le esplicó la sentencia pronunciada contra ella, no pudo esplicar su sorpresa y sentimiento, ni su intencion de apelar á la santa sede sino con estas palabras: *malé France, male France: Rome, Rome.* Siendo estrangera, hallándose sin valedores, y teniendo perdida la causa, su valor la sostuvo: se negó á volver á Dinamarca, como deseaba Felipe, y habitó en un monasterio,

El rey de Dinamarca, compadecido de su suerte, y ofendido de la afrenta hecha á su familia, se quejó amargamente al sumo pontífice: pero durante tres años, hizo continuas é inútiles instancias sin que se le diese satisfaccion. El rey, creyéndose enteramente libre, casó con Inés de Merania, descendiente de Carlomagno por el emperador Arnoldo. Este matrimonio irritó hasta lo sumo al rey de Dinamarca: envió nuevos embajadores á Roma con los documentos auténticos necesarios para probar la falsedad de

los que habian servido de pretesto al repudio de Ingelburga. El papa, movido por esta solicitud, envió á Francia dos legados que convocasen un concilio en Paris: mas no se adoptó en él ninguna decision, habiéndose dividido los votos. El papa murió, cuando el espediente se hallaba en esta situacion, y le sucedió Inocencio III, el cual, despues de maduro examen, se persuadió á que los enviados franceses habian engañado á su predecesor; á que no habia parentesco alguno entre Felipe é Ingelburga y á que eran falsos los documentos presentados para probar dicho parentesco. Indignado de semejante fraude, encargó al cardenal de Cápua, que entregarse al rey de Francia un breve en que se declaraba nulo el segundo matrimonio, y se le amenazaba de escomuion en el caso de que se resistiese á devolver á Ingelburga sus derechos, y á separar á Inés de su lecho y trono. Felipe despreció estas amenazas. Se juntó en Dijon un concilio, que estaba dispuesto á condenar al rey: pero Felipe conjuró la tempestad interponiendo apelacion al sumo pontífice.

Inocencio III convocó otro concilio en Viena; en él se anuló el divorcio de Ingelburga, y se lanzó sentencia de entredicho contra el reino de Francia. La mayor parte de los obispos franceses se sometieron á esta sentencia; y si algunos hicieron representaciones á la santa sede, declararon que en caso de insistir, obedecerian. En todas partes cesó la administracion de los sacramentos y se cerraron las iglesias. Aunque el

reino estaba sumergido en la tristeza, no se observó aquel terror que un siglo antes habia apartado del rey sus mayores amigos. El palacio no quedó desierto: los sirvientes del rey continuaron á su lado: sus guardias le obedecian. Muchos señores se irritaron con la sentencia; y el duque de Borgoña llegó á ofrecer al rey unirse con él para disminuir la influencia de la autoridad eclesiástica. Felipe, ciego de enojo, mandó embargar los dominios de los obispos y curas, sacar á Ingelburga del claustro y ponerla en una prision. El pueblo privado del alimento espiritual, murmuraba públicamente contra estas injusticias. Estas disposiciones contrarias de la nobleza y del pueblo, obligaron al papa y al rey á terminar la querella. El primero consintió en que se examinase de nuevo la causa, y el rey prometió que separaria de su lado á Inés y pondria en libertad á Ingelburga, mientras no se diese la sentencia definitiva. Reuniose, pues, un nuevo concilio en la ciudad de Soissons: el rey presentó nuevas pruebas de la nulidad de su primer matrimonio que fueron refutadas por los enviados del rey de Dinamarca: pero estos, desconfiando de la parcialidad del cardenal de Ostia, legado del papa, salieron del concilio.

Alejados los defensores de Ingelburga, el respeto y temor que causaba la presencia del rey, parecia haber condenado al silencio á todos los jueces: cuando un sacerdote desconocido, y cuyo valor debiera haber hecho célebre su nombre, se levanta, defiende la causa de la ino-

cencia, y habla tan elocuentemente á favor de Ingelburga que conmueve todos los ánimos, aun el del mismo rey: el cual, ó por conviccion, ó por remordimiento ó por temor de la sentencia que le esperaba viendo á todos tan persuadidos, declara inesperadamente que la deliberacion es inútil, porque está determinado á reunirse con la princesa de Dinamarca. Poco despues de este desenlace imprevisto, la desgraciada Inés falleció de pesar por haber perdido el trono y el corazon de Felipe á quien amaba mucho. Felipe, á pesar de los consejos de muchos señores, hizo declarar legítimos un hijo y una hija que habia tenido de Inés. El hijo, llamado Felipe, fue despues conde de Boloña, y la hija llamada María, casó en primeras nupcias con Felipe, conde de Namur. Prometida despues del fallecimiento de éste, á Arturo, duque de Bretaña, casó en fin con Enrique, duque de Brabante. Esta princesa tuvo el título de reina, segun el uso de aquel tiempo en que se daba dicho título á todos los hijos del rey de Francia.

La habilidad de Felipe, los triunfos de sus armas y la muerte de Ricardo no dejaron al conde de Flandes esperanzas de lidiar ventajosamente contra su soberano. No pudiendo recobrar las ciudades que habia perdido, y temiendo perder otras, vino á París: mas no pudo conseguir la paz sino á condicion de ceder la Flandes Occidental. Es cosa muy digna de notarse en este tratado, que fueron garantes de él las municipalidades de Brujas, Courtrai, Li-

la, Ipres y otros pueblos, declarando que en caso de infraccion tomarian las armas á favor del rey: tan rápido habia sido el aumento de riquezas é influjo de muchas ciudades, desde que lograron verse libres del yugo arbitrario de sus señores. Felipe dió á su hijo Luis los nuevos estados adquiridos en Flandes. Hizo tambien paces con el rey de Inglaterra: el tratado se firmó en Andely, se estipularon en él indemnizaciones recíprocas, y se señalaron nuevos límites entre Normandía y Francia. El rey Juan consiguió que su sobrina Blanca, hija del rey de Castilla, casase con el príncipe Luis: diéronsele en dote la ciudad de Issondun y otros muchos dominios que el rey de Inglaterra poseía en el Berry. Felipe cedió por su parte á Juan su soberanía sobre los feudos de Bretaña, por una suma de 20,000 marcos esterlines de plata: y así el jóven Arturo, duque de Bretaña, quedó feudatario directo de la corona de Inglaterra. Felipe prometió tambien no dar socorro al emperador Oton contra Felipe, duque de Suevia, que le disputaba á la sazon el trono imperial. Los principales señores de entrambos reinos fueron, segun el uso, garantes del tratado. Entonces se preferian las garantías nacionales á las estrangeras, porque en efecto eran mas eficaces: pues en caso de infraccion, perdia el rey el auxilio de las milicias señoriales, únicas fuerzas en que podia confiar. El historiador Rigord afirma, pero sin pruebas, que el rey Juan decla-

ró en esta ocasion que el príncipe Luis de Francia, que era sobrino político suyo por su casamiento con Blanca, heredaria todos los dominios franceses que poseía en caso de morir sin sucesion. Al dia siguiente de firmarse el tratado, se celebró el casamiento de Blanca de Castilla con el príncipe Luis, que solo tenia entonces trece años. Arturo, duque de Bretaña, se presentó en Vernon á prestar homenage al rey de Inglaterra su tio, y Felipe quedó encargado de su tutela.

Asesinato del duque de Bretaña (1202). Era casi imposible establecer sólidamente la paz, aunque deseada de los pueblos, entre los reyes de Francia é Inglaterra. Solo dejaban por cansancio y para poco tiempo las armas; su mútua envidia los movia pronto á volver á ellas. El rey de Francia no podia ver sin gran disgusto las mas bellas provincias de su reino en manos de un príncipe estrangero: el rey de Inglaterra, mas poderoso en dominios que su soberano, no podia tolerar la posicion humillante del vasallo. Era, pues, facil de preveer que á pesar de los juramentos de los reyes y las garantías de los señores, la paz de Andely sería solamente una tregua de corta duracion. Sin embargo Felipe y Juan encubrieron por algun tiempo su odio recíproco con la máscara de cordialidad: y aun el rey de Inglaterra hizo un viage á París donde Felipe le recibió con magnificencia, le dió aposento en su palacio y le hizo regalos muy

suntuosos: pero no tardaron en sobrevenir nuevos motivos de discordia que trocaron aquellas cortesanías recíprocas en hostilidades.

El rey Juan repudió á su primera muger, robó y tomó por esposa á Isabela, hija del conde de Angulema, que estaba prometida al conde de la Marcha, y se coronó con ella en Cantorbery. El conde de la Marcha, justamente indignado, tomó las armas, y atrajó á su partido muchos señores de Turena y Anjou. Juan los citó á su tribunal, y no quisieron comparecer. Al mismo tiempo el rey de Inglaterra atacó sin motivo la fortaleza de Dancourt, perteneciente al conde de Eu. Los dos condes agraviados invocaron la justicia de Felipe su supremo soberano. El monarca frances aconsejó al rey Juan que diese satisfaccion á sus vasallos, y le advirtió que en caso de que les negase justicia, se vería en la obligacion de protegerlos. El príncipe ingles respondió con razon que los señores rebeldes debian ser juzgados en su presencia y por sus pares. "Despues, añadia, si mi sentencia no es conforme á las leyes, tendreis derecho de juzgarme en el tribunal de mis pares, que son los grandes vasallos dependientes de la corona de Francia." Esta respuesta, conforme al sistema feudal, no tenia réplica. Felipe lo reconoció, y envió las partes al tribunal de su señor el rey de Inglaterra. Juan, cuya mala fé fue causa de todas sus desgracias, y que nunca entendió que la justicia es la única base sólida del

poder de los reyes, violó sus promesas, y negó á los señores que debia juzgar, los salvo-conductos necesarios. Entonces ellos suplicaron al rey de Francia que obligase á su vasallo á dar cuenta de sus acciones. Juan, citado al tribunal de los pares, respondió evadiéndose. Felipe reunió sus tropas, y el ingles, para conjurar la tempestad, prometió cederle dos plazas. Su perfidia y cobardía aumentó rápidamente el número de sus enemigos. Arturo, duque de Bretaña, se unió á los descontentos, con esperanza no disimulada de subir al trono de Inglaterra, de que se le habia escluido injustamente. Para colmo de desgracias, Juan se veía privado de los socorros del conde de Flandes, que animado del celo de la religion, partió al Oriente con otros muchos señores franceses. Enmedio de tantas dificultades, el rey de Inglaterra, que no podia decidirse á pelear ni á someterse, faltó á la palabra que habia dado á Felipe, y no quiso entregarle en la época señalada las dos ciudades prometidas. El rey de Francia se hizo justicia por su mano, y poniéndose al frente de sus tropas, las tomó por asalto y despues á Gournay.

En el mismo año dió Felipe el órden de la caballería al jóven Arturo de Bretaña, le ciñó la espada, estrechó su intimidad con este príncipe, desposándole con María, hija suya y de Inés de Merania, y le dió la investidura, no solo de Bretaña, sino tambien del Poitou y del Anjou, que confiscaba por este acto sin formalidad ninguna de justicia. Envióle tambien un

cuerpo de caballería y le prestó el dinero necesario para sostener sus pretensiones al trono de Inglaterra. El suceso probó cuán mejor hubiera sido llamarle á sus reales para instruirle con su esperiencia, que abandonarle á su ardor temerario. Arturo entró rápidamente en el Poitou, sitió á Mirebeau y aceptó imprudentemente la batalla que Juan le presentó con fuerzas superiores. El número triunfó: las débiles tropas de Arturo fueron destruidas: y este jóven príncipe sobradamente ostinado en la resistencia, cayó en poder del vencedor, como tambien el conde de la Marcha y Godofre de Lusignan. El rey Juan encerró á su sobrino en los calabazos de Falaise, y envió los demas prisioneros á Inglaterra. Felipe, al saber estos sucesos, acudió con prontitud desde el sitio de Arques, ciudad de Normandía que tenia cercada, á las orillas del Loira, y se apoderó de Tours. Pero apenas salió de esta plaza, la recobró Juan y la entregó á las llamas. Perseguido despues por el monarca frances, se retiró á Falaise, mandó traer á su presencia á Arturo, y procuró con amenazas intimidarle para que se sometiese y renunciase á la alianza de Felipe y á sus pretensiones. Arturo cuyo valor era digno de mejor suerte, se mostró animoso en el infortunio y libre entre las cadenas. Sosteniendo que la Turena, el Maine y la Inglaterra misma le pertenecian por derecho de nacimiento, convirtió en furor el ódio de su cobarde tirano. Fue de allí conducido al castillo de Ruan, donde murió á manos

de la venganza. Pero ni las murallas mas anchas ni los calabozos mas sombríos sepultan enteramente los vestigios de semejantes crímenes. Algunos historiadores de aquel tiempo dicen que Juan dió de puñaladas con sus propias manos á aquel príncipe infeliz: otros, que le mató con veneno. Todos convienen en que su vida acabó con muerte violenta. Desde entonces fue el rey Juan objeto de horror y de menosprecio á sus pueblos y á los estraños. Este sentimiento general de indignacion procedia de la grande mudanza que se habia hecho en las costumbres: pues antes se veían con indiferencia las maldades de esta especie. Así esta época fue el feliz momento en que Europa, saliendo de la barbarie, dió las primeras señas de civilizacion.

Constanza, duquesa de Bretaña y madre de Arturo, dió afligida sus quejas á los pies de Felipe, y todos los señores bretones, participando de su dolor, imploraron al mismo tiempo que ella, justa y pronta venganza. El rey, como señor y monarca soberano, no podia dejar impune semejante violacion del derecho de gentes y de todas las leyes divinas y humanas. Todo le escitaba á hacer justicia, y aprovechó una ocasion tan favorable de restituir á Francia las provincias que la política imprudente de su padre habia perdido.

Juicio y condenacion del rey Juan. (1203) Juan fue citado solemnemente á comparecer ante el tribunal de los pares. "Cuando el rey de Francia, dice la crónica de Flandes, oyó las

nuevas y quejas que de todas partes daban las gentes contra el rey de Inglaterra, tuvo grande enojo: y así mandó llamar al momento á los pares de Francia, y les manifestó las injurias que el rey le hacía. Y los pares resolvieron que se enviasen dos de ellos al rey de Inglaterra. Partieron inmediatamente los obispos de Beauvais y de Noyon, y no pararon hasta llegar á Inglaterra. Hallaron al rey en un castillo suyo que se llama Windsor, le dieron sus cartas y le dijeron: *Señor, los pares de Francia han juzgado que seais citado por las demandas que el rey os hace, y nosotros, que somos pares de Francia, os citamos.*" El monarca ingles encargó al obispo de Ely que pidiese salvo conducto. "Yo lo concedo, respondió Felipe: puede venir en toda seguridad." ¿Y volver? respondió el enviado ingles. "Tambien, si lo permite la sentencia de los pares, replicó el rey: porque juro por todos los santos de Francia que no volverá sino se justifica." Pero pensad que es rey dijo entonces el obispo de Ely, y que los barones ingleses no permitirán que se esponga á prision ó muerte. "¿Qué importa? esclamó Felipe: Juan, duque de Normandía, es mi vasallo: sé que se ha apoderado violentamente del trono de Inglaterra: pero un señor soberano no pierde sus derechos sobre el vasallo porque éste se engrandezca." En virtud de esta respuesta, que daba muy poca seguridad, Juan resolvió no comparecer: mas no por eso dejó de proceder á su juicio el tribunal de los pares.

Voltaire se queja con razon de la indiferencia ó negligencia de los historiadores que tan pocas circunstancias nos han conservado de una causa tan importante. No sabemos cuál era la organizacion de este tribunal, convocado solemnemente por el rey de Francia para juzgar al de Inglaterra: solo se sabe que lo presidió Eudes, duque de Borgoña, y que asistieron á él como miembros los condes de Nevers, Boloña, San Pol y Dampierre. Pero los escritores de aquel tiempo, que solo admiraban las hazañas de la guerra, describian escrupulosamente las mas pequeñas circunstancias del sitio de un castillejo, y guardaban silencio acerca de los asuntos de interes general y los actos mas notables de legislacion y política.

Lo que se sabe de positivo relativamente á esta grande causa fue, que el tribunal de los pares declaró á Juan convicto de parricidio y felonía, le condenó á muerte, y le despojó de todos los señoríos y feudos, dependientes de la corona de Francia, que en virtud de esta sentencia fueron confiscados. Mably y algunos otros publicistas tachan de inicuo este juicio. "Juan, dicen, fue culpable con su vasallo, nó con su señor. Solo debió perder á Bretaña, feudo de Normandía: mas no habia motivo para despojarle de los demas feudos dependientes del rey." Sin duda olvidan estos autores que las antiguas leyes del tiempo de Carlomagno nunca fueron abolidas, aunque habian caido en desuso. Los capetos procuraban justamente ponerlas en vi-

gor. Felipe era á un mismo tiempo señor y rey: juzgaba, no solo la injuria, hecha á un vasallo, sino tambien el crímen que merecia, tanto en un baron como en un hombre particular, la venganza de las leyes. Convencido Juan de homicidio y de felonía, y condenado á muerte, era de derecho, la confiscacion de todo lo que poseía en Francia. Solo la anarquía feudal habia impedido á los soberanos y á sus parlamentos infligir á los señores demasiado poderosos las penas rigurosas de la ley. Era natural que la mano de la justicia se levantase al mismo tiempo que el cetro. Ademas, este grande acto de severidad lo fue tambien de habilidad política.

Las confiscaciones, que algunas veces son armas violentísimas de la tiranía, fueron entonces útiles para abatir á los opresores del pueblo, derribar el despotismo feudal y dar nuevo poder á las leyes. El mismo Mably confiesa esta verdad. "Las confiscaciones, dice, destruyeron toda igualdad de fuerza entre el rey y los grandes barones, los cuales desde entonces procuraron conservar las reliquias de su poder sometiéndose al trono." Hasta esta época los señores, arruinados con sus guerras particulares, se indemnizaban de sus pérdidas con el latrocinio. Pero habiendo reprimido y castigado estos delitos Luis el gordo y Felipe Augusto, no pudieron adquirir dinero, sino vendiendo á los pueblos su libertad. Asi adquirieron los vecinos el derecho de disponer de sus bienes, de mudar de domicilio y de no pagar contribuciones sin su

consentimiento. Las ciudades fueron ya repúblicas protegidas por los reyes. El estado llano se emancipó, la industria y las luces renacieron, y se levantó en Francia una nacion numerosa y fuerte: nacion, que tratada en otro tiempo como un rebaño, buscó en el trono su asilo, y minó poco á poco las fuerzas de la nobleza feudal, única clase libre antiguamente en Francia, como en nuestros dias lo ha sido en Polonia. Esta mudanza feliz parece á M. de Montlosier un trastorno deplorable de toda justicia y derecho social, pues "levantó, dice, un pueblo nuevo sobre las ruinas del antiguo pueblo de los francos." Pero si los nobles franceses hubieran tenido, como los ingleses, bastante justicia y habilidad para aprovecharse de esta revolucion inevitable en lugar de oponerse á ella con vana obstinacion, habrian conservado parte de sus derechos protegiendo el bien público. Pero manifestando sin miramiento alguno el mayor odio á las ciudades libertadas, éstas se pusieron bajo la proteccion real, y favorecieron constantemente al trono en los esfuerzos que hizo para llegar al poder absoluto, sobre las ruinas del feudalismo.

Felipe, tan pronto en la ejecucion como vigoroso en los consejos, reunió sin pérdida de tiempo sus tropas, tomó muchas fortalezas al otro lado del Loira, y volvió á sitiar á Alenzon. Pero como habia cometido el yerro de dividir sus fuerzas en muchos puntos, aprovechándose Juan de la diseminacion de las tropas francesas,

le obligó á abandonar el sitio de aquella plaza. El rey volvió á Moret, dió prisa á sus vasallos para que le enviasen las milicias, y apenas se vió en estado de tomar la ofensiva, marchó contra Juan, sorprendió su campo, derrotó su ejército y se apoderó de sus equipages. Los crímenes del rey de Inglaterra, el odio que inspiraba la medianía de su talento y la debilidad de su carácter, hacian preveer que sucumbiría en la lucha contra un monarca hábil y animoso que sabia ejecutar con celeridad los designios concebidos con prudencia.

El papa Inocencio III, sumamente empeñado en aumentar el poder de la silla de Roma, temia el engrandecimiento de Felipe, contrario al sistema de equilibrio en el Occidente: y así, no solo ofreció su mediacion, sino convocó en Francia una asamblea sin pedir al rey su consentimiento. Felipe, no atendiendo á las cartas del duque de Borgoña y de los condes de Nevers y Soissons, que le instaban á reprimir aquella ampliacion de la potencia temporal de los papas, no quiso enemistarse con Inocencio: pero á pesar de sus ruegos y amenazas, continuó vigorosamente la guerra.

Incorporacion de Normandía con la corona de Francia (1204). Habia entonces en Normandía un castillo, inexpugnable por la naturaleza y el arte. Ricardo, Corazon de Leon, conociendo la importancia de su posicion, lo habia fortificado á toda costa, mirándolo como baluarte de aquel ducado, y dándole el nombre de *Gaillard*.

Decia que "detras de aquella fortaleza se burlaría siempre de todos los esfuerzos del rey de Francia." Este castillo, situado sobre una roca tajada y rodeado de precipicios, estaba defendido por dos fosos cavados en peña viva y dos brazos de un rio muy hondo que lo dejaban hecho península. Solo tenia entrada por un camino muy estrecho. La guarnicion, apoyada en tantas fortificaciones, estaba fuera de alcance de las máquinas de sitio: y el risco sobre el cual se levantaba la fortaleza, resistia á todos los esfuerzos del ariete.

A pesar de tantos obstáculos, Felipe concibió esperanzas de hacerse dueño de Gaillard. Apenas la cercó, despreciando las nubes de flechas, que llovian de todas partes sobre él, consiguió echar un puente sobre el rio, é hizo aproximar á los atrincheramientos torres muy altas de madera, levantadas sobre barcas y que dominaban el castillo. Animado por este primer suceso, se arriesgó á dar un asalto, arrancó la empalizada, é hizo inútiles esfuerzos para salvar los fosos. En este combate desigual los sitiados, favorecidos por su posicion, rechazaron á los asaltadores, y el ostinado valor de los franceses hizo mas sangrienta su derrota. Felipe hubo de retirarse habiendo perdido en la accion sus mas valerosos guerreros. Instruido por este reves, esperó del tiempo y del hambre lo que nó podia conseguir por la fuerza. El sitio se mudó en bloqueo: y la grande escasez redujo en breve los sitiados á la desesperacion, al mismo tiempo

que reinaba la abundancia en los reales de Felipe.

Juan, no atreviéndose á dar batalla, envió en socorro de Gaillard á Guillermo el mariscal, uno de sus mejores capitanes, con tres mil caballos, cuatro mil infantes y un gran número de cerreros. Parte de estas tropas iban por el rio en una flotilla compuesta de muchos buques. Los movimientos del general ingles fueron tan prontos y secretos, que Felipe no tuvo noticia del peligro que le amenazaba. Su ejército sorprendido y atacado por la noche, y poseido del terror, parte huyó, parte se ahogó en el rio.

Pero Guillermo de Barree, Gaucher de Boloña y Mateo de Montmorency, asombrando al enemigo con sus hazañas le detuvieron y dieron lugar para que los franceses se ordenasen. Felipe se unió á ellos, y su ejemplo y sus exortaciones despertaron el valor de las tropas. La vergüenza de haber huido pareció darles nuevo brio. Arrojáronse sobre los ingleses, los desbarataron, dieron muerte á muchos de ellos, y dispersaron los demas. Al mismo tiempo la flotilla inglesa asaltaba el puente y procuraba destruirlo: pero los franceses que le defendian, hicieron pedazos la mayor parte de los buques arrojando sobre ellos maderos enormes. Los demas huyeron, y la victoria fue completa.

Pocos dias despues, Goberto de Mantes, célebre buzo, pasó el rio entre dos aguas llevando consigo vasijas de hierro, llenas de materias inflamables. Llegó á la otra orilla sin ser visto, y puso fuego á las empalizadas. Comuni-

cóse la llama con rapidez á los edificios cercanos. Felipe, aprovechándose del terror que inspiraba el incendio, se apoderó de las obras esteriores del castillo. La ciudad capituló, y las tropas de la guarnicion se retiraron á la ciudadela.

El conde de Leicester las mandaba. Hallándose con muy pocos víveres, hizo salir dos mil bocas inútiles. Los ancianos, mugeres y niños, que componian esta muchedumbre desgraciada, arrojados de sus hogares, obligados por los sitiadores á volverse á ellos, presentaron entónces un espectáculo lastimoso. Desfallecidos de hambre, y hallando igualmente sordos á sus gritos y lamentos á sus conciudadanos y sus enemigos, perecieron casi todos, unos de necesidad y otros á mano de su desesperacion. En este tiempo los ingenieros franceses trabajaban para minar una torre. Consiguiéronlo, y su caida fue la señal del asalto. Felipe tenia á sueldo suyo un cuerpo de brabanzones, cuyo intrépido gefe, llamado Cadoc, fue el primero que fijó el estandarte frances en la muralla. Leicester, vencido, pero no desalentado, se retiró detras del último atrincheramiento, despues de haber incendiado por su mano los edificios próximos á las ruinas de la torre minada. En medio de ellas y cerca del foso quedaba todavía una casa, que Ricardo habia mandado edificar. Pedro Bogis, guerrero frances de pocos años, cuya temeridad hizo ilustre su nombre, bajó de noche al foso con algunos de sus compañeros, y subido sobre los hom-

bros de estos, llegó á una ventana de la casa, é hizo subir á sus camaradas con las cuerdas que llevaba. Eran doscientos, número casi igual al de los ingleses que sobrevivian á los trabajos y peligros de aquel célebre sitio. El combate entre unos y otros fue largo y encarnizado: pero cuando estaba aun indecisa la victoria, cayó el último lienzo de muralla. Felipe acudió al frente de un cuerpo escogido de tropas, no dejó á los ingleses esperanza alguna ni de salvacion ni de resistencia, y el valeroso Leicester se rindió. La caida de aquella fortaleza, que en aquel tiempo se creia inespugnable, aumentó la fama de Felipe, é inspiró tanto respeto á él, como desprecio al rey de inglaterra, el cual desde Ruan habia sido testigo tranquilo é indolente del desastre.

La mayor parte de los barones ingleses, indignados de su cobardía, le abandonaron. El descontento de los normandos se manifestó con violencia, y el débil Juan se retiró á Inglaterra despues de haber arrasado las fortificaciones de Evreus, Coutances, Bayeus y Caen, ciudades que aun le quedaban en Normandía y que se entregaron á Felipe sin resistencia. Arques, Verneuil y Ruan, despues de cortos esfuerzos, capitularon: y asi la toma de un solo castillo produjo la conquista de todo el ducado. Esta provincia, perdida por Carlos el simple en 912, fue reconquistada y reunida á la corona de Francia por Felipe Augusto en 1204.

Conquistas de Felipe en Turena y Breta-

ña (1205). El rey sabia que solo la prudencia hace durables los favores de la fortuna, y que los pueblos conquistados no se someten sino cuando se hallan bien con el nuevo gobierno: y asi prometió á los normandos conservarles sus leyes y costumbres, sin mas alteracion que añadir la pena del talion en su código criminal. Seguro de la tranquilidad de esta provincia, y siguiendo la carrera de sus triunfos, pasó á Turena y Poitou y se apoderó de sus capitales Tours y Poitiers. Al año siguiente tomó á Loches y á Chinon. Guido, duque de Bretaña, habia hecho alianza con el rey de Inglaterra. Felipe, para castigarlo, tomó á Nantes y le obligó á someterse.

Tregua de dos años entre Felipe y Juan. (1206). Entre tanto el rey de inglaterra, movido de las quejas y reprensiones de sus vasallos á mostrar algun brio, desembarcó en la Rochela con su ejército, se acercó al Loira y recobró á Angers. Pero nó tardó en tener contra sí al vigilante Felipe que le presentó la batalla. Juan, incapaz de arrostrar tanto peligro, pidió una conferencia, y cuando Felipe iba á ella, huyó y se volvió á sus estados con mas ignominia que si le hubiesen vencido. En vez de pelear pidió y logró del monarca frances una tregua de dos años: tregua vergonzosa que no le daba ni plazas ni renombre, dejaba á Felipe todas sus conquistas y tiempo para reparar sus fuerzas. Entónces se vió lo que influye un solo hombre en la gloria y el destino de los estados.

Si el valiente Ricardo hubiese ocupado mas tiempo el trono de Inglaterra, quizá no habria recobrado Francia las provincias perdidas, ni Felipe Augusto sería contado entre los grandes reyes.

Este conquistador debió en gran parte sus victorias á la impericia y pusilanimidad de Juan Sintierra. Su principal mérito (y no es muy comun) consistió en saberse aprovechar de las ocasiones que le presentaba la suerte. Despues adquirió una gloria menos dependiente de la fortuna, salvando su reino y triunfando de la coligacion que formó contra él la envidia de los príncipes mas poderosos de Europa.

Para apreciar con justicia el caracter de este monarca ilustre, conviene distinguir en él dos hombres diferentes. Felipe, no mereció mientras fue jóven, otra gloria que la del valor. Enseñado por su padre á pelear, era uno de los héroes mas valientes de su siglo; era animoso caballero, pero no monarca hábil. Rodeados de facciosos que disputaban su tutela, obligado á entrar en negociaciones ó en batallas con su tio y su madre, sostenidos por los grandes barones, y por las fuerzas de Enrique II, desprovisto de tesoros y casi de tropas, arrastrado por las pasiones de su edad y los herrores de su siglo, persiguió horriblemente á los judíos para satisfacer el odio del bulgo y aumentar su tesoro. Envidioso en Palestina de las hazañas de Ricardo que le aborrecia, y corrompido por los ejemplos de perfidia de este rival y de otros

príncipes de su tiempo, imitó su mala fé, y violó como ellos sus juramentos. Habiendo casado con una princesa bella y virtuosa, se desagradó de su muger sin motivo alguno desde el dia primero de su union, la repudió, se enamoró de Inés, persistió obstinadamente en este matrimonio contrario á las leyes, á la moral y á la sana política, y obligado en fin á ceder al voto general, despidió á Inés para volverse á reunir con Ingelburga, é hizo que estas dos princesas fuesen sucesivamente víctimas suyas. Este mismo Felipe, instruido por la edad y la esperiencia, consagrado á sus deberes, libre de un rival que irritaba á cada instante su orgullo deteniendo el carro de su fortuna, desenvolviendo otro carácter, representó á los ojos de Europa admirada como político hábil, rey ilustrado, príncipe generoso, diestro estadista, caudillo prudente y rápido conquistador. Los ambiciosos hallaron en él un escollo, los oprimidos un asilo. Dió á Francia su antigüo esplendor, nuevas luces y seguridad antes desconocida: y sobre las ruinas del poder ingles y de la anarquía feudal levantó el tronco de los francos, y le hizo superior á los demas que habia entonces en Europa. Para lograr tan noble objeto, eran necesarias constancia y valentía: y así su vida fue una lid continuada contra los enemigos de su cetro, los errores de su siglo y los rivales de su poder. Dos cruzadas se emprendieron durante su reinado. Una de ellas dió nuevo lustre á Francia, fundando el imperio latino de Oriente, y eligiendo

á un baron francés para el trono de Constantinopla. Felipe, sin ir á esta espedicion lejana, se aprovechó de ellas, porque la ausencia de muchos vasallos ambiciosos le libertó de enemigos muy temibles. La otra cruzada, cuya escena fue el Mediodia de Francia, tuvo su origen en los errores de los hereges: mas no hubiera producido tantos estragos, si el odio y la ambicion no se hubiesen encargado de reprimir á los enemigos domésticos de la Iglesia. Felipe no podia corregir las pasiones de su siglo: mas tuvo la prudencia de no dejarse arrastrar de ellas. Concedió á la cruzada contra los albigenses los socorros que era de su deber no negar: pero dejó á sus ambiciosos barones destruirse mutuamente por adquirir algunas tierras, y solo se empleó en sostener los intereses públicos de la nacion, arrojó á los ingleses de Francia, triunfó de los alemanes y llegó á poner la corona de Inglaterra en la frente de su hijo; corona, que hubiera conservado á no ser por la oposicion de la corte de Roma, árbitra en aquel siglo de la suerte de los imperios.

En el año de 1199 muchos señores franceses, lastimados de la miseria de los cristianos de Palestina, se armaron para formar la cuarta cruzada. Entre ellos se distinguieron Balduino, conde de Flandes, los condes de Blois, Perche, San Pol, Montfort, y Briesme, y Mateo de Montmorency: cuatro mil y quinientos caballeros, nueve mil escuderos y veinte mil infantes se alistaron bajo sus banderas. Ville Hardouin, tan

célebre por sus escritos, como por sus hazañas, fue enviado por los caballeros á Venecia, y dijo al senado: "los barones mas poderosos de Francia me han enviado á vosotros á pediros que os lastimeis de Jerusalen, ultrajada y avasallada por los turcos. Como sois los mas poderosos en el mar, me mandan que me postre á vuestros pies: vengad con nosotros el agravio de Jesucristo, y favoreced la santa guerra que emprendemos por la gloria de Dios." La república les prometió víveres, bageles y soldados, y pidió un año de término para prepararse á la espedicion. Firmóse el tratado, y resolvieron comenzar la guerra invadiendo á Egipto. Los barones cristianos carecian de dinero: sus villas lo dieron, logrando su paga la abolicion de ciertos gravámenes y muchos privilegios. Pero no alcanzando estos medios para satisfacer las anticipaciones que los venecianos habian hecho, y no teniendo otro recurso para pagar, prometieron los cruzados reconquistar para Venecia la ciudad de Zara que poseía entonces el rey de Ungría.

Aceptada esta oferta, fue elegido por general del ejército el marques de Montferrato, y el célebre Enrique Dandolo, dux de Venecia, comandante de la escuadra y de las tropas venecianas. Salieron de las lagunas de aquella ciudad quinientos bageles con cuarenta mil hombres. El desembarco se hizo cerca de Zara: pero cuando acababan de cercar la plaza, llegó al campo de los cristianos un nuncio del papa,

encargado de entregar al gefe de la espedicion una carta de su Santidad en que prohibia á los cruzados continuar la empresa de aquel sitio. Los latinos, no queriendo ni desobedecer abiertamente las órdenes de Roma, ni abandonar la empresa, difirieron leer la carta, asaltaron á Zara y la entregaron al saqueo que fue cruelísimo, pues no se perdonó en la matanza ni á sexo ni á edad. Disputaron despues sobre el repartimiento del botin franceses y venecianos, y durante ocho dias se dieron unos á otros sangrientos combates.

Constantinopla, teatro de espantosas revoluciones en toda la edad media, habia pasado desde la tiranía del pérfido y sanguinario Andrónico al gobierno de Isaac Angel, príncipe á quien una casualidad dió la corona, y su inércia se la quitó. El pueblo y el ejército proclamaron emperador á su hermano Aléxis, que le privó de la vista y le mandó encerrar en una prision. Este príncipe inhumano reinaba, cuando la cuarta cruzada amenazó el Oriente. Un hijo de Isaac, llamado tambien Aléxis, que pudo escaparse con la fuga de la crueldad de su tio, tenia una hermana casada con Felipe, duque de Suevia. Como solicitaba socorros en el Occidente á favor de su padre, el papa le dijo, que si conseguia persuadir á su cuñado Felipe que se uniese á los cruzados, se le darian tropas para restituir á su padre el trono y la libertad. Poco despues escribió Felipe al senado de Venecia que si el ejército cristiano prometia favo-

recer á Aléxis, enviaria de sus estados á la cruzada un cuerpo numeroso de caballería y doscientos mil marcos de plata. Seducidos los barones franceses con las ofertas de Felipe, con las riquezas que esperaban de la gratitud de Isaac, y mas que todo, con la gloria que pensaban adquirir en una empresa de tanta dificultad, abandonaron el proyecto de desembarcar en Egipto, y dieron la vela para Constantinopla. Algunos historiadores añaden que el soldan Malek Adel contribuyó á esta resolucion, repartiendo sumas de dinero y muchos regalos en el campamento de los latinos. Sin embargo no dan prueba alguna de esta acusacion. El ejército, reunido en Corfú, reconoció solemnemente los derechos del emperador destronado. El príncipe Aléxis manifestó enagenado de alegría, su agradecimiento á un socorro que debia serle tan funesto. "No sabía, dice con razon el conde Daru, cuán peligroso es implorar el auxilio de los estrangeros para recobrar una corona." El usurpador Aléxis, engañado por los aduladores, deslumbrado por la magnificencia de la corte y orgulloso con su poder, no quiso dar crédito á las noticias que de todas partes le daban, del armamento de los cruzados, hasta que vió la escuadra veneciana al pie de las murallas de Constantinopla.

El ejército latino desembarcó en la costa de Asia, admirado de ver aquella soberbia capital, último monumento de la grandeza romana, sus elevados muros, sus profundos fosos, y sus cua-

trocientas torres, defendidas, segun se decia, por cuatrocientos mil combatientes. A este espectáculo, los franceses se asombraban de su propia osadía, porque ignoraban que el coloso de Roma y Grecia estaba reducido á una sombra.

El emperador de Oriente solo pudo reunir un ejército poco numeroso; para ganar tiempo y asustar á los agresores ostentando sus fuerzas, les envió socorros en víveres, dineros, armas y soldados para la conquista de la Tierra santa, amenazándolos al mismo tiempo, si persistian en guerrear contra él, con un ejército veinte veces mas numeroso que el que traían. Conon de Bethune en nombre de los cruzados le respondió que se preparase á pelear, ó cediese el trono al monarca legítimo, en cuyo caso podria esperar de la intercesion de los señores latinos que se le perdonasen sus delitos. Cerrada así la via de las negociaciones, todos se prepararon á la guerra.

El pueblo de Constantinopla, indiferente en la eleccion de su dueño, no tomó parte en la guerra. La armada veneciana entró en el puerto, rompiendo la cadena que cerraba su entrada, y echando á pique las galeras que le defendian. Esta sola derrota acabó con toda la marina griega. Despues de diez dias de combates sangrientos, pero nó decisivos, los cruzados, que sentian ya la falta de víveres, subieron al asalto, mandados por el marques de Montferrato, y por Montmorency. El emperador Aléxis fue testigo ocioso de la pelea, y su yerno Teodoro

Lascaris era capitan de los griegos. Cuando las máquinas del sitio, en número de doscientas y cincuenta, abrieron una brecha, en la cual se dió la batalla, subió al asalto el dux de Venecia Dándolo, á la edad de ochenta años y casi ciego. Los venecianos, enardecidos por su ejemplo, saltan de los bageles, derriban á cuantos se les oponen, entran en la plaza, y tremolan el estandarte de san Marcos en una torre. Otras veinte y cinco cayeron en poder de los latinos, que ya entraban en el cuerpo de la ciudad, cuando un vasto incendio levanta una muralla de fuego entre ellos y los sitiados. Los griegos salieron por otra puerta y atacaron el flanco de los cruzados que estaban detenidos por las llamas: pero el intrépido Dándolo, que vió el riesgo de los suyos, abandonó la torre que habia tomado, y acudió á socorrerlos. Lascaris reunia sus fuerzas para acometer á los enemigos, cuando el cobarde emperador dió órden á los griegos de retirarse.

Lo mismo hicieron los latinos, y aun podia esperarse que la plaza se defendiese mas: pero aquella noche huyó Aléxis, desamparando la emperatriz su muger, sus hijos y su palacio. El valor de un eunuco reparó momentáneamente los funestos efectos de la timidez del emperador. Arengó al pueblo y á la guardia, sacó de la prision al viejo Isaac, y lo restituyó al trono cuando esperaba la muerte. Los latinos, mas interesados que generosos, aunque ya parecia conseguido el objeto de la espedicion, declararon al

jóven Aléxis que le tendrian en rehenes hasta que cumpliese sus promesas.

Despues de largas contestaciones se firmó un tratado, por el cual debia pagar el emperador á los latinos doscientos mil marcos de plata, y someterse la iglesia griega á la romana. Los griegos llevaron muy á mal este artículo, y mucho mas Aléxis, declarado colega de su padre en el imperio, tratase él con los señores franceses como si fueran iguales suyos. Isaac, que ni tenia dinero ni valor, pidió y obtuvo de los cruzados término para pagar la suma estipulada, y los conservaba en sus estados para que le defendiesen contra las sediciones de los griegos: encargó á su hijo que fuese á someter, con el auxilio del marques de Montferrato, las provincias todavía rebeldes: y el guerrero del ejército latino se acampó junto á Constantinopla á las órdenes del dux y del conde de Flandes.

El odio de los griegos contra los latinos crecia diariamente. Aléxis Murzulfio, descendiente de la familia imperial de los Ducas, se aprovechaba de esta disposicion de los ánimos para elevarse al trono: escita una sedicion, y afectando lealtad y celo entra en palacio con el pretesto de defender á Isaac, se apodera de su persona, le dá muerte, y recibe la corona de manos del pueblo. Acometido por el ejército de los cruzados, los rechaza con la mayor intrepidez, se presenta el primero en la lid con la clava en la mano, y en cierta manera justifica la eleccion que de él se ha hecho, mostran-

do las virtudes y prendas, propias de un monarca, de un caudillo y de un soldado. Los franceses y venecianos, admirados de su resistencia y cansados de lucha tan obstinada, consentian en que se empezasen las negociaciones: pero Murzulflo, temiendo el fanatismo de los griegos, se negó á reconocer la soberanía del papa, y se interrumpieron las conferencias.

Desde entonces juraron los capitanes del ejército latino conquistar y repartir el imperio. El plan de repartimiento se arregló antes de dar la señal para el asalto, que fue sangriento y obstinado. Los griegos quedaron victoriosos en él: pero á los tres dias se dió el segundo, no menos furioso. Peleábase en la brecha con animosidad de entrambas partes sin reconocerse ventaja, cuando los navíos venecianos, acercándose á una parte de la muralla, menos defendida, la escalaron. Andres Durboires, frances, y Pedro Alberti, veneciano, saltan el muro, seguidos de un gran número de valerosos: penetran en la ciudad y se hacen dueños de ella. Murzulflo huyó Los griegos, reunidos en el Hipodromo, proclamaron emperador á Teodoro Láscaris: mas le abandonaron en la lid; y este príncipe, seguido de un corto número de valerosos, se abrió paso por entre las filas enemigas y se refugió al Asia donde fundó el imperio de Nicéa, y conservó la independencia de su patria.

Constantinopla fue entregada á todos los

horrores de una soldadesca sin freno. En aquel fatal dia fueron destruidos ó dispersados los monumentos de las artes y letras, y las inmensas riquezas, reunidas en tantos siglos por los Césares. El marques de Montferrato encontró en el palacio á la desgraciada hermana de Luis el menor, viuda de dos emperadores: se enamoró de ella y le prometió su mano y un nuevo cetro. Pasados los momentos de ferocidad y de rapiña que siguieron á la victoria, y restablecido el órden, los gefes latinos procedieron á la eleccion de nuevo monarca. Escluido Enrique Dandolo por el espíritu republicano y suspicaz de sus compatriotas, fue elegido el conde de Flandes, á pesar del partido que se declaró por el marques de Montferrato. El sistema feudal se estableció en el imperio del Oriente, como se habia establecido en Palestina en la primer cruzada. El marques de Montferrato fue rey de Tesalónica: otros barones lograron señoríos en Europa y Asia; y se cedieron á los venecianos la Morea y la mayor parte de las islas del Archipiélago. Muchas reliquias de santos que se conservaban en Constantinopla, se enviaron al rey de Francia como homenage debido al soberano de los franceses. Con la anarquía feudal se introdujo el uso de las milicias señoriales, y se borraron los últimos vestigios de la táctica y disciplina romana, que se habian conservado en el imperio de Oriente, y que se conservaron todavía en el de Nicea, donde Láscaris, perdidas las

provincias de Europa, sostuvo con sus hazañas el nombre griego.

El nuevo emperador Balduino, despues de haber perseguido, hecho prisionero y enviado al suplicio al usurpador Murzulflo, hizo guerra á los búlgaros, fue vencido, cautivo y asesinado por Juan, rey de esta nacion, á pesar de las reclamaciones del sumo Pontífice. Su muerte fue de triste agüero para el imperio Latino de Constantinopla, que acometido á un mismo tiempo por los griegos y los bárbaros, no duró mas que medio siglo.

Cruzada contra los albigenses (1208). Los franceses parecian condenados á un movimiento perpetuo dentro y fuera de Francia, y mientras sus guerreros asaltaban las murallas de Constantinopla y proclamaban un César, el rey de Inglaterra rompió la tregua concluida con Felipe. La guerra, pues, volvió á encenderse entre los dos reyes y las dos naciones rivales. Clemente de Metz, el senescal de Anjou y el vizconde de Melun, lugar tenientes de Felipe, vencieron en muchos reencuentros á los ingleses, mandados por Manleon, Thouars, y Lusignan, que no pudieron volver á reunir sus tropas dispersas y cayeron prisioneros. Se firmó una nueva tregua: mas no dió esperanza de quietud, porque entonces se encendió en las provincias meridionales del reino la guerra civil y religiosa.

Desde antes de los tiempos de Carlomagno dominaba el cristianismo en el occidente, sin

que se levantasen en su seno las disputas y heregías que tan frecuentes fueron en el imperio de Constantinopla. La doctrina y moral cristiana reinaban, no solo sobre la sociedad, sino tambien sobre los gobernantes. Habia ya domesticado á las naciones bárbaras del norte, mejorado la suerte del pueblo, preparado el renacimiento de las letras, cuando Berengario, Gilberto, Bruis y Pedro Valdo, gefe de los valdenses, predicaron nuevas doctrinas que la iglesia condenó, contrarias, no solo al poder temporal del sumo Pontífice y de los obispos, sino tambien á su autoridad espiritual, y á otros dogmas fundamentales de la religion. Estas heregías fueron castigadas, no solo con penas espirituales, como en la primitiva iglesia, sino tambien con suplicios mas ó menos duros, porque atacaban la ley fundamental de todos los estados cristianos, que era entonces la unidad y pureza de la creencia cristiana. Los que han censurado agriamente estos suplicios, se olvidan de la severidad con que se castiga en todos los paises á los infractores de la ley del estado. Si las discusiones religiosas de la edad media produjeron guerras y efusion de sangre, no fue porque en estas disputas se atacasen y defendiesen los principios de la religion; sino porque se ataсaba y defendia el único principio político, que como ya hemos dicho en otras partes, reconocia entonces la sociedad. La fé es tolerante: el poder ni lo es ni debe serlo, sopena

de perecer y con él la nacion que gobierna. En estas querellas religiosas sucedió lo que sucede siempre en las discusiones políticas: la ambicion, la venganza y otras pasiones ruines, con el pretesto de defender la religion, complicaron la lid y aumentaron sus desastres, ya demasiado grandes aun sin estos nuevos agentes. Cuando el imperio político que ejercia el cristianismo, ha cesado, porque los gobiernos han reconocido el único principio de su conducta, enseñado por la misma religion cristiana, á saber, *que deben tener por objeto el bien de sus naciones*, fue posible la tolerancia civil: pero no en aquellos siglos, en que destruida ó falseada la creencia, era preciso que la sociedad cayese en el abismo de la anarquía. Los discípulos de Pedro Valdo, tomaron el nombre de *albigenses*, de Albiga, ciudad de Languedoc, que unos creen que era la que hoy se llama Alby, y otros colocan en el Vivares, donde dicen que aun se ven sus ruinas Resucitando los errores de los maniqueos, admitian dos dioses y dos principios, el uno del bien y el otro del mal: el uno el creador de las cosas invisibles, y el otro de las visibles: el uno autor del nuevo testamento, y el otro del antigüo. Negaban la indisolubilidad del matrimonio, la presencia real de nuestro Señor en la Eucaristía, la resureccion de los cuerpos y la eficacia de los sacramentos, y proscribian el culto de las imágenes. Los católicos para indicar el horror que les tenian,

les daban el nombre de *búlgaros* antiguos; pero demasiado infame para traducirlo. Pedro de Bruys propagó los principios de esta secta durante el reinado de Luis el menor, en el Mediodia de Francia, fue condenado y entregado á las llamas, suplicio, que la ley civil infligia entonces á los hereges en todos los paises católicos. Pero no murió con él su doctrina: muchos señores, ó por error, ó por ambicion de tener partidarios, protegieron públicamente á sus discípulos, siguiendo el ejemplo del conde de Tolosa. Inocencio III determinó reprimir con la fuerza los progresos de aquella heregía, que amenazaba los dogmas del cristianismo, y en ellos los principios fundamentales del régimen político.

El cardenal Galo y Arnaldo, abad del Cister, legado del pontífice, exortaron al rey de Francia y á sus varones á restablecer á fuerza de armas la religion en los principales focos de la heregía, que eran las ciudades de Tolosa, Alby Narbona, Cahors y Beziers. Felipe preveía las consecuencias que producirian en esta lid la ambicion y las pasiones de los grandes; mas no quiso ó no osó mostrarse contrario á ella, y permitió que se predicase la cruzada en sus estados. Ofreciósele el mando del ejército; mas lo rehusó, alegando para escusarse la ocupacion que los ingleses daban á sus armas, y los peligros con que por otra parte le amenazaba la política ambicion del emperador Oton IV. No obstante, prometió á los legados enviar á

su hijo Luis con un cuerpo de quince mil hombres, mantenidos á su costa, en socorro de la santa liga. El ardor religioso y militar del siglo fue favorable al celo de los legados, y un gran número de guerreros tomó la cruz contra los albigenses como la habia tomado antes contra los mahometanos. Los cruzados de Oriente llevaban la cruz á la espalda éstos al pecho. Fueron sus caudillos los arzobispos de Bourges, Sens y Ruan, los obispos de Autun, Clermont, Nevers, Lisieux, Bayeux y Chartres, Eudes, duque de Borgoña, Simon de Montfort, Guido su hermano, y los condes Nevers, Auxerre, San Pol, Bar, Beaujen, Roches, Joigni, Levis y Tourry.

El conde de Tolosa, atemorizado de la tempestad que le amenazaba, pidió socoro al rey: y habiéndosele negado, dijo que imploraria el del emperador, como lo hizo á pesar de la prohibicion de Felipe: pero Oton, ó por conciencia, ó por respeto á Roma, le recibió con frialdad y le abandonó á su triste suerte. El carácter del célebre y desgraciado Raimundo ha sido descrito de muy diverso modo por sus amigos y sus contrarios. Los primeros le pintan como un héroe dotado de las mas grandes virtudes: los segundos, como un tirano, encenagado en los vicios, que se casaba y divorciaba con frecuencia y que entregaba al pillage los bienes de la iglesia. Los hechos, qué son mejor guia que las opiniones en tiempos de alborotos, manifiestan que ambos retratos eran exagerados, y que el conde de

Tolosa carecia de la firmeza de juicio, necesaria para no dejarse arrastrar de los novadores, y del vigor necesario para sostenerlos. Él habia provocado su peligro, y no se atrevió á aguardarlo. Sus primeros pasos mostraron que el valor que tuvo despues, procedió solamente de la desesperacion.

El papa envió á Tolosa un legado, llamado Milon. El conde, temeroso de las armas de los cruzados, le ofreció someterse y espiar sus errores. Milon exigió como rehenes siete fortalezas y muchos señores de Aviñon y de Nimes. Bajo estas condiciones fué admitido el conde de Tolosa á prestar juramento á la santa sede, y fue absuelto á las puertas de la iglesia por el prelado, que le introdujo en el templo hiriéndole con varas, y le hizo salir despues por un subterráneo para obligarle á pasar junto al sepulcro de un monge á quien habian asesinado los hereges. Allí se le obligó á pedir perdon al difunto, y en fin, juró pasar con tropas á la tierra santa, cuando el papa lo mandase. La sumision del conde le conservó el señorío de su capital, sin restablecer la tranquilidad en sus estados: porque sus vasallos, mas obstinados que él, tomaron las armas contra el legado y se negaron á hacer la retractacion. Estos eran el vizconde de Beziers y Carcasona, el conde de Foix. Raimundo Ternée, Aimerico de Montreal, Guillermo de Minerva y Rugero de Cominges. Habiéndose reunido el ejército de los cruzados, fueron elegidos sucesivamente por generalísimos

el conde de Nevers y el duque de Borgoña: pero ambos rehusaron aceptar honor tan peligroso. Simon de Montfort, á quien se nombró despues, imitó al principio la misma prudencia y moderacion: pero habiéndole ordenado el nuncio que aceptase, obedeció y se encargó del mando.

Montfort, conde de Leicester, ambicioso, hábil, intrépido é infatigable, unas veces generoso, otras feroz, reunia todas las cualidades necesarias para ser caudillo. Era inexorable con el enemigo vencido, y prodigaba su vida para salvar á un compañero de armas. En el sitio de Carcasona, rechazado en un asalto, vió al tiempo de retirarse uno de sus caballeros que tenia roto el muslo y se quedaba en el borde de un foso espuesto á los tiros de los sitiados: volvióse, pues, en medio de una nuve de flechas, cogió en sus brazos al herido, y se lo llevó á sus reales. Asi ningun guerrero fue mas respetado de sus iguales, mas amado de sus tropas, ni mas temido de sus enmigos.

Saco de Beziers (1209). El ataque de Beziers fue la señal de guerra tan infausta. El valor de los sitiados y sus contínuas salidas causaron grandes pérdidas á los católicos: pero habiéndose reforzado con un cuerpo de aventureros llamados *ribaldos*, tomaron por asalto la plaza. Antes de darlo, los oficiales preguntaron al abad del Cister cómo podrian distinguir despues de la victoria á los católicos de los hereges para proteger á los primeros y degollar á los

segundos. Los historiadores atribuyeron al abad esta respuesta: "Matadlos á todos: Dios sabrá distinguir los que son suyos." Semejantes palabras son inverosímiles en la boca de un legado del papa, y fueron inventadas, segun todas las apariencias, por los enemigos de los cruzados. La espantosa carnicería que se siguió á la toma de la plaza, no fue causada sino por el derecho bárbaro, llamado de la guerra, y que siempre se ha observado con harta fidelidad en las fortalezas tomadas por asalto· y así es muy improbable que los sitiadores hubiesen preguntado lo que debian hacer si triunfaban. Demasiado se sabia entónces cuál era el derecho sanguinario del vencedor.

Carcasona aterrada con el ejemplo de Berziers, capituló. Los hereges estaban ya en la agonía: pero la discordia de los gefes católicos dividió las fuerzas de la cruzada y retardó la ruina de los albigenses. Muchos señores, envidiosos de Montfort, abandonaron sus reales: pero este hábil caudillo, á pesar de la desercion, y arrostrando el rigor de las estaciones, se apoderó durante el invierno de muchas ciudades, quitó al conde de Fois las plazas de Pamiers y Mirepoix, y le obligó á hacer la paz. Entretanto el conde de Tolosa se quejó al papa de los escesos que cometia el ejército vencedor asolando las ciudades y talando los campos. Iguales quejas dio Pedro, rey de Aragon, que poseía una parte del condado de Carcasona. Toda la nobleza del mediodia tomó las armas á favor del conde,

irritada de los estragos que causaba la guerra civil.

Sitio de Castelnaudary. (1211). Monfort, acometido por todas partes, perdió en pocos meses muchos oficiales y soldados, y cuarenta ciudades ó castillos. En vano mostraba talento superior á los riesgos, porque la anarquía de la milicia feudal desvarataba en aquel siglo las combinaciones del mas hábil general. Las tropas que le traian los señores no estaban obligadas á servir mas que cuarenta dias, pasados este término, le abandonaban, y acaso en el momento en que mas necesidad tenia de su socorro: de modo que unas veces se veía al frente de un poderoso ejército, y otras, reducido á un corto número de soldados, parecia solo un capitan de partidarios. Quizá se habria rendido á tantas dificultades, si no le hubiese sostenido su esposa la condesa de Monfort, muger de carácter heróico, que libertó á su marido del peligro, conduciendo á su ejército numerosos refuerzos. Los legados, asombrados de la resistencia pertinaz que esperimentaban despues de tantas lides, solicitaron entrar en negociaciones. Celebróse una conferencia entre ellos, el rey de Aragon y los condes de Montfort y Tolosa, cuyo resultado fue una corta tregua: pero el diestro Montfort se aprovechó de ella para separar al aragones del partido de los albigenses, casando su hija con el primogénito de este monarca. La guerra continuó, pues, con el mismo encarnizamiento. El cuadro de los horrores que

la ambicion y la barbarie del siglo hizo cometer, es semejante al de todas las guerras civiles: campos talados, ciudades saqueadas, templos destruidos, mugeres ultrajadas, prisioneros degollados, convenios rompidos cuando se acababan de firmar, desertores como el conde de Cominges, que unas veces peleaba á favor de la cruz, y otras á favor de la heregía; en fin, ligas sin union, reconciliaciones falsas, estragos inútiles: tales fueron las tristes escenas de esta guerra. El conde de Tolosa tomó las armas con tanta osadía como sumision habia mostrado reconciliándose con la iglesia, y con los socórros del rey de Iglaterra recobró una parte de sus estados. Sitió despues á Montfort en Castelnaudary: pero el leon cercado era mas temible. Tan esforzado en la defensa como en el ataque, aterraba con varias salidas los cuarteles de los sitiadores. Los católicos le llamaban el *Macabeo* de su siglo.

Cuando los albigenses le creian mas abatido, sale con furia de la plaza, desbarata, dispersa y estermina la infantería del conde de Foix, recibe refuerzos, acomete á los enemigos, y le quita al conde de Tolosa todas las ciudades de sus estados escepto la capital y Montauban. Los cruzados repartieron entre sí las tierras de los vencidos: y Montfort mandó bajo penas rigorosas á los habitantes de los paises conquistados asistir á la misa y sermon todos los domingos. El castillo de Minerva capituló, y Montfort que le sitiaba, preguntó al abad del

Cister qué condiciones debia conceder á los habitantes. "Aunque deseo que mueran, respondió el abad, concededles la vida con tal que se conviertan." Alauvoisin, oficial en el ejército de Montfort, llevaba á mal esta indulgencia, y la censuraba. El abad le dijo: "No temais: porque pocos se convertirán."

Batalla de Muret (1213). Raimundo, sin recurso en su infortunio, se refugió al palacio del rey de Aragon, que prometió socorrerle si se sometia al sumo pontífice: lo que aceptó igualmente que los condes de Foix y de Bearne. Celebróse un concilio en Lavaur, en el cual el rey de Aragon defendió la causa de los proscritos é imploró la clemencia del legado: pero éste se mantuvo inexorable contra los relapsos; y amenazó de escomunion al rey si persistia en proteger á Raimundo. En otro concilio que se celebró en Arlés, los legados prohibieron al rey de Aragon y al conde Raimundo salir de la ciudad.

Montfort habia cometido muchas crueldades en esta guerra. Cuando tomó por asaltó á Lavaur, mandó echar en un pozo á la señora de esta ciudad, ahorcar á su hermano Aimerico, degollar ochenta caballeros y quemar cuatrocientos hereges. El rey de Aragon, irritado de tanta barbarie, le declaró la guerra. El sumo pontífice, aterrado de semejantes estragos, reprendió amargamente al conde de Montfort, por la proscripcion de los hereges, la opresion de los católicos, el derramamiento de

sangre inocente, y su injusta agresion contra los vasallos del rey don Pedro, cuando este príncipe peleaba entonces en España contra los sarracenos: en fin le mandó restituir los bienes que habia robado, y que no encubriese su codicia con el pretesto de la religion. Al mismo tiempo ordenó á su legado que cesasen las proscripciones y que procurase establecer una paz sólida, ó á lo menos una tregua durable.

La comision nombrada por el papa en 1208 para proceder contra los albigenses, fue el orígen de la inquisicion, tribunal famoso y temido, destinado á descubrir y calificar los delitos contra la fé; y cuya creacion no tuvo mas misterio que el que tienen, han tenido y tendrán todos los tribunales políticos, creados por el poder que existe, contra los que pretenden derribarlo: pero que ha presentado ámplia materia de declamaciones á todos los que ignoran ó afectan ignorar, que la ley civil de todos los códigos de Europa era la que condenaba á muerte á los herejes, y no los inquisidores, que solo eran jueces del hecho. Los albigenses dieron muerte á un inquisidor, y esta alevosía produjo la cruzada. Un caballero de Tolosa mató á puñaladas á uno de los legados: este crímen dió lugar á nuevas persecuciones. Era, pues, muy dificil que en esta exaltacion de las pasiones, en esta disolucion completa de la sociedad pudiese ser oida la voz de la caridad ni de la prudencia. El concilio de Lavaur desheredó la familia de Raimundo é instó al sumo

pontífice á que diese órden de destruir á Tolosa.

La guerra comenzó, pues, con nuevos furores. El rey de Aragon sitió á Muret, con un ejército de cien mil hombres. Montfort atribuía este armamento al deseo que tenia el monarca de libertar su dama, presa en aquella ciudad: pero la verdad es que la cautiva era su hermana la condesa de Tolosa. El valiente caudillo de los cruzados, cuya temeridad despreciaba todos los peligros, se hallaba entonces sin ejército, y solo pudo reunir dos mil guerreros. Encerróse con ellos en Muret, y formó el proyecto atrevido de dar batalla al enemigo con aquel puñado de hombres. Uno de sus lugartenientes admirado de su temeridad le dijo: "Contad vuestros saldados y los del rey de Aragon." A lo que respondió Montfort: "Solo se deben contar los ánimos." Este caudillo manda publicar de nuevo la escomunion fulminada contra los hereges, divide su pequeña tropa en tres cuerpos y promete á sus soldados que "si perecen en aquella lid, irian al cielo sin pasar por el purgatorio." Tomó luego del altar la espada y dijo: "Señor, tú me has escogido para mandar tú ejército contra tus enemigos: á tí toca sostenerme en la lid desigual que emprendo, y defenderme en el gran peligro á que me espongo: manifiesta á todo el orbe, concediendo tu favor á mis armas, la justicia de la causa que me has confiado." Despues de haber animado su tropa con esta ferviente súplica, salió de la

plaza como un rayo, y desbarató las primeras filas del enemigo.

El rey de Aragon, indignado de ver que su ejército cejaba ante un número tan pequeño de soldados, queriendo animar á los suyos con el ejemplo mas bien que con las palabras, acometió á Montfort, y cayó muerto á sus pies. Este suceso aterró á sus aliados: se dispersaron y perdieron veinte mil hombres en la fuga. Dícese que la victoria solo costó á Montfort veinte hombres; lo que se atribuyó á milagro. El nuevo macabeo entró triunfante en la fortaleza libertada, se postró ante el altar, para dar gracias á Dios, dió á la iglesia el caballo y las armas de que se habia servido, distribuyó entre los pobres cuantiosas limosnas, y envió á Roma la lanza y estandarte del rey de Aragon, que se colgaron por órden del papa en una sala del castillo de Santangelo. Montfort, aunque vencedor, no podia perseguir á los vencidos con solo dos mil hombres, y se limitó á talar los campos de Tolosa y Narbona. Pero la bátalla de Muret habia consternado á los hereges, y en breve se alistaron cien mil hombres bajo los estandartes del vencedor. No hallando enemigos, tomó muchas plazas casi en presencia del rey de Inglaterra, que se habia declarado su contrario, pero que no se atrevia á pelear con él. Montfort debió su fortuna á su intrepidez. Habia triunfado contra las reglas de la prudencia y á pesar de los consejos de sus amigos. Su habilidad y dicha obligaron á admiracion la misma envi-

dia, y los caudillos de la cruzada quisieron darle la investidura del condado de Tolosa: pero el papa solo le nombró *custodio* de aquel señorío.

Mientras las provincias meridionales eran destruidas por la guerra civil y religiosa, Felipe Augusto, ocupado esclusivamente en los intereses materiales de la nacion y del trono, levantaba poco á poco la autoridad real degradada, seguia con perseverancia el noble proyecto de librar á Francia del yugo de los ingleses, y se aprovechaba hábilmente aun de las mismas costumbres feudales para obligar sus barones á la obediencia. Las discordias de los grandes los debilitaban y eran favorables á la política del rey. Dispuesto siempre á hacer observar sus propias leyes, castigaba con multas y aun confiscaciones á los feudatarios, que rebeldes á sus órdenes, se negaban á marchar bajo sus banderas. Rara vez se presentaron sus tropas en los campos devastados por guerras religiosas: sin embargo era celoso de la pureza de la fe y de las costumbres, y un decreto de su consejo condenó á muerte los herejes de una secta, poco numerosa, cuyos errores eran semejantes á los de los quietistas.

El rey Juan, enemigo el mas obstinado de Felipe Augusto, parecia destinado por su inepcia y cobardía á destruir la fortuna de Inglaterra y elevar la de Francia. Despues de haber sido condenado en París en el tribunal de los pares, irritó la corte de Roma, tratando

con vilipendio al cardenal Langton, á quien el papa habia nombrado arzobispo de Cantorbery. Inocencio III predicó una cruzada contra Juan, encargó á Felipe que la dirigiese y le concedió por una bula el reino de Inglaterra. El rey de Francia, que habia resistido otras veces á las amenazas de la santa Sede, recibió con respetuosa alegría el órden de añadir una nueva corona á la suya. En este mismo tiempo por complacer al sumo pontífice trajo á su palacio á la reina Ingelburga, que hacía diez años que estaba desterrada en Etampes. Felipe, resuelto á aprovecharse de la ocasion que se le presentaba, reunió sus barones y vasallos: todos á escepcion del conde de Flandes le aconsejaron que invadiese á Inglaterra. Entonces convocó á las armas todas las milicias, y juntó en sus puertos una armada de mil setecientas velas.

El rey de Inglaterra atemorizado busca auxiliadores en todas partes. Mateo Paris dice que este príncipe pusilánime llegó hasta solicitar la alianza del rey de Marruecos y que le prometió hacerse mahometano, si le protegia en su infortunio. Mas no llegó este caso: se postró, á los pies de Pandolfo, legado de la santa sede, y dió su corona al pontífice, que satisfecho con esta sumision, mandó al legado pasar á Francia, para que prohibiese á Felipe continuar en su empresa y acometer al nuevo vasallo del papa. Felipe, sin hacer caso de esta prohibicion, declaró que no cederia de su propósito,

y así apresuró el armamento é hizo salir su escuadra. La mudanza de la política romana le detuvo; pero sí la de la fortuna, que dirigió sobre otros enemigos, la tempestad que Felipe habia formado.

El conde de Flandes, aliado de Juan, declaró guerra al rey de Francia. Felipe marchó contra él, y mientras peleaba con los flamencos, tomaba a Casel, Ypres y Brujas, y talaba á Flandes, la armada inglesa acometió y puso fuego á la suya. Vencedores los ingleses por mar, desembarcaron en la costa. Felipe, que sitiaba á Gante, marcha contra ellos, los sorprende y derrota, vengando con espantosa carnicería el incendio de sus bajeles.

Batalla de Bouvines (1214). Nuevos obstáculos se reunieron de nuevo contra los designios de Felipe. El emperador Enrique VI habia muerto en 1197, habiendo legado el reino de Sicilia á su hijo Federico. Felipe, duque de Suevia, y Oton, duque de Sajonia, disputaron la corona imperial. Felipe Augusto que tuvo por un momento la esperanza de conseguirla, renunció á ella: pero movido de su enemistad con Ricardo I de Inglaterra, tio de Oton se declaró en favor del duque de Suevia. La lid entre los dos rivales no fue de larga duracion. Felipe de Suevia murió asesinado, y el papa coronó á Oton, á pesar de la oposicion de Francia y de gran parte de la nobleza romana. Oton, poco despues de subir al trono, se indispuso con Inocencio III, que escomulgó al nuevo em-

perador. El duque de Austria, el rey de Boemia y los arzobispos de Maguncia y Treveris dieron su voto para el trono imperial, á Federico, rey de Sicilia, é hijo de Enrique VI. Este príncipe entró sin pérdida de tiempo en Alemania, reunió sus partidarios, tuvo una conferencia en Vancoueurs con Luis hijo de Felipe Augusto, y comenzó la guerra contra Oton.

El resultado de estos sucesos fue una coligacion contra Francia, tramada por muchos príncipes poderosos que envidiaban la gloria de Felipe y el aumento de su autoridad, y que temian su ambicion. Esta coalicion, la primera que se formó en Europa contra una potencia dominante, se componia del emperador Oton, del conde de Flandes, de los duques del Brabante y de Lorena, y de los condes de Holanda y de Namur. Mientras estos príncipes se disponian á invadir el norte de Francia, los ingleses, capitaneados por su rey, procuraban atraer hácia el Loira las fuerzas de Felipe. Juan logró al principio algunas ventajas, y tomó muchas ciudades: pero Luis, príncipe de Francia, el mariscal Clemente y el duque de Bretaña las recobraron, y le obligaron á recurrir á su arbitrio acostumbrado que era la fuga.

En este momento estalló la terrible tempestad que amenazaba á Francia: los tres ejércitos, ingles, aleman y flamenco, habiéndose reunido bajo las órdenes del emperador Oton y de los condes de Boloña y de Salisbury, hicieron

alarde de sus numerosos escuadrones junto á las murallas de Valenciennes. Felipe Augusto, que á la sazon estaba acampado junto á Tournay, marchó con rapidez á Lila. Esta fué la vez primera despues de cuatro siglos, que un grande interes nacional animó á los franceses. No tomaban las armas por disputas de señores ni por ambiciones palaciegas: iban á combatir por la gloria é independencia de su patria. El ambicioso Oton solicitaba dominar en Francia como en Italia y Alemania. Germanos y francos iban á pelear de nuevo. Algunos barones, traidores á su patria, tenian el designio de desmembrarla, y la suerte de las armas habia de decidir en la llanura de Bouvines si Francia quedaria independiente y se elevaria á la primera clase entre los reinos, y si se reduciria á ser vergonzosamente feudo del imperio. Oton convocó en Valenciennes una dieta, á la cual concurrieron los duques de Brabante, Lorena y Leimburgo, y los condes de Boloña, Holanda, Bar, Luxemburgo y Salisbury. Alli arreglaron el repartimiento de Francia: tan segura creian la victoria. Todos reconocieron por soberano al emperador. El conde de Boloña habia de poseer el Vermandois y algunos paises cercanos: el conde de Flándes, la isla de Francia y una parte de Picardia. La tia de este príncipe crédulo, llamado Ferrando, consultó segun su cuenta, al diablo para saber el éxito de la guerra; y el diablo la respondió: "el rey caerá en el campo de batalla y no será sepultado: y Ferrando entrará

con solemnidad en Paris." Los aliados descontentos de la silla de Roma, decidieron que despues de la victoria, abolirian el pontificado, los obispos y los monges, y solo conservarian un corto número de presbíteros que viviesen de limosnas. Estos poderosos enemigos, soberbios con la muchedumbre de sus tropas, olvidaban, creyendo haber previsto todas las cosas, que no es la imperiosidad del número sino la del valor, la que decide y fija el destino de los combates.

Cuando supo Felipe Augusto que se acercaba Oton, no dando oidos mas que á su corage, queria acometerle inmediatamente: pero sus barones le aconsejaron que continuase la marcha, y tomase una posicion mas ventajosa para la batalla El campo que querian ocupar estaba cercano á Bowines, mas allá de un puente situado á igual distancia de Fournay y de Lila. Los aliados atribuyeron á miedo la marcha retrograda del rey, y este pensamiento aumentó su soberbia. Oton habia querido detenerse para no profanar el dia del domingo con el derramamiento de sangre: pero el ardor de los gefes, la impaciencia de los soldados, y la esperanza de una victoria facil, triunfaron de sus escrúpulos religiosos. Los aliados siguieron, pues, el movimiento de Felipe, con suma celeridad. Una parte del ejército del rey habia pasado ya el puente. Este príncipe no se creia atacado desde tan cerca, cuando el vizconde de Melun, á quien habia destacado con algunos escuadrones ligeros, encontró repentinamente al enemigo, y fue

á avisar á Felipe que todas las fuerzas de los aliados avanzaban para darle batalla. Reúnense los barones al rededor del monarca. Unos aconsejaban que se pelease: otros que se acabase de pasar el puente. Esta incertidumbre se aumentó por un movimiento de los aliados que fingieron retirarse. Felipe, depuestas las armas, se sentó á la sombra de un fresno cerca de una capilla dedicada á san Pedro, para descansar un momento: pero le avisaron en breve que el enemigo atacaba la retaguardia: entónces, vistiéndose prontamente su armadura, envió órden á los cuerpos que ya habian pasado el rio, de que volviesen á reunirse con él. Algunos historiadores cuentan que habiendo mandado colocar en el frente de su línea un altar portatil, Felipe puso sobre él una corona, y dijo á sus soldados: "generosos francos, vamos á pelear por la independencia y la salvacion de la patria. Si creeis á alguno mas capaz que yo de llevar la primer corona del mundo, estoy pronto á obedecerle: pero si no me creeis indigno de ella, pensad cuando acometais conmigo á los contrarios, que hoy teneis que defender honor, pais, rey, bienes y familias." El abate Vély dice que Rigord trae este discurso: pero no se halla ni en la historia de éste ni en su continuador. Las palabras que pronunció Felipe fueron las siguientes, referidas por el benedictino Richer en la crónica de la abadía de Senones, y mencionadas por Guillermo el bueno en su poema."
¡O vosotros, soldados cristianos, flor de la Fran-

cia y ornamento de la corona real! Hemos resuelto rendir al Señor en este su santo dia el homenage que le es debido, jurarle obediencia y dirigir á él nuestras súplicas: mas no podemos hacerlo, porque el enemigo nos acosa y nos obliga á pelear. He depuesto la corona, porque aquí no soy mas que un hombre: y aunque rey, no podré llevarla si vosotros no la sosteneis." Señalando entonces á ella, continuó: "quiero que todos seais reyes, y á la verdad todos los sois: porque el nombre de rey, *rex*, se deriva de *regere* gobernar: y me sois necesarios para regir la monarquía: peleemos pues, &c." El ejército respondió á estas palabras con gritos de entusiasmo: "Viva Felipe, sea nuestro rey: moriremos por su defensa y la del estado." Pusiéronse todos de rodillas y le pidieron la bendicion. Felipe, para aumentar y vigorizar su denuedo, inspirandoles ardor y confianza religiosa, les dirigió, segun cuenta Guillermo el Armórico, estas cortas palabras: "Soldados, solo en Dios debemos comfiar: Oton y los suyos son enemigos de la iglesia y están escomulgados: se han enriquecido robando los templos: se han hartado con las lágrimas de los pobres. Nosotros al contrario, aunque pecadores y malos, somos cristianos sometidos á la ley divina y defensores de la fe: confiemos, pues, en la proteccion de Dios: su misericordia os hará triunfar de nuestros enemigos, que tambien son los suyos."

Cuando acabó de hablar; su capellan, que

escribió una relacion de esta batalla, entonó el salmo *Exsurgat Deus*, las trompetas sonaron al mismo tiempo, y los soldados animados por este sonido guerrero y por los cánticos sagrados, marcharon, ó mas bien, se arrojaron al enemigo. Los caballeros se decian unos á otros: *acordémonos de nuestras señoras.* El grito de los franceses era *Montjoie Saint Denis*, y el de los alemanes *Kirie-eleison.* Juarin, obispo de Seulis, ministro y compañero de armas del rey, hacía entonces las funciones de mariscal. Tenia el encargo de ordenar el ala derecha del ejército, compuesta de las tropas de Champaña y Soissons, y mandada por el duque de Borgoña: en ella militaban el condestable conde de san Pol y Mateo de Montmorency. El rey se habia puesto en el centro de la línea, y Roberto, conde de Dreux, mandaba la izquierda. Los franceses, por una feliz casualidad, tenian á sus espaldas el sol, cuyos rayos deslumbraban á los imperiales. En aquellos siglos de ignorancia, la ciencia militar era desconocida. La táctica romana habia desaparecido: las tropas se movian sin arte: las batallas no eran mas que encuentros mortíferos: se peleaba cuerpo á cuerpo: la habilidad no encadenaba á la fortuna, y todo lo decidian la fuerza y el acaso Oton creia que el mayor obstáculo para sus designios era el valor y la fama de Felipe, y la confianza que inspiraba á sus soldados. Abandonando, pues, á sus lugartenientes el cuidado de dirigir las alas, mandó á sus tropas escogidas y á la gran

masa de sus germanos y brabanzones, que dirigiesen contra el rey todos sus esfuerzos y armas: y seguro de que su caida produciria la derrota de su ejército y la conquista de Francia, cometió la vileza de mandar á los germanos que le diesen la muerte si le hacian prisionero. Por esta razon cargó sobre el centro del ejército frances todo el peso de la batalla. Por felicidad, cuando los condes de Flandes y Boloña, acudian con sus cuerpos para reunirse á la masa de los alemanes que atacaba á Felipe, el duque de Borgoña y Montmorency les cortaron el camino, y les dieron un furioso combate. El duque cayó del caballo; pero los suyos le levantaron, y reparó con increibles proezas la desgracia ó el desaire de la caida. Montmorency se inmortalizó cogiendo diez y seis estandartes del enemigo. El conde de San Pol corriendo por todo el campo con la velocidad del águila, herido é hiriendo sin cesar, fue por su intrepidez la admiracion de los mas atrevidos caballeros. Habiendo visto á uno de sus gentiles hombres empeñado en medio de un gran número de contrarios, y peleando sin mas esperanza que la de vender cara su vida, se echa sobre el cuello de su caballo, le espolea sin intermision, rompe como un rayo el grupo de flamencos, se lleva en brazos el caballero que estaba ya para rendirse á tantos enemigos, y volviendo á atravesar con igual rapidez los batallones germánicos, llega con aquel trofeo cívico á los suyos. Antes de la batalla, se du-

daba de la lealtad del conde de San Pol, y por eso, cuando se travó el combate decia: "caballeros, seguidme y vereis que peleo como un buen traidor." Entretanto á pesar de la resistencia intrépida de las tropas francesas, el número triunfaba, y la infantería alemana desbarató la de Felipe. Eustaquio de Marquelin, caballero de Oton, gritaba en alta voz: "mueran los franceses." El obispo de Senlis decia á los suyos: "estendéos mas y no os dejeis cercar." Un soldado no debe apoyarse en el que tiene á su lado como si fuese un escudo."

Los alemanes no tardaron en rodear la brillante tropa, en cuyo centro se distinguia Felipe, cubierto de armas riquísimas, sembradas de flores de lis. En vano los valientes Guillermo de Barres, Bartolomé de Roie, Pedro de Mauvoisin, Esteban de Longchamps, Guillermo de Mortemart, Garlande y Juan de Rouveray formaron una muralla al rededor de su monarca. En vano Guarin, obispo de Senlis, armado de una maza, dió muerte á muchos alemanes, "creyendo, segun decia, conformarse así en cierto modo á su estado que prohibe la efusion de sangre:" en vano el mismo Felipe, dando muerte con su espada á un gran número de enemigos, muestra dignamente á sus vasallos que es rey: á cada instante se aumenta su peligro, mil espadas y lanzas se levantan contra él. Montigny, que llevaba el estandarte real, lo bajó y alzó muchas veces para avisar al ejército el estremo peligro en que se hallaba su ca-

pitan. Un soldado aleman cogió con un dardo armado de garfios, el barbuquejo del yelmo del rey, y al tirar derribó en tierra á Felipe. Este se levanta, mas no puede desenvarazarse del dardo fatal que le detiene. El mismo emperador acudió para completar su triunfo dando muerte á su noble rival: pero entonces muchos caballeros franceses, ardiendo en furor, se arrojan al combate para salvar el rey; el cual, teniendo ya un aleman levantado el acero, debió la vida á Esteban de Longchamps, que se presentó al golpe, y cayó muerto á los pies del monarca. Tristan sacó al rey de entre los enemigos y le dió un caballo.

En este momento llegaba con un refuerzo Guillermo de Barres. Las mensadas de Soisons y Amiens y otras que habian pasado del puente, acudieron. La fortuna se trueca, y los enemigos se retiran. Felipe los acosa y persigue sin intermision, abre sus filas, y la caballería francesa arrojándose entre ellas las desbarata y acomete al emperador. Pedro de Mauvoisim tomó la brida de su caballo: Everardo Escrofa rompió su espada en el peto de Oton, cuyo caballo herido se encabrita, y con una violenta sacudida obliga á Mauvosim á soltar las riendas, y derriba á Barres que tenia asido al emperador por el cuerpo.

Oton se escapó huyendo y corriendo á toda brida sin detenerse. Creyendo ver siempre las espadas francesas levantadas sobre él, se alejó velozmente del campo de batalla: y desde este

instante fue completa la derrota de su ejército. Felipe viéndole huir, dijo á los suyos: "Al fin Oton vuelve las espaldas: lo que es por hoy, no volvereis á verle el semblante." Solo los ingleses, colocados en el ala derecha resistian aun: y la fortuna favoreció por un momento su intrepidez. El conde de Boloña que los mandaba, dió un ataque tan rápido, que llegó hasta donde estaba Felipe: pero cuando iba á herirle sobrecogido de un improviso respeto hácia un soberano, se detuvo y descargó el golpe sobre el conde de Dreux. En fin, derribado del caballo, rindió su espada al obispo Guarin, y sus tropas, viéndose sin caudillo, huyeron en todas direcciones. Setecientos brabanzones que habian quedado solos en el campo de batalla, se defendieron hasta morir en un puesto atrincherado. San Valery, encargado de atacarlos, los pasó todos á cuchillo. Así acabó esta memorable jornada, que salvó el reino de Francia, humilló el orgullo del imperio, sujetó los vasallos rebeldes, y dando al trono frances la superioridad, dió tambien á Felipe Augusto el primer lugar entre los reyes de su siglo: Felipe, modesto despues de la victoria, envió al emperador Oton la águila imperial de oro cogida en el combate. Contento con haberle rendido por su valor, tuvo la prudencia de no humillarle.

Oton, vencido, y disgustado del trono que no podia hacer ya superior á los demas, descendió de él, lo cedió á su competidor Fede-

rico, y pasó en soledad y tristeza los cuatro años últimos de su vida. Terminada la gloriosa batalla de Bouvines, los generales del rey le trajeron gran número de prisioneros, entre ellos los principales señores que le habian hecho traicion. Su prudente generosidad dejó libres á algunos y suavizó el cautiverio de los otros, que fueron enviados á diferentes fortalezas. Solo el conde de Flandes fue reservado á una suerte mas triste.

La entrada de Felipe en su capital semejó por la pompa á los triunfos mas brillantes de Roma. Francia, orgullosa por la celebridad que debia al genio de su monarca y al valor de sus guerreros, estaba enagenada de alegría. Toda la poblacion de París salió á recibir á su rey: las fiestas que se hicieron á su vuelta, duraron ocho dias. El conde de Flandes, que se habia jactado de tremolar sus banderas en París, atravesó tristemente las calles de esta ciudad en los equipages del vencedor. Su arrogancia pasada y las falsas predicciones de sus mágicos daban asunto á las burlas populares, y como el carro en que iba, era tirado de cuatro caballos alazanes, á cuya especie se daba entonces vulgarmente el nombre de *Ferrans*, la muchedumbre siempre cruel con el desgraciado, cantaba alrededor del cautivo coplas groseras que terminaban con este estrivillo.

Quatre ferranz, bien ferrés,
Trainent Ferrand, bien enferré:

Cuatro alazanes, bien herrados
Tiran de Ferrando bien aherrojado.

Este vasallo rebelde, tan infeliz como valiente, fue encerrado en una torre, de la cual no salió hasta que reinó San Luis. El rey tributó al Señor solemnes acciones de gracias, y en memoria de la célebre jornada de Bouvines, fundó cerca Seueis la abadía de la Victoria. Sus guerreros, cuyo valor le habia servido tambien, recibieron honores proporcionados á sus hazañas. El conde de Estaing, que levantó á Felipe cuando estaba caido y atropellado por los enemigos, obtuvo el privilegio de poner en su escudo las armas y colores del rey.

Todavía faltaba un enemigo que vencer. Este era el rey de Inglaterra, que acampado en Poitou, vacilaba entre la ignominia de retirarse y el peligro de pelear. Felipe marchó contra él, obligó al vizconde de Thouars á someterse, y presentó la batalla al rey Juan. Este, no atreviéndose á lidiar con el vencedor de Bouvines, solicitó la paz y por intercesion del legado del papa consiguió una tregua de cinco años.

Victorias del príncipe Luis contra los albigenses (1215). No era posible al rey de Francia retardar mas el cumplimiento de la promesa que habia hecho á la santa sede: y así envió al príncipe Luis con quince mil hombres á pelear contra los albigenses. El conde de

Montfort llegó hasta Leon, y le recibió con mas respeto que contento: porque los gefes de la cruzada tenian un protector tan fuerte que podria guardar para sí las ciudades que conquistase. Luis conoció el motivo de sus inquietudes y las disipó. En una obra del monge de Vaux Cornay, se lee que Montfort, autorizado por una junta celebrada en Mompeller á gobernar como príncipe y monarca los paises conquistados, temia con razon que el heredero del trono le quitase la autoridad.

Los albigenses, sin fuerzas para resistir á las tropas reunidas del príncipe y de los señores, no se atrevieron á presentarse en campaña, y se encerraron en sus fortalezas. Luis sometió á Narbona y Tolosa, y mandó arrasar sus fortificaciones. Despues de estas fáciles victorias, volvió prontamente á París para entrar en una empresa de mas peligro: porque entonces los ingleses, cansados é indignados del yugo despreciable y tiránico de Juan Sintierra, ofrecieron al hijo del rey de Francia el cetro británico.

Langton, arzobispo de Cantorbery, legado del papa, habia hecho inútiles esfuerzos para inspirar al rey de Inglaterra principios de justicia y moderacion. Juan Sintierra no queria cumplir ninguno de sus juramentos: era tirano y débil, ambicioso y pusilánime, atrevido en sus proyectos y cobarde en el campo ds batalla; no conocia mas política que la falsedad, mas leyes que su capricho, mas recursos en el

peligro que la huida, ni mas venganza que el asesinato. Vencido en la guerra de Francia, humillado por el genio y la fortuna de Felipe, procuraba indemnizarse de sus pérdidas, oprimiendo y humillando la nobleza y el clero de su reino y tiranizando el pueblo. En vano se le hizo presente que no podia castigar como delincuentes á los señores que no habian sido juzgados por sus pares. El descontento era general, y convocó su parlamento mas bien por miedo que por deseo de restablecer el órden. El cardenal Langton leyó en esta asamblea una antigua carta del rey Enrique I que habia hallado, en la cual estaban contenidas todas las franquicias nacionales. Los barones pidieron que se pusiese en vigor, y aun ampliaron sus determinaciones. La nueva y grande Carta que propusieron al monarca, le prohibia despojar á los menores y viudas, imponer multas á los mercaderes, establecer contribuciones sin aprobacion del parlamento y prender á un ingles sin juicio de sus pares. Juan, irritado de que se le impusiesen tales barreras, decia que *reinar de ese modo era hacerse esclavo.* La nobleza insistió: el rey ostinado en su propósito, tomó la cruz para ponerse bajo la proteccion del papa. Entretanto dos mil caballeros armados se juntaron en Stanford, y amenazaron al monarca que pelearian contra él, si no cedia á sus representaciones. "Todas esas libertades quiméricas que reclamais, les respondió, no tienen otro objeto verdadero, sino el de encade-

narme á mí. Ya no os falta mas que pedirme la corona." Entonces los señores le declararon guerra, y eligieron por caudillo á un baron, llamado Roberto, que tomó el título de *mariscal del ejército de Dios y de la Iglesia.* Para dar á esta lid un colorido religioso, se fundaban en el primer artículo de la Carta de Enrique I, que decia así: "Reconozco por enteramente libre la iglesia de Dios, y juro no confiscar, vender ni dar en arriendo ninguna de sus posesiones." La ciudad de Lóndres entró en la confederacion, y el ejército de los señores se acuarteló en ella.

Juan resistia siempre á las súplicas y cedia al temor. Reunió, pues, en Vindsor un parlamento, aceptó, en presencia del legado Pandolfo, la Carta grande, y juró que la haria cumplir con fidelidad.

Los juramentos del rey acostumbrado al perjucio como dice Mateo Paris, no podian inspirar confianza. Se le observó con tanta vigilancia que su palacio se parecia mucho á una prision: pero burló el cuidado de sus guardias, y se retiró á la isla de Wight: desde donde envió órdenes á sus partidarios para levantar tropas y poner en estado de defensa las fortalezas que estaban á su devocion. El papa Inocencio III anuló las actas del departamento de Vindsor y la Carta: pero los ingleses no cedieron á su autoridad. El rey, habiendo reunido algunas tropas, se apoderó de Rochester. Tenia un tesoro, fruto de sus vejaciones, y con él encontró

soldados en Francia, donde alistó un ejército de cuarenta mil hombres, la mayor parte aventureros, mandados por Euges de Bauve, diestro general, que habiéndose embarcado para Inglaterra, fue asaltado de una tempestad que destruyó su flota y dispersó sus soldados.

Luis de Francia, coronado rey de Inglaterra (1216). Los barones ingleses, libertados por este desastre, se vengaron del peligro que habian corrido, declarando al rey Juan destituido de la corona. El general Roberto y el conde de Wincherter fueron enviados á París á ofrecer al hijo del rey Felipe el trono de Inglaterra. Este suceso inesperado alejaba la ambicion del monarca frances, pero daba recelos á su prudencia. Ocultando su secreta satisfaccion bajo el velo de la tranquilidad, pidió tiempo para responder, y antes de decidirse, exigió veinte y cuatro rehenes, que respondiesen de la sinceridad con que se le hacía la proposicion. Muchos obstáculos le detenian: los principales eran la oposicion de Roma y el escrúpulo de romper la tregua recientemente firmada. Pero su conciencia capituló y transigió con la ambicion. Felipe creyó eludir todas las dificultades, declarándose neutral en este negocio y afectando dar á su hijo entera libertad de rehusar ó aceptar las proposiciones de los barones ingleses.

Luis aceptó, como era de esperar: y dió orden á muchos señores de dirigir sus tropas á Inglaterra. Lóndres las recibió con júbilo,

y la guerra comenzó entre ellas y el ejército del rey Juan. El papa fulminó escomunion contra los que militaban en el partido de Luis, y manifestó su descontento á Felipe por medio de su nuncio: pero Luis no hizo caso de las armas de Roma, y prometió á los ingleses que se presentaría dentro de poco en el puerto de Calés con nuevas tropas y en mayor número. Entretanto fueron convocados los pares de Francia en la capital. El legado de la santa sede se quejó ante ellos de la agresion del príncipe Luis contra un rey, vasallo de la iglesia, y reclamó á favor de Juan la proteccion del rey Felipe.

Felipe respondió: "el príncipe Juan se ha hecho indigno de que yo le socorra; pues ha olvidado que un monarca no puede hacerse vasallo de otro ni disponer de su reino sin el consentimiento de sus barones. El pontífice, aceptando la donacion que Juan le ha hecho de sus estados ha ofendido la magestad de los reyes cristianos y la independencia de sus naciones." "Sí; esclamaron entonces todos los barones franceses: estamos dispuestos á sostener con las armas y á peligro de nuestra vida, que *nunca puede creerse un príncipe dueño de hacer tributario su pueblo y esclava su nobleza.*" Despues de esta interrupcion, continuó Felipe: "Luis, mi hijo, es par de Francia. Si tiene derechos legítimos al trono de Inglaterra, la autoridad real no podrá impedirle que los haga valer." Entonces un caballero esplicó los motivos en que se fundaban los derechos de Luis. Recordó el infame asesi-

nato del duque Arturo; la rebeldía de Juan en no presentarse cuando fue citado por el rey de Francia, su desobediencia al tribunal de los pares; su deposicion pronunciada por los barones de Inglaterra; la legitimidad de la confiscacion del feudo cuando el vasallo faltaba; la abdicacion presumida de Juan por haberse reconocido vasallo del papa; en fin, la legalidad de la elevacion del príncipe Luis al trono de Inglaterra, por ser marido de Blanca de Castilla, hija de Leonor de Inglaterra y sobrina de Ricardo I.

El legado del papa, para el cual muchas de estas razones tenian mas fuerza de la que debieran, representó á los pares que todos los reyes y señores cristianos habian jurado no atacar á un príncipe que hubiese tomado la cruz: pero no fue dificil vencerle en este último medio de defensa, probándole que Juan habia sido agresor en las hostilidades. Entonces, en vez de argüir, mandó y amenazó: prohibió al príncipe Luis, de parte del pontífice, desembarcar en Inglaterra, y al rey su padre, dejarle partir. Apenas Luis, oyó estas palabras, se puso en pie y dijo á su padre: "yo soy vuestro vasallo por los feudos que poseo en Francia: pero no sois árbitro en la cuestion de mis derechos al cetro inglés. Si quereis intervenir en ella, apelaré al tribunal de los pares: porque estoy resuelto á defender con las armas la herencia de mi esposa, á quien pertenece de derecho el trono de Inglaterra." El fin de esta escena no dejó al legado duda alguna de la inteligencia y concierto secreto entre

el padre y el hijo: y salió lleno de ira de la asamblea. Luis, disponiendo de las tropas que su padre le permitia levantar, prosiguió su empresa.

Habiéndose embarcado en Calés, apenas salió del puerto, una violenta tempestad dispersó la mayor parte de su escuadra, y no pudo desembarcar en la costa de Inglaterra sino con un cuerpo de tropas muy pequeño. El rey Juan estaba acampado á poca distancia con un ejército numeroso, que hubiera sido formidable mandado por otro caudillo. La desigualdad de fuerzas no aterró á Luis, y marchó temerariamente contra su rival. El rey de Inglaterra, odioso siempre por sus violencias y despreciado por su cobardía, poseido de un terror súbito, al acercarse los franceses, se puso en fuga.

El príncipe, vencedor sin pelea, continuó su marcha, tomó á Rochester y llegó sin obstáculo á la ciudad de Londres donde fue recibido del pueblo con entusiasmo, y proclamado solemnemente por rey. Los señores y vecinos le prestaron juramento de fidelidad: y él por su parte juró mantener sus privilegios y conservar sus libertades. Despues visitó las provincias, se hizo dueño de casi todas las fortalezas, y obligó con amenazas al rey de Escocia á rendirle vasallage. La ciudad de Douvres fue casi la única que se conservó fiel al monarca inglés y resistió á los franceses.

El pontífice escomulgó á Felipe Augusto, á su hijo y á sus tropas, puso entredicho en el

reino, y envió la bula al arzobispo de Sens para que la pusiese en ejecucion: pero los obispos franceses reunidos se negaron á darle cumplimiento y dirijieron al papa respetuosas advertencias. El pontífice subió al púlpito, y tomando por testo las palabras del profeta: *espada, espada, sal de la vaina y afilate para brillar y matar*, lanzó nueva escomuion, y escribió á Felipe cartas llenas de amenazas. Los esfuerzos que habia hecho le produjeron una calentura ardiente que terminó su vida.

Casi al mismo tiempo murió Juan Sintierra, caido del trono, y dejando un nombre universalmente despreciado. Su vida fue infausta para Inglaterra, su muerte para Francia: porque los ingleses no se habian sometido al príncipe frances, sino para libertarse de Juan: pero apenas éste murió, el orgullo nacional y el odio al poder estrangero recobraron su natural influencia. El rey Juan dejó un hijo llamado Enrique, de edad de nueve años. Su derecho y su inocencia le grangearon celosos partidarios, y muchos barones se declararon públicamente por este príncipe, que les recomendó su padre al tiempo de morir.

Enrique III, rey de Inglaterra (1217). El nuevo rey Luis, poseido de la desconfianza, que es propia de todo poder mal consolidado, cometió graves yerros, humillando el amor propio de sus vasallos con dar á los franceses casi todos los empleos importantes, y asi aumentó en gran manera el número de sus enemigos. El

legado romano se aprovechó del descontento general para aumentar el partido del rey niño: y logró persuadir á los barones ingleses que seguian las banderas del príncipe frances, que Luis los despreciaba como traidores, aunque se hubiese aprovechado de la traicion.

Reunióse en Glocester una asamblea numerosa de obispos, prelados y señores, presidida por el conde de Pembrok. Se presentó en ella el príncipe Enrique, juró mantener la Carta, fue proclamado rey, y prestó homenage por su corona á la santa sede en manos del legado. Luis sitiaba á Douvres cuando recibió la noticia imprevista de esta revolucion: y al punto levantó el cerco y volvió á Londres. El nuevo pontífice Honorio III, siguiendo las máximas de su predecesor, renovó la escomunion lanzada contra Francia. Felipe, receloso de las consecuencias, creyó necesario conservar sus tropas en Francia, para mantener la tranquilidad pública, y no envió ningun socorro considerable á su hijo. Este abandono aparente y dilacion funesta, hicieron cometer á Luis dos yerros muy graves. Uno fue venir á París á rogar á su padre le diese tropas: otro firmar por hacer el viage sin riesgo, una tregua con Enrique, mas nociva á la causa de los franceses que una derrota.

Durante la corta ausencia de Luis, el ejército de Enrique se aumentó con prontitud. Felipe Augusto, movido por las súplicas de su hijo, le dió dinero y soldados. El príncipe pasó á Inglaterra, ronovó las hostilidades, consiguió

algunas ventajas, volvió á Londres, marchó con la mayor parte de sus tropas á Licoln, y la sitió. Este cerco fue la principal causa de su ruina. El conde de Pembrok sorprendió á los franceses, forzó sus reales é hizo en ellos gran carnicería. En esta desgraciada pelea murieron el conde de Perche y un gran número de caballeros. Pembrok, vencedor, marchó sin pérdida de tiempo contra Luis que se habia encerrado en Londres. La fortuna abandonó desde entonces al príncipe frances: Blanca de Castilla, su muger, habia encargado á Roberto de Courtenay pasar á Inglaterra con una escuadra y nuevas tropas: pero la armada inglesa acometió y dispersó lós navíos franceses, apresó la almiranta, y mandó degollar á Courtenay. Luis, perdida la esperanza de socorro, y convencido de que le era imposible reinar en una nacion, casi toda contraria suya, concluyó un tratado con Enrique, en el cual se obligaron entrambos con juramento á tomar la santa sede por árbitra de sus desavenencias.

Luis consiguió todas las seguridades necesarias para su persona y ejército. Enrique prometió amnistía general á los ingleses que se habian declarado contra su padre y contra él, y de una y otra parte se dió libertad á los prisioneros. Los franceses entregaron la ciudad de Londres: Luis abrazó al niño su competidor, y volvió con sus tropas á Francia en setiembre de 1217. Su efímero reinado no duró mas que doce meses. Perdió por su inesperiencia el cetro

que habia ganado por su valor. Faltóle la prudencia de soberano: pero le quedó el renombre de esforzado caballero. El papa reconoció por rey á Enrique y dió la absolucion á Luis, imponiéndole por penitencia un tributo equivalente á la décima parte de sus rentas. Los eclesiásticos que habian seguido su causa, fueron sentenciados á pedir perdon, descalzos y en camisa, en la iglesia catedral de París, en las cuatro grandes festividades del año, despues de ser heridos con varas por el chantre.

Toma de la Rochela por Luis (1219). Felipe Augusto confirmó la tregua, hecha antes entre Francia é Inglaterra, y así conservó á Normandía y demas provincias que sus armas habian conquistado. Pero ingleses y franceses se aborrecian con tal ahinco y se habian hecho tantos daños, que su buena armonía no pudo ser de larga duracion. Cuando espiró la tregua volvieron á las armas, y el príncipe Luis sitió y tomó la Rochela. Entretanto la guerra religiosa aumentó su violencia en el Mediodia. El rey, obligado por el sumo pontífice á sostener la liga católica, concedió nueva tregua á los ingleses y les cedió la plaza que habian perdido. En el concilio de Letran se decretó que el conde de Tolosa perdiese sus estados y que se diesen á el de Montfort. Este vino á París, mas bien como conquistador que como vasallo, á pedir la investidura al rey. Felipe habia concebido la esperanza de apoderarse de aquel condado: pero no queriendo indisponerse con Roma,

que favorecía á Simon de Montfort, dejó para otra ocasion sus designios de engrandecimiento; ocasion que tarde ó temprano le darian la guerra civil y las discordias de los señores. Raimundo el menor, hijo del conde de Tolosa, era valiente, firme y atrevido. Deseoso de recobrar los bienes de su padre, se rebeló, se unió con amigos que le eran adictos, juntó tropas, se anticipó á sus enemigos en lugar de esperarlos, ocupó y conquistó á Provenza, y entró victorioso en Tolosa. Su padre, animado por estos triunfos, se le reunió con el conde de Cominges y otros muchos señores, que se apartaron de él en la desgracia, y volvieron al cebo de la fortuna.

Montfort, habiendo alistado fuerzas considerables, tomó la ofensiva y puso sitio á Tolosa. Ni la edad ni los afanes militares habian entorpecido su ardor. Estaba acostumbrado á esponerse en las peleas como un gregario, y siempre se le hallaba en las primeras filas. Habiendo hecho los sitiados una salida vigorosa para quemar unas torres que los sitiadores habian construido, Montfort se lanzó con furia sobre los contrarios. Una piedra enorme que le tiraron, le rompió el escudo: y espuesto sin defensa á los tiros del enemigo, cayó herido mortalmente de cinco saetas. A pesar de su crueldad, se le admiraba como el héroe del siglo por sus fuerzas y su valor. La muerte de este campeon formidable intimidó á los cruzados, y levantaron el cerco. El partido de Raimundo se

aumentó en gran manera, y Amaury de Montfort, hijo de Simon, hizo inútiles esfuerzos contra su rival. El príncipe Luis acudió entonces á su socorro, se apoderó de algunas plazas, y sitió de nuevo á Tolosa: pero esta ciudad opuso la mayor resistencia á los sitiadores, y despues de una campaña inútil de cuarenta dias, las milicias feudales abandonaron, segun su costumbre, el campamento de Luis, y este príncipe se vió obligado á volverse á París.

Proposicion de ceder al rey el condado de Tolosa (1222). Amaury de Montfort ofreció á Felipe Augusto cederle el condadado de Tolosa: pero ó por no indisponerse con Roma, ó por no reconocer como legítimo el decreto del concilio de Letran, el rey no quiso aceptar el don.

En esta época murió el anciano Raimundo, mas consumido por los pesares que por la edad: el partido de su hijo aumentaba diariamente. Felipe, con la esperanza poco probable de poner término á la guerra civil que asolaba las provincias meridionales de su reino, convocó en Mantes una asamblea de grandes, barones y obispos. Habiendo restaurado la autoridad real, aspiraba á la gloria de pacificador: pero atajado en este designio por una calentura muy fuerte, murió el 14 de julio de 1223, á los cincuenta y ocho años de edad y cuarenta y cuatro de reinado. De su primera muger Isabel de Henao tuvo un solo hijo, que fue Luis VIII su sucesor. Ingelburga, á quien repudió por aversion, y volvió á recibir forzado, solo fue reina en el

nombre, y no gozó el placer de ser madre. Inés de Merania, mas infeliz aunque amada, tuvo dos hijos: Felipe, conde de Boloña, y María que casó primero con el conde de Namur, y despues con el duque de Brabante. Inés murió de sentimiento cuando se anuló su matrimonio: pero sus hijos fueron legitimados por el sumo pontífice como habidos en casamiento que de buena fé creian válido los consortes. Felipe tuvo ademas un hijo natural, llamado Pedro Charlot, que siguó á san Luis en su espedicion á la Tierra santa y murió en ella. Este rey tuvo por auxiliares ministros y caudillos dignos de él. El conde de Blois, el cardenal de Champaña, Hugo de Puiseaux, Bethisy, Guarin, obispo de Senlis, que era á un mismo tiempo prelado, canciller y guerrero, Barres, el primero de los valientes, los condestables condes de Clermont, de San Pol y de Mello, Mateo de Montmorency, y los tres Clementes, todos mariscales, hicieron célebres su reinado. Simon de Montfort hubiera logrado la palma sobre los franceses ilustres de su siglo, á no haber mancillado su gloria con tanta sangre. La autoridad real, encadenada en la primera dinastía por los gobernadores de palacio, restablecida por Carlomagno, y humillada de nuevo por una aristocracia poderosa, altiva y turbulenta, habia roto poco á poco sus travas, merced á los esfuerzos constantes de los Capetos. Sin embargo, los reyes de Francia, obligados á pelear sin intermision contra los vasallos que los rodeaban, no fueron

antes de Felipe, mas que señores de los señores, y los primeros entre sus iguales. Felipe Augusto, por su firmeza y fortuna, libertó la corona y le dió su antiguo lustre, protegió el pueblo, favoreció la libertad municipal, multiplicó los casos de apelacion al trono, sujetó los grandes barones, y los hizo conocer que tenian superior. El conde de Flandes privado de sus dominios y preso por causa de felonía; el duque de Normandía, juzgado y condenado por el tribunal de los pares; el conde de Auvernia, despojado de sus dominios por haber oprimido al pueblo y ultrajado al obispo de Clermont, fueron los brillantes indicios de la restauracion del poder monárquico. Pero los grandes, queriendo á un mismo tiempo resistir al trono y oprimir los pueblos, resultó una alianza natural entre el rey que buscaba apoyo, y la nacion que buscaba protector. El sistema feudal, incapaz de resistir á estas dos fuerzas reunidas, se desplomó poco á poco, y sobre sus ruinas se estableció una autoridad única, que fue la del monarca, sin límites políticos, pero tambien sin base. Ningun reinado fue mas rápido en los aumentos de la corona que el de Felipe: pues agregó á ella las provincias de Normandía, Maine, Anjou, Turena, Poitou, Auvernia, Artois y una parte del Berry. Engrandeció á París, empedró sus calles, embelleció sus monumentos y empezó el Louvre. Casi todas las ciudades fueron rodeadas de muros. Una carta del rey al papa Inocencio III manifiesta que habia formado el

proyecto de edificar un hospital para los soldados inválidos. Las costumbres de la caballería, la independencia de los señores y la organizacion irregular de las milicias feudales no permitian hacer grandes mudanzas en la táctica: solo el arte de los ingenieros hizo algunos progresos, y el sitio de Chateau Gaillard prueba que Felipe tenia oficiales bien instruidos en este ramo. La victoria de Bouvines fue su mayor hazaña: porque fue un triunfo inmortal y duplicado contra la ambicion estrangera y la rebeldía de los barones. En aquel campo adquirió una gloria, que al mismo tiempo era nacional y europea. La hacienda, es decir, la renta de los dominios reales y el producto de algunas contribuciones impuestas para las cruzadas, fueron administradas por Gerardo de Poissy, que destinó, segun se dice, once mil marcos de plata al empedrado de la capital. El Louvre, que habia de ser algun dia noble palacio de los reyes franceses, fue en sus principios fortaleza y prision. Felipe Augusto guardó sus tesoros en el Temple, y los puso bajo la custodia de seis burgueses. En esta época empezaron á ser conocidos los gremios: habia uno de mercaderes para el trasporte de vinos, y compró del rey un privilegio para los pregones de las ventas en París. Estos gremios, tan desacreditados despues, fueron las primeras barreras que se opusieron á la tiranía de los señores y á la arbitrariedad de los gobernantes. El preboste de París estaba encargado de la policía urbana: pero su autoridad se

estendia poco: pues el obispo, el cabildo eclesiástico y los abades de san German de los Prados y de santa Genoveva tenian cada uno su ministro de policía particular.

Felipe Augusto favoreció la instruccion pública, porque la creia el principal apoyo del gobierno: mas era entonces tan dificil mover las almas ignorantes al estudio, que el rey concedió á las escuelas que empezaban, privilegios grandísimos. Sus decretos sometieron los estudiantes á la justicia eclesiástica, que podia reclamarlos aun cuando fuesen aprehendidos en delito manifiesto. Sus casas eran asilos inviolables. Los que los acusaban, no podian apelar al combate judicial: y estos privilegios se estendian á sus sirvientes. Habiendo muerto algunos estudiantes á manos de los vecinos en una pendencia, fueron arrasadas las casas de éstos: el preboste fue arrestado como cómplice de los homicidas, y se declaró que se le pondria en juicio; y si resultaba culpable, se le castigaria con la muerte; si inocente, seria desterrado del reino. Esto prueba hasta qué grado llegaba entonces la arbitrariedad. Estas escuelas se consagraron en sus principios á las cuestiones metafísicas y abstractas, propias de la filosofía de Aristóteles. El cardenal de san Esteban les dió en el reinado de Felipe Augusto el primer reglamento: pero no tuvieron el nombre de *Universidad* hasta las ordenanzas de san Luis: y quizá por esta razon se ha creido á Pedro Lombardo, que la dirigia entonces, primer fundador de la universidad

de París. A pesar de todos los obstáculos que se oponian en este siglo á los progresos de la inteligencia, á pesar de las costumbres militares y de la ignorancia, barbarie y superstición del pueblo, se observaba cierta mudanza en la instruccion, nacida de los esfuerzos constantes de Luis el Gordo y Luis el Menor, de la libertad de los pueblos, y del ejemplo de Suger, san Bernardo y otros sábios eclesiásticos. Hasta entonces no hubo mas historias en la edad media que crónicas con pocos hechos mezclados entre muchas fábulas. Guillermo el Armórico, en su breve historia de Felipe Augusto, tiene ya algun interes: refiere circunstancias importantes, muestra mas juicio, y no carece de colorido ni de fuerza. Este mismo Guillermo escribió un poema histórico, cuyo asunto era el mismo reinado, en el cual hay imaginacion, perdida por el mal gusto de una civilizacion reciente. M. Simondi observa con razon que las frecuentes alusiones de este poeta á la historia antigua indican el renacimiento de los estudios. El objeto principal de ellos era la teología: y sin embargo la clase de literatura mas cultivada en tiempo de Felipe Augusto fueron las novelas en verso y prosa. En la corte y en los castillos se oía con placer á los *troveres* recitar las aventuras fabulosas de los pares de Carlomagno, del rey Artus y de los caballeros de la tabla redonda. Las damas imaginaban repetidos en las hazañas de Tristan y Lanzarote los combates de sus amantes esposos. Alejandro el Grande, por una

estravagancia digna de aquel siglo, quedó trasformado por los poetas en paladin y caballero del siglo XIII. A este poema singular, muy célebre entonces, deben los franceses el uso del verso alejandrino: porque antes solo se poetizaba en versos de ocho sílabas. Estas producciones frívolas debian naturalmente preceder á las sérias en una civilizacion naciente, asi como la imaginacion, que es la flor del espíritu humano, precede á la razon, que es su fruto.

En vano el rey con su justicia, los caballeros con su generosidad, los prelados con su ejemplo procuraban suavizar la barbarie de las costumbres, y despertar en los ánimos la caridad cristiana. El carácter feroz de Montfort y los odios civiles y religiosos conservaron la antigua violencia y atrocidad. Aun todavía nos horrorizan en la escena los furores de Fayel. Habia casado con Gabriela de Vergy, arrebatada al amor del señor de Coucy: el cual, lidiando en Palestina por la fé en las banderas de Felipe, recibió en el sitio de Acre una herida que creyó mortal. En el momento de espirar escribió á Gabriela una tierna despedida. Habiéndose librado de la muerte como por milagro, volvió á Francia, y se acercó disfrazado al castillo de Vergy, no con intenciones culpables, sino con la de consolar á la que creía haberle perdido para siempre. El bárbaro Fayel le sorprende y asesina, le saca el corazon, le pone en un vaso, y lleva sin piedad á la infeliz Gabriela este presente digno de Atreo. La historia refiere el crí-

men, mas no el castigo del monstruo: parece que los remordimientos fueron su único suplicio. El cetro no tenia fuerzas para reprimir tales maldades. El esceso del mal fue su único remedio: y la caballería, poniéndose en lugar de la justicia, protegió al débil, vengó al inocente y castigó al criminal. Su noble espada dió principio á la revolucion moral, que consumaron despues las luces de la sabiduría.

Felipe Augusto tuvo al menos la gloria de haber sido el primer caballero de su tiempo, y ademas, como rey, hizo cuanto estaba en su mano. En todos sus dominios nombró bailíos que oyesen las quejas contra las justicias señoriales: y como reunió á la corona las provincias mas ricas y mayores, esta institucion vino á ser ley casi general. Si no pudo resucitar como queria, los parlamentos de Carlomagno, al menos estendió la autoridad del tribunal de los pares. Con él abatió el orgullo de los grandes, juzgó sin apelacion sus querellas, regularizó la gerarquía feudal, decidió un gran pleito relativo á la herencia de Enrique, conde de Champaña, y acostumbró á los barones á respetar la justicia. Felipe fue acusado de avaricia, como Vespasiano, á quien imitó tambien en la admirable economía con que empleó las sumas que habia adquirido por medios harto opresivos: pues habiendo sostenido tantas guerras dentro y fuera de Francia, dejó todavía en el tesoro cuarenta y nueve millones de libras, cantidad enorme para aquel siglo. En su testamento dejó á Luis,

su sucesor, veinte y cinco mil marcos de plata para defensa del estado é indemnizacion de los agravios que podia haber hecho á algunos particulares. Dejó por manda diez mil libras parisienses á la reina Ingelburga, otras tantas al príncipe Felipe, tres mil marcos de plata á Brienne, á quien habia nombrado rey de Jerusalen, á ruego de los cruzados: dos mil al maestre del hospital de Tolosa: dos mil á los templarios: ciento cincuenta mil á los guerreros que peleaban en Palestina: dos mil á sus sirvientes: dos mil á los pobres que fuesen huérfanos ó leprosos: en fin, todas sus joyas y pedrerías, al monasterio de San Dionis. Este testamento y todas sus acciones prueban su religion: mas su piedad no le estorvó defender con entereza los derechos de la corona contra las pretensiones del clero. De acuerdo con sus barones promulgó una ordenanza en que se prohibia á los tribunales eclesiásticos entender en las causas relativas á feudo. Era necesario el consentimiento de los señores para que esta ordenanza tuviese vigor de ley fuera de los dominios reales.

En este reinado fundó Santo Domingo de Guzman el orden de predicadores, que al principio fueron canónigos reglares, y despues mendicantes. San Francisco de Asis fue el fundador de los *hermanos menores*, que tomaron de él el nombre de franciscanos. El voto de pobreza que hacian estas religiones, prueba cuán conocidos eran entonces los abusos de la riqueza en las grandes abadías, convertidas ya en señorío

feudales. Algunos historiadores aseguran que Felipe, previendo que su hijo Luis tendria que socorrer á Amaury de Montfort contra los albigenses, dijo con tristeza: "Luis tiene poca salud, perecerá en esta espedicion, y las riendas del gobierno vendrán á manos de una muger." Pero esta muger era Blanca de Castilla, la ilustre madre de San Luis. Felipe, que consagró su vida á la consolidacion del trono, al mantenimiento de la justicia, á la prosperidad del pueblo y á la gloria de su patria, exhortó á su heredero á seguir sus pisadas: y en la medalla que hizo acuñar cuando le armó caballero, estaba figurado el rey dando el espaldarazo á su hijo, con este mote: *Disce, puer, virtutem ex me regum que laborem.* (Aprende, hijo, de mí las virtudes y afanes, dignos de los reyes).

CAPÍTULO ADICIONAL.

Historia de las islas británicas hasta la conquista de los normandos.

Hasta el reinado de Felipe I, rey de Francia, cuya historia pertenece á este tomo, fueron casi nulas las relaciones políticas entre la isla de la gran Bretaña y el continente. Parece, pues, que este es el lugar apropósito para esplicar los orígenes de la nacion y monarquía inglesa, cuya rivalidad con la francesa llena gran parte de los anales del mundo moderno, desde la conquista de Inglaterra hecha por los normandos en el siglo XI.

Este capítulo adicional se divide naturalmente en tres secciones: la primera comprenderá hasta el fin de la dominacion romana: la segunda hasta la invasion de los dinamarqueses: la tercera hasta la conquista de los normandos.

SECCION PRIMERA.

HISTORIA DE LAS ISLAS BRITANICAS HASTA EL FIN DE LA DOMINACION ROMANA.

Orígenes de los britános. Las islas británicas, colocadas en el Océano occidental al Noroeste de Francia, fueron pobladas indudablemente por una nacion de origen céltico: pues en sus primeros habitantes se halla gran semejanza de costumbres y de religion con los galos: y aun en cuanto al culto, parece que estaban mas instruidos que los druidas de Galia, como lo prueba el ver que estos los consultaban frecuentemente en los casos difíciles. Ademas, muchas de las tribus que moraban en la parte meridional de la gran Bretaña, tenian nombres que indicaban su origen galo, como los de *Belgas*, *Atrebates* y otros, cuyos iguales se hallaban tambien en el continente. En fin, las semejanzas en el idioma, prueban la identidad de cuna.

Pero este pueblo, conocido con el nombre general de britanos, y que despues con el de bretones habia de ser tan célebre y poderoso, no tuvo historia ni pudo tenerla hasta la invasion de los romanos en la gran Bret. ña el año cincuenta y cinco antes de Jesucristo. Su poblacion era entonces corta y bárbara: hallándose en aquel periodo de la civilizacion, en que los

pueblos empiezan á profesar la agricultura: y sus costumbres eran mucho mas feroces que las de los galos sus vecinos: indicio de una poblacion mucho mas reciente, y de una absoluta incomunicacion con las naciones civilizadas de la antigüedad. Y aunque sea innegable que los fenicios y los cartagineses, sucesores suyos en las artes de la navegacion y del comercio, frecuentaron las islas Casiterides, que segun se cree, son las Sorlingas, cercanas á la punta Sudoeste de la gran Bretaña, de las cuales esportaban el estaño, lo cierto es que ningun vestigio dejaron entre los bretones, como habian dejado entre los españoles, de sus artes, costumbres y religion. La rigidez del clima, los peligros de aquellos mares y los pocos adelantamientos de la ciencia naútica en siglos tan remotos, impidieron probablemente que se estableciesen relaciones íntimas y constantes entre los mercaderes de Tiro y de Cartago y las tribus bárbaras de los bretones: y acaso puede afirmarse con verdad que los navegantes del Mediterráneo se limitaban á tocar en las Casiterides, hacer sus cargamentos y huir de un cielo frio y nebuloso adonde solo podia llevarlos el deseo de la ganancia. A lo menos no queda monumento ni señal alguna que pruebe haber construido factorías fijas estas naciones célebres en alguno de los puertos de Albion: y solo queda memoria de arribadas accidentales á la costa de esta isla y de Irlanda.

Primera invasion de Cesar en la gran Bre-

taña (A. M. 3949. A. J. 55). Julio Cesar, habiendo conquistado en tres campañas toda la Galia Transalpina, deseoso de aumentar su gloria para oprimir con ella á sus enemigos de Roma, meditó la conquista de Albion, nombre que dieron los romanos á la gran Bretaña, por las blancas montañuelas que forman las dunas en su parte occidental y meridional. Tenia por pretesto para esta empresa el socorro que los britanos habian dado á los venetos, pueblos de la Armórica, recientemente subyugados. Envió, pues, á Voluseno, uno de sus oficiales, á reconocer la isla: pero éste, ó poco hábil ó tímido, se volvió, sin haber tomado noticias suficientes. Cesar, resuelto á ejecutar su empresa, se embarcó en el puerto Iccio cercano á Cales, con la infantería de dos legiones, el 26 de agosto del año 55 antes de Jesucristo: atravesó el estrecho y hallando las alturas opuestas coronadas de bárbaros preparados á impedirle el desembarco, costeó la playa y echó el ancla en el sitio donde hoy está el puerto de Deal. Allí desembarcaron sus tropas á pesar de la oposicion del enemigo, que habia seguido por tierra los movimientos de la armada romana, y despues de un breve, aunque sangriento combate, ahuyentaron á los bárbaros de la ribera. Cesar se acampó, y esperó la llegada de su caballería para internarse en el pais: pero las tempestades dispersaron los buques en que venia, y los obligó á volverse á las costas de Galia. Los britanos acometieron en gran número á una de las legiones que habia

salido de los reales á buscar provisiones: pero se retiraron viendo acudir en su socorro el resto de las tropas romanas. Despues, habiendo recibido refuerzos de las tribus mas interiores, dieron un asalto á los reales, que tampoco surtió efecto. Cesar, probado ya el valor y ferocidad de los enemigos, resolvió no esperar á que el invierno que se acercaba, interrumpiese de todo punto sus comunicaciones con Galia: y asi habiéndose sometido y dado rehenes algunas tribus de las cercanías de su campamento, se volvió al continente con sus tropas. Esta espedicion, que duró tres meses, fue mas bien descubrimiento que conquista: pero en Roma fue celebrada con veinte dias de fiesta á los dioses, en accion de gracias: tan importante habia hecho la fama el reconocimiento de aquel pais, que presentaba nuevo alimento á la ambicion de los romanos.

Segunda espedicion de Cesar á la gran Bretaña. (A. M. 3950 A. J. 54). Cesar pasó el año siguiente á Albion con cinco legiones y dos mil caballos, desembarcó en el mismo sitio que habia ocupado en la pasada espedicion, y no encontró resistencia: porque los britanos, aunque mas en número, habian resuelto no fiar el éxito de la guerra al trance de un combate, sino fatigar y disminuir al enemigo con reencuentros parciales. Era gefe de ellos Casivelauno, rey de Casia: y aunque este pais solo comprendia el territorio que está entre el Támesis y el Sabrina, hoy Saverna, habia vencido todas las tribus vecinas,

entre ellas á los trinobantes, que habitaban mas al Oriente, y cuya capital era la que hoy se llama Londres y á la cual dieron los romanos el nombre de Londino.

Cesar, habiendo asegurado sus reales, marchó hácia el Támesis, siempre acometido por los bárbaros, perdiendo gente y buscando en vano ocasion de una batalla decisiva. Al fin logró lo que apetecia. Envió tres legiones y toda la caballería á forragear: los britanos, engañados por el desórden aparente de los romanos, los acometieron con todas sus fuerzas; mas fueron recibidos con tanto denuedo, que desvaratados y deshechos, y sufrida gran pérdida, huyeron con dificultad á las montañas y á los bosques. Las tribus confederadas se separaron y volvieron á sus casas, y dejaron á Casivelauno, su antiguo enemigo y vencedor, todo el peso de la guerra contra los invasores.

Este héroe bárbaro procuró defender el paso del Támesis con estacas agudas, clavadas en lo hondo del rio, y con empalizadas en la orilla. Pero estas dificultades no arredraron á los romanos: y su intrepidez y el aspecto de un elefante, animal desconocido á los britanos, los amedrentó de tal manera que se echaron á huir desapoderadamente. Casivelauno, ostinado en la resistencia, taló su propio pais para que los romanos no encontrasen víveres en él, hizo alianza con los cancios, habitantes de lo que hoy es el Kent, para que asaltasen los reales de la playa donde Cesar habia dejado sus bu-

ques sacados á la costa y defendidos con atrincheramientos, y se fortificó en un lugar ventajoso, sobre el cual se construyó despues el pueblo de Verulam, título del célebre filósofo Bacon. Pero la fortuna le fue contraria en todo: los trinobantes, y otras tribus, enemigas antiguas y envidiosas de Casivelauno, se sometieron á Cesar, y le acudieron con tropas y víveres; los cancios fueron rechazados por el comandante de los reales de Cesar, y este gran capitan se apoderó de los atrincheramientos de Casivelauno y de todas las riquezas que allí se guardaban, y que consistian principalmente en rebaños. El rey bárbaro pidió la paz. César que temia las tempestades del equinocio, le impuso un ligero tributo, como á los demas gefes sometidos y la obligacion de dar rehenes y de vivir en paz con los trinobantes: y se volvió á Galia con todas sus tropas.

Este fue el resultado de la primer invasion de los romanos en la gran Bretaña. La rebelion de los galos contra Cesar, y despues la guerra civil con Pompeyo, le impidieron volver á pensar en nuevas empresas contra aquel pais. Augusto, ocupado en otros negocios, y desarmado por las embajadas sumisas que le enviaron los insulares, renunció al proyecto de pasar su ejército al Albion: y en lugar de exigir el tributo, que impuso Cesar, se contentó con las contribuciones que le pagaban los mercaderes britanos sobre los efectos del comercio que hacian en Galia por las embocaduras de los rios Sena

y Loira, de los cuales pasaban los géneros al Ródano y á Marsella, y de allí á los demas puntos del Mediterráneo. Tiberio, que creía el imperio demasiado estenso, imitó la prudencia de su antecesor. En tiempo de Cayo Calígula, Cunobelino, descendiente y sucesor de Casivelauno, desterró de sus estados á su hijo Adminio. Este vino á Roma y cedió al emperador todos los derechos que creía tener sobre la isla. Calígula reune un ejército de doscientos mil hombres, atraviesa con él la Galia, llega á Gesoriaco, hoy Boloña, da la señal del combate, manda á sus tropas, admirada de no ver enemigo alguno, que entren en la mar, baja entonces, y que llenen sus capacetes de mariscos y conchas, como despojos de la victoria conseguida sobre el Océano, erige en aquel sitio un foso, que sirva de monumento á la hazaña, y se vuelve á Roma á recibir los honores del triunfo.

Conquista de la parte meridional de la gran Bretaña por Plaucio y Vespasiano(45). Á la insensata y ridícula espedicion de Calígula la sucedió pocos años despues la sangrienta del emperador Claudio. A instancias de Berico, un britano de distincion desterrado de la isla y que deseaba vengarse, envió á Aulo Plaucio, con cuatro legiones y las tropas auxiliares correspondientes, á la conquista de la gran Bretaña. Eran gefes de los britanos Caractaco y Togidumno, hijos de Cunobelino, los cuales, imitando la prudencia de sus antepasados, procuraron

fatigár mas bien que rechazar á los invasores. Pero los germanos auxiliares, que tenia Plaucio en su ejército, y que eran muy á propósito para este género de guerra, persiguieron en todas direcciones á los insulares, y muerto Togidumno en un reencuentro, los obligaron á pasar á la ribera septentrional del Támesis.

El emperador, que llegó á esta sazon á la isla, tomó el mando del ejército, y llegó hasta Camaloduno, hoy Colchester, recibiendo bajo su obediencia todas las tribus vecinas. Volviose á Roma, habiendo dividido el ejército romano entre Plaucio y Vespasiano, el mismo que algunos años despues fue elevado al trono imperial. El primero tuvo por provincia los paises situados en la izquierda del Támesis, y el segundo los de la derecha. La resistencia de los bárbaros fue obstinada. Vespasiano tuvo que dar treinta batallas para someter á los belgas, que habitaban lo que hoy es el Sussex, y á los moradores de la isla de Vecta, hoy Wight. Plaucio peleó, durante los cinco años de su gobierno, contra Caractaco, gefe de los casios y de los siluros: estos últimamente moraban en las orillas del Saverna, cerca de su desembocadura en el mar. Así fue conquistado el mediodia de Albion. Claudio entró triunfante en Roma, y recibió el sobrenombre de Británico, que trasmitió al hijo que habia tenido de Mesalina: á Plaucio se le concedió no mas que la oracion.

Caractaco vencido y preso por Ostorio (50).

Ostorio Escapula, sucesor de Plaucio en el gobierno de la gran Bretaña, levantó dos filas de castillos para reprimir las incursiones de los pueblos británicos, que aun no se habian sometido; una á lo largo del rio Avon, y otra en la orilla izquierda del Saverna. Los icenos que habitaban lo que hoy es el pais de Esesx, se rebelaron: mas fueron vencidos y castigados, y se fundó en Camaloduno una colonia de veteranos que los enfrenase y mantuviese en obediencia.

En el centro de la isla no quedaba ya á los romanos ningun pueblo que defendiese la independencia británica, sino los siluros. Caractaco que los mandaba, se apostó en una montaña, llamada hoy Caer Caradoc en el condado de Shreivibury, donde protegido por un rio que la cercaba, y por algunas fortificaciones de las que hacian aquellos bárbaros, de piedras sin argamasa, se dispuso á vender cara su muerte, y la libertad de su patria. Los romanos forzaron el paso del rio, subieron al monte, arrojaron de él á los siluros é hicieron prisioneras á la muger y á la hija de Caractaco. Este héroe se refugió al pais de los brigantes, pueblos que habitaban lo que hoy es el condado de Yorck, cuya reina era entonces Cartismandua, suegra del fugitivo. Esta, ó temerosa del poder romano ó deseando hacer alianza con los vencedores, mandó encadenar á Caractaco y entregarle á Ostorio. Transferido á Roma como trofeo de Britania conquistada, admiró aun

al mismo emperador Claudio con su entereza no domada por el infortunio, y mereció por ella que se le concediese la vida y la libertad. Este hombre, á quien se llamaba bárbaro en Italia, al ver los magníficos monumentos de la capital del mundo, decia: *no acabo de entender cómo los romanos, siendo poseedores de tan bellos palacios, los dejan por ir á quitar á mis paisanos sus miserables chozas.*

Aulio Didio, gobernador en la gran Bretaña (52). Los siluros no abandonaron la causa de la patria por haber perdido á Caractaco, y continuaron haciendo una guerra de latrocinio, irregular pero sangrienta y muy perniciosa á las legiones. Por muerte de Ostorio entró á gobernar la provincia y el ejército Aulo Didio, el cual, ademas de la guerra con los siluros mantuvo otra con Venusio, marido de Cartismandua. Esta princesa abandonó su casa por seguir á Velocalo, un britano de quien estaba enamorada, y reclamó el auxilio de los romanos en virtud de la alianza que con ellos tenia: pero los brigantes sus vasallos aborrecian su deshonestidad y al objeto de ella, y declarándose en favor de Venusio, hicieron armas contra los romanos. Parece que estos cedieron ó á la razon ó al valor de sus enemigos; porque despues de muchos combates. Cartimandua se vió reducida á ceder el trono á su marido, y á acabar ignominiosamente su vida bajo la proteccion de sus aliados.

Conquista de Mona: guerra de los ice-

nos (61). A Didio, sucedió Veranio, que murió poco despues de haber tomado el mando del ejército y de la provincia, y á éste, Suetonio Paulino, general de reputacion bien merecida. Su primera empresa fue la conquista de Mona, llamada hoy Anglesey, y separada del pais de Gales por un brazo de mar muy estrecho. En ella se habian refugiado los druidas, á quienes perseguian los romanos, porque sus declamaciones y su influencia eran causa principal de la ostinacion de los britanos. Suetonio mandó á la caballería pasar á nado el estrecho, mientras la infantería lo atravesaba en lanchas. Al desembarcar en la isla hallaron contra sí, no solo los britanos armados, sino tambien los druidas de uno y otro sexo, vestidos de luto, libre el cabello, con antorchas en la mano y corriendo por la playa en todas direcciones. La novedad del espectáculo inspiró terror á los romanos: pero animados por Suetonio, marcharon al enemigo, se hicieron dueños de la isla, quemaron los bosques sagrados, guaridas de aquellos terribles sacerdotes, los cuales perecieron en las mismas hogueras que habian encendido para echar en ellas algunos cautivos romanos que tenian.

Mientras Suetonio estaba en Mona, se rebelaron casi todos los pueblos británicos por la causa siguiente. Prasutago, rey de los icenos, aliado fiel de Roma, dejó su testamento al emperador por coheredero de sus estados juntamente con sus hijas, creyendo de este modo

asegurarles sus bienes. Pezo Cato, procurador imperial en Britania, se apoderó de toda la herencia: Boadicea, viuda del difunto rey, se opuso á la usurpacion del fisco, y fue azotada como una sierva y entregadas sus hijas á la lubricidad de los soldados romanos. Este horrible insulto y otros muchos que cometian los vencedores en las provincias aliadas, produjeron una sublevacion general, á cuyo frente se pusó Boadicea, mas ultrajada que nadie, mas deseosa de venganza. La reaccion fue terrible: Londres, ciudad ya floreciente por el comercio, y Verulamio, Municipio ilustre, fueron consumidos por las llamas: setenta mil romanos, sin distincion de sexo ni edad, fueron pasados á cuchillo por los rebeldes, y los britanos, que se negaban á seguir la bandera de su patria, eran tratados como si fuesen enemigos. Inmolaban todas estas víctimas á *Andrasta*: así llamaban los insulares á la diosa de la victoria.

Suetonio en fin, vino á las manos, aunque inferior en número, con sus feroces enemigos: la táctica y la disciplina triunfaron del corage sin reglas, y los britanos fueron vencidos en una sangrienta batalla que les costó ochenta mil hombres. Boadicea terminó sus infortunios dándose la muerte.

Sumision de los brigantes y siluros (78). La victoria de Suetonio no puso fin á la guerra, por la crueldad con que usó de ella: pero sus sucesores Turpiliano, Trebelio y Bolano procuraron mitigar la exasperacion de los insu-

lares, gobernando con mas dulzura, y lograron acostumbrarlos poco á poco al yugo. Hasta el año 70, en que Vespasiano quedó poseedor pacífico del trono imperial, las guerras civiles impidieron á los romanos llevar sus armas á la parte septentrional de la isla: pero los proyectos de conquista se renovaron cuando el imperio estuvo sosegado. Petilio Cereal, que gobernó á Britania desde el año 70 al 75, sometió á los brigantes, y su sucesor Julio Frontino, á los siluros, despues de guerras porfiadas y sangrientas.

Conquista del resto de la isla por Agrícola (86). Gneyo Julio Agrícola, el mas célebre, feliz y virtuoso de los generales romanos que mandaron en Albion, completó la conquista de la isla con las armas, y la afirmó con su gobierno sábio y benigno. Fue sometiendo los pueblos sucesivamente hasta llegar al centro de Caledonia, hoy Escocia: allí encontró mas resistencia, habitantes mas feroces y almas menos dispuestas á la civilizacion y al yugo: pero habiendo vencido á los caledonios en una gran batalla y arrojádolos á los bosques inaccesibles de la parte septentrional, se dedicó esclusivamente á consolidar en la isla la dominacion de Roma. Su escuadra costeó siguiendo los movimientos del ejército toda la gran Bretaña: y parece que hasta entonces no se supo con certidumbre que era una isla. Agrícola, durante sus espediciones militares tuvo noticia de Irlanda llamada *Yrin* por los naturales é Hibernia por los romanos: mas

no tuvo tiempo para emprender nada contra ella. Este grande hombre, cuando volvió á Roma concluido su gobierno, se retiró al sosiego y retiro de la vida privada, para evitar los funestos efectos de la envidia y suspicacia del emperador Domiciano.

Hemos recorrido rápidamente, por no repetir lo que ya se ha contado con suficiente estension en la historia del imperio romano, los sucesos militares que aseguraron á los señores del mundo el imperio de la gran Bretaña. Por ellos se podrá conocer cuál era el carácter feroz é independiente de sus habitantes antes de recibir el yugo, como tambien la especie de su religion, que era la de los druidas, y de su gobierno, que segun parece, era esclusivamente monárquico; pues no se halla caso de ninguna ciudad ó tribu británica gobernada republicanamente. Las hembras no eran escluidas del trono, como se vé por el ejemplo de Cartismandua, y el cetro era, generalmente hablando, hereditario.

A esta combinacion política, que dividia la isla en un gran número de gefes, discordes siempre entre sí y cuyas envidias y desavenencias facilitaron, como en todas partes, el triunfo de los romanos, sucedió la forma de gobierno regular, contrario á la independencia, pero favorable á la civilizacion, que Roma establecia en las provincias sometidas. El gobernador general, con el nombre de prefecto ó propretor, ejercia la autoridad soberana en nombre del

emperador que le nombraba: y tenia á sus órdenes seis gobernadores de las seis provincias en que se dividió la isla. Estas eran 1.ª, Britania primera, y llegaba desde el canal de la Mancha hasta el de Bristol y el Támesis: 2.ª, Britania segunda, colocada entre el mar de Irlanda y el Saverna: 3.ª, Flavia Casariense comprendida entre el Saverna, el Támesis, el Océano germánico y el Humber: 4.ª, Britania máxima, llegaba desde el Humber hasta las fronteras actuales de Escocia: 5.ª, Valencia, terminaba en el golfo de Edimburgo: 6.ª, la pretentura ó provincia, llamada de Vespasiano, comprendia los paises que disputaban continuamente los romanos con los caledonios de las selvas.

Habia en Britania nueve colonias romanas, dos civiles y siete militares, dos municipios, que eran Varulamio y Eboraco, hoy Yorck, y diez ciudades que gozaban del derecho de latinas; las demas eran estipendiarias. Los britanos, aunque tratados con benignidad, estaban escluidos de los empleos del gobierno: y no era lícito á los romanos empleados ni casar con una britana ni tener propiedades en el país. Estas diferencias desaparecieron poco á poco: pero manifiestan el recelo que inspiraba á Roma la índole independiente de aquellos habitantes.

Muralla de Adriano (120). Cuando Adriano subió al trono del imperio, las incursiones de los caledonios en la provincia romana eran mas frecuentes y temibles: el emperador pasó á

la isla y creyendo que no era posible defender contra los bárbaros la frontera establecida por Agrícola, puso otra desde la bahía de Solway hasta la embocadura del Tine, construyendo una muralla con fosos y guarneciéndola de tropas en la estension de veinte leguas.

Lolio Urbico, nombrado gobernador en el reinado de Antonino, sucesor de Adriano, despues de haber sometido á los brigantes que se habian rebelado, construyó otra muralla, llamada de Antonino, desde el Glota, hoy Clide, hasta el golfo del Forth. Pero el mas célebre de estos monumentos militares, fue la muralla de Septimio Severo. Habiendo vencido y muerto junto á Lugduno en 197 á Elodio Albino, proclamado emperador por las legiones de Britania despues de la muerte de Pertinaz, pasó á la isla, acompañado de sus dos hijos Caracalla y Geta, con el fin de oponerse á los progresos de los caledonios, y subyugar el norte de Escocia, ó al menos, esterminar á sus habitantes. Marchó con su ejército: los insulares huyeron, y no hallándose con fuerzas suficientes para pelear, hicieron una aparente sumision, comprada muy cara con el gran número de romanos, que ascendió á cincuenta mil, que perecieron ó de enfermedad en marchas tan difíciles ó por el hierro de los enemigos en reencuentros parciales. Hubo, pues, de adoptar el sistema de sus predecesores, y formó un poco mas al norte de la fortificacion de Adriano, una muralla de piedra, capaz de ser guarnecida por diez mil

combatientes, que seguia todas las desigualdades del terreno desde la montaña mas allá hasta el mas profundo precipicio: obra maravillosa, cuyas ruinas escitan hoy la admiracion de los que la contemplan. Esta muralla se concluyó en 201.

Desde este año hasta el de 284 es estéril en sucesos la historia de la gran Bretaña: lo que prueba que se mantuvo pacífica y felíz. En el reinado del emperador Galieno, parece que dominaron esta provincia sucesivamente los tiranos Póstumo, Loliano, Victorino, Tétrico, Bonoso y Eliano, siguiendo constantemente y sin oposicion la suerte de Galia, hasta que ámbas volvieron en tiempo del emperador Aureliano á incorporarse con las demas del imperio.

Carausio, usurpador en Britania (284). La decadencia del poder romano dió osadía á los francos y sajones, pueblos germánicos, que ocupaban desde la embocadura del Rhin hasta el Quersoneso címbrico, para invadir con sus armadas y saquear con su piratería las costas de Galia y Britania. Los emperadores Diocleciano y Maximiano enviaron á Carausio, general hábil y valiente, menapio de nacion, con el título de conde de la Playa sajona, para que purgase aquellos mares de tantos latrocinios. Carausio, despues de entrar en inteligencia con los piratas que le daban una parte de sus presas, sabiendo que Maximiano sospechaba de él y queria castigarle, se apoderó de Gesoriaco, hoy Boloña, fortificó esta plaza, hizo alianza con

los francos y sajones, sobornó á los que servian en la armada y en el ejército británico, se hizo dueño de la Gran Bretaña y tomó la púrpura y el título de Augusto. Sus dominios eran la isla y la costa occidental de Galia. Su reinado fue célebre por las victorias que logró contra los caledonios, cuyas incursiones reprimió. Los emperadores le reconocieron por colega: pero habiendo poco despues adoptado por césares á Constancio Cloro y Galerio, encargaron al primero la ruina del usurpador. Constancio sitió á Gesoriaco, le quitó la comunicacion con la mar, cerrando su puerto con una calzada de mampostería, y la obligó á rendirse: Carausio reducido á sus fuerzas navales y á la posesion de la isla, murió á los ocho años de su reinado, por traicion de Alecto, su ministro, y su sucesor en la usurpacion, que despues de tres años de reinado, pereció á manos de los suyos el año 295, en el mismo momento en que Constancio desembarcaba en la isla, y libertaba á Londres de un cuerpo auxiliar que servia en el ejército de Alecto, y que sabida la muerte del usurpador habia empezado á saquear la ciudad. La gran Bretaña, fue desde entonces parte del gobierno de Constancio que comprendia tambien á Galia y España.

Persecucion contra los cristianos en la gran Bretaña. (303). Desde la primera edad del cristianismo, fue predicada su doctrina en la parte de Britania sugeta á los romanos, de donde pasó poco tiempo despues á los caledonios.

Pomponia Gracina, esposa del proconsul Plaucio que en el reinado de Claudio conquistó la parte meridional de la isla, y Claudia, señora britana de ilustre nacimiento, fueron cristianas una y otra, y se atribuye, no sin fundamento, á su celo religioso, la propagacion del cristianismo en la isla. Hasta el cuarto siglo de la iglesia, los prefectos puestos por los emperadores, atentos esclusivamente al gobierno civil y militar y á la guerra contra los bárbaros, no dieron curso á ninguno de los decretos de proscripcion que inundaron de sangre cristiana otras provincias. Lucio, descendiente de Togiduno, hermano de Caractaco, era discípulo del Evangelio; y envió á Roma á dos britanos, llamados Fangan y Dervan, para instruirse mas profundamente en la religion. Estos recibieron las órdenes sagradas del pontífice Evaristo, ó segun otros, de Eleuterio, y volviendo á su patria, fueron los primeros apóstoles conocidos de la gran Bretaña. Al principio del siglo IV tenia la iglesia británica tres obispos, por lo menos: pues en el concilio de Arles de 314, firmaron Eborio, obispo de Eboraco, Restituto, de Londino, y Adelfio, de Britania prima.

Pero la persecucion célebre de Diocleciano, conocida con el nombre de era de los mártires, penetró hasta Britania: y aunque el césar Constantino Cloro, era cristiano, é impidió en cuanto alcanzaba su autoridad, los funestos efectos de los decretos imperiales, no pudo evitar la accion de los jueces nombrados inmediatamente por los

emperadores. Muchas iglesias fueron destruidas: muchos cristianos se refugiaron á los bosques: muchos mártires sellaron con su sangre la verdad de su creencia; siendo entre ellos los mas célebres Albano, Julio y Aaron. Esta persecucion duró dos años, esto es, hasta la abdicacion de Diocleciano y Maximiano: y Constancio, á quien tocó el imperio occidental, restableció inmediatamente la libertad del culto, que dió su natural preponderancia al cristianismo.

Desde esta época hasta la invasion de los bárbaros en Galia en 405, no hubo en la gran Bretaña acontecimiento alguno que no sea propio de la historia de Roma, de cuyo imperio era provincia. Participó en el reinado de Constantino de la paz concedida á la iglesia por este emperador: envió grandes cargamentos de trigo, pruebas de su opulencia y fertilidad, á la provincia y ejército de Galia, cuando Juliano, siendo césar, la defendia contra las invasiones de francos y alemanes: tuvo por gobernador á Teodosio, padre de Teodosio el grande, y fue libertada por él de una terrible invasion que hicieron los bárbaros de la parte septentrional: siguió el partido de Máximo, tirano de Occidente, el que dió muerte al emperador Graciano y fue vencido y castigado por Teodosio, emperador entonces de Oriente: en fin, se sometió á este príncipe cuando reunió bajo su cetro todo el imprio, y fue parte del de Honorio, cuando Teodosio al morir repartió entre el rey y su hermano Arcadio el señorío de los romanos.

En todo este intervalo fue continua la guerra entre la parte romana y la parte bárbara de la isla: pero el nombre caledonio desapareció, y en su lugar se halla el de pictos y escotos ó esoceses, que los escritores de Roma dieron á los bárbaros, con quien peleaban en la gran Bretaña desde el tiempo de Juliano. Parece que los pictos eran los mismos caledonios antiguos, á quienes se les dió este nuevo nombre, tomado quizá de la costumbre de picarse los brazos y piernas dibujando varias figuras. Los escoceses fueron pueblos de Irlanda, ó llamados por los caledonios como auxiliares contra los romanos, ó movidos por su propia ambicion de conquistar la parte septentrional de la gran isla. Lo cierto es, que invasores ó auxiliares, se hicieron poco á poco superiores en aquel pais, y le dieron el nombre de Escocia que hoy tiene.

Emancipacion de los britanos (411). Cuando Alarico, rey de los visigodos, invadió á Italia el año de 403, Estilicon, gobernador del imperio de Occidente y ministro de Honorio, llamó las legiones de Galia y Britania para oponerse á aquel terrible conquistador, y le venció con ellas en la sangrienta batalla de Palencia. Las tropas británicas volvieron á la isla y rechazaron á los pictos que se habian aprovechado de su ausencia para saquear la provincia romana: pero dos años despues los vándalos, suevos, alanos, silingos y borgoñeses, mas felices en Galia que los pictos en Britania, forzaron el paso del Rhin, desguarnecido de las legiones que Es-

tilicon habia llamado á Italia, y ocuparon y talaron á Galia y España, rompiendo asi la comunicacion entre Roma y la gran Bretaña.

Las legiones británicas, no esperando ya socorros de Honorio, nombraron emperador en 406 á un oficial llamado Marco: pero éste pereció pocos dias despues en un motin, y se le dió por su sucesor á Graciano, que solo reinó cuatro meses, y acabó de la misma manera que Marco. Un soldado, llamado Constantino, sin mas derecho que su nombre, tomó el título de Augusto y lo sostuvo con dignidad, hasta que en 411 fue vencido y muerto en Galia por Constancio, general de Honorio, cuando esperaba agregar esta provincia y la de España á su efímero imperio.

Entretanto los britanos se declararon independientes, depusieron los magistrados de Roma, tomaron las armas, y arrojaron de su territorio á los pictos y escoceses, y volvieron despues de cinco siglos al régimen antiguo de su patria: esto es, á la division del territorio en pequeños reinos, cuyos monarcas fueron los gefes que mas se distinguian peleando contra los bárbaros, ó que mejor sabian aprovechar del desórden y confusion producido por una revolucion súbita y por la ruina de las instituciones romanas. Cesó entonces todo vestigio del gobierno municipal, establecido por los romanos, substituyose la fuerza á la justicia, y la gran Bretaña iba á caer por sí misma en el abismo de la barbarie, aun cuando la invasion de

nuevos pueblos selváticos, no hubiese acelerado esta catástrofe.

SECCION SEGUNDA.

DESDE EL FIN DE LA DOMINACION ROMANA EN LA GRAN BRETAÑA HASTA LA CONQUISTA DE LOS DINAMARQUESES.

Entrada de los anglo-sajones en la gran Bretaña (449). Los britanos, despues que acabó la dominacion de Roma en su isla, divididos entre sí por la ambicion de sus caudillos, no podian oponer resisteneia á las invasiones de los escoceses que llegaban ya con sus ejércitos hasta las orillas del Humber. Vortigerno, el mas valiente y poderoso de los reyezuelos que repartieron entre sí la parte romana de la isla, despues de ser vencido en muchos reencuentros, no halló otro medio de salvacion para su patria que implorar el ausilio de los sajones.

Este pueblo, escandinavo de orígen, establecido al principio entre el Eyder y el Elba, pasó este rio, ocupó el pais que intermedia desde él hasta la embocadura del Rhin y desde sus costas ejerció la piratería contra las provincias romanas de la Galia y Britania, desde los tiempos del emperador Diocleciano. Esta nacion esforzada y hábil en la navegacion, era el terror del Océano occidental y de todos los pueblos que ha-

bitaban en sus riberas. Los anglos, moradores de la parte meridional de Jutlandia, llamada hoy Sleswig, eran íntimos aliados de los sajones, y partícipes de sus hazañas y de los frutos de sus victorias. Es muy probable que á los bárbaros que fundaron la Heptarquía ó los siete reinos de Inglaterra, se dió el nombre de anglo sajones, para distinguirlos de los demas pueblos del mismo origen que se quedaron en Germania, é hicieron algunos siglos despues una resistencia tan terrible á la espada vencedora de Carlomagno: y aun puede creerse que los anglos eran en mayor número que los sajones en las espediciones á Britania, pues dieron esclusivamente su nombre á este pais, despues que lo hubieron conquistado: pues Inglaterra ó *Eugleleud* quiere decir *tierra de los unglos.*

Aprobado el designio de Vortigerno en la asamblea general de los britanos, se propuso á dos hermanos anglo sajones, llamados Hengist y Horsa, que mandaban tres buques de piratas en el canal de la mancha, que desembarcasen en auxilio de los britanos, y se les daria la isla de Thanet, en premio de su socorro. Los bárbaros aceptaron con alegría é hicieron la guerra con felicidad contra los escoceses, durante seis añós. A la noticia de haberse establecido los sajones en un punto de la gran Bretaña, pais civilizado y fértil, dejaron su patria estéril y bárbara muchos guerreros de la misma nacion, ó llamados por Hengut que meditaba estender sus posesiones. ó admitidos por él. Hen-

gist pidió víveres á los britanos para la susistencia de los nuevos huéspedes: fuéronles negados, y empezó la guerra entre Vortigerno y sus temibles auxiliares.

Fundacion del reino de Kent (455). Los sajones pasaron el Medway, á pesar de la resistencia que les opusieron los britanos, mandados por Vortimer, hijo de Vortigerno, á quien se habia visto obligado este rey á tomar por colega, porque sus vasallos no fiaban de él á causa de su alianza con Hengist. Otra segunda batalla, dada en Crayford, y ganada por los sajones, fue tan decisiva, que puso todo el pais de los caucios bajo el dominio de Hengist, el cual tomó el título de rey de Kent. Este reino, quiza el mas pequeño de la Heptarquia, fue sin embargo el mas célebre, tanto por haber sido el primero que fundaron los anglo sajones, como por su posicion marítima y mas próxima á la patria de los conquistadores y á las playas de Galia con la cual hacía gran comercio. Ocho años despues en 463 ganaron los sajones otra gran batalla á los britanos, en Wyppedsfleet, lugar que tomó su nombre de un capitan sajon, llamado Wypped, que pereció en el combate. En 473 logró Hengist otra victoria decisiva contra los britanos; despues de ella reinó pacíficamente quince años, y murió en 488, dejando la corona de Kent á su hijo Esca.

Fundacion del reino de Sussex (490). Ya se deja entender que la fundacion de un reino anglo sajon en la gran Bretaña, debia escitar

là codicia y las esperanzas de los demas gefes de esta nacion en Germania: casi durante mas de un siglo, no hubo costa alguna en la isla que no fuese acometida por las escuadras de aquella nacion belicosa; y aunque no en todas partes fundaron estados, talaron por lo menos el territorio y quebrantaron las fuerzas de los britanos. Ela y sus tres hijos desembarcaron en Cymensore, pueblo de la isla de Selsey, vencieron á los britanos que se les opusieron, y los obligaron á refugiarse al bosque de Andred. Los progresos de Ela fueron lentos. En 485 dió una gran batalla, cuyo resultado se ignora; y en 490 puso sitio á Anderid, fortaleza que se creia inespugnable, y que estaba defendida por una fuerte guarnicion y protegida por un ejército numeroso de britanos, que apoyados en los bosques vecinos, salian de ellos siempre que los sajones amenazaban la plaza. Los bárbaros dividieron su ejército en dos partes, una ocupada en las operaciones del sitio y otra en observar el movimiento de las tropas británicas de afuera. Asi consiguió Ela hacerse dueño de Anderid: pasó á cuchillo todos sus habitantes y se coronó rey de Sussex, ó de *los sajones meridionales*.

Fundacion del reino de Wessex (519). Cerdico, caudillo sajon, desembarcó con su hijo Kenrico mas al Occidente que Ela, en 495. Natanleod, rey británico del pais, le opuso fuerte resistencia, y Cerdico hubo de implorar muchas veces el auxilio de otros aventureros anglo

sajones. Porta arribó en 501 á Portsmouth, y dió muerte á un gefe británico que se oponia á su desembarco. Natanleod venció en 508 á Cerdico: pero persiguiéndole con demasiado ardor, Kenrico le acometió por el flanco, y le venció y dió muerte. En esta accion perecieron 5,000 britanos. A pesar de victoria tan señalada, no pudo Cerdico afirmar su dominacion en el pais, hasta el año de 514, que habiendo recibido un cuerpo auxiliar cuyos caudillos eran sus sobrinos Stuffa y Witgar, pudo estender sus conquistas. En 519 venció y esterminó á los britanos en una gran batalla, que les dió junto á Charford, y quedó definitivamente rey de Wessex, ó de los sajones occidentales. Este reino fue el que algunos siglos despues incorporó á su corona los demas y dió principio á la monarquía inglesa.

Fundacion del reino de Essex (530). En esta época se verificó una grande emigracion de los sajones y anglos á la gran Bretaña. Ergenvin, caudillo de una tribu de la primer nacion, se estableció al norte del Támesis, conquistó todo el pais que media entre este rio y el Sture, le dió el nombre de Essex, ó de los sajones orientales, y se ciñó, á imitacion de sus compatriotas del mediodia, la corona real.

Fundacion del reino de Estanglia (531). Doce divisiones de guerreros anglos, bajo las órdenes de doce gefes desembarcaron en las cercanías de Yarmouth, conquistaron todo el pais que hay desde el Essex hasta el rio Humber, y lo do-

minaron con el título de reyes: pero en 571 no quedaba de estos caudillos mas que Ufa. Diose á este reino el nombre de Estanglia, ó de *anglos orientales.*

Fundacion del reino de Nortumbría (547). Este pais comprendia desde el Humber hasta las fronteras de Escocia, y tomó su nombre de su posicion septentrional con respecto á aquel rio. La parte de este territorio, mas cercano á Escocia, se llamaba Bernicia, y la mar meridional, Deira: nombres británicos uno y otro, y correspondientes á los bernicios y deirios, que eran los pueblos que los habitaban.

Ida, caudillo anglo sajon, desembarcó con sus tropas en la ribera de Bernicia, conquistó este pais y se apellidó rey. Seomil, capitan anglo, venció á los britanos de Deira: y Ala su descendiente tomó en 550 el título real. Estos dos reinos de Bernicia y Deira, se unieron y separaron varias veces: y por eso los historiadores los comprenden bajo un solo nombre, que es el de Nortumbría ó Nortumberland.

Fundacion del reino de Mercia (586). Cridda, comandante de un cuerpo de los anglo sajones establecido en Deira, pasó el Humber, penetró en el centro de la isla, y fundó el reino, llamado de Mercia, cuyo origen probable es la palabra *Marihy*, que en su lengua significa pais lleno de lagunas; porque el primer territorio en que se fijaron, era pantanoso.

A estos siete reinos, han llamado los his-

toriadores la Heptarquía inglesa: y su historia es sumamente dificil de escribir y de retener. A nosotros nos ha parecido el mejor método para esplicarla, señalar como hemos hecho, las época de las fundaciones: despues daremos una lista de los reyes de cada monarquía, para que el lector, consultándola pueda evitar la confusion de tantos nombres bárbaros, y concluiremos presentando la historia general de toda la Heptarquía, siguiendo el órden de los *bretualdas*, ó gefes supremos de los anglo sajones en la gran Bretaña: pues aunque los siete reinos eran independientes, todos reconocian un caudillo, cuyas atribuciones no constan con exactitud, pero se sabe que las demas le trataban, á lo menos nominalmente, como superior. A este caudillo llamaban Bretualda: y su dignidad no estaba afecta á ninguna de las siete coronas, sino pasó de unas á otras, como se verá por el contesto de la narracion.

La muerte de los britanos fue la de todo pueblo subyugado por los bárbaros. A esceccion de los que huyeron de la isla, y pasaron á Armorica, provincia de Galia, que conquistaron y á la cual dieron el nombre de Bretaña, los demas ó se hicieron fuertes en el pais de Gales, último refugio de la libertad británica, ó quedaron reducidos á la esclavitud. A la verdad no cayó sin gloria esta nacion, medio britana, medio romana, y hubo héroes que ennoblecieron su infortunio. Entre ellos los mas célebres son Vortimer, hijo de Vortigeroso,

que peleó ostinadamente contra los sajones del Kent: Natanleod, muerto á manos de Kenrico, hijo de Cerdico, primer rey de Wessex: Aurelio Ambrosio, romano de orígen, que combatió contra Hengeis, y murió en un desafio particular, y en fin, célebre Artuzo ó Artus, de que tanto hablan las fábulas caballerescas; pero tampoco conocido en la historia, que solo se sabe de él haber sido un capitan britano hábil y valiente, que peleó contra los sajones del Wesex y del Essex, que les ganó muchas batallas, que fue asesinado por un sobrino suyo y que fue sepultado en Glastonbury, donde se descubrió su tumba en tiempo de Enrique II, rey de Inglaterra.

En esta época empezaban á civilizarse los escoceses, y su monarquía tenia ya formas mas regulares que las de una tribu bárbara. El cristianismo estaba ya establecido entre ellos, como lo prueba el nombre del rey que venció á Vortigerno, que fue Eugenio II. Muchos individuos del clero británico, huyendo la barbarie de los anglo sajones, se retiraron á Irlanda, y á ellos se atribuye la rápida propagacion en aquella isla, no solo de la doctrina evangélica, conocida antes por su comercio con los romanos mientras estos fueron señores de la gran Bretaña, sino tambien de la literatura y ciencias de aquel tiempo: las cuales se cultivaron en los monasterios de Irlanda con mas cuidado y utilidad que en las demas partes de Europa, donde la invasion de los pueblos ger-

mánicos y la guerra perpetua entre los vencedores, no dejaban asilo seguro al estudio y á la meditacion. Así se dió en aquel siglo á Irlanda el noble título de *isla de la santidad y de las letras.*

Reyes de Kent. Hengist: año de su muerte 488: Esca, su hijo, 512. Octa, su hijo, 534: Hermenrico, su hijo, 568: Etelberto I. su hijo, 616: Ebaldo, su hijo, 640: Ercomberto, su hijo, 664: Egberto, su hijo, 673: Lotario, su hermano, 685: Edrico su sobrino, hijo de Egberto, 686: Widredo, su hermano, 725: Etelberto II, su hijo, 760: Aldrico, 794: en él se estinguió la familia de Hengist. Edberto Pren, en 798: Baldredo, su hijo, último rey de Kent: su reinado acabó en 805,

Reyes de Sussex. Ela, año de su muerte, 514: Cisa, su hijo, 590: Ceolrico, su sobrino, depuesto por los sajones occidentales en 607: Adeliwach, elegido por los de Sussex, 686: Authun, probablemente hijo de Adelivach; despues de su muerte fue el Sussex, provincia del reino de Wenex.

Reyes de Wessex. Cerdico, año de su muerte, 534: Kenrico, su hijo, 560: Ceolin, su hijo, 593: Ceolrico, su sobrino, 598: Ceolulfo, su hermano, 611: Cinigisilo, su sobrino, hijo de Ceolrico, 643: Cenowalch, su hijo, 672: Saxburga, su esposa, 673: Cenfo, descendiente de Cercico, 676: Centuino, hijo de Cenowalch, 686: Cedivala, de la familia real, 688: Ina, su pariente, 727: Adelando,

su primo, 740: Cudredo su hernano, 754: Sigeberto, su sobrino, id: Cenulfo, su primo, 784: Britrico, su hijo, 799: Ecberto, de la familia real, dió fin á la Heptarquía.

Reyes de Essex. Ergenwin, año de su muerte, 587: Sela, su hijo, 604: Saberto, su hijo, 616: Saxredo, Sewardo y Sigeberto I, sus hijos, 623: Sigeberto II, hijo de Sewardo, 653: Sigeberto III, su tio, hijo de un hermano de Saberto, 655: Suitelmo, su hermano. Seba, su sobrino, hijo de Sewardo, 694. Sigardo y Sinofrido, sus hijos, 705: Ofa, su primo, hijo de Siger, hermano de Seba, 709: Seolredo, probablemente hijo de Sigiberto III, 746: Suitredo, su hijo, último rey de Essex.

Reyes de Estanglía. Ufa, año de su muerte, 578: Titilo su hijo, 599: Redovaldo, su hijo, 624: Erpualdo, su hijo, 633: interreino do tres años: Sigiberto, hermano de Erpueldo, 644: Egrico, su pariente, id: Annas, hijo de Emnio, y sobrino de Redovaldo, 654: Etelrico, su hermano, 655: Adelvalto, su hermano, 664: Aldulfo, su sobrino, hijo de Etelrico. Alfualdo, 749: Beorna. Etelredo, 790: Etelberto, su hijo, último rey de Estanglia.

Reyes de Nortumbria. Ida, año de su muerte, 559: Adda su hijo en Bernicia, Ala en Deira: el primero murió en 566: el segundo en 588. A Adda sucedió Glapa, murió en 572: á éste, Fridulfo, que murió en 579: á éste, Teodorico, que murió en 586: á éste, Atalarico, hijo

de Ida, que murió en 593: á éste, Adelfrido, su hijo y esposo de Aca, hija de Ala, rey de Deira, por cuyo derecho adquirió este reino; y dominó en toda Nortumbria; murió en 617: Eduino, su cuñado y hermano de Aca, 634: Osrico, su pariente, en Deira: Anfrido, hijo de Adelfrido, en Bernicia: ambos murieron en el mismo año: Osvaldo, hermano de Anfrido, rey de Nortumbria, murió en 643. Osvy, su hermano, en Bernicia, Osvin, hijo de Osrico, en Deira: á éste, que falleció en 652, sucedió Adelvalto, hijo de Osvaldo, por cuyo fallecimiento quedó Osvy rey de toda Nortumbria; murió en 670. Egfrido, su hijo, 685: Alfredo, su hermano natural, 705: Osredo, su hijo, 717: Cenredo, descendiente de Oga, hijo bastardo de Ida el fundador de la monarquía, 719: Osrico, su pariente, 732: Ceolulfo, su pariente, 737: Edberto, 758: Osulfo, su hijo, 759: Molon Adelvalto, rey por eleccion, 761: Alcredo, descendiente de Alarico, bastardo de Ida primer rey de Nortumbria, 774: Etelredo, hijo de Molon Adalberto depuesto en 779: Alfualdo hijo de Osulfo, 789: Osredo, hijo de Alcredo, 790: Etelredo, restablecido, 796: Osvaldo, id.: Ardulfo, grande de Nortumbria, elegido por rey, 808: Alfualdo II, otro grande, elegido por rey, 810: Andredo, último rey de Nortumbria.

Reyes de Mercia. Cridda, año de su muerte, 594: interreino de tres años: Viba, hijo de Cridda, 616: Cearlo, su primo hermano, 625:

Penda, su sobrino, hijo de Viba, 657: Mercia invadida por Osvy, rey de Nortumbria. Volfero, hijo de Penda, arrojó á los nortumbrios, 675: Etelredo, su hermano, 704: Cenredo, su sobrino, hijo de Volfero, 709: Ceolredo, su primer hijo de Etelredo, 716: Etelbaldo, su primo, nieto de Eopa hermano de Penda, 757: Beornoredo, usurpador, 757: Ofa, sobrino de Etelbaldo, 796: Egfrido, su hijo, id.: Cenulfo, descendiente de Viba, 819: Cenelmo, su hijo, id.: Ceolulfo, su tio por la línea paterna, 821: Bernulfo, usurpador, 823: Ludicano, id., 825: Witglafo, id. último rey de Mercia.

Conocida ya la historia de la fundacion de los siete reinos, y teniendo la lista cronológica de sus reyes, no será dificil esponer con alguna claridad los principales sucesos de este periodo, siguiendo el órden de sucesion de los bretualdas, ya que es imposible llevar á un mismo tiempo el hilo de las siete monarquías.

Ela, rey de Sussex, primer bretualda (500). Ela, fundador del reino de Sussex, el mas pequeño de la Eptarquia, fue el primer caudillo anglo sajon que obtuvo el título de bretualda. Sin duda que sus hazañas, la toma de Anderid, espedicion que debia ser famosa en aquellos tiempos, y los socorros que Hengi, rey de Kent y Cerdic, fundador del reino de Wessex, recibieron de él, contribuyeron á crear esta dignidad y á condecorarle con ella.

Ceolin, rey de Wessex, segundo bretual-

da (560). Desde el año de 514 en que falleció Ela, hasta el de 560 en que fue elevado al trono de Wessex, Ceolin, tercer rey de este pais, no habla la historia de ningun bretualda, y el segundo que se refiere en la lista de ellos es Ceolin. Disputóle esta dignidad Etelberto, quinto rey del Kent, alegando que debia ser aneja á su trono, por ser el mas antiguo que los anglo sajones fundaron en Bretaña.

La guerra entre Etelberto y Ceolin fue la primera que hubo entre los nuevos señores de la isla: pues hasta entonces se habian auxiliado unos á otros en sus empresas y vivido en suma paz y armonía: pero á esta primera lid sucedieron casi sin intermision otras muchas que vengaron á los britanos oprimidos inundando á Bretaña con la sangre de los opresores, y que hacen la historia de la Eptarquía tan desagradable como confusa.

Etelberto fue vencido por Ceolin junto á Dimbleſon, y dejó á su rival en la pacífica posesion de la dignidad suprema. El rey de Wessex volvió sus armas contra los britanos que aun poseian los paises centrales que estan al norte del Saverna y del Támesis, por no haberse fundado todavía la monarquía de Mercia. Venciólos en 571, en la batalla de Berfod, y les quitó muchas ciudades. En 577 los volvió á derrotar en la batalla de Derham, villa del condado de Glocester, con muerte de tres de sus reyes y agregó á sus estados las plazas de Glocester, Cirencester y Bath. Habiendo muerto en 590

Cisa, hijo de Ela, y segundo rey de Sussex, agregó este reino á sus dominios. Puede decirse que Ceolin fue el que dió al reino de Wessex la preponderancia que casi siempre tuvo en la Eptarquia, y que hizo que los anglosajones de esta monarquía conquistasen en fin á las demas. El fin de su reinado fue tan infeliz como venturosos los principios. Sus vasallos reunidos en Wodemburg, ciudad del condado de Wilt, le depusieron y dieron la corona á su sobrino Ceolrico, al mismo tiempo que los sajones del Sussex sacudieron su yugo, y nombraron rey á Adelwach, uno de sus generales, en 586. Ceolin murió en 593.

Etelberto, rey de Kent, tercer bretualda (596). Muerto Ceolin, su antiguo rival Etelberto solicitó y obtuvo la dignidad de bretualda, y fue reconocido por todos los anglosajones que habitaban al sur del rio Humber.

Su reinado, que duró hasta el año 616, fue célebre por la predicacion del evangelio, que anunció á los sajones del Kent el monge Agustin, natural de Galia, enviado por el pontífice san Gregorio magno para la conversion de aquellos pueblos idólatras. Etelberto y diez mil de sus vasallos recibieron el bautismo en 597; la primer iglesia catedral de los anglosajones fue la de Cantorbery, y Agustin su primer obispo.

Saberto, tercer rey de Essex, era hijo de una hermana de Etelberto. El tio se valió del ascendiente que tenia sobre su sobrino, para

que permitiese predicar el evengelio en sus estados. Saberto vino en ello, y fue convertido en 604 por el abad Melito, apóstol del Essex, y primer obispo de Lóndres bajo la dominacion sajona. Agustin no solo procuró la conversion de los idólatras, sino tambien la reforma de las costumbres y disciplina del clero británico, el cual despues de tantos años de guerra desgraciada en el seno de su patria, aunque habia conservado ilesos el dogma y la moral religiosa, se diferenciaba mucho en cuanto al culto esterior de las prácticas de la iglesia de Roma, norma y modelo del orbe cristiano.

El largo reinado de Estelberto, que duró 56 años, no solo fue ilustre por la predicacion del evangelio, sino tambien por el codigo de leyes que este rey, aconsejado por el monge Agustin y los misioneros que le acompañaban, dictó á los sajones del Kent. En él se conservó el principio gerusínico de la *composicion* ó multa por todos los delitos. Sucedió á Etelberto su hijo Ebaldo, que enamorado de su madrastra la reina viuda, la tomó por muger y abandonó la religion cristiana, irritado contra los misioneros que le reprendian su incesto. Al mismo tiempo, los tres hijos de Saberto, que muerto este rey, le sucedieron en el gobierno de sus estados, renunciaron al cristianismo y volvieron á abrir los templos de los ídolos. Pero esta apostasía duró poco. Ebaldo se arrepintió de sus desórdenes por las representaciones de Laurencio, sucesor de Agustin en la silla de Cantor-

bery, y habiendo muerto despues de un corto reinado los tres príncipes de Essex, su sucesor Sigeberto II, restableció los altares del cristianismo.

Redovaldo, rey de Estanglia, cuarto bretualda (616). Redovaldo, tercer Ufinga, (así se llamaban los reyes de Estanglia, por ser descendientes de Ufa, fundador de esta monarquía) obtuvo la dignidad de bretualda, despues de la muerte de Etelberto. Los dos sucesos mas notables de su reinado que concluyó en 624, fueron la predicacion del evangelio en Estanglia, á instancias de Etelberto, rey de Kent, que habia sido muy amigo de Redovaldo, y la elevacion de Eduino al trono de Nortunbria, á la cual contribuyó el Ufinga con todas las fuerzas de su reino.

Ida, fundador del reino de Bernicia, dejó el trono á su hijo Adda: despues de este reinaron sucesivamente Glapa, Furidulfo y Teodorico, de los cuales solo se saben los nombres y los años en que murieron. A Teodorico sucedió Atalarico hermano de Adda é hijo de Ida; y á Atalarico, Adelfrido su hijo, príncipe valiente, pero feroz y cruel, que venció á Aidan, rey de los escoceses, y quebrantó sus fuerzas de tal manera que durante un siglo no se atrevieron las tropas de esta nacion á pasar las fronteras de Nortumberland. Peleó tambien contra los bretones del pais de Gales, tomó la ciudad de Chester y destruyó, en odio del cristianismo, el monasterio de Bangor.

Durante esta larga y desconocida sucesion de reyes en Bernicia, reinaba en Deira, que era la parte meridional de Nortumbria, y hoy es el condado de Yorck, Ala, que murió en 586, dejando dos hijos, la princesa Aca, que casó con Adelfrido, rey de Bernicia llevándole por dote el reino de su padre, y Eduino, príncipe entonces de poca edad. Dueño Adelfrido de toda Nortumbria, solicitó la muerte de Eduino, cuyos derechos al trono de Deira le causaban grande recelo. Eduino se refugió primero al pais de Gales, y fue motivo de la cruel guerra que Adelfrido hizo á los bretones: despues á Estanglia, cuyo monarca Redovaldo vaciló algun tiempo si le entregaria á su impío cuñado ó le restituiría al trono de sus mayores: pero al fin prevaleció el partido mas generoso, y puso en armas todas las fuerzas de su reino para sostenerle. Los ejércitos nortumbrio y estanglio se encontraron en las orillas del Idel, rio del condado de Notingham, y la victoria quedó por Redovaldo y Eduino, aunque á costa de la muerte de Rainero, hijo del rey de Estanglia. Adelfrido, perdida la batalla, al abrirse paso entre las filas enemigas, cayó atravesado de muchas heridas sobre los cadáveres de los estanglios que habia muerto por su mano. Los hijos de Adelfrido huyeron á Escocia, y los dos reinos nortumbrios reconocieron á Eduino por monarca. La batalla de Idel se dió el mismo año de 616.

Eduino, rey de Nortumbria, quinto bre-

tualda. (624) Despues de la muerte de Redovaldo, fue reconocido por bretualda su protegido Eduino, rey de Nortumbria, cuyo valor y virtudes elevaron esta monarquía al mas alto grado de esplendor, hicieron que se uniese á su trono el título de bretualda, mientras esta dignidad duró entre los anglosajones, y triunfaron de las perfidias y de las armas de Cinigisilo, rey de Wessex y nieto de Ceolin el segundo de los bretualdas. El reinado de Eduino fue tambien célebre por la conversion de los nortumbrios al cristianismo. Fue apóstol de esta nacion Paulino, misionero romano, y primer obispo de Yorc, cuya silla fue metropolitana de los anglosajones del norte, como la de Cantorbery lo fue de los del mediodia. En 633, siendo rey de Estanglia, Sigeberto, hijo de Redovaldo el bretualda, predicó el evangelio en este reino el obispo Feliz, natural de Borgoña, y consagrado por Honorio, arzobispo de Cantorbery.

El poder y la justicia de Eduino han quedado consignados en los anales por la siguiente frase proverbial, que cita el venerable Beda en la historia: "en los dias de Eduino una muger podia con su niño en los brazos atravesar toda la isla, sin que recibiese insulto." Pero este gran príncipe fue desgraciado en los últimos dias de su vida. Habiendo muerto Cearlo, tercer rey de Mercia, se apoderó del poder Penda, hijo de Viba el antecesor de Cearlo; y sin tomar el título de rey, que desdeñaba, tuvo toda la autoridad. Era hombre ya entrado en

años, pero ambicioso, soldado intrépido, habil general; y fue el azote de su patria y de la gran Bretaña. Indignado de la superioridad de los nortumbrios sobre toda la nacion sajona, hizo alianza con Ceadvala, rey breton que mandaba en la parte septentrional de Gales, y sus ejércitos reunidos penetraron en Nortumbria y dieron batalla cerca de Hatfield á Eduino, en la cual este rey fue vencido y muerto, como tambien uno de sus hijos: el otro, fue asesinado por órden del bárbaro Penda, que despues de haber asolado é inundado de sangre á Nortumbria, invadió á Estanglia, y venció y dió muerte á Sigeberto, rey de este pais y al príncipe Egrico su hijo que era colega suyo en el trono,

Osvaldo, rey de Nortumbria, sesto bretualda (634). Muerto Eduino, y ocupado el reino de Nortumbria por los bretones, mientras Penda sometia á los estanglios, Osrico y Anfrido hijos de Adelfrido y Aca, el uno perseguidor, y la otra, hermana de Eduino, volvieron de Escocia, y tomaron los títulos de rey en Deira y Bernicia: pero entrambos murieron en el mismo año, y el cetro de toda Nortumbria y la venganza de los males anteriores y de los que afligian el reino, se confió á Osvaldo, hermano menor de Osrico y Anfrido, que reuniendo por su padre los derechos de Ida, fundador del reino de Bernicia, y por su madre Aca, los de Ala, primer rey de Deira, unió definitivamente las dos monarquías.

Este príncipe valeroso y cristiano acometió

en Hexhaus á Ceadvala y á sus bretones. Para exortar á los suyos al combate, hizo fijar en la tierra una cruz de madera y dijo: "Soldados, hinquémos la rodilla, y pidamos al Dios vivo y verdadero que nos proteja contra la insolencia y ferocidad de nuestros enemigos: porque él sabe que nuestra causa es justa, y que peleamos por la salvacion de nuestra patria." Su victoria fue completa. Ceadvala quedó muerto en el campo de batalla y pocos de los bretones escaparon con vida. Osvaldo no solo ejerció sobre los sajones la dignidad de bretualda, sino tambien sobre los pictos y escoceses, á quienes obligó á reconocerle por soberano. Su celo religioso se manifestó en haber conseguido de Cinigisilo, rey de Wessex, que permitiese en sus estados la predicacion del evangelio: el rey con toda su familia y los principales tanes de este reino, abrazaron la fé cristiana.

Pero el terrible ascendiente de Penda el mercio fué tan funesto á Osvaldo como á su antecesor. Hallándose desocupado de las contínuas guerras que sostuvo sucesivamente contra todos los reyes de la Heptarquía, penetró aquel caudillo bárbaro en Nortumbria, y se encontró con el ejército de Osvaldo en los campos de Maser, cercano á Lancaster. Allí se dió una terrible batalla, en que los nortumbrios fueron derrotados, y muerto su rey, cuyo cadaver mutiló é insultó el feroz Penda. Los nortumbrios vencidos se refugiaron en Bamborough, plaza fuerte, puesta sobre un peñasco tajado en la playa del

Océano. Penda, despues de muchos esfuerzos inútiles, acudió á un arbitrio digno de su ferocidad. Mandó destruir un gran número de las aldeas vecinas á la plaza, reunir junto á ella todos los materiales combustibles que resultaron de la demolicion, y pegarles fuego apenas se levantó un viento favorable para llevar el incendio á la ciudad. Ya el humo y la llama volaban sobre sus miserables habitantes, cuando el viento se mudó repentinamente y dió al fuego una direccion opuesta. Penda levantó el sitio y se volvió con su ejército á Mercia.

Osoy, rey de Nortumbria, séptimo y último bretualda (643). La retirada de los mercios permitió á los tanes de Nortumbria elegir un rey, y el nombramiento recayó en Osoy, hijo menor de Adelfrido y Aca, y hermano menor de Osvaldo: pero al año siguiente le disputó la corona su sobrino Osvin, hijo de su hermano mayor Osrico que habia sido rey de Bernicia, y tuvo que cederle el trono de Deira; Osvin solo reinó seis años: al cabo de los cuales, habiéndose renovado las hostilidades entre él y su tio, un traidor le entregó á Osoy, el cual, siguiendo la política sanguinaria que ha dominado casi siempre á los ambiciosos, le mandó matar. Este asesinato fue castigado por su misma inutilidad: porque los de Deira no quisieron someterse al homicida de su rey; y dieron la corona á Adelvaldo hijo de Osvaldo el bretualda anterior, sostenidos por las armas y la influencia de Penda.

Este guerrero infatigable, durante el tiempo que dejó descansar á los nortumbrios, habia hecho guerra á Cenowalch, rey de Wessex, hijo y sucesor de Cinigisito, en venganza de la injuria que este rey hizo á Sexburga, su esposa hija de Penda, repudiándola. El mercio le derrotó, ocupó sus estados y le obligó á refugiarse á la corte de Annas, rey de Estanglia. Concluida esta espedicion, volvió sus ejércitos contra Osvy: el cual, temiendo la suerte de sus dos predecesores, desarmó á su terrible enemigo haciendo á Penda y á su esposa grandes regalos, casando su hijo mayor Alfredo con una hija de Penda, dando en rehenes á su hijo segundo Efrido, y en fin, permitiendo el casamiento de su hija Alfleda con Póada, hijo del mercio, á condicion de que este príncipe abrazase el cristianismo, como lo hizo. Su ejemplo introdujo la religion evangélica en el reino de Mercia. Penda jamas quiso renunciar al culto de los ídolos: mas no se opuso á la propagacion de la doctrina cristiana en sus estados; antes bien, obligaba á los que se convertian, á vivir santamente segun las máximas de su nueva religion, diciendo que no le gustaban los que creian una cosa y hacian otra: rasgo singular de perspicacia en un bárbaro tan feroz. Dos años despues marchó este caudillo contra Annas, rey de Estanglia, ofendido de que hubiese dadó asilo en su reino á su enemigo Cenowalch, y le venció y dió muerte en una batalla. Etelrico, hermano y sucesor de Annas, consiguió aplacar el atroz ánimo del

mercio, echando la culpa de la guerra á las sugestiones del bretualda Osvy. Penda marchó contra este príncipe: en vano Osvy procuró conjurar la tempestad humillándose hasta ofrecer que le pagaria tributo: el tiempo señalado para el castigo del rey de Mercia, se acercaba: impelido por su destino, respondió á Osvy con furor, que "su único designio en aquella guerra era esterminar la nacion de los nortumbrios."

Dióse la batalla junto al rio Are en los campos de Windvid, situados al sudoeste de Yorck. Adelvalto, rey de Deira, aunque como aliado del mercio se hallaba en sus reales con un ejército, pesaroso de mover las armas contra su misma nacion, se apartó de Penda, y fue testigo indiferente de la pelea. Osvy y los suyos combatieron con el denuedo que da la desesperacion: y á pesar del valor y la pericia de Penda, lograron la victoria. Del ejército mercio solo escaparon algunos capitanes. El terrible Penda, el vencedor y homicida de cinco reyes, que á la edad de ochenta años habia emprendido una guerra de esterminio, peleó hasta el fin de la batalla con su valor ordinario. Arrebatado por los que huian, cayó en manos de una tropa de nortumbrios y fue muerto. El número de mercios fugitivos que se ahogaron en el Are que iba entonces crecido, fue mayor que el de los que perecieron en la pelea: y los sajones, acostumbrados á perpetuar en proverbios la memoria de los grandes sucesos, decian, cuando se hablaba de esta batalla célebre: "la muerte

de Annas, el asesinato de Eduino y Osvaldo y el homicidio de Sigiberto y Egrico se lavaron en el arroyo de Windvid." Esta batalla se dió el año 657.

Despues de la muerte de Penda, fue Osvy sin contradicion el mas poderoso de los reyes anglo sajones. Conquistó y poseyó á Mercia, impuso tributo á los escoceses y pictos, reunió á sus estados el reino de Deira despues de la muerte de Adelbalto, y de acuerdo con Egberto, rey de Kent, tercer sucesor de Etelberto el bretualda, emprendió, no sin utilidad, que se hiciese uniforme la disciplina eclesiástica en toda la Isla.

Osvy falleció en 670, y en él concluyó, sin saberse por qué, la dignidad y nombre de bretualda. De los siete reinos anglo sajones, los únicos que desde esta época merecen alguna consideracion, son los de Nortumbria, Mercia y Wessex; porque los de Kent, Sussex, Essex y Estanglia, no siendo fronterizos ni de los britanos ni de los escoceses, ni podian aumentar su territorio á costa de pueblos estrangeros, ni tener ejércitos aguerridos con los reencuentros diarios. Pero Nortumbria decayó rápidamente despues de la muerte de Osvy: Mercia se sostuvo algun tiempo mas por el valor de Vulfero, hijo de Penda: y solo el de Wessex llegó á ser dominante: por lo cual seguiremos la sucesion de sus reyes para continuar la historia de los anglo sajones hasta el fin de la Heptarquía.

Saxburga, reina de Wessex (672). Ya hemos dicho que Cenosvalch, rey de Wessex, vencido

y destronado por Penda á causa de su divorcio con Saxburga, hija del mercio, se refugió en Estanglia: pero su destierro solo duró tres años, al cabo de los cuales fue restablecido en su trono; y como la historia no cuenta que Penda le hubiese perseguido entonces, y ademas vemos que despues de su muerte reinó en Wessex Saxburga su muger, debe suponerse que hizo la paz con su terrible suegro, y por condicion de ella volvió á unirse con su esposa, Despues de la muerte de Penda en la batalla de Windvid, los nortumbrios ocuparon el reino de Mercia: pero poco despues fueron arrojados por Vulfero, hijo y sucesor de Penda, el cual tan valiente como su padre, pero mas humano, conservó y aumentó el esplendor del trono. A la verdad, Conowal su cuñado, rey del Wessex, le venció é hizo prisionero en una batalla: pero habiendo recobrado su libertad, volvió á tomar las armas, derrotó á su enemigo, taló su reino, le quitó la isla de Wight, y la dió á su aliado Adelwalch, rey del Sussex: el cual por los consejos de su amigo y bienhechor Vulfero, que era cristiano, y del Vilfrido, arzobispo de Yorck, que se habia refugiado á su corte porque le perseguía Egfrido, rey de Nortumbria, hijo y sucesor de Osvy, abrazó la fé evangélica con todos sus vasallos. El reino de Sussex fue el último de la Heptarquía que se convirtió al cristianismo.

Cenowalch murió sin hijos, y su viuda Saxburga fue nombrada reina: pero habiendo muerto al fin del primer año de su reinado, el go-

bierno de Wessex se convirtió en aristocrático por el gran poder que habian adquirido los tanes; y desde esta época empezó la autoridad que constantemente ha ejercido la nobleza en Inglaterra. El trono se hizo electivo, aunque siempre nombraban por rey un descendiente de la familia real

Ceufo, rey de Wessex (674). Ceufo, por otro nombre Escuino, de la familia de Ceolulfo, quinto rey de Wessex, fue el primer monarca nombrado por los tanes. Tuvo guerra con Vulfero el mercio, pero sin sucesos decisivos. Dos años despues acabó su reinado, no se sabe si porque murió ó porque los grandes le depusieron.

Centuino, rey de Wessex (676). Sucedióle Centuino, hijo de Cenowalch. Este rey acabó de conquistar el Coruwall, arrojando de él á los bretones, contra los cuales habian peleado ostinadamente los sajones de Wessex durante mas de un siglo: pero afeó la gloria adquirida en esta guerra, con las sospechas y recelos que tuvo de Cedowala, príncipe descendiente de Ceolin el segundo bretualda y dotado de todas las prendas que forman un héroe. Del recelo pasó pronto á la persecucion; y Cedowala se refugió al reino de Sussex con una tropa de partidarios y amigos suyos, valientes y resueltos, que se emboscaron en la selva de Andred. Habiéndose aumentado considerablemente su cuadrilla con los aventureros que de todas partes le llegaban atraidos por la fama de su valor, entró en las

tierras cultivadas de Sussex, venció y dió muerte en una batalla á Adelwarch, rey de este pais, y ocupó gran parte de él· pero vencido en otra batalla por Authun, sucesor de Adelwach, se refugió á las selvas que ya habian sido su asilo: donde supo en breve la muerte de Centuino su perseguidor, el cual, estando próximo á morir, no solo le habia perdonado, sino tambien designado para que le sucediese.

Cedowala, rey de Wessex (686). Cedowala subió al trono sin oposicion, habiendo intimidado con su valor y el de sus tropas á los demas pretendientes. Su primer empresa fue vengar la rota que le habia dado el rey de Sussex. Invadió este reino con poderoso ejército, dió muerte en una batalla á Authun, último monarca del Sussex, y agregó á sus estados el pais vencido. Mas trabajo le costó apoderarse de la isla de Wighit, defendida por Arvaldo, general de Authun: fue herido en muchos reencuentros; pero su valor y perseverancia le hicieron dueño de la isla,

Este príncipe era pagano: pero los consejos y exortaciones de Wilfrido, arzobispo de Yorck, que como hemos dicho se habia refugiado al reino de Sussex, hicieron viva impresion en su ánimo; y determinó recibir el bautismo de manos del sumo pontífice. A este efecto pasó á Roma habiendo visitado en su viage las iglesias mas célebres de Galia é Italia, y fue bautizado la víspera de Pascua del año 688 por el papa Sergio I. Mas aun no habia dejado la ves-

tidura blanca propia de los bautizados, cuando fue acometido de una enfermedad mortal que terminó su vida el dia 20 de abril del mismo año. Fue enterrado, por órden del pontífice, en la iglesia de San Pedro.

Ina, rey de Wessex (688). Este príncipe, descendiente del bretualda Ceolin, igualó como guerrero á sus mas ilustres antepasados y les fue superior como legislador. En el quinto año de su reinado reunió la asamblea de los tanes, llamada Witena gemot, *ó junta de consejo*, y publicó setenta y nueve leyes, relativas á la administracion de justicia, á las composiciones por delitos, á la conservacion de la paz entre las grandes familias, al castigo de los fraudes en el comercio y agricultura, y principalmente á la suerte de los bretones sometidos, que fueron puestos bajo la proteccion del gobierno.

Este monarca estuvo siempre en perpetua guerra. Obligó á los reyes de Essex y de Kent á que le pagasen tributo: sujetó á los bretones de Coruwall y á los sajones de Sussex que se rebelaron: peleó con los mercios, aunque sin resultados decisivos: en fin triunfó de dos tanes rebeldes de Wessex, que solicitaban quitarle la corona: uno de ellos fue vencido, mientras el rey sujetaba á los insurgentes de Sussex, por la reina Etelburga, igual en valor á su esposo, que reuniendo un ejército, sitió al ambicioso tane en la fortaleza de Taunton, construida por Ina en el Somerret, y le obligó á huir y á abandonársela. Pero estos dos reyes valerosos

despues de un reinado de treinta y siete años, suspiraban por la tranquilidad de la vida privada. Ina juntó un Witena, Gensot, abdicó el cetro, y se retiró á Roma con su muger, donde despues de visitar como peregrinos el sepulcro de los apóstoles, vivieron del trabajo de sus manos, pobres y desconocidos. Entrambos murieron en 728.

Mientras el reino de Wessex aumentaba su gloria y poder, los de Nortumbria y Mercia descaecian visiblemente. Egfrido, hijo y sucesor de Ovoy el Bretualda, fue vencido en dos batallas por los pictos: pero conquistó de los mercios la provincia, llamada Lindiswaras que hoy es el condado de Lincohi. La injusta espedicion que mandó hacer á uno de sus generales contra los irlandeses, hombres mansos y benévolos, y que habian ejercido la mas noble hospitalidad con los anglo sajones que abordaban á su isla, deslustró mucho el reinado de Egfrido. Este príncipe murió peleando contra los escoceses en 685 y le sucedió Alfredo, su hermano natural, que obtuvo el renombre de rey *literato*: porque en efecto habia adquirido algunos conocimientos en un monasterio de Escocia donde se habia educado. Murió en 705 dejando la corona á su hijo Osredo, menor de ocho años. Casi al mismo tiempo subió al trono de Mercia Cenredo, hijo de Vulfero, por abdicacion de Etelredo, su tio, hermano de su padre é hijo de Penda.

Adelardo, rey de Wessex (727). Ina, cuando abdicó el cetro de Wessex, designó por

sucesores suyos á Adelardo, su primo, y á Osvaldo, descendiente de Ceolin: los dos príncipes no pudieron avenirse, y en la guerra civil que se suscitó, fue vencido Osvaldo y espelido del trono. Esta division quebrantó las fuerzas de los sajones de Wessex. Etelbaldo, rey de Mercia, segundo sucesor de Cenredo, que momentáneamente dió al trono el esplendor que habia tenido en los tiempos brillantes y sanguinarios de Penda, se aprovechó de las disensiones que habia en el Wessex para invadirlo: apoderose de Somerton, capital de la provincia de Somerset, y obligó con las armas á Adelardo, á reconocerse dependiente del mercio. Este príncipe murió á los trece años de un reinado sin gloria.

Cutredo, rey de Wessex (740). Sucediole su hermano Cutredo, príncipe guerrero y valeroso, que triunfó del mercio Etelbaldo en la batalla de Buiford, villa del condado de Oxfod, y restituyó la independencia á su patria y su trono. Dióse esta batalla en 752: y dos años despues murió Cutredo peleando contra los bretones.

Sigeberto y Cenulfo, reyes de Wessex (754). Sucediole Sigeberto, su sobrino: pero los tanes, disgustados de él, le depusieron antes de un año, y nombraron rey á Cenulfo, pariente suyo. Cumbra, conde de la provincia de Hamp, se conservó fiel á Sigeberto: pero este príncipe desagradecido le dió muerte porque se atrevia á exortarle que renunciase á sus vicios y observase una conducta mas digna de su clase. Los de la provincia de Hamp, que solo por la au-

toridad de Cumbra, eran adictos á Sigeberto, juraron fidelidad á Cenulfo. Sigeberto se refugió á la selva de Andred, y un vasallo de Cumbra, llamado Prevet, que le encontró en ella, lo atravesó con su lanza para vengar la muerte de su señor.

Cenulfo consiguió grandes victorias de los bretones: pero fue vencido por Ofa, rey de Mercia y sobrino de Etebaldo, y se vió obligado á cederle todo lo que poseian los sajones del Wessex al norte del Támesis. Este príncipe murió en Merton, donde moraba una señora de quien se habia enamorado, á manos de Cinehardo, hermano de Sigeberto, que durante treinta años habia alimentado el proyecto de vengar la sangre derramada de este príncipe. Tanto él como sus cómplices en el regicidio fueron hechos pedazos por el conde Osrico y el tane Viverto, que los sorprendieron en Merton.

Britrico, rey de Wessex (784). Britrico, elevado al trono despues de la muerte de Cenulfo, tuvo por competidor á Egberto, príncipe tambien de la sangre real, el cual hallándose sin fuerza para resistir á su contrario, pasó al continente, sirvió en los ejércitos de Carlomagno, escuelas entonces de la ciencia militar, y adquirió mucha reputacion por sus hazañas. Britrico no fue célebre sino por los desórdenes de su muger Eadburga, hija de Ofa, rey de Mercia, princesa ambiciosa y vengativa. Enojada contra el conde Vorr, que tenia mucho influjo en el ánimo del rey, le mató con veneno: pero por

una casualidad el rey bebió de la misma copa, y descendió al sepulcro con su valido. Eadburga huyó de la isla con sus tesoros, y el Witenagemot dió un decreto por el cual fueron privadas las esposas de los reyes futuros del título y dignidad de reina.

Eadburga pasó á la corte de Carlomagno; y su impudencia era tanta, que habiéndole preguntado el emperador, á quién estimaba mas, á él ó á su hijo, respondió: *á tu hijo porque es mas jóven.* Residió algun tiempo en un convento de monjas: pero arrojada ignominiosamente por su conducta escandalosa, despues de muchas aventuras pasó á Italia, y despreciada y abandonada de todos, y reducida por sus desórdenes á la indigencia mas espantosa, no tuvo mas recursos que pedir limosna, y terminó en Pavía su triste vida.

La historia de Nortumbria desde la muerte del rey Alfredo presenta muy pocos sucesos dignos de atencion. La perfidia ó flaqueza de los monarcas y las perpetuas rebeliones de los grandes, los asesinatos y los crímenes llenan casi todas sus páginas en el siglo VIII. Carlomagno llamaba á los nortumbrios "nacion pérfida y perversa, peor que los paganos." En menos de cien años murieron á hierro siete reyes, pero en el mismo siglo florecieron en letras y santidad dos monges nortumbrios, el venerable Beda y Alcuino. El primero fue natural de Sunderland, poseia todos los conocimientos que se habian salvado del naufragio del imperio romano. La

mas apreciada de sus obras es la *historia eclesiástica de la nacion de los anglos.* El segundo nació en la provincia de Yorck: fue maestro en las escuelas de esta ciudad, y pasó al continente llamado por Carlomagno para propagar el amor de las letras y la regularidad de las costumbres en su vasto imperio. Beda falleció el año de 733. Las victorias de los reyes Etebaldo y Ofa dieron algun esplendor al reino de Mercia. Ofa tuvo relaciones bastante íntimas con Carlomagno por medio de Alcuino, el cual atajó tambien algunas contestaciones desagradables entre los dos monarcas, nacidas de los fraudes que segun se quejaba el emperador, cometian los mercaderes mercios, que traficaban en Galia, en cuanto á la medida, peso y calidad de sus géneros.

Egberto, primer rey de Inglaterra (800). Muerto Britrico, los tanes de Wessex eligieron por rey á Egberto, único vástago que quedaba de la familia de Cerdico. La fama de la gloria adquirida en los campos de batalla del continente le precedió cuando pasó á la isla á recibir la corona. Los ocho primeros años de su reinado se dedicó á las artes de la paz y á dar nuevo vigor á las leyes: y no empezó la carrera de sus conquistas hasta 809. Pero estas conquistas fueron rápidas y no interrumpidas. Sometió primero á los bretones de Coruwal, siempre rebeldes: venció en Ellendum el ejército de Bernulfo, rey de Mercia, usurpador que habia subido al trono esterminando la familia de Ofa,

y le obligó á rendirle vasallage: agregó á sus estados las pequeñas monarquías de Kent y de Essex: volvió á vencer al mercio Bernulfo, que pereció en este segundo combate; la misma muerte tuvo Ludicano, que le sucedió en el trono: y Witglafo, el último que tomó el título de rey de Mercia, abandonó el cetro apenas se presentó el rey de Wessex en el campo de batalla.

Hallábase ya Egberto en las fronteras de Nortumbria, dueño de los demas reinos de la Heptarquía: pues la Estanglia, de que no hemos hablado en el párrafo anterior, habia sido conquistada por Ofa, rey de Mercia, y era parte de esta monarquía cuando cayó en poder de los sajones de Wessex. Aunque el territorio de los nortumbrios era el mas estenso de toda la Heptarquía, era tambien el menos poblado, y los desórdenes interiores le habian debilitado en gran manera. Asi cuando Egberto se presentó, Andredo, que reinaba entonces, salió á recibirle acompañado de todos sus tanes, y le reconocieron por soberano. Los sucesores de Andredo, vasallos de los de Egberto, no volvieron á tomar el título de reyes, sino se llamaron príncipes ó condes. Asi acabó la Eptarquía y se fundó la monarquía inglesa, cuyo primer gefe fue Egberto, bien que no tuvo el título de rey de Inglaterra, desconocido hasta Atelstano, uno de sus descendientes: pero renovó la dignidad de bretualda, con cuyo nombre ejerció verdaderamente la autoridad mo-

nárquica. Concluyó la gloriosa carrera de sus conquistas en 829, venciendo á los bretones de Gales, y quitándoles mucha parte de su territorio y la isla de Anglesey.

Pero apenas habia acabado Egberto de someter á su dominio todos los principados anglo sajones, tuvo que luchar contra adversarios mas terribles. Las costas de Noruega y Dinamarca empezaron á arrojar de sus puestos á fines del siglo VIII un gran número de piratas que con el nombre de dinamarqueses y normandos desolaron todas las playas desde el Océano germánico hasta la parte mas íntima del Mediterráneo. Los primeros paises donde ejercieron sus depredaciones fueron las costas de la gran Bretaña, como mas próximas á la patria y centro de los piratas. Su número se aumentó considerablemente en los últimos años del reinado de Egberto, y sus terribles visitas se hicieron anuales. En 933 saquearon la isla de Shapey: al año siguiente, la playa de Dorset, arrojando de ella la tropa sajona. Egberto convocó en Londres á sus tanes y tomó providencias para defender el reino contra los enemigos. Habiendo los piratas desembarcado el año de 835 en la costa deCorusvall, y admitido en sus filas á los britanos que se rebelaron, fueron vencidos por Egberto en una batalla decisiva que obligó á los daneses á hacerse al mar, y á los britanos á recibir el yugo. Esta fue la última victoria, que ilustró el largo y feliz reinado de Egberto. Al año siguiente falleció este príncipe.

Etelvulfo, rey de Inglaterra (836). Sucediòle su hijo Etelvulfo, que habia dado ya pruebas de valor mandando el ejército que conquistó los reinos de Kent y de Essex, y de prudencia, gobernándolos con el título de rey durante la vida de su padre. Cuando subió al trono, cedió este título y el gobierno de aquellos estados á Atelstano, hijo ó hermano suyo, porque en esto no concuerdan los historiadores.

El primer cuidado de Etelvulfo fue la defensa del reino contra los piratas: y mandó que en cada parte de la costa británica hubiese un general encargado de reunir tropas y salir al opósito al enemigo apenas se divisasen sus bageles. Esta providencia, que dividiendo las fuerzas del reino, disminuía la probabilidad de la victoria, hacia no obstante que los bárbaros temiesen hallar resistencia en todas partes: y asi la guerra fue contínua, sangrienta y de vario suceso. En 838 fueron vencidos los piratas en Southampon: pero triunfaron en la isla de Partland: al año siguiente desembarcaron en la provincia de Sincoln, vencieron á los sajones y talaron y saquearon todo el pais hasta el Támesis. En 840 derrotaron el ejército que mandaba el rey en persona, junto á Charmonth, puesto del Wessex: pero encontraron resistencia invencible en Londres, Rochester y Cantorbery.

Los diez años siguientes, ó fatigados de esta resistencia, ó atraidos por el amor del saqueo á las costas de Galia donde habia mas riquezas y menos fuertes defensores, dejaron descansar á

la gran Bretaña. Pero en 850 una armada danesa desembarcó en la isla de Fhanet, y los piratas invernaron en ella: circunstancia que puso en gran cuidado al rey, porque indicaba proyectos de conquista y establecimiento. Al año siguiente se acercaron á las playas de la isla inumerable multitud de piratas: una armada de 350 velas subió por el Támesis: los daneses saquearon á Londres y á Cantorbery y vencieron y dieron muerte á Bertulfo, rey tributario de Mercia. Los bárbaros, despues de esta victoria, penetraron en el Surrey: Etelvulfo les salió al encuentro con su ejército: y los derrotó tan completamente en la batalla de Ockeley, que ni antes ni despues esperimentaron los piratas del norte pérdida semejante. Atelstano, rey de Kent, apresó nueve buques cerca de Sandwich, y los piratas que desembarcaron en el Wessex, fueron tambien desechos. Las fuerzas de los bárbaros quedaron tan quebrantadas, que no se atrevieron á volver á la isla durante el reinado de Etelvulfo

Este príncipe sostuvo en 953 otra guerra contra los britanos de Nord Gales y de Anglesey, que no querian reconocer la autoridad de Burredo, rey de Mercia, sucesor de Bertulfo y tributario de Etelvulfo. El rey los venció y los obligó á someterse á su vasallo. Concluida esta guerra, partió como peregrino á Roma á visitar el sepulcro de los apóstoles, y á su vuelta por Francia, casó con Judit, hija del rey Cárlos el Calvo. Esta princesa fue coronada y se sentó

en el trono al lado del rey; abrogándose asi el decreto del Witenagemot del Wessex, dado en odio de la reina Eadburga, despues de la muerte de Brintico.

Etelvulfo se distinguió no solo por su valor sino tambien por su piedad. Su célebre carta, objeto de las dudas y comentarios de los eruditos, estableció por ley el diezmo eclesiástico, primero en el Wessex y despues en los demas dominios. Murió en 858, habiendo resignado el cetro de Wessex á su hijo mayor Etevaldo, por escusar la guerra civil, que este príncipe ambicioso queria suscitar por subir al trono. En su testamento dejó el reino de Kent, vacante por muerte de Atelitano, á su hijo segundo Etelberto.

Etelbaldo, rey de Inglaterra (858). Etelbaldo casó con la viuda de su padre: pero habiendole afeado el obispo de Winchester este matrimonio incestuoso, la alejó de sí. Judit volvió á Francia, casó con Balduino, director de los bosques reales, su padre Cárlos dió á los dos esposos el condado de Flandes, y fueron los antecesores de Matilde, muger de Guillermo el conquistador. El reinado de Etelbaldo estéril en sucesos, fue solo de dos años. Los sajones lloraron su muerte, porque le amaban mucho á causa del valor invencible que habia mostrado en tiempo de su padre.

Etelberto, rey de Inglaterra (860). Sucedióle Etelberto su hermano, rey de Kent, hijo segundo de Etelbulfo. Su reinado fue solo de

cinco años. En 864 saquearon los daneses á Winchester capital del Wessex: pero fueron vencidos y destrozados cuando iban á embarcarse con su botin. Mas lucrativa fue su espedicion á Kent, en la cual, despues de haber recibido una suma cuantiosa de dinero porque dejasen libre el pais, se burlaron de su promesa, y lo talaron y saquearon completamente.

Al mismo tiempo Ragnar, rey de Dinamarca, que habia asolado con sus piraterías las orillas del Sena, las Orcadas y Hebrides, y las playas de Irlanda y Bretaña, fue arrojado por una tempestad con un corto número de compañeros suyos á la costa de Nortumbria, y comenzó sin atender á sus pocas fuerzas, las depredaciones acostumbradas. Ela, que mandaba en el pais y que se habia rebelado contra el rey de Inglaterra, le salió al encuentro, le venció, le hizo prisionero y le dió cruel muerte. Sus hijos, parientes y amigos se conjuraron para vengar este homicidio, y reunieron inmensas fuerzas contra la gran Bretaña.

Etelredo, rey de Inglaterra (866). A Etelberto, sucedió su hermano Etelredo, hijo tercero de Etelvulfo. En los seis años que duró su reinado descargó sobre la isla y se estendió por toda ella la tempestad que la amenazaba. Inguar y Ubon, hijos de Ragnar, desembarcaron en Estanglia con poderoso ejército: entraron en Nortumbria, tomaron á Yock, derrotaron á Ela y Osberto que se disputaban el gobierno del pais y que reunieron sus fuerzas contra el enc-

migo comun. Osberto murió en el cambate; Ela cayó vivo en poder de los bárbaros: los cuales en venganza de la muerte de su padre Ragnar, le hicieron padecer el suplicio que los escandinavos llaman del *águila*, y que consistia en romper las costillas y sacar los pulmones por las aberturas, dando á la víctima una semejanza imperfecta con la figura de aquel ave. El ministro de este suplicio no podia, segun sus bárbaras leyes, ser otro sino el caudillo de su ejército.

Conquistada la Nortumbria, entraron en Mercia y acometieron la provincia de Lincochi; y aunque la evacuaron por haber llegado con fuerzas superiores el rey Etelredo, volvieron á ella en la primavera siguiente y la ocuparon. Despues invadieron la Estanglia, martirizaron á su rey san Edmundo, vasallo de Etelredo, porque no quiso renunciar al cristianismo, y dieron la corona de este pais á Gotrun uno de sus caudillos. Pasaron el Támesis, despues de devastada gran parte de la Mercia, y se encontraron con el ejército del rey, mandado por este príncipe y por su hermano menor Alfredo. Diéronse dos batallas sangrientas: la primera en Reading, en que la victoria quedó por los sajones: la segunda en Basingstock, en que los daneses quedaron dueños del campo, pero tan quebrantados, que al dia siguiente se retiraron á los atrincheramientos que tenian junto al Támesis. Etelredo, que salió herido del combate, murió dentro de pocos dias, y dejó la corona

á su hermano Alfredo, cuarto hijo de Etelvulfo.

Alfredo el grande, rey de Inglaterra (872). Alfredo subió al trono en circunstancias las mas tristes y peligrosas. Los daneses, capitaneados por su caudillo Gotrun, rey de Estanglia, habian pasado el Támesis y se hallaban en el centro de los dominios de Wessex: y el rey solo podia oponerles un ejército desalentado con la última derrota. Sin embargo, probó la suerte de las armas y peleó con el enemigo que habia penetrado en el Wilt: pero á pesar de su valor intrépido y el de sus tropas, fue vencido, y se vió obligado á entablar negociaciones. Los daneses evacuaron el Wessex por una suma de dinero que se les pagó. El mismo tratado hicieron con Burredo, rey de Mercia: pero recibida la suma, se burlaron de su credulidad y en 874 asolaron su reino. Burredo desesperado se dió muerte y Mercia quedó entregada á los bárbaros: de suerte que en 875 solo poseían los anglo sajones los paises comprendidos entre el Támesis, el Saverna y el canal de la Mancha. En las demas provincias los gefes y tropas danesas continuaban su sistema bárbaro de devastacion señaladamente contra las iglesias y monasterios, objeto principal del odio de los idólatras. Es célebre sobre todos los sucesos de esta especie el incendio del convento de monjas de Coldingham: las religiosas, á ejemplo de su priora, se desfiguraron el rostro con heridas para libertarse de la lubricidad de los

bárbaros. Esta accion heróica preservó su castidad, mas no sus vidas, pues todas perecieron en las llamas con que los daneses abrasaron el monasterio.

En 876 Gotrun invadió con una armada danesa la costa de Dorset, y desembarcó y se hizo fuerte en Excetery Wuasham. Alfredo le dió una suma considerable porque se volviese á la mar. El bárbaro la recibió y no cumplió su palabra. Pero desde el año anterior habia empezado el rey á formar una marina que interrumpiendo la comunicacion entre los daneses de Inglaterra y los de Jutlandia y Normandía, volviese á dar la superioridad en la isla á los anglo sajones. Su armada, aunque pequeña á los principios, apresó algunos buques de los bárbaros. Gotrun evacuó á Wuasham y concentró sus fuerzas en Exceter, donde fue bloqueado por el ejército sajon. Viéndose sin víveres, procuró salir de la plaza y escaparse por el mar en su escuadra, surta en el rio Ex: pero la de Alfredo bloqueaba su embocadura, y Gotrum se vió precisado á cumplir el tratado anterior y á retirarse á Mercia por tierra.

Pero esta corta ventaja fue compensada cruelmente con el desastre que dos años despues sufrieron los sajones de Wessex. Gotrun marchó con sus daneses en el corazon del invierno, (cosa jamas practicada entre aquellas naciones, sorprendió á Chippenham, y se estendió por el reino sin que en ninguna parte encontrase fuerzas en número suficiente para resistirle. Alfre-

do, sin consejo ni soldados, se escondió en una isla del lago que forma la confluencia del Tona y del Parset, la cual se llamó desde entonces Etelingey ó isla del Príncipe.

Los sajones no tardaron en saber dónde estaba escondido su príncipe y acudieron á reunirse con él. Salia frecuentemente de su guarida y daba sobre los cuerpos enemigos empleados en el saqueo y el incendio, y los esterminaba. Un nuevo adversario acometió el Wessex por el canal de Bristol, que era Ubon, hijo de Ragnar: pero fue derrotado completamente por el conde Odun junto al castillo de Kinwith que sitiaba el bárbaro. En esta batalla perdieron los daneses el *Reafan* ó estandarte misterioso del cuervo, el cual miraba la superstición de aquellos piratas como prenda segura de la victoria. Alfredo, libre de tan formidable enemigo, mandó á todos los sajones del Wessex por medio de sus emisarios que acudiesen armados en el dia que les señaló, á la *piedra de Egberto*, situada donde hoy está Brixton. Gotrun marchó contra él con sus daneses, y se dió en Branspton una sangrienta batalla que decidió la suerte de Inglaterra. Gotrun fue vencido : pero rodeado su ejército por todas partes, no pudo huir y se encerró en su campamento donde capituló. Las condiciones fueron: que Gotrun y sus principales caudillos se hiciesen cristianos y evacuasen el Wessex y la Mercia. Asi el valor y la habilidad de Alfredo restituyeron al reino de los anglo sajones su antiguo esplendor.

Despues de esta señalada victoria, el rey volvió toda su atencion á las artes de la paz. Fortificó plazas, aumentó la armada, restituyó su vigor á las leyes, y restableció los estudios arruinados por la invasion de los bárbaros de Escandinavia. Él mismo tradujo en inglés para instruccion de sus vasallos la historia eclesiástica de Beda, el epítome histórico de Orosio y los libros de consolacion de Boecio. Sus virtudes y su justicia, aun mas que sus armas, hicieron que los reyes daneses de Nortumbria y Estanglia, y los príncipes britanos de Gales le reconociesen por soberano. Algunos gefes normandos, entre ellos el célebre Hasting, que tantos estragos habia hecho en las costas de Francia y en las riberas del Sena, hicieron inútiles esfuerzos contra los dominios de Alfredo: las escuadras de este rey bien tripuladas y sus castillos bien guarnecidos ahuyentaron siempre á los enemigos despues de haberlos escarmentado. Alfredo *el grande*, sobrenombre que mereció como rey, como hombre y como capitan, murió el 26 de octubre del año 901.

Eduardo, I, rey de Inglaterra (901). Eduardo I su hijo y sucesor, aunque inferior á Alfredo como legislador, le igualó en la constancia é intrepidez, y tuvo el mérito de haber aumentado considerablemente la potencia inglesa, aprovechándose con habilidad de las fuerzas terrestres y marítimas que su antecesor habia creado. No contento con rechazar las invasiones de los daneses de Estanglia y Nortumbria, penetró en

estas provincias, conquistó muchas plazas, entre ellas á Manchester, Derby, Leicester y Northampton, que despues de bien fortificadas le formaron una frontera impenetrable por la parte de Mercia, y obligó á todas las tribus, no solo dinamarquesas, sino tambien de Escocia, á reconocerle por su soberano. Ayudole notablemente en todas sus espediciones belicosas Etelfleda, su hermana, viuda del conde de Mercia, y señora de ánimo varonil. La guarnicion y defensa de todas las plazas que fortificaron Eduardo y su padre Alfredo, se confiaba á los burgueses ó *vecinos* bajo el mando del *Gerafa* ó lugar teniente del rey: y asi esta clase fue libre en Inglaterra hasta la conquista de los normandos, y esenta del yugo feudal. Iguales causas produjeron el mismo efecto en las villas y ciudades de España durante la guerra de reconquista contra los sarracenos. Eduardo murió el año de 925.

Atelstano, rey de Inglaterra (925). Atelstano fue el primero de los descendientes de Egberto que tomo el título de rey de los ingleses: pues sus antecesores, á pesar de la superioridad que ejercian en la isla, solo se llamaron reyes de Wessex. Debió este título y el poder á que elevó la nacion sajona, á la conquista de Nortumbria y á la batalla de Brunamburgh.

Sigtrico, rey danes de Nortumbria, se habia reconocido vasallo de Eduardo, y cuando murió Atelstano añadió esta provincia á sus domi-

nios. Godfrido y Amlafo, hijos de Sigtrico, se refugiaron, el primero á Escocia y el segundo á Irlanda. Constantino, rey de Escocia, no se atrevió á dar asilo al enemigo de Atelstano, y Godfrido, despues de una tentativa infrctuosa contra la plaza de Yorck, se retiró de la isla, y abrazó la profesion de pirata ó rey del mar.

Toda la isla reconocia el poder supremo de Atelstano, cuando en 937 se formó contra él una terrible confederacion. Presentóse en la embocadura del Humber una escuadra de seiscientas quince velas, mandada por Amlafo, que tenia bajo sus órdenes un ejército numeroso de irlandeses, escoceses, daneses, noruegos y bretones: y al mismo tiempo Constantino, rey de Escocia, y Hovel, rey de Gales, creyendo la ocasion oportuna para substraerse á la supremacía de Atelstano, invadieron con sus ejércitos las fronteras de los dominios anglo sajones, Atesltano, no intimidado por tantos riesgos, marchó contra sus enemigos, y al pasar por Verley, dejó su puñal sobre el altar mayor de la iglesia, diciendo que *si volvia vencedor, lo rescataria de una manera digna de un rey.*

Los ejércitos confederados se reunieron en Brunamburgh, pueblo situado en la parte septentrional de Nortumbria; y Atelstano puso sus reales en frente de los enemigos. Amlafo, queriendo terminar la guerra con una interpresa nocturna, vino á la tienda del rey, disfrazado de bardo, cuyo carácter era sagrado entre los pue-

blos del norte, cantó al harpa en presencia de Atelstano, y se fue despues de haber examinado la disposicion del campamento, y de haber recibido un regalo de manos del rey. Un soldado de Atelstano que habia servido en otro tiempo bajo las órdenes de Amlafo, le reconoció á pesar de su disfraz; mas no quiso hacerle traicion. ni descubrió al rey el suceso hasia que el danes estuvo fuera de peligro. ¿"Por qué no me lo avisaste á tiempo?" le dijo Atelstano. "Mi honor, respondió con indignacion, es primero que todo. Si hubiera sido traidor contra él, creerias que podria serlo contra tí." Atelstano mudó su tienda á otra parte, y ocupó el lugar de la antigua el obispo de Shelburne con su mesnada. Aquella noche hubo alarma: los daneses acometieron, se dió un sangriento combate que duró hasta el amanecer, y cuando se retiraron los enemigos, se halló que habian sido degollados el obispo y todos sus compañeros.

Dos dias despues se dió la sangrienta batalla de Brunanburglo que duró hasta ponerse el sol, y que es célebre en los anales, novelas y poesías de los ingleses. Amlafo tomó una posicion fortísima de la cual no pudo ser echado hasta que fueron sucesivamente destruidos los auxiliares irlandeses y escoceses. Constantino, rey de Escocia, buscó su salud en la fuga, igualmente que Amlafo. Cinco reyes de la mar y dos primos de Atelitano perecieron en esta famosa jornada que afirmó para muchos años el poder de los anglo sajones. El rey rescató su

puñal, concediendo grandes privilegios á la iglesia de Beverley.

Este monarca fue el primero de los anglo sajones que tuvo relaciones políticas en el continente, é influyó en los sucesos de Europa. Colocó en el trono de Noruega á Haquino, por sobrenombre el *bueno*, que se habia educado en su corte, y contribuyó á la propagacion del cristianismo en el norte, enviando á Noruega misioneros ingleses. Dió auxilios á Alano, príncipe de Bretaña, para que reconquistase este ducado, invadido por los normandos. Y en fin, por su corporacion volvió al trono de los carlovingios Luis de Ultramar, rey de Francia, que habia pasado trece años de destierro en la corte del rey de Inglaterra, hermano de su madre Edgiva. Otras cuatro hermanas de Atelitano casaron con los monarcas principales de Europa: Etilde, con Hugo el grande, duque de Francia: Edita, con el emperador Oton I, Adiva, con un príncipe de la Borgoña transyurana, y Elgiva, con Luis, príncipe de Aquitania. Este rey, grande por sus hazañas y conquistas, y amado por su justicia, religion y caridad, falleció en 940, despues de un reinado glorioso de quince años.

Edmundo, rey de Inglaterra (940). Sucedióle su hermano Edmundo, segundo hijo de Eduardo primero, Amlafo, concibiendo algunas esperanzas por la muerte de Atelitano, hizo una tercera espedicion á la gran Bretaña, y despues de varios reencuentros con fortuna di-

versa, logró hacerse dueño de Nortumbria, Estanglia y parte de Mercia: pero habiendo fallecido en 941, los lugartenientes del rey echaron á sus hijos de aquellas provincias.

Edmundo solo reinó seis años. Celebrando en un pueblo de Glocestershire la fiesta de San Agustin, patrono de los sajones, Leof, un sajon que habia sido desterrado por sus crímenes, tuvo la insolencia de entrar en la sala real donde estaban puestas las mesas, de sentarse á ellas y de hacer resistencia al copero mayor que de órden del rey le mandó salir. Edmundo enfurecido va hácia él: Leof saca su puñal y le dió en el pecho una herida de que espiró al momento. El asesino quedó allí mismo despedazado.

Edredo, rey de Inglaterra (946). Edredo, su hermano, tercer hijo de Eduardo I, le sucedió. Hizo dos espediciones contra los nortumbrios, siempre rebeldes cuando creian favorable la ocasion, siempre dispuestos á recibir por rey á un danes ó á un pirata, con tal que los librase del dominio de los sajones del sur. En la segunda invasion, dividió Edredo á Nortumbria en condados, distritos y cantones, como lo estaban las demas provincias de Inglaterra, y nombró gobernador de todo el pais á Osulfo, con el título de conde de Nortumberland. Este príncipe falleció de una enfermedad larga y dolorosa en 955.

Eduy, rey de Inglaterra (955). Eduy, hijo de Edmundo y sobrino de Edredo, fué elevado al trono despues de la muerte de su tio, y con

él mancharon el palacio real todos los vicios. Cuando fue asesinado su padre Edmundo, era de muy corta edad, y por eso dieron los tanes la preferencia al hermano del rey difunto: preferencia, que nunca perdonó Eduy, creyendo que se habia hecho con ella una grande injuria á los derechos de su nacimiento. Por esta razon empezó á perseguir cruelmente y á despojar de sus bienes y dignidades á cuantos habian tenido influencia en el gobierno durante el reinado de su antecesor. Así empezó á hacerse odioso á sus vasallos. La avaricia y arbitrariedad con que aumentaba los impuestos, ó bien á fuerza abierta se apoderaba de los bienes de los particulares, y mas que todo su desenfrenada lujuria acabaron con la paciencia de sus pueblos.

Etelgiva era una señora de alto nacimiento, bella y ambiciosa, y tenia una hija que la superaba en hermosura. Deseando asegurar la corona de Inglaterra para sí ó para su hija, solicitó y logró el cariño de Eduy, que si se ha de creer á las crónicas, fue dueño del honor de entrambas. En las fiestas de la coronacion del rey, celebrándose el banquete de costumbre á que asistian todos los grandes y prelados, Eduy se levantó de improviso, abandonó á los convidados y se fue al aposento de Etelgiva. Los tanes indignados de aquel desaire, le enviaron dos diputados para que le suplicasen en nombre de todos que volviese al banquete, y mandase á Etelgiva salir del reino sopena de

la vida. Estos diputados fueron Kinsey, obispo de Lichfield, y san Dunstan, abad de Glastonbury. Hallaron al rey en una situacion muy indecente, y cumplieron con toda exactitud su encargo.

Etelgiva, en vez de obedecer, irritó contra Dunstan el odio que ya le tenia el rey, no solo por haber sido uno de los ministros principales de su antecesor, sino tambien por haberse opuesto á sus injusticias y depredaciones como ejecutor testamentario que era de Edredo. San Dunstan fue desterrado, y no se escapó de los asesinos que enviaba contra él Etelgiva, sino por la prontitud con que dejó las costas de la isla. Odon, arzobispo de Cantorbery, estuvo espuesto á la misma suerte por haber condenado á Etelgiva, segun la ley contra las mancebas, á salir del reino, y haber puesto en ejecucion la sentencia

El clamor público que se levantó contra los desórdenes del rey, se aumentó con la persecucion de su madre Edgiva, viuda de Edmundo, á la cual redujo á la mayor indigencia, quitándole todos sus bienes. En fin, los mercios, poco unidos todavía con los sajones del sur, se sublevaron, dieron muerte en Glocester á la ambiciosa Etelgiva que volvia del destierro, uniéronse á ellos los nortumbrios y declararon rey á Edgaro, hermano de Eduy, y segundo hijo de Edmundo. Eduy hubo de reducirse á la corona del Wessex, que le permaneció fiel: pero habiendo fallecido al año

siguiente en 959, Edgaro fue declarado rey de toda la monarquía.

Edgaro, rey de Inglaterra (959). Este príncipe logró el sobrenombre de *pacífico*, porque en los diez y seis años de su reinado tuvo Inglaterra perpetua paz: cosa no vista desde la invasion de los anglo sajones. Es verdad que en parte fue debida á su valor y diligencia: porque habiendo reunido una armada de trescientas sesenta velas, las distribuyó por iguales partes en los tres costados de la isla, y todos los años daba indefectiblemente la vuelta á ella, examinando sus playas y defendiéndolas contra los piratas del norte. Tomó ademas la providencia de dar tierras y posesiones en sus estados á los daneses que deseaban establecerse en ellos, con tal de que le jurasen vasallage. Esta inprudencia costó cara á sus sucesores: porque los nuevos tanes y colonos nunca perdieron el afecto á su antigua patria ni á los piratas que de ella procedian.

Edgaro gustaba mucho del fausto y de la magnificencia: y fueron célebres las fiestas que dió en la ciudad de Chester, donde vinieron á rendirle homenage Keunet, rey de Escocia, Malcoud, príncipe de Cumberland, y seis reyezuelos bretones del pais de Gales. "Mis sucesores, decia Edgaro, podrán creerse reyes mientras tengan bajo su obediencia tantos príncipes." En esta ocasion. Keunet dijo á algunos, aludiendo á la estatura breve del rey, que era vergüenza, que tantos valerosos se sometiesen á la autori-

dad de un *enano*. Súpolo el rey, le mandó llamar, le llevó á un bosque cercano, y le mandó sacar la espada. "Veamos, le dijo, cuál de los dos es el mas digno de imponer leyes al otro." El escocés procuró disculparse, y aplacó su enojo.

Edgaro tuvo de su primer muger Elfleda un hijo, llamado Eduardo: y de Alfreda, hija del conde de Devon, que fue la segunda, á Etelredo. Ambos fueron sucesivamente reyes de Inglaterra.

Eduardo el mártir, rey de Inglaterra (975). Eduardo, como hijo mayor del rey, debia sucederle, aunque á la sazon solo tenia trece años: pero su ambiciosa madrastra Alfreda, al frente de un poderoso partido, solicitaba la corona para su hijo Etelredo. Discutióse en la asamblea de tanes y prelados el derecho de ambos, y san Dunstan, arzobispo entonces de Cantorbery, probó tan victoriosamente que la justicia estaba de parte de Eduardo, que recibió la corona sin oposicion con las solemnidades acostumbradas.

El carácter y las virtudes del nuevo monarca prometian un reinado feliz: pero la maldad de su madrastra Alfreda disipó las esperanzas del pueblo. Una mañana cazaba el rey en los bosques del condado de Devon, y entró en el castillo de Corfe, donde Alfreda moraba, y estando bebiendo sin desconfianza, montado á caballo, una copa de hidromel, le hirió en el vientre un asesino. El rey dió de las espuelas al caballo: pero habiéndosele salido las entra-

ñas por la herida, cayó en el suelo, se le cogió un pie en el estribo, y el caballo le arrastró largo trecho. Siguiéndole sus criados por el rastro de la sangre, le hallaron muerto. Este crímen horroroso quedó impune por la justicia de la tierra: mas á él deben atribuirse todos los infortunios del largo y calamitoso reinado de Etelredo.

Etelredo II, rey de Inglaterra (978). Este príncipe sucedió inmediatamente á su hermano. Aunque no tenia culpa en el homicidio, manifestó, cuando fue mayor de edad, un gran número de defectos, que causaron la ruina de su patria y de su dinastía Su única accion justa fue separar poco á poco á su madre de la administracion de los negocios y quitarle toda influencia. Alfreda se retiró á un monasterio, donde lloró su crímen y espió el escándalo que habia dado, con la publicidad de su arrepentimiento.

Etelredo nunca fue amado de sus vasallos, porque detestaban el delito que le habia colocado en el trono. Era flojo y negligente en cumplir las obligaciones de rey, cuyo peso descargaba en sus validos: daba su asenso con preferencia á los consejos pérfidos y crueles, y solo se entregaba con ardor á los deleites y deshonestidades. A estos males que nacian de la posicion y del carácter del monarca, se añadian las frecuentes traiciones, nunca mas comunes que en este reinado, cometidas por los daneses establecidos en Inglaterra, y que ya entonces

tenian mucho influjo en palacio, y eran muy numerosos en las ciudades y fortalezas que debian ser defendidas, como ya hemos dicho, por sus mismos vecinos.

Entregado el reino á esta negligencia, precursora siempre de los grandes desastres, descuidada la marina y la defensa de las costas, los piratas normandos, que habia tantos años que no se atrevian á sulcar los mares de la isla, volvieron otra vez á renovar sus latrocinios. En 980 saquearon á Southampton y la isla de Jhanet, y los años siguientes sacaron gran botin de las playas de Cornivall y Wessex. En 991 se apoderaron de Ipswich, y vencieron en una campaña que duró catorce dias, al conde del pais, quedando éste muerto en el último combate. Etelredo no halló otro recurso para obligar á los piratas á que se embarcasen, que darles una suma de dinero: indicio de su debilidad y aliciente para nuevas espediciones. Así, en 993 saquearon los daneses entrambas villas del Humber. En 994 desembarcaron con grandes fuerzas en la isla, Suenon, rey de Dinamarca, y Olao, rey de Noruega; y aunque rechazados de Lóndres, asolaron los condados de Essex, Kent, Sussex y Hamp, y Etelredo hubo de darles la suma de diez y seis mil libras, y el permiso de invernar en Southampton, por precio de una tregua. Olao se reconcilió con el rey de Inglaterra, y volvió á su reino: y Suenon no confiando en sus solas fuerzas, se retiró á Dinamarca.

No obstante, los piratas continuaron hasta el año de 1001 ocupando las islas del mar de Irlanda, y saqueando las costas: en el citado año atravesaron todo el pais que media entre el mar de la Mancha y el canal de Bristol, quemaron á Taunton, á Pen y otras muchas ciudades, y recibieron del rey veinte y cuatro mil libras en premio de su retirada.

El año de 1002 se firmó entre Etelredo y Ricardo, duque de Normandía, el primer tratado con potencias estrangeras, de que se hace mencion en los anales ingleses. Su objeto era terminar algunas desavenencias que habia entre los dos príncipes, y el casamiento de Etelredo, con Ema, hija de Ricardo. En el mismo año, dia 13 de noviembre, fueron degollados por órden de Etelredo, los daneses mas distinguidos que se hallaban establecidos en su reino: providencia bárbara, injusta y cruel, la cual ni aun puede ser disculpada con la sospecha bastante fundada que se tenia de su inteligencia con los piratas, y de su cooperacion y connivencia á las empresas de los reyes del mar. Este abuso del poder produjo un efecto ordinario: las traiciones se multiplicaron, y Suenon volvió con grandes fuerzas á Inglaterra el año siguiente, en venganza de la sangre derramada, no solo de sus compatriotas, sino tambien de su familia: pues, Palig, marido de Gunilda, hermana del dinamarqués y sus hijos, fueron las primeras víctimas de Etelredo.

Esta guerra duró cuatro años, y se hizo con

la mayor barbarie. Suenon, dueño de Esceter por la traicion de Hugo su gobernador, vencedor del ejército ingles por la traicion de Elfrico, su general, corrió, con el hierro y la llama en la mano, todos los condados sacrificando sin piedad ni distincion á los habitantes. En fin, harto ya de sangre, de devastacion y de venganza, consintió en 1007 en hacer la paz, mediante una suma de veinte y cuatro mil libras. Estos tributos, muy superiores á los recursos ordinarios del fisco real, obligaron á Etelredo á imponer una contribucion directa, la primera que se conoció en Inglaterra, y cuyo nombre, *Danegelt*, indicaba su vergonzoso orígen.

El pirata Turchill desembarcó en 1009, desoló el Sussex, la Estamglia y el Kent, abrasó á Cantorbery y á su catedral, donde pereció el resto de los habitantes de la ciudad, que se habia refugiado en ella: y el año siguiente de esta ruina, que fue el de 1012, vendió su amistad y sus servicios á Etelredo por cuarenta y ocho mil libras. Tanto él como sus capitanes tomaron servicio en Inglaterra y adquirieron bienes y dignidades.

En 1013 Suenon desembarcó con grandes fuerzas en las riberas del Humber, penetró en Mercia, asaltó á Londres, defendida por el valiente Turchill, nuevo vasallo de Etelredo, no pudo tomarla, se proclamó en Bath rey de Inglaterra, y fue reconocido por los tanes de Wessex, Mercia y Nestumbria: lo que obligó á Etelredo á abandonar el reino á un rival, y á bus-

car un asilo en la isla de Wight: pero Suenon murió en febrero de 1014: los tanes ingleses se reconciliaron con su rey, y Canuto, hijo y sucesor de Suenon, no pudiendo sostenerse contra las fuerzas superiores que ya habia juntado Etelredo, se retiró con su ejército á Dinamarca: pero volvió al año siguiente, acompañado del célebre Turchill, que abandonó el servicio de Etelredo por las crueldades que este príncipe continuaba ejerciendo contra los daneses. Su armada y ejército eran muy numerosos: y sus fuerzas se aumentaron con un cuerpo de sajones, cuyo general Edrico, que habia sido valido de Etelredo, indignado contra Edmundo, hijo de este rey, se pasó á las banderas de Canuto. Los dos ejércitos devastaron con igual furor todos los condados adonde llegaban; aumentaba los males la discordia de los habitantes, afectos unos á su antigua dinastía, otros á los conquistadores dinamarqueses. Enmedio de tan grandes calamidades, que acaso no tienen iguales en el cuadro sangriento de la historia, falleció Etelredo en 1016, cargado con la maldicion universal, y dejando á su hijo Edmundo un cetro despreciado de su nacion y medio roto por la violencia estrangera.

Edmundo II rey de Inglaterra (1016). Edmundo sucumbió en esta lucha desigual: pero no sin gloria. Cinco campos de batalla, en que se midió con su poderoso rival, fueron testigos de su indomable intrepidez. En Sceaston, duró la accion dos dias, y obligó al enemigo á reti-

rarse; en Brentford no fue tan feliz: pero consiguió que Canuto levantase el sitio de Londres. En esta ocasion envió al dinamarques un cartel de desafio: la respuesta de su rival fue así: "el hombre que quiere batirse en invierno, apercíbase para la primavera."

En efecto, en el año de 1017 se terminó esta terrible lid. Los dos reyes se dieron batalla en Ashown, y Canuto quedó victorioso, habiendo perecido en la accion casi toda la nobleza anglo sajona. Edmundo se retiró á Glocester, donde le siguió su adversario, y en una conferencia que tuvieron, hicieron paces, tomando el Támesis por frontera de sus dominios, y quedando la parte septentrional para Canuto, y la meridional para Edmundo. Este príncipe valeroso y digno de mejor suerte, falleció un mes despues de hechas las paces: y aunque dejó dos hijos y tenia tres hermanos, Canuto se enseñoreó de todos sus estados por el derecho del mas fuerte, no habiendo ya quedado quien pretendiese renovar una lid peligrosa é inútil.

SECCION III.

DESDE LA OCUPACION DE LOS DINAMARQUESES HASTA LA CONQUISTA DE LOS NORMANDOS.

Canuto I, rey de Ingterra (1017). El primer cuidado de Canuto fue asegurarse en el trono, disponiendo de los individuos que quedaban de la dinastía anglo sajona, de una manera

conforme á sus intereses. Envió á la corte de su hermano Olao, rey de Suecia, á Eduardo y Edmundo, hijos del último rey Edmundo II, y que estaban á la sazon en la primer infancia. Olao los envió cuando fueron de mas edad, á san Esteban, rey de Hungría, para que se educasen en su palacio, centro de toda la sabiduría de su siglo y escuela de virtudes.

Pero aun quedaban tres hijos de Etelredo; Eduy que residia en Inglaterra, y Eduardo y Alfredo, hijos de Ema, que se habian refugiado en Normandía. Eduy inspiraba mucho cuidado á Canuto: porque se le llamaba comunmente *el rey de los aldeanos*, quizá por tener entre ellos muchos partidarios. Este infeliz príncipe fue desterrado, y despues, habiéndosele permitido volver á Inglaterra, asesinado por sus mismos sirvientes, no sin sospecha de haber sido autor del delito el mismo á quien le era útil.

Canuto neutralizó el afecto é interes con que Ricardo II, duque de Normandía, miraba á sus sobrinos, hijos de Etelredo y Ema, pidiendo por esposa á esta princesa: la cual por satisfacer su ambicion propia, dió la mano al destructor de su familia, y quitó á sus hijos toda esperanza de reclamar algun dia sus derechos. Una de las condiciones del contrato matrimonial fue que heredasen el trono de Inglaterra los hijos que procediesen de este casamiento.

El rey dividió su nueva monarquía en cuatro gobiernos: el de Wessex, que reservó para sí,

el de Estanglia, que dió á Turchill, el de Nortumberland, á Erico, príncipe de Noruega, y el de Mercia, á Edrico I, valido de Etelredo, despues traidor á su patria, luego reconciliado con Edmundo y últimamente causa de la pérdida de la batalla de Arhown, en la cual se pasó á las banderas de Canuto. Este hombre infame recibió del nuevo rey el castigo merecido. Hallándose en la corte cuando se celebraban las fiestas de Navidad, como se jactase de los servicios que habia hecho á los daneses en la conquista, Canuto, dirigiendo la palabra á Erico, esclamó: "Reciba, pues, lo que merece, para que no nos venda como ha vendido á Etelredo y á Edmundo." El príncipe de Noruega le mató allí mismo con su hacha, y el cadáver fue arrojado al Támesis por una ventana. Al mismo tiempo se dió muerte por órden de Canuto á otros amigos y partidarios de Edrico: lo que hizo creer que el rey habia descubierto alguna conspiracion en que era cómplice aquel alevoso, y que por eso mandó que se le quitase la vida.

Canuto, despues de haber conquistado á Inglaterra como bárbaro, la gobernó como rey sabio, benigno y prudente. Esta mudanza se atribuyó á las exortaciones de los obispos británicos, que arraigaron en su alma las máximas del cristianismo, pues aunque los dinamarqueses habian recibido ya la luz del evangelio, el corto número de obispos y predicadores y la profesion de piratas ahogaban fácilmente en su nacer las semillas de la moral; y así se observó

que á proporcion que se fue estendiendo la doctrina cristiana entre los escandinavos, fue disminuyendo tambien su barbárie; siendo el primer síntoma de esta felíz mudanza la estincion de la piratería.

El primer cuidado de Canuto fue despedir á Dinamarca á los capitanes y soldados que se habian distinguido en la guerra, despues de muy bien premiados, dándoles permiso para vender en Inglaterra los bienes adquiridos por la conquista. Su ausencia libertó á los ingleses del peso de un ejército aborrecido, y les hizo amar al rey á quien debian este alivio. Solo se quedó con cuarenta navíos daneses y tres mil hombres que componian el *Thingmanna* ó guardia real, para la cual redactó un reglamento, dirigido á impedir las riñas y el derramamiento de sangre entre ellos. En una ocasion quebrantó el rey sus mismas leyes, matando á un soldado en un arrebato de ira. Vuelto en sí, reunió la guardia, confesó su delito, pidió que se designase el castigo, y como todos callasen, declaró que á ninguno se le seguiria mal de su sinceridad. La guardia decidió que la prudencia del rey señalase la pena. Canuto se condenó á pagar una multa, nueve veces mayor que la del homicidio ordinario, y añadió otra suma igual como indemnizacion estraordinaria.

Confirmó las antiguas leyes de los anglo sajones: reedificó los monasterios é iglesias destruidos en la última guerra: restableció perfecta igualdad de derechos entre los daneses y los an-

tiguos habitantes del pais: prohibió el culto de los ídolos escandinavos, introducido en la gran Bretaña durante las invasiones de los piratas; y destruyó ó modificó los derechos feudales mas gravosos al pueblo.

El rey hacía frecuentes viages á sus estados de Dinamarca, y éstos fueron muy útiles á la propagacion del evangelio, porque llevó consigo predicadores ingleses, llenos de piedad y saber. En 1025 tuvo guerra con Olao, rey de Suecia, y fue vencido en una batalla: pero Goduino, comandante del cuerpo auxiliar ingles que llevaba en su ejército, sorprendió de noche los reales enemigos y dispersó su ejército: hazaña, por la cual mereció el aprecio y favor de su soberano. Tuvo tambien guerra con los noruegos y escoceses, y en todas salió vencedor. Como sus cortesanos ensalzasen su poder con las exageraciones acostumbradas, un dia que se paseaba con ellos en la playa de Sonthampton, se sentó en un sitio adonde debia llegar la marea, y mandó á las olas que no pasasen de un término que señaló. La desobediencia del mar le sirvió de testo para enseñar á sus palaciegos cuán pequeño era el poder suyo, pues no era respetado de las aguas de sus dominios.

En 1030 hizo un viage á Roma para visitar el sepulcro de los santos apóstoles: y no olvidándose nunca del bien de sus vasallos, consiguió de los príncipes de Italia que se suprimiesen los derechos y peages con que eran gravados los peregrinos ingleses que iban á Roma, y

que se dejasen de pagar las grandes sumas que la corte romana exigia de los arzobispos de Inglaterra cuando solicitaban el palio.

Este rey murió en 1035, llorado sinceramente por todos sus vasallos. Diósele sepultura en Winchester, capital del reino de Wessex.

Haroldo I, pie de liebre, rey de Inglaterra (1035). Por el contrato matrimonial del último rey y de Ema su esposa, confirmada por declaraciones posteriores, debia suceder en la corona de Inglaterra Canuto el atrevido, hijo de Canuto, llamado comunmente Hardicanuto. Pero este príncipe se hallaba entonces en dinamarca arreglando las cosas de aquel reino: y Haroldo, su hermano natural, que estaba en Londres, ganando los votos de la guardia real, los de los daneses y de los ingleses del norte, fue proclamado rey. Los ingleses del mediodia se dividieron unos á favor de Hardicanuto, y otros, de los hijos de Etelredo II, que estaban siempre refugiados en Normandía. Para evitar la guerra civil se celebró un Witenagemot el año de 1036 en Oxford, en el cual se adjudicaron á Haroldo todos los condados que están al norte del Támesis, y á Hardicanuto, los del mediodia, que fueron gobernados en ausencia suya por su madre Ema, y por Goduino; el cual con el favor de Canuto habia ascendido ya á la dignidad de conde de Wessex.

Eduardo, el mayor de los hijos de Etelredo, sabida la muerte de Canuto, desembarcó con algunas tropas en Southampton, creyendo ha-

llar auxilios en su madre Ema: pero ésta, que miraba con aversion á los hijos de Estelredo, porque este rey licencioso la habia despreciado siempre, mientras estuvieron casados, por otros amoríos, se declaró públicamente por el hijo de su último esposo, y Eduardo hubo de volverse al continente.

Mas triste fue el éxito de la espedicion que hizo á Inglaterra poco despues su hermano Alfredo. Hallándose los dos en Normandía, recibieron una carta, que parecia escrita por su madre Ema, en la cual se convidaba á uno de ellos á pasar el mar y reclamar sus derechos al trono de sus antepasados. Alfredo alistó un pequeño cuerpo de tropas en Normandía, lo reforzó con algunos aventureros flamencos, se halló con seiscientos hombres y desembarcó sin oposicion cerca de Cantorbery. El conde Goduino le salió á recibir, le ofreció sus servicios, y prometió llevarle adonde residia su madre Ema. Alfredo Avanzó con los suyos hasta Guildford: Goduino alojó la tropa en casa de los habitantes del pueblo, dijo al príncipe que al dia siguiente volveria á visitarle, y se retiró. Pero á media noche llegaron los satélites de Haroldo, sorprendieron en la cama á los estrangeros, y al dia siguiente, habiendo puesto en libertad á uno de cada diez, redujeron á esclavitud á algunos otros y mataron la mayor parte que restaba, mutilándolos y destrozándolos con inaudita barbárie. El príncipe Alfredo fue llevado á Londres á presencia de Haroldo, y conducido de allí á la

isla de Ely donde se le sacaron los ojos, y murió ó de la violencia del dolor ó á manos de un asesino.

El autor de esta iniquidad es desconocido. No puede atribuirse la carta fatal á Ema; que tan públicamente se habia declarado por Hardicanuto, ni á Haroldo, que nada conseguía aunque diese muerte á Alfredo quedando vivos sus hermanos y los hijos de Edmundo II, que estaban en Hungría. Lo mas probable es que la traicion fue fraguada por algunos tanes ingleses, á quienes Alfredo habria ofendido en el reinado de su padre. Es imposible que Goduino no fuese cómplice en la intriga, aunque en el siguiente reinado fue absuelto por su juramento y por el juicio de los pares: porque si era gobernador de Wessex en nombre de Hardicanuto, ¿qué motivo tenia para fingirse favorecedor de la espedicion de Alfredo, como no fuese el de venderle? Haroldo fue cruel, mas no traidor: los motivos de su severidad, ordinaria en aquel siglo bárbaro, contra un rival sorprendido con las armas en la mano, fueron sin duda la ira y el deseo de inspirar terror á los que quisiesen imitarle.

La suerte lamentable de Alfredo causó grande terror á Ema; salió de la isla por consejo de sus amigos, y se refugió en Brujas, ciudad de Flandes, donde fue muy bien recibida por el conde Balduino. Los tanes de Wessex revocaron el juramento de fidelidad que habian hecho á Hardicanuto, y Haroldo fue proclamado rey

de toda la isla. Cuando quiso obligar á Egilnoth, arzobispo de Cantorbery, á que le coronase, el prelado puso los ornamentos reales sobre el altar, y le dijo con intrepidez: "aqui estan la corona y el cetro que Canuto me confió. No puedo dároslos en conciencia: la fuerza me obliga á no negarlos. Tomadlos, si quereis: pero prohibo á todos los obispos usurpar las funciones que son prerogativas de mi silla." Haroldo venció algun tiempo despues los escrúpulos del arzobispo, y fue coronado con la solemnidad acostumbrada.

Este príncipe murió en 1040. Pocas noticias se conservan de su reinado. Solo se sabe que era muy aficionado á la caza, y que debió á su velocidad en la carrera el sobrenombre de *pie de liebre.*

Canuto II el atrevido, rey de Inglaterra (1040). Hardicanuto, aunque Ema lo solicitaba siempre á que recobrase el cetro de Inglaterra, no pudo desembarazarse de los negocios de Dinamarca, hasta los últimos dias de su hermano. Ya habia puesto en el mar una armada numerosa, y pasado á Brujas á conferenciar con su madre, cuando supo la muerte de Haroldo, y recibió una diputacion de los tanes que le convidaban á pasar á Inglaterra á recibir el cetro de su padre. Hízolo así, y fue reconocido inmediatamente en todos los condados: pero un aumento que fue necesario hacer en las contribuciones, para el pago de la nueva escuadra danesa, escitó mucho descontento y una sublevacion en Wor-

cester, donde el pueblo dió muerte á los recaudadores. Las tropas del rey saqueron el condado y redujeron á cenizas la ciudad: los habitantes se retiraron á una isla del Saverna, y se hicieron fuertes en ella, hasta que el rey les concedió perdon y volvieron á la obediencia.

Hardicanuto mandó desenterrar á su antecesor, cortarle la cabeza, y arrojarla con el tronco al Támesis, venganza bárbara y rídicula de las ofensas que habia recibido de él. Sin embargo el resto de su corto reinado no fue correspondiente á la atrocidad de este principio. Hizo venir de Normandía su hermano Eduardo, le dió un infantazgo, y le trató como á príncipe de la sangre real. La Inglaterra estaba pacífica y abundaba en todo género de riquezas. El rey manifestaba un carácter noble y generoso, y prometia un reinado muy próspero: pero á los dos años, asistiendo en Lambeth á las bodas de un caballero dinamarques, estando en medio de los convidados, al llegar la copa á los labios en un brindis, cayó en tierra sin conocimiento y murió dentro de pocas horas.

Eduardo III, el confesor, rey de Inglaterra (1042). Muerto Hardicanuto, los tanes y prelados sajones eligieron por rey de comun acuerdo al príncipe Eduardo; y aunque los daneses no estaban contentos con que el cetro de Inglaterra se separase del de Dinamarca, cedieron á la influencia y á las exortaciones de Goduino. Asi fue restaurada la dinastía de Cerdico por algun tiempo en el trono británico, del cual iba á de-

saparecer para siempre. Al mismo tiempo fue elegido rey de Dinamarca Magno, que lo era ya de Noruega.

Eduardo tenia cerca de cuarenta años cuando empuñó el cetro. Educado en la escuela del infortunio, se consagró desde su mas tierna juventud al ejercicio de las virtudes religiosas que le adquirieron despues de su muerte el título de santo confesor con que fue canonizado por el papa Alejandro III. Entre estas virtudes sobresalia la castidad de que tenia hecho voto, y que conservó aun despues de haberse casado con Edita, hija de Goduino. Esta determinacion de Eduardo en nada dañaba á los intereses de su dinastía: pues hizo venir de Alemania á Eduardo su sobrino, hijo del rey Edmundo II; y aunque este príncipe murió poco despues no sin sospecha de traicion de parte de la familia de Goduino, quedó un hijo suyo, llamado Edgaro, que habia tenido de su esposa Agata, parienta del emperador Enrique III.

Las demas virtudes de Eduardo eran dignas de un rey suave y benévolo, amante de su pueblo, y amigo de la justicia, ha sido sin embargo tachado de débil por los que ignoran ó afectan ignorar cuán limitado era entonces el poder de los monarcas de Inglaterra, y cuán grandes las fuerzas de la aristocrácia. Si tal vez cedió, fue por necesidad y prudencia: y últimamente vino á conseguir su objeto, que era restablecer la tranquilidad en el reino y sosegar la turbulencia de sus tanes. Este rey suprimió el tributo de *Daisegelt*, que era gravosísi-

mo: conservó la paz esterior, y aseguró la interior acallando prudentemente, de la manera que le era posible, las pretensiones ambiciosas de los grandes. El pueblo inglés supo apreciar sus virtudes y los bienes que de él recibió: ningun rey ha sido mas amado de su nacion: ninguno fue honrado despues de su muerte con elogios mas sínceros.

La reina viuda Ema, cuya parcialidad á los daneses habia sido tan declarada, perdió en castigo todos sus tesoros y tierras por decision de una asamblea de los witanes: bien que conservó la viudedad que le pertenecía como esposa del rey Etelredo, y tuvo el permiso de residir en Winquestes hasta su muerte que fue en 1052. Los tanes mas poderosos de Inglaterra eran entonces Goduino, Sivaldo y Leofrico. El primero gobernaba las provincias de Wessex, Siuex y Kent: y sus dos hijos Suenon y Haroldo, poseian, el primero, los condados de Glocester, Somerset, Oxford y Kent; el segundo, los de Esex, Huntingdon, Estanglia y Cambridge. Leofrico, con el título de conde de Leicester, era gobernador de la parte septentrional de Mercia, y Sibaldo, de toda la Nortumbria. Las disputas, intrigas y crímenes de estos grandes forman casi toda la historia del reinado de Eduardo el santo. El mas poderoso de ellos era indudablemente Goduino por su valor y habilidad, por el de sus hijos, por el casamiento del rey con su hija Edita, y por el amor de los anglo sajones que siempre le adoraron

como á su protector aun desde los tiempo de Canuto, I, contra la opresion de los daneses.

El principio de las desavenencias fue el siguiente: Suenon, hijo de Goduino, violó una religiosa: condenado por el rey á destierro, abrazó la profesion de pirata, y al cabo de algun tiempo logró que Eduardo le prometiese su perdon. Pero su hermano Haroldo y su primo Biorno que habian aumentado sus estados con los que Suenon perdió, se opusieron á su vuelta; y Suenon, en venganza, despues de haber engañado á Biorno fingiéndo reconciliarse con él, le asesinó. A pesar de este nuevo crímen, recibió la promesa de su perdon, despues de algun tiempo, y la esperanza de recobrar sus bienes y dignidades, sometiéndose al juicio del Witenagemot.

El segundo motivo y mas grave de disturbios fue la envidia de la familia de Goduino á los señores normandos, que habia en la corte, y á los cuales el rey habia dado condados, dignidades eclesiásticas y otros destinos. Eduardo, agradecido á la hospitalidad que durante su destierro recibió en Normandía, aficionado á las costumbres y usos de los normandos, menos bárbaros y feroces que los anglo sajones y dinamarqueses, y quizá deseoso de templar con estos nuevos auxiliares la escesiva preponderancia de sus tanes, llamó muchos caballeros de Normandía á su reino, y les dió grande influencia y poder. Goduino y sus hijos, con el pretesto de impedir las depredaciones

que Radulfo, caballero normando, á quien el rey habia dado el condado de Hereford, hacía, segun ellos se quejaban, en el territorrio de Glocester, levantaron un poderoso ejército. El rey les salió al encuentro con el suyo, y por consejo de Lesfrico, conde de Leicester, antes de venir á las manos, se acordó reunir el witena gemot, á cuya decision se sometieron todos. La sentencia fue muy contraria á Goduino. Proscribióse á Suenon por sus crímenes; los tanes que dependian de Goduino y Haroldo, juraron obediencia al rey, y el padre con Suenon, Tostig y Gurth, todos tres hijos suyos, se refugió en Flandes, mientras Haroldo y Leofrino, otro hermano suyo, buscó asilo en Irlanda. La proscripcion de esta familia poderosa alcanzó hasta á la reina Edita, que fue recluida en el monasterio de Wherwell.

Pero al año siguiente se mudó enteramente la faz de los negocios. Los marineros de la escuadra del rey desertaron porque el consejo depuso á sus comandantes á causa de que habian dejado escapar á Goduino, que con un corto número de buques estaba en la mar meditando un desembarco en la isla. Este conde se reunió en el canal de la Mancha con otra escuadra que trajo Haroldo de Irlanda, infestó las playas del sur, entró en el Támesis, y pasó por debajo del arco meridional del puente de Londres; mientras las pocas fuerzas navales que el rey habia podido reunir, le observaban desde el arco opuesto. Tal era la situacion de las cosas,

cuando Stigand, hechura de Goduino, logró vencer el animo del rey aconsejándole que no perdiese tan valientes vasallos, por complacer á los normandos, que al fin eran estrangeros. Eduardo dió oidos á la negociacion, devolvió á Goduino sus dignidades y poder, la reina volvió al trono, la paz se restableció, y los normandos huyeron del reino. Pero el rey se mantuvo inflexible contra Suenon, y no fue posible recabar de él que le perdonase sus crímenes. Suenon, acusado tambien por su conciencia, pasó como peregrino á la Tierra Santa, y acabó sus dias en Licia, territorio del Asía menor: cuando volvia de visitar los santos lugáres.

Goduino no gozó largo tiempo de su nueva felicidad. Falleció en 1053, habiendo sido por su valor y talento, autor del engrandecimiento de su família y del efímero poder que obtuvo, Haroldo heredó su condado, y el de Haroldo, se dió á Alfgaro, hijo de Leofrico, conde de Leicester: lo que dió motivo á nuevas disensiones: porque Haroldo, indignado de ver qué aquellos condados pasasen á una familia rival, le hizo guerra. Alfgaro imploró el auxilio de los príncipes bretones del pais de Gales, que pagaron segun la costumbre, los gastos de la lid: pues habiéndose convenido entre sí los beligerantes, Haroldo se vengó de los galeses, invadiendo su territorio, quitándoles muchos pueblos y venciéndolos en muchas batallas, en las cuales adquirió grande gloria, y acostumbró á los soldados ingleses á mirarle como á su

general que era entonces el primer título de la dignidad real.

En estas circunstancias murió Sivardo, conde de Nortumberland, habiendo perdido á su hijo mayor en la célebre batalla de Lanſanau, cerca de Abesdeen, ciudad de Escocia. El genio de Shakespeau ha inmortalizado la traicion y el castigo de Macbeth, asesino de Duncan, rey de Escocia, y usurpador de su reino. Malcolmo, hijo de Duncan, se refugió á los estados de Sivardo su tio, en los cuales vivió quince años, cuando Macduft, tane de Fife, leal á la familia de Duncan, levantó ejército contra Macbeth, el conde de Nortumberland le acudió con sus tropas, y contribuyó á la victoria en que Marcbeth fue derrotado y muerto. Sivardo volvió á sus estados y murió poco despues, dejando solo un hijo de pequeña edad, por cuya causa se dió el condado de Nortumberland á Tostig, hermano de Haroldo. Pero sus crueldades y vejaciones le hicieron odioso á los nortumbrios, que se sublevaron y pidieron al rey otro conde. Tostig se refugió en Flandes, asilo ordinario de su familia.

La salud del rey decaía visiblemente: y habia tres competidores á la corona. Edgaro era el legítimo: pero la debilidad de su complexion y la incapacidad de su espíritu le escluían. Haroldo, que tenia el poder de hecho, aspiraba publicamente al trono; y Guillermo el bastardo, duque de Normandía, fundó sus derechos en un suceso muy raro, propio de las costumbres

de aquel siglo. Haroldo, en un paseo que dió por el mar, fue arrojado por el viento á las playas de Ponthieu, cuyo conde Guido, segun la costumbre bárbara que atribuía á los habitantes de la ribera la posesion de todo lo que el mar arrojaba á ellas, le hizo prisionero hasta que pagase su rescate. Guido era vasallo del duque de Normandía, el cual le pidió á Haroldo, lo consiguió dando al conde una heredad considerable, y no le puso en libertad, hasta que en presencia de los barones de Guillermo se reconoció su vasallo y le juró favorecer sus pretensiones á la corona de Inglaterra y recibir guarnicion normanda en la fortaleza de Douvres que era suya. Pocos años despues de este suceso murió el rey Eduardo á 5 de enero de 1066.

Haroldo II, rey de Inglaterra (1066). Los tanes proclamaron rey á Haroldo el mismo dia que se celebraron las exequias de Eduardo. Los condados del sur y del mediodia de la isla le reconocieron sin dificultad: los nortumbrios le recibieron con disgusto; y apenas le vieron implicado en las contestaciones con el duque de Normandía, que reclamaba el cumplimiento de las promesas de Haroldo, recibieron á su hermano Tortig, que con el auxilio del rey de Noruega, y aun de acuerdo con Guillermo, se preparó á disputarle el cetro de Inglaterra.

Haroldo, que habia ya reunido su ejército entre Hasting y Pevensey para oponerse al desembarco con que le amenazaba el duque de

Normandía, sabiendo las altercaciones de Nortumbria, marchó con toda presteza al condado de Yorck, y encontró á su hermano y al rey de Noruega que tenian su campo en Stamfordbridge. Envió á Fostig un mensagero, ofreciéndole, si se reconocia su vasallo, el condado de Nortumberland: y como Tostig le respondiese: ¿Y qué darás al rey de Noruega mi aliado? "Siete pies de tierra para su sepultura" respondió Haroldo. Tostig no quiso abandonar á su amigo, y se empeñó la pelea que fue larga y sangrienta. La infantería noruega resistió á todos los ataques de la caballería inglesa: pero habiéndola perseguido con demasiado ardor en una de sus retiradas, abrió sus filas, y proporcionó medio á las tropas de Haroldo para desbaratarlas. El rey de Noruega, Tostig y los principales gefes de su ejército perecieron en el combate.

Cuatro dias despues de haber conseguido Haroldo la señalada victoria de Stamfordbridge, desembarcó Guillermo en Pevensey, y el infatigable Haroldo voló desde las orillas del Humber á las playas del canal de la Mancha para oponerse á su formidable enemigo. En la historia de Felipe I, rey de Francia, inclusa en este mismo tomo, se hallan descritos con bastante estension los preparativos del duque de Normandía, la política errada de Balduino, conde de Flandes, y regente á la sazon de Francia, la espedicion de Guillermo, y la memorable batalla de Hastings, en que Haroldo, des-

pues de haber tenido casi la victoria en sus manos, despues de haber hecho prodigios de valor para fijarla, pereció gloriosamente con sus hermanos Gurth y Lesfrino, y dejó á su feliz rival el trono de Inglaterra.

Entonces empezó una nueva era para la gran Bretaña. Las invasiones de los pueblos bárbaros que desde el fin de la dominacion romana habian afligido la isla, cesaron enteramente por la introduccion del cristianismo en todo el norte de Europa, con lo cual acabó el ejercicio de la piratería y la vida errante de las tribus. Aunque á los principios de la dominacion normanda los antiguos habitantes del pais, así britanos, como anglosajones y daneses fueron vejados y oprimidos por los vencedores, que introdugeron el sistema feudal, á la sazon vigente en Francia, no tardaron los reyes de Inglaterra, que eran al mismo tiempo duques de Normandía, en reconocer la necesidad de borrar toda distincion nacional entre sus vasallos. Las guerras con los reyes franceses, las espediciones á la Tierra Santa, las discordias de los barones con Juan Sintierra y Enrique III, la necesidad en que se hallaron de conceder derechos al pueblo para que defendiese á los nobles contra las pretensiones de la corte, y mas que todo, lo importante que era la union si habian de figurar en Europa, hicieron que en el reinado de Eduardo I, hijo de Enrique III, la poblacion de Inglaterra, aunque procedente de tan diversos orígenes fuese ya una y compacta con

leyes generales é intereses comunes. Así se formó la nacion inglesa, que llegó á ser con el tiempo la primera de Europa en potencia naval, y la única que puede oponerse en el dia con esperanzas de buen éxito á los progresos de los que emprendan dominar en el continente de Europa y romper su equilibrio. Aunque se generalizó el nombre de ingleses por el de Inglaterra que tenia el reino, no por eso se borró el de bretones, que tal vez afectan por ser comun á toda la isla, mucho mas desde que el reino de Escocia se unió al de Inglaterra.

Irlanda, poblada en tiempos muy antiguos por un pueblo de origen céltico, procedente segun Paulo Orosio, de las costas de España, y despues, por una nacion escita, que le dió el nombre de Escocia, convertida al cristianismo por san Patricio, fue durante la heptarquía inglesa, centro de las virtudes y de las ciencias, de donde se estendieron á Inglaterra y de allí al continente en tiempo de Carlomagno. Aquel fue el siglo de oro de la isla. Despues, la introduccion del feudalismo, y las guerras perpetuas de sus gefes, todos con poca autoridad y con mucha ambicion, aspirando con medios pequeños al dominio universal de Irlanda, la volvieron á sumergir en el estado de barbarie en que la hallaron los reyes ingleses de la dinastía normanda cuando la conquistaron.

Escocia fue antiguamente poblada por los caledonios: sirvió de asilo á los britanos durante la dominacion romana: fue invadida en el

tercer siglo de la era cristiana por los escoceses de Irlanda, que fundaron en ella una monarquia, rival en civilizacion, sino en fuerzas, con la de los anglosajones y daneses en Inglaterra. Pero separada del resto del mundo por los normandos, su historia no espresa propiamente hablando, sino en la época de su alianza con Francia contra el poder escesivo de los descendientes de Guillermo el conquistador. Hasta entonces, obligada á sufrir los desórdenes del régimen feudal, y sometida hasta cierto punto á los reyes de Inglaterra, que llamaban á los de Escocia sus vasallos, ningun suceso de importancia llena los anales de aquel pais, sino guerras particulares entre los señores, sublevaciones contra los reyes, y crímenes y desórdenes propios de la barbarie.

En todas estas naciones la forma ó tipo del gobierno era el mismo: monarquía electiva, aunque dentro de una misma familia, aristocracia poderosa contra el rey y contra el pueblo, y pueblo sometido y esclavizado. La conquista que formó estos reinos, les dió necesariamente esta forma, la mas natural y obvia á la inteligencia de un pueblo bárbaro é invasor. El cristianismo fue poco á poco templando la aspereza de las instituciones políticas: y así vemos que cuando Canuto conquistó á Inglaterra, hizo igual la suerte del pueblo vencido y la de os vencedores.

TABLA CRONOLÓGICA

de la historia de Inglaterra hasta la conquista de los normandos.

	Antes de J. C.
Primera espedicion de Cesar en Britania.	55
Segunda espedicion de Cesar en Britania.	54

	Años de J. C.
Conquistas de Aulo Plaucio y Vespasiano.	45
Victorias de Ostorio Escapula contra Caractaco, rey de los Silures.	50
Rebelion de los Icenos: Suetonio Paulino los somete.	61
Julio Agricola acaba la conquista, y vence á los caledonios.	78
Muralla de Adriano construida contra los caledonios.	120
Muralla de Antonino.	146
Muralla de Septimio Severo.	210
Carausio, usurpador de Britania.	263
Invasion de los escoceses de Irlanda en Caledonia.	296
La gran Bretaña abandonada por Ho-	

Años de J. C.

norio. Constantino proclamado emperador en la isla. 406

Division de la isla en varios principados bretones. Vortigerno. 411

Triunfos de los pictos y escoceses contra los britanos. Los anglosajones mandados por Kengist y Horsa, arriban á la isla de Thanet. 449

Guerra entre anglosajones y britanos, batallas de Aylesford y Wipedifleet. Fundacion del reino de Kent por Heugut. 473

Fundacion del reino de Sussex por Ela. Toma de Auderid. 490

Ela, rey de Sussex, primer bretualda. . . 500

Fundacion del reino de Wessex por Cerdico. Batalla de Charford. 519

Fundacion del reino de Essex por Erkemvin. 530

Fundacion del reino de Estanglia por Ufa. 531

Fundacion del reino de Nortumbria por Ida y Ala. 547

Ceolin, rey de Wessex, segundo bretualda. 560

Fundacion del reino de Mercia por Crida. 586

Etelberto, rey de Kent, tercer bretualda. Predicacion del cristianismo á los anglosajones. 596

Redovaldo, rey de Estanglia, cuarto bretualda. Batalla del Idel, en que Eduino consigue el cetro de Nortumbria. . . 616

Años de J. C.

Eduino, rey de Nortumbria, quinto bretualda. Penda, rey de Mercia: su guerra con los nortumbrios y estanglios, batalla de Hatfield, en que venció y dió muerte á Eduino. 624

Osvaldo, rey de Nortumbria, sesto bretualda. Batalla de Maser en que Penda venció y dió muerte á Osvaldo. . . 634

Osvy, rey de Nortumbria, séptimo y último bretualda: batalla de Windvid en que Penda ſue vencido y muerto por Osvy. 643

Cedosvala, rey de Wessex: conquista del Sussex. 686

Ina, rey de Wessex: hace tributarios á los reyes de Essex y Kent. 688

Cenulſo, rey de Wessex: fue vencido por Oſa, rey de Mercia. 754

Egberto, rey de Wessex: primer rey de Inglaterra: somete á los mercios, nortumbrios y estanglios. Fin de la Heptarquía. Primeras invasiones de los daneses en la gran Bretaña. 800

Etelvulſo, rey de Inglaterra: batalla de Ockeley, en que derrotó completamente á los daneses. 836

Etelredo I, rey de Inglaterra. Los daneses invaden de nuevo y ocupan la isla. 866

Alfredo el grande, rey de Inglaterra. Batalla de Brampton, en la cual arruinó las ſuerzas de los daneses. 872

Fin del tomo IV de la historia de Francia: VII de la moderna; XV de la obra.

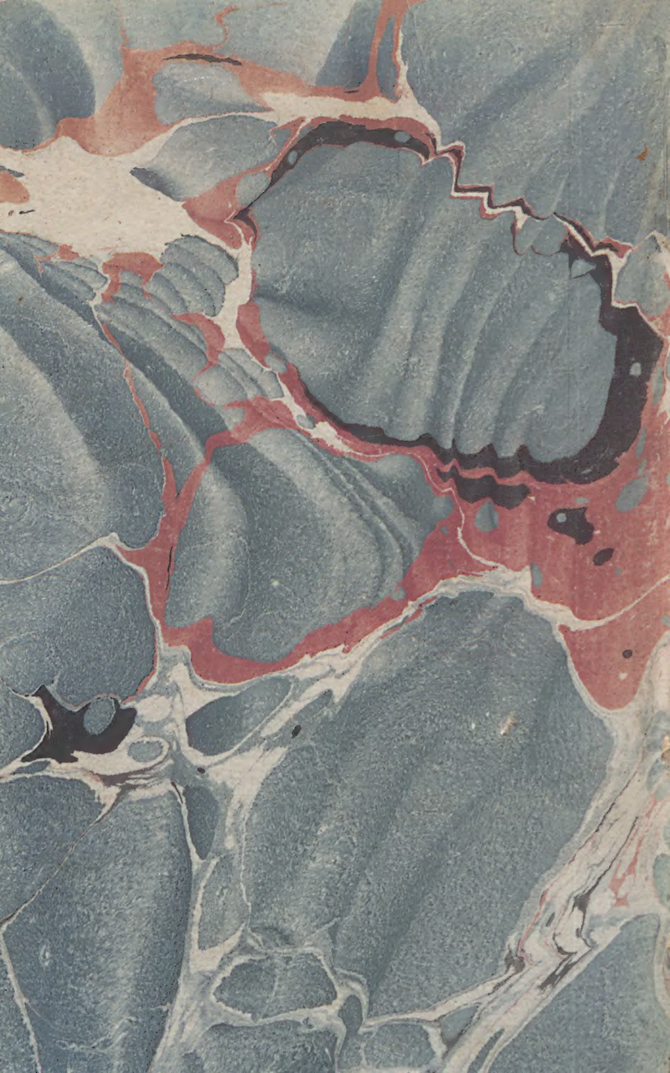
INDICE

DE LOS

CAPITULOS COMPRENDIDOS EN ESTE TOMO.

HISTORIA DE FRANCIA.

Capítulo xx.







colorchecker CLASSIC

calibrite

mm